

KAMMERON
HURDLEY

LA
BRIGADA
DE LUZ

D.J.57

RUNAS

LA BRIGADA
DE LUZ

KAMERON HURLEY

Traducción de Natalia Cervera

Alianza editorial

Índice

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

Posfacio

Agradecimientos

Créditos

*Para Hannah.
Todo esto es culpa suya...*

No te limites a combatir la oscuridad. Trae la luz.

Sacaron a rastras al insurgente de las ruinas de San Petersburgo. La ceniza bailaba en el cielo. El insurgente tenía los nudillos magullados de un luchador, y le rompió la nariz a un soldado: un crujido y un chorro de sangre y mocos. Cuando al fin lograron reducir al insurgente oyeron un aullido terrible, no de miedo, sino de triunfo.

«Pobres cabrones sin edad —dijo el insurgente enseñando la dentadura: un diente podrido y un colmillo roto—. Os esperaba».

1

Decían que la guerra nos transformaría en luz.

Quería contarme entre los héroes que nos trajeron este mundo mejor. Fue lo que dije al reclutador. Fue lo que le dije al jefe de mi primera escuadra. Fue lo que les dije a todas mis CO, y hubo... un par. Y era lo que me decía cuando me veía a solas en la oscuridad, lejos de mi pelotón, el cielo convertido en un fuego rojo abrasador, demasiado caliente para enviar una unidad de evacuación, con algún novato gimiendo y muriendo en el campo.

Pero no es cierto.

Me alisté por lo que hicieron en São Paulo. Me alisté por el Blink. Todos mis héroes habían seguido el camino de la luz, por mucha oscuridad que hubiera. Hasta los pobres socialistas hipersolidarios que eligen el personaje de paladín en los juegos pueden jurar venganza para justificar la violencia. Eso hice yo.

El enemigo se había comido a mi familia y la vida que había conocido; un pasado que ahora recuerdo a ráfagas, como una vieja imagen de satélite interrumpida por un huracán. Quería ser la luz, estar con los salvadores, con los héroes. Cómo no.

Pero ante todo quería exterminar al enemigo.

¿Cuántos soldados corporativos se alistaron por dinero, o por el derecho a voto, o para saldar una deuda, o para permitirse una buena casa, o para tener acceso a trabajo en una de las torres altas?

Yo creía que mis motivos eran más nobles.

Cuando acudí, después de lo de São Paulo, mis amigos y yo nos sorprendimos de que el centro de reclutamiento no estuviera abarrotado. ¿Dónde se habían metido todos los patriotas? ¿No sabían lo que habían hecho los extraterrestres? Consideraba unos cobardes a todos los que no corrían a alistarse. Mientras estabais actualizando vuestros inmersivos y masturbándoos con un juego nuevo, nosotros estábamos combatiendo a la verdadera amenaza. Éramos los buenos.

Vosotros erais las piltrafas cobardes.

No me paré a pensar qué ocurriría después de que me alistara. Ni en quién tendría que convertirme. Creía que el mundo era sencillo: buenos y malos, ciudadanos y despojos, patriotas corporativos y esclavos socialistas.

Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.

Elige bando.

Yo estaba en una fiesta, poco después del Blink, bebiendo un brebaje que sabía a combustible de aviación en una pingosa bolsa compostable, cuando entró un chaval de mi clase de educación básica. Junto con seis amigos, me había alistado en el Ejército Corporativo de Tene-Silvia; a cuatro de ellos los habían enviado al frente de inmediato. Los otros dos, Rubem Mujas y Andria Patel, igual que yo, habían conseguido ir a la fiesta. Rubem había entrado en la casa, probablemente a dormirla, así que en el césped solo quedamos Andria y yo para responder a todas las preguntas. Andria estaba muy animada. Puesto que no bebía alcohol, había que atribuir su buen humor a la emoción por nuestra nueva trayectoria profesional.

—¿Os dieron una bonificación por alistaros? —preguntó un chico de dentadura dispareja—. ¿Os concedieron la ciudadanía en el acto?

—No —respondí.

Andria estalló en carcajadas y se echó hacia atrás la melena de rizos negros. Tenía las mejillas tachonadas de pecas. Recuerdo haber pensado entonces que era delgada, de piernas largas y atlética, pero aún tardaría en ver lo que el hambre verdadera puede hacer a una persona.

—¿Tenéis familia a la que no blitzearan? —preguntó otra chica. La conocía de la clase de Física Básica, patrocinada por Teslova Energy.

—No —respondí bruscamente.

—Sé más amable —dijo Andria—. La guerra nos ha quitado mucho a todos. Estoy deseando masacrar alienígenas.

—Al parecer os enseñarán ochenta formas de matar a un hombre —dijo el de los piños—. Cuando lleguéis a Mendoza.

—No quiero matar hombres —dije—. Quiero matar extraterrestres.

—Dicen que antes eran humanos —dijo mi excompañera de clase.

—Y una mierda —dijo el otro—. Ningún humano haría lo que hicieron en São Paulo.

—Supongo que ya lo averiguaremos —dije.

—Te quitarán el nombre —dijo un tipo alto que salía de la cúpula de la carpa principal—. Seguro que esa es la ventaja principal para un despojo como tú.

Apreté la vista. Franklin Kowalski me sacaba veinticinco kilos y media dos metros por lo menos; no podía mirarlo a los ojos sin echar la cabeza hacia atrás. Hacía dos años me había arrebatado el puesto de *quarterback* titular. Todos los medios preferían caras como la suya, dijo el entrenador, y la corporación solo podía justificar un equipo de fútbol americano si le subía la audiencia. Podía ser suplente. Mandé al entrenador a mamarla y me pasé dos años jugando al rugby, hasta el Blink. No me gustaba que me dijeran qué podía hacer.

Visto así, es irónico que me alistara.

—Tengo entendido que en los ejércitos corporativos se comen a los ricos con patatas, Frankie —dije—. Seguro que estás delicioso. ¿A qué esperas para apuntarte?

—Ya me he apuntado. —Se introdujo los enormes pulgares en los bolsillos y me dedicó una sonrisa sibilina; supe que era el anuncio de una andanada de pullas que se le acababa de ocurrir.

Andria puso los ojos en blanco y dijo:

—Voy a ver cómo anda Rube. Seguro que está potando en una cartera de mensajero. —Me cogió de la manga, pero me aparté.

Así era Andria, siempre velando por mí. ¿Y yo? Siempre autodestruyéndome.

—Sabes que tendrás que combatir a los extraterrestres —dije antes de que Frankie pudiera soltar una palabra—. No basta con que te los folles.

El chico de los dientes dispares soltó una risita. Andria puso cara de exasperación y se quedó muy quieta. La chica de mi clase de física abrió mucho los ojos, giró en redondo y se dirigió a la carpa. Probablemente era la más lista de todos.

—¿No llamaban a tu padre Dietz el Loco? —dijo Frankie—. Ese al que Teni tuvo que reeducar cuatro veces. Se lo vendieron a Evecom a cambio de opciones sobre acciones, ¿no?

—Que te den, Frankie —dije.

Se inclinó sobre mí, más deprisa de lo que esperaba, probablemente porque yo llevaba unas copas encima, y me plantó la lengua en la mejilla. Dejó un rastro de saliva mezclada con ginebra. Me eché hacia atrás; la sorpresa me había paralizado. Más adelante pensaría un montón en ese momento, preguntándome qué debería haber hecho de inmediato en vez de quedarme como un botarate. Las cosas habrían sido distintas en alguna otra línea temporal. Le habría roto la

nariz y le habría arrancado la rótula de una patada, todo en un instante. Es lo que habría hecho un soldado; lo que habría hecho yo, más adelante. Pero toda mi experiencia en peleas se reducía a las melés del terreno de juego. No me habían condicionado para la violencia; necesitaba mucha provocación. Si hubiera actuado de otro modo, no habría sido yo. No estaríamos aquí.

Frankie se apartó riendo.

—Ya te gustaría que te diera por culo.

—Eh, dejad... —empezó Andria.

Salté hacia Frankie y le hice un placaje. Desapareció la sonrisa. Cayó al suelo.

Gritos de la multitud. Unos cuantos vítores. Olor a hierba y tierra, con el toque químico del abono. Frankie babeando, escupiéndome. Lo sujeté clavándole el codo en la garganta.

—¡Ríndete! —le dije.

—Vete a la mierda. —Me soltó un puñetazo en la sien.

Un relámpago de luz intensa. Oscuridad que se apoderaba de mi visión. Lancé un golpe, pero él ya estaba a cuatro patas. Volví a derribarlo y le clavé los dientes en la oreja izquierda.

Gritó y se puso a darme zarpazos en la cara. Se desprendió un trozo de oreja. Noté un sabor salado y metálico. Escupí la carne gomosa.

Alguien me sujetó; después, un montón de manos me apartaban y ayudaban a Frankie a levantarse. El chundachunda de la música de dentro marcaba el ritmo del martilleo que sentía en la cabeza. Tenía la cara mojada. Me había roto la nariz, y la humedad era sangre. La escupí, junto con la de Frankie. Levanté un puño hacia el cielo, hacia el espectro distorsionado de la luna. Faltaba un buen trozo, desde hacía casi un año. Seguía costando acostumbrarse a aquella silueta y al cinturón de residuos que giraba en torno a su ecuador. Después de aquello había estado lloviendo fuego durante semanas; cada fragmento que se precipitaba hacia la Tierra era como un misil nuclear.

—No pierdas eso de vista —le grité—. De ahí vendré a partirte la cara.

—Si te han aceptado es porque eres un despojo —dijo Frankie—. Te aniquilarán a la primera.

Apareció la patrulla de GPE, Gestión de Pérdidas Empresariales, hombres y mujeres bien entrenados, con kevlar y gafas de antidisturbios, táser en mano. Nos rodearon desde la entrada de la carpa. Andria echó a correr, probablemente en busca de Rubem. Era una buena ciudadana y no quería meterse en follones.

No le reproché que pusiera pies en polvorosa.

—Qué lástima —dijo la mujer que me esposó. Apagó la grabadora de las gafas, y yo me estremecí. Si las llevaban era para que tuviéramos la seguridad de que los agentes no nos grababan con lentillas de cámara retinal, imposibles de detectar a no ser que proyectaran datos frente al ojo. Había sido un despojo el tiempo suficiente para saber que, por lo general, que un agente de GPE desconectara la grabación era el presagio de una buena paliza o, directamente, de la muerte.

—Qué lástima que te trinquen cuando tienes todo el futuro planeado, ¿eh? —me susurró al oído—. ¿Quieres ir a la guerra? —Todos los agentes de GPE tienen funciones de reconocimiento facial integradas en las gafas antidisturbios, y enlace directo a nuestros expedientes. Sin duda ya conocía los detalles más íntimos de mi última relación y sabía dónde había cagado por la mañana.

Guardé silencio. No hay que hablar con los agentes de GPE a no ser que apelen a la cláusula de Revelación Corporativa del contrato de residencia. Mi madre se encargó de metérmelo en la cabeza cuando nos hicimos residentes de Tene-Silvia. Mi padre y ella se habían desvivido por conseguirnos sitio en una corporación, pero llegó acompañado de un código nuevo. Probablemente ese código era el responsable de que no me dieran una paliza o me mataran, como habrían hecho si toda esta mierda hubiera pasado antes.

—Necesitamos buenos chicos ahí arriba —dijo la agente—. Tienes que saber de qué lado estás. No desperdicies aquí tu vida; la batalla está en Marte. —Volvió a conectar la grabadora.

Quería ser alguien heroico, alguien que hubiera sabido qué hacer exactamente cuando Frankie se puso gallito. Alguien que tuviera una familia a la que volver después de la fiesta, en vez de un albergue para menores sin tutela. Alguien a quien impulsara algo más que un estúpido y sanguinario voto de venganza. Me daba igual que alistarme significara la muerte, porque por aquel entonces no entendía en qué consistía morir.

«Haz cosas heroicas —pensaba—. Véngate». Fin de la historia.

Pero eso, en realidad, no es vivir.

No tenía ni idea de qué importancia podía tener la vida después del Blink.

No la tuve hasta el final.

2

En cuanto a la guerra...

En esta guerra hay muchos frentes. Los humanos estamos desplegados hasta el cinturón de asteroides. También estábamos en la Luna, hasta que el enemigo la dejó tan destrozada que tuvimos que abandonarla.

Tene-Silvia, nuestra corporación, tenía un montón de intereses en la Luna: extracciones mineras, laboratorios de investigación y ciudadanos que desempeñan trabajos ultraconfidenciales. Hay corporaciones mayores, como Masukisan, ShinHana o Evecom, que también tenían intereses ahí, pero las Seis Grandes, en su mayoría, habían trasladado a Marte sus competencias centrales antes de que volaran un buen pedazo de la Luna. Para las corporaciones, Marte era la frontera actual. No les importaba que ahí arriba ya hubiera separatistas que construían ciudades al margen de la Tierra y se hacían llamar marcianos. Todas las empresas plantaron sus estandartes e intentaron imponerse con palabras amistosas como «ciencia», «investigación» y «establecimiento de relaciones comunitarias».

Así pues, ¿cómo nos las apañamos en tantos frentes?

Ahí está el truco, ¿no?

¿Cómo se llega más allá de Marte? Los humanos no estamos hechos para abandonar la Tierra. Tenemos la sangre, las vísceras y los huesos configurados para ella.

Las distancias constituyen el mayor problema del viaje interplanetario. Todo está lejísimo. Todavía miro a veces el cielo, por la noche, y pienso en el universo, en su inconcebible inmensidad. Me da dolor de cabeza. Las Seis Grandes partieron de conceptos como el entrelazamiento cuántico y la física de partículas para dar con una tecnología de comunicación instantánea que salvara esas distancias, pero ¿trasladar a personas?

Con la masa es bastante más difícil.

Supongo que para quien sepa algo sobre los límites de la velocidad de la luz resultará razonable lo que se les ocurrió para resolver el problema de la masa.

La forma más rápida de transportarnos de un frente a otro consiste en convertirnos en luz.

Pensadlo. ¿Cuánto tarda la luz en llegar a Marte? Unos doce minutos y medio. ¿Al cinturón de asteroides? Entre veinte y cuarenta minutos, según a qué parte de su órbita vaya.

Al igual que casi todos los inventos y descubrimientos que han cambiado el mundo, como la penicilina o la cura del cáncer, la forma de convertirnos en luz llegó por accidente. Habían terminado las guerras de las Semillas, y las Siete Grandes habían pasado a ser las Seis Grandes tras la Gran Guerra Corporativa. En la posguerra, la gente intentó desvincularse de las Seis Grandes y montar sus propias comunas y repúblicas radicales. Fue una época temible y peligrosa. Es lo que dicen todos los inmersivos. Los tiempos desesperados exigen planes de acción desesperados. ¿Cómo se conserva una forma de vida que se deshilacha por todos lados, que se precipita hacia la anarquía? A todos les gusta presumir de que lo tendrían controlado, pero ¿cómo se gobierna a cinco mil millones de personas?

Nos convirtieron en luz.

Mi madre decía que recordaba la primera vez que vio a alguien materializarse frente a ella. Oyó voces y se acercó a la cocina compartida de su planta. Había dos mujeres con el uniforme gris de la policía militar frente a la impresora de comida, echando con gestos a una trabajadora que había ido a por café. Un aroma de cítricos quemados llenaba el aire. Del centro de la impresora salía el torso de un joven.

«Tenía una expresión tan pacífica... —me relataba mi madre años después—. Eso fue lo que más me impresionó. —Volvió a la consola de inmediato—. Sabía lo que le pasaba a la gente que veía cosas que los militares no querían que viera. Aquel día desapareció la compañera de trabajo a la que habían echado de la cocina. No volví a verla. La explicación oficial fue que había ocurrido un accidente durante la instrucción».

Transcurrió un decenio antes de que anunciaran formalmente la nueva tecnología. Hasta entonces, el pilotaje era siempre manual. Mi padre se pasó la guerra siguiente de transportista, en lanzaderas que trasladaban a los muertos de Marte a la Luna. Ahí aprendió a pilotar. Mi madre y él estuvieron al servicio de Teni durante los primeros conflictos entre Marte y la Luna, y gracias a eso conseguimos la residencia.

Hubo muchos asuntos turbios en el mundo anterior al Blink. Lo que para mí

estaba claro era que algo había ocurrido en Marte desde que los marcianos abandonaron la Tierra, decenios atrás, hasta que los intereses corporativos se abrieron paso a codazos en el planeta.

Fuera lo que fuera, se cortó la comunicación con Marte.

Casi todas las corporaciones sacaron de Marte a sus investigadores y científicos, pero dejaron a los civiles. Qué fue de ellos, no lo dijeron.

Tene-Silvia nos facilitó la explicación corporativa según la cual los marcianos eran socialistas locos que bombardeaban sus instalaciones de investigación, pero Evecom tenía una versión distinta, en la que los marcianos atraían a los civiles corporativos hacia sus sectas, y las otras cuatro corporaciones narraban historias igualmente descabelladas. Ocurre a veces: no se ponen de acuerdo sobre una realidad. Escuchar a las Seis Grandes, cuando se tiene permiso para acceder a medios de comunicación ajenos a la corporación propia, es como escuchar a un hatajo de viejos que intentan recordar en una cena algún suceso esotérico de su niñez. Cada cual rememora algo distinto. Cuando se sienten frustrados se ponen a hablar a gritos, como si eso fuera a hacer su recuerdo más real.

Lo que sabía, sin lugar a dudas, era que nadie había hablado con nadie de Marte en casi diez años. Y Marte tampoco nos había hablado. No sabía con qué tecnología contaban, ni con qué ventaja, para mantener alejadas a las corporaciones terrestres cuando cortaron la comunicación. Era como si Marte hubiera dejado de existir. Todos los que habían quedado en Marte se convirtieron en algo ignoto, algo distinto. Extraterrestres.

Un decenio después de que se hiciera el silencio, un grupo de marcianos disidentes abrieron la comunicación con nosotros. Decían que querían ayudar a la Tierra, que se sentían oprimidos bajo su Gobierno socialista. Decían que podían reparar nuestros territorios más contaminados con nuevas tecnologías si les permitíamos bajar y colonizar esos paisajes infernales de las guerras de las Semillas.

Unas cuantas corporaciones lo permitieron. Y los colonos marcianos consiguieron que en el norte se volviera a producir comida, mejor y más abundante que nunca.

Y entonces...

Una cosa en la que coincidieron las Seis Grandes fue que no hubo provocación para el Blink.

Un día había dos millones de personas en São Paulo.

Al día siguiente...

Blink.

¿El Gobierno marciano se había enfadado porque aceptamos a los colonos? ¿O solo había estado esperando a que nos relajásemos para destruirnos de una vez por todas? Puede que no hubieran perdonado a las corporaciones que intentaran apoderarse de Marte. Puede que tuvieran intención de vengarse de nosotros desde el principio.

Marte siempre había estado por delante en tecnología. Las corporaciones no lo confirmaban, pero era un rumor a voces. Si no, ¿cómo podían haberse independizado? ¿Cómo podían haber borrado de la faz de la Tierra a dos millones de personas con el Blink?

Se reunió e interrogó a los marcianos que se habían asentado aquí, pero nadie parecía saber nada. Algunos se rebelaron. Todavía se los toleraba cuando me alisté. ¿Durante cuánto tiempo? Esa era la incógnita.

Esa era la guerra que conocía, los sucesos según los entendía. Así fue como decidí de qué lado estaba. Y lo estaba. En el lado correcto, quiero decir.

Nadie piensa nunca que ha elegido el bando incorrecto.

Todos creemos que somos de luz.

3

Es difícil entender algo con solo oír hablar de ello u observarlo. Es como echar un polvo o meterse en una pelea; no se asimila hasta que se hace.

Pasa lo mismo con el Ejército Corporativo.

Durante la primera semana de instrucción obligatoria nos meten un montón de mierda en la cabeza. Ni siquiera esperan a ver si nos ha entrado, porque aunque no nos entre siguen necesitando nuestros servicios, trabajos peligrosos o tediosos que no quieren asignar a los civiles. Yo tenía la residencia. Podría haber trabajado en una planta química o haberme dedicado a soldar equipo militar hasta que se me cayeran los dientes y la corporación aprobase que se me administrara un humanitario cóctel de bromuro de pancuronio con cloruro de potasio.

Pero renuncié.

Ya no era posible no participar en esa guerra, como en los viejos tiempos. Si no estuviera en el Ejército, estaría apoyando el esfuerzo bélico de alguna otra forma. Había pasado hambre y no me había gustado mucho. Tener residencia en una corporación no es lo mismo que la ciudadanía, pero es preferible a ser contratista o, peor aún, un fantasma sin trabajo, un despojo. Ser un despojo es pasar hambre. Vivir de los desperdicios ajenos. Rezar para que un catarro no se convierta en neumonía. Ser un despojo es saber cómo huele la gangrena. Es morir de un arañazo en la rodilla que se infecta. Es cagar en una zanja. Es comer bichos atropellados.

Prefiero estar con los héroes.

Cuando terminan de procesar los datos de un recluta, lo primero que hacen es desnudarlo e instalarle el RCV (rastreador de constantes vitales). Se lo inyectan entre los omóplatos para tenerlo controlado en todo momento. Además, en ese sitio es difícil quitárselo sin ayuda.

—¿Tenéis miedo de que me escape? —pregunté a la técnica, pensando que tenía gracia.

—Es para garantizar una evacuación médica rápida —respondió—. En caso

necesario. Y para asegurarnos de estar al tanto de vuestro estado físico y emocional.

—¿Emocional?

—No podemos extirparos las emociones —respondió—. Por ahora.

—Lo pillo —dije. Había algo en su cara que sigo sin saber si comprendí—
¿Qué es lo demás?

—No te preocupes por eso —dijo, y me clavó otra jeringuilla precargada de alguna guarrería lechosa.

No paraba de coger jeringas, una tras otra, de una bandeja. Creía que ya me habían vacunado contra todo, porque las corporaciones saben que la gente enferma no es gente productiva. Sin embargo, me pusieron por lo menos una docena más de inyecciones después de que me atendiera esa técnica. Me trasladaban de sala en sala: caras nuevas, guantes nuevos, hipodérmicas nuevas. Nadie decía qué contenían y no volví a preguntar. Me parecía... grosero. Les había entregado mi cuerpo y había firmado todos los formularios sin leer, así que supuse que yo tenía la culpa de no entender qué hacían.

A continuación nos equiparon con la pantalla interna. Suena a artefacto tecnológico aparatoso, pero consiste en poner unas lentillas como las lentes de contacto retinales de los civiles. Esas lentillas dan acceso al sistema de comunicaciones, a esquemas y a cualquier cosa que quiera transmitir el comandante. Hasta es posible examinar las constantes vitales propias con un parpadeo. Toda la información se muestra en la parte inferior del ojo izquierdo. Hay que mirar hacia abajo para activarla y hacia arriba para despejar la visión.

No me impresionó al principio. Ya había llevado lentes de contacto retinales para ejecutar inmersivos y para tomar lecciones. Me calificaron de torpe cuando ingresé en el colegio, a los siete años de edad, después de que nos dieran la residencia. Era la primera vez que iba al colegio, y pasé un montón de tiempo poniéndome al día a base de inmersivos.

Tampoco había accedido nunca al knu antes de ser residente. El knu era un sistema complejo de nodos de datos entrelazados cuánticamente que almacenaban y transmitían información para todas las corporaciones. Contaba con niveles de acceso a la información, y no todos los nodos de knu de las diversas corporaciones podían comunicarse entre sí. Como residente, mi nivel de acceso al knu era bastante bajo. Como recluta me lo limitaron más aún. Durante la instrucción obligatoria estábamos completamente aislados del mundo exterior. Cada vez que intentaba acceder al icono del knu me salía un «Restringido» y me

echaban.

Aquellos primeros días, las comunicaciones de las corporaciones eran bastante suaves. Los mensajes que discurrían por la parte inferior de nuestro campo visual, parpadeando hasta que bajábamos la vista para leerlos, eran recordatorios sobre el horario de EF (educación física), cuándo teníamos que levantarnos, cuándo se apagaban las luces y cosas así. Casi podíamos olvidarnos de que las lentillas también servían para grabar todo lo que veíamos y hacíamos.

Corrían rumores de que estaban vacunándonos contra enfermedades que propagaba el enemigo. Eran enfermedades lo que había usado Marte para tener una baza contra las Seis Grandes. ¿Qué mejor manera de declarar un bloqueo prolongado que una epidemia creada para ello? Otros decían que nos atiboraban de fármacos que supuestamente nos hacían más rápidos, más listos, más duros. Todo el mundo quiere ser más duro, ¿no?

Eso pensaba Muñoz.

Conocí a Muñoz después de la inscripción y la orientación. En el Ejército Corporativo todos llevábamos el peinado reglamentario, y el poco pelo que le habían dejado a ella era negro como boca de lobo, igual que sus pobladas cejas. Era toda rodillas y codos, tan delgada que no entendía que la hubieran aceptado. Le asignaron raciones dobles para que ganara algo de peso. Levantaba un lado de la boca al hablar, por lo que siempre daba la impresión de que el interlocutor le provocaba risa o asco.

Los ciento treinta y siete reclutas de nuestra promoción compartíamos barracón, con literas de tres alturas. Muñoz intentó quedarse con la superior; yo tiré de ella para bajarla y el instructor me castigó con cincuenta flexiones. Muñoz ni se inmutó.

—Se te dan fatal las flexiones —me dijo después, tendiéndome un chicle. No era de las raciones, lo que significaba que lo había colado. Toda una proeza. Lo acepté.

—¿A qué viene eso?

—Yo puedo hacer cien.

—Y una mierda.

—¿No habías hecho educación física antes de venir? Pues espero que seas bastante inteligente para ponerte al día, o que tengas mucha velocidad. Aunque debo decir que no lo parece.

—Es fácil tener velocidad cuando se abulta tan poco como tú —contraataqué.

—Jugaba al fútbol americano.

—¿En un equipo infantil?

—Vete a tomar por culo.

—Qué eras, ¿pateador? —le pregunté.

—Y tú, ¿receptor externo? ¿*Quarterback*? Te comportas como un puto *quarterback*.

—Rugby. ¿Estás en el equipo de debate? ¿Comunicaciones corporativas? ¿Te has alistado porque quieres una licencia de matrimonio múltiple?

—Ahí lo tienen más fácil los despojos. No necesitan licencia. Pero tienes pinta de saberlo de sobra. Me he alistado para entrar en Inteligencia Corporativa.

—Oxímoron.

—¡Hala, qué palabro!

—Un montón de sílabas.

—Muñoz —se presentó.

—Dietz. —Chocamos los codos.

Muñoz y yo nos sentamos en la cantina después de la primera sesión de EF. Fue entonces cuando me contó su teoría sobre la finalidad del laberinto médico de orientación.

—Nos están convirtiendo en superhéroes —dijo.

Estábamos comiendo concentrado proteico mezclado con puré de algún tubérculo, puede que batata, encima de una tostada.

—Mi abuelo llamaba a esto «tostas de mierda» —comentó Muñoz mientras hundía la cuchara biodegradable en el revoltijo pastoso y lo dejaba gotear—. Decía que era lo que comían en el cinturón porque era lo único que podían cagar las impresoras con algo de precisión. Supongo que seguimos en las mismas.

—Yo creía que los héroes comían mejor —dije.

—Puede que mejore.

No mejoró.

Al día siguiente, todos estábamos descompuestos.

Los instructores nos obligaron a hacer educación física de todas formas. Cuando hay que correr sin dejar de cagar y vomitar es fácil asimilar el hecho de que solo somos sacos de vísceras.

—No somos más que mierda —dijo Muñoz durante aquella primera sesión de EF—. Mierda que va a viajar a la velocidad de la luz.

—Solo si me sigues el ritmo —grité, dándole una palmada en la espalda, y la adelanté a toda velocidad. El instructor soltó algún insulto, pero no llegué a oírlo. Me consideraba en buena forma, por encima de la media. Podía correr

once kilómetros sin pararme. Pero los fármacos nos dejaron hechos polvo en una semana. En dos casos resultaron mortales. Un chaval flaco llamado Faros y una joven llamada Acosta, en su segundo intento de soportar la instrucción, murieron ahogados en su propio vómito, deshidratados, despotricando contra fantasmas. En cuanto a mí, quería salirme de mi piel. Me engancharon a un gotero de solución salina. Era como tener gastroenteritis y un monstruo en las entrañas que intentaba liberarse a zarpazos.

—Esto va a comerme, Dietz —dijo Muñoz, y echó la pota por el borde del camastro.

Rache, el ocupante de la tercera litera, le soltó una maldición y cubrió el vómito con una manta. Después dio media vuelta y siguió durmiendo.

Corrí al váter dando tumbos, y llegué por los pelos justo antes de que un torrente de mierda abandonara mi cuerpo. Fue tan intenso que parecía que algo me hubiera estallado dentro del culo.

Había muchos más igual que yo. Los sonidos de malestar se elevaban como un coro de zombis que se hubieran quedado sin cena.

—Una persona normal solo caga doscientos gramos al día como mucho —dijo el chaval del camastro de al lado. Tenía el rostro, oscuro y orondo, perlado de sudor. Estaba inclinado hacia delante; la humedad se agolpaba en la punta de la ancha nariz y caía al suelo, una mezcla de sudor y mocos. Era un tipo grande, puede que de uno ochenta, pero era un blandengue.

—Los héroes no cagan —dije.

—Entonces, ¿en qué nos convierte esto?

—En soldados. —Me reí hasta que volví a notar la bilis en la garganta.

—Voy a pasarme toda la puta guerra cagando.

—Ya te gustaría.

El sonido despectivo se transformó en gemido, seguido de otra explosión de gas húmedo.

—Jones —se presentó.

—Dietz.

—Estoy deseando llegar a soldado.

—Todo empieza aquí —dije, y me llené los pies de vómito.

4

¿Cómo reaccionas cuando estás destrozado físicamente?

¿Sabes usar una brújula para orientarte?

¿Tienes aptitudes para conseguir comida cuando eres un soldado muerto de hambre, aislado en territorio enemigo? ¿Te paralizará el miedo?

Estas son las preguntas a las que debemos buscar respuesta durante la instrucción obligatoria. Si somos incapaces de aprender, nos largan. Les quitan la ciudadanía a quienes la tengan, la residencia a quienes se la hayan ganado. Los expulsados se convierten en menos de lo que eran cuando se alistaron y siguen siendo propiedad de las corporaciones, que los usan en algún otro puesto.

Así es como nos destrozan anímicamente.

Somos mierda. Todo lo que hacemos es mierda. Desde el momento en que salimos del transporte en la base de instrucción de Mendoza, no damos una a derechas. No caminamos correctamente. No tenemos el aspecto adecuado. No hablamos bien. Somos sacos de excrementos con forma de persona. Nadie nos aprecia, mucho menos nos quiere. ¿Estás en buena forma? No es suficiente. ¿Eres listo? Peor aún. Nada es suficientemente bueno para el Ejército Corporativo. Quiere obediencia ciega.

Al cabo de una semana estamos hambrientos de cualquier cosa. Hambrientos de un «Así se hace» o un «Buen trabajo». Queremos cariño, aceptación. Los humanos desean conectar. Me parecían paparruchas hasta la instrucción obligatoria. No creía que fuéramos sacos de carne impulsados por la emoción, pero me equivocaba. Los instructores lo saben. Saben con exactitud qué somos y cómo manejanos.

Así es como enseñan a matar.

Puede resultar sorprendente, pero la mayor parte de la gente no quiere matar a nadie. No somos asesinos natos.

¿Tienes ganas de sacarle los ojos a un desconocido? ¿Lo has intentado? ¿Qué tal fue? Casi nadie hace esas mierdas, y cuando ocurre es en un ataque de furia o locura. Pero ¿matar con frialdad y premeditación? Solo el uno por ciento de los

humanos son psicópatas. Los demás tenemos que aprender.

Me había peleado antes de la instrucción obligatoria. Con tipos como Frankie, sobre todo, y con alguna que otra mujer cortada por el mismo patrón. Pero pelearse no consiste en matar. Consiste en quedar por encima, en someter al otro. ¿De qué sirve matar a quien nos jode cuando podemos inmovilizarlo contra el suelo, obligarlo a rendirse y demostrar a todos los demás qué pasa cuando nos tocan los cojones? Un sometimiento puede ahorrar un montón de mierdas a la larga. El rugby, la vida que llevaba antes de ser residente, la educación básica, me enseñaron esa clase de pelea.

La instrucción obligatoria me enseñó a matar. Me enseñó a querer matar.

Hicieron que deseara matar más de lo que deseaba el aire, más de lo que deseaba la comida, más de lo que deseaba follar. Ansiamos matar porque es lo único que nos hace acreedores del aprecio de los instructores. Las personas que no reciben ningún elogio están dispuestas a todo lo que sea por conseguirlos. Si es necesario, se comerán entre sí.

¿Sabéis cómo se entrena a los perros de pelea?

Los crían a solas, en cautividad. Los tienen encadenados, cerca de otros perros, pero a suficiente distancia para que no puedan alcanzarse. Ponen pesas en las cadenas para aumentarles la fortaleza torácica. Les pegan, les dan con picanas, los regañan, les escatiman la comida.

Los entrenan con «animales cebo». Pueden ser conejos, desde luego, pero sobre todo son otros perros. Encadenan al perro cebo y dejan que el perro hambriento, golpeado, maltratado, le coja ojeriza a cierta distancia.

Cuando consideran que el perro está listo, cuando tiene nueve o diez meses, lo sueltan para que mate al perro cebo.

Cuando mata al perro cebo... lo elogian. Le dan de comer. Lo recompensan. Le dicen «Bien hecho». La primera vez que experimentan la amabilidad humana en toda su vida es cuando matan a un miembro de su propia especie.

No somos tan distintos, ese perro y yo.

Ojalá lo hubiera sabido por entonces.

Ojalá hubiera sabido un montón de cosas.

—¿Por qué te alistaste? —pregunté a Jones en la cantina, dos semanas después, mientras a Muñoz le entraban arcadas con la comida.

—En mi familia somos todos ciudadanos. Siempre nos hemos alistado todos, desde las guerras de las Semillas. Aunque todo es distinto de lo que pasaron ellos, antes del apagón de Marte. ¿Y tú?

—Tenía mis motivos. Pero mi familia...

—Despojos —dijo Muñoz, sacudiéndose los dedos frente a la cara—. Despojos, todos ellos.

—Vete a la mierda, Muñoz —respondí.

—¿Tú eres ciudadana? —le preguntó Jones. Era de mala educación preguntarlo, pero Jones era así.

—Desde hace poco —respondió—. Mis dos padres lo eran, pero mi madre no lo consiguió hasta justo antes de que yo cumpliera los dieciocho.

—Menuda potra —comenté—. No me digas que no tuviste suerte.

—Ya me había alistado en el Ejército Corporativo. —Se encogió de hombros—. Habría llegado a ciudadana por mi cuenta.

—Puede que en veinte años —dije.

Me lanzó una mirada asesina.

—No pasa nada —dijo Jones—. Todos tenemos que empezar en algún sitio.

—No soy un despojo —dije—. Tengo la residencia.

—Y tu madre la obtuvo cuando ibas a gatas, ¿verdad? —dijo Muñoz—. No me digas que no tuviste suerte tú también. No te tocó trabajar para conseguirla.

—Estoy trabajando para conseguir la ciudadanía —dije—. No me pienso morir de un puto cáncer, ni morirme poco a poco de alguna mierda crónica, como mi madre.

—Mi bisabuelo era residente —dijo Jones—. Estuvo conduciendo un autobús hasta que se desplomó. Murió en el asiento. Se ganó la ciudadanía. Tú también te la ganarás, y si no eres tú, puede que tus hijos.

—No podemos esperar que nos regalen nada —dije, más que nada porque mi padre lo decía siempre.

—Sí, claro —dijo Jones—. No existe el almuerzo gratis.

Apareció el instructor. Nos tocaba levantarnos. Llené el tenedor un par de veces y me lo llevé a la boca. Nunca comía suficientemente deprisa.

Todo lo que hacíamos esas primeras semanas era motivo de que nos pegaran o nos gritaran. Nuestra postura. Nuestra forma de hablar (o de guardar silencio). Nuestra forma de dirigirnos a los superiores por su rango (o todo lo contrario). Nuestra forma de correr. Nuestra forma de hacer flexiones. Nuestra forma de ducharnos. Nos enseñaron a caminar. A comer. A vestirnos. A hacer la cama. Nos instruían en todas esas cosas básicas que creíamos que sabíamos hacer. ¡La higiene! ¿Quién no sabe lavarse?

Pero en el baño había instructores y encargados que nos gritaban órdenes

mientras nos duchábamos. Había un cartel en la pared, para quienes se olvidaran:

Haz cola.

Sitúate bajo la ducha.

Mójate la cabeza.

Enjabónate el pelo y la cara.

Enjuágate.

Enjabónate el brazo izquierdo.

Enjuágate.

Enjabónate el brazo derecho.

Etcétera. Si creíamos saber lavarnos los genitales, ahí estaba el Ejército Corporativo para sacarnos de nuestro error. Los militares sabían hacer las cosas. Todo lo hacían mejor.

Volvimos a aprender a vestirnos. A cagar (¡Sube las rodillas! ¡Ponte en cuclillas, no te sientes!). A limpiarnos las botas. A hablar (mencionando el cargo del superior con posesivo de respeto). A quien no se adapta pronto lo expulsan y lo pierde todo.

Hay que recordar que muchos de nosotros perdemos la capacidad de elección en cuanto nos metemos en esto. Nos dicen que tenemos toda la libertad. Libertad para trabajar. Libertad para abandonar las corporaciones. Y es cierto: podemos no trabajar. Y conseguir que nos echen de las corporaciones. Podemos salir de la corporación y vivir en las chabolas de un campo de trabajo, como vivíamos mis padres y yo, con la esperanza de no morir de una gripe. Pero no es que esto sea una elección, ¿verdad? Así es como nos engañan. Es como jugar a uno de esos inmersivos en los que hay que elegir entre tres puertas, pero las tres conducen al mismo supervillano de fin de nivel. Nunca hubo nada que elegir.

Soy una persona competitiva, lo que me resultó ventajoso el primer par de semanas, cuando íbamos cada cual por su cuenta. Todas las mañanas, menos la del domingo, corríamos cinco kilómetros y hacíamos dos horas de EF. Siempre quedé entre los tres primeros, pero no me elogiaron por ello. No había elogios para quien cumplía lo esperado.

Los elogios se reservaban para los asesinos.

La segunda semana nos presentaron nuestras armas.

Los fusiles de pulsos solo pesaban medio kilo. Sus disparos dispersan la biomasa con tanta potencia explosiva que no dejan gran cosa que limpiar. Es como tener un lanzagranadas láser personal, pero sin la metralla. Cuando se alcanza a alguien de lleno solo queda una neblina rojiza.

Dormíamos con esos fusiles. Los desmontamos y volvimos a montarlos tantas veces que, al final de la semana, podíamos hacerlo con los ojos vendados. Yo tenía buena puntería, pero Muñoz era mejor. Eso no parecía satisfacerla tanto como yo esperaba.

—No es precisamente una de las aptitudes que puntúan más para Inteligencia —me decía—. Tú eres un buen ejemplo.

Los domingos por la mañana teníamos cuatro horas para dedicar a asuntos propios. Casi todos se ponían al día con las noticias corporativas, dormían y, por fin en la semana dos, miraban y grababan mensajes personales. El acceso a esos mensajes tenía en vilo a todo el mundo, con excepción de los que, como yo, no esperábamos ninguno.

No había demasiada intimidad en nuestro barracón; no la había en ninguna parte de las corporaciones. Veíamos los mensajes en las cabinas abiertas de la entrada de la cantina. El primer día, después del desayuno, la cola era larguísima, así que fui más tarde, hacia el final del tiempo libre de los domingos. Me esperaban seis mensajes de Vi Ruiz, mi exnovia. Los borré sin mirarlos. Solo eran fantasmas; ya había recibido muchos de esos. Aprendí a tirarlos directamente. Los otros eran de Andria y Rubem, los dos amigos con los que estuve de fiesta antes de incorporarme a filas. Ya me parecía que había pasado toda una vida. Habían acabado en otro campamento una semana antes que yo, en Mendoza.

Normalmente, las pantallas internas deberían habernos servido para gestionar los mensajes y conectarnos directamente con quienes quisieran hablar con nosotros. Pero no querían que nos llegara información exterior sin procesar. Todos los mensajes que nos llegaban estaban filtrados, censurados y vueltos a filtrar, y teníamos que verlos en público.

Activé el mensaje de Andria. Su rostro floreció en la pantalla, con tanta nitidez que podía contar las manchas de tierra que tenía en la barbilla y cada uno de los capilares reventados bajo el ojo izquierdo. Su piel clara se estaba pelando por el exceso de sol. A pesar de que sabía que le habrían cortado el pelo, me sorprendió verla sin su mata de rizos negros, lo que revelaba una frente ligeramente inclinada y un cráneo cubierto de pelusa oscura. Detrás de ella, Rubem me hacía gestos, pero un recluta que pasaba por delante me impidió entenderlos.

—¡Dietz! —dijo Andria—. Estás en la semana dos, ¿verdad? Conociéndote, ni siquiera mirarás si tienes mensajes hasta la semana tres. ¡Ja! Oh, mierda, hay

tantas cosas que me gustaría contarte... Pero supongo que las censurarían. Rube y yo estamos bien, muy bien. ¡Aguanta! Tenemos que ir juntos al frente, los tres. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio, ¿verdad? ¡Mira qué mierda! —Levantó el brazo izquierdo; le faltaba la mano desde la muñeca, y en su lugar había una prótesis semiorgánica. Las extremidades falsas se distinguían porque la piel brillaba demasiado y el color no coincidía nunca. Cerró el puño a una velocidad sorprendente—. Un ejercicio con fuego real. Deberías... —La pantalla quedó en negro, atravesada por la palabra «Censurado». Esperé hasta que se reanudó el vídeo. Andria se había girado y gritaba a Rubem—: ¡Sí, dos minutos! —Se volvió de nuevo hacia mí—. Vamos a ganar, Dietz. —Levantó las manos, con los índices extendidos—. ¡Cambio y corto! —Terminó el vídeo.

Había un par más del estilo, Andria dándome ánimos. Me conocía demasiado bien. Puede que sintiera lástima de mí. Esperaba que no.

—¿Buenas noticias de casa? —preguntó Jones en la cantina, cuando comíamos al día siguiente. No sabía bien si preguntaba a Muñoz o a mí.

—¿Cuándo vamos a emborracharnos como piojos? —dijo Muñoz—. Es lo que estoy deseando que llegue. ¿Cuántas semanas faltarán?

—¿Malas noticias? —preguntó Jones.

—Nada. La mierda de siempre. ¿Y tú, Dietz? ¿Tienes amigos?

—Sí, Muñoz, tengo amigos.

—Como rebosas encanto y esas cosas...

—Son los palabros rimbombantes —dije—. Tengo a todo el mundo encandilado.

—¿Has leído algo de Jorge Amado? —preguntó Jones—. ¿O de Machado de Assis?

—No creo que Dietz lea.

—Amado me suena; el otro, no. ¿No están censurados?

—Para los ciudadanos, no —dijo Jones—. Machado de Assis dijo, digo escribió: «Cada cual sabe amar a su modo. El modo no importa; lo importante es saber amar».

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —dije.

—Te he visto borrar un montón de mensajes. De una chica. —Jones levantó las cejas.

No hay puta intimidad.

—¿Tienes novia, Dietz? —intervino Muñoz.

—No. Ya no.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Muñoz.

No me apetecía ponerme a hablar de Vi.

—¿Tienes una de esas citas para cada ocasión? —le dije a Jones, que llenó el tenedor de pasta de proteínas y masticó lentamente, con la mirada perdida.

—«Me gustan los ojos que sonrían, los gestos que se disculpan, los roces que saben hablar y los silencios que se declaran».

—¿Esas citas funcionan con todas las chicas? —pregunté.

—¿Tienes envidia?

—Si funcionan, sí.

—Tengo a varios álguienes en mi pueblo, así que sí: funcionan. Aunque, joder, sería más fácil ir al grano sin tanto dramatismo.

—¿Citas a un muerto y echas un polvo? Pues sí que tiene que ser pequeño el pueblo —dijo Muñoz.

—¿Por qué no te hiciste poeta? —le pregunté a Jones.

—¿Crees que Teni fomenta la poesía? ¡Vamos, Dietz, que se te ven las costuras de despojo!

—Lo decía con sarcasmo.

—Hay trabajos de escritura bastante bien pagados, eso es cierto. Me encantaría ser periodista corporativo. Puede que después de la guerra.

—¿No les dicen qué escribir?

—Nah, solo hay que someter los artículos a la aprobación de la Oficina de Comunicaciones Corporativas antes de publicarlos. Hay mucha libertad a la hora de escribir, siempre que se traten los temas aprobados.

—Para los ciudadanos —dije.

—Solo los ciudadanos pueden ser periodistas —dijo Jones.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque así son las cosas —Jones se encogió de hombros.

—Es una ventaja del modelo de ciudadanía —dijo Muñoz—. Los periodistas ciudadanos tienen más que perder si el mensaje corporativo no es coherente. Quiero decir, si aquí Dietz difamara públicamente a Teni, no tendrían gran cosa que quitarle.

—Que te den —dije.

—Me parece muy pesimista —dijo Jones—. Los ciudadanos, simplemente, están mejor preparados para hablar elocuentemente de esos temas. Ya sabes, tenemos educación.

La carcajada de Muñoz fue tan fuerte que sonó a chirrido.

—Los de familia ciudadana de toda la vida estáis cortados por el mismo patrón —dijo—. Es como hablar con un póster de propaganda.

—¿Qué? —dijo Jones.

—A Andria no le dejaron decirnos qué tenemos por delante —intervine, porque no me gustaba el derrotero que estaba tomando la conversación. No me gustaba hablar de política.

—¿A qué viene eso? —dijo Muñoz.

—La censuraron cuando intentó contarnos qué pasa esta semana.

—Estupendo —dijo Muñoz, apuñalando la comida y fulminando a Jones con la mirada—. Eso siempre es buena señal.

Había un buen motivo para la censura. La corporación tiene sus motivos. Se protege.

A continuación llegaban los módulos de tortura.

Nos hicieron formar un jueves por la mañana. Hacía calor y, con la humedad, todo estaba cubierto de una fina capa de rocío.

—El enemigo os hará un montón de cosas horribles —dijo el instructor—. Nuestro trabajo consiste en prepararos para ello. Por eso vamos a ser los primeros en haceros un montón de cosas horribles.

Muñoz puso cara de fastidio.

Yo no. Miré fijamente al instructor, con la esperanza de hacerme una idea de lo que nos esperaba.

No voy a hablar de los módulos de tortura, al menos de momento. Diré que fueron tres días de mierda. Diré que las experiencias inmersivas son inmersivas de cojones. Diré que después de eso deberían habernos mandado a todos al loquero.

Pero no fue así.

Al menos de momento.

Seguimos adelante.

Seguimos adelante.

Porque en eso consiste la guerra.

Se sigue adelante hasta que se acaba.

O hasta que se muere.

5

—Me he dado cuenta de que esta es la semana en que os enseñamos a no morir de hambre —dijo el instructor—. Supongo que es necesario, teniendo en cuenta que vamos a dejar vuestros culos blanditos en el bosque, para que os hundáis u os coman los jaguares y los parásitos.

Estábamos en formación, el día uno de la semana tres. No había sentido tanto cansancio en toda mi vida. Muñoz estaba a mi lado, oscilando de un pie a otro. Lo que no había dicho el instructor sobre el campamento de tortura virtual era que vivir un horror tras otro dificultaba el sueño considerablemente. Y cuando se conciliaba llegaban las pesadillas. Aún me parecía ver mierdas por el rabillo del ojo: niños con la cabeza reventada, hombres con machetes ensangrentados. Aún percibía el hedor metálico de la sangre. Gruñí en un intento de disiparlo.

—Hoy salimos de caminata, chavales —dijo el instructor—. Cuando terminemos sabréis qué es el dolor. Entenderéis el verdadero agotamiento. Y lo más importante, seréis capaces de alimentaros en vez de intentar comeros entre vosotros.

Unos cuantos reclutas se rieron, en la parte de atrás. Supuse que serían de los que habían sabido librarse de los módulos de tortura. Al parecer era posible salir de ellos, pero puede que solo lo consiguieran tres o cuatro por promoción, y siempre los ascendían a Inteligencia. Muñoz no había estado entre ellos, y seguía cabreada.

Los instructores nos hicieron caminar cincuenta kilómetros selva adentro. Al principio seguíamos un sendero desgastado, pero después, los ciento veinte que quedábamos tuvimos que avanzar campo a través. Alrededor de las doce hubo un descanso de quince minutos para beber, mear y comer barras de proteínas, y después seguimos caminando.

Jones empezó a quedarse rezagado detrás de Muñoz y de mí. Tenía la mirada perdida de quien tiene la cabeza en otro sitio. Le eché agua a la cara.

—¡Mueve el culo, Dietz! —gritó el instructor desde delante—. ¡Muñoz! Estás malgastando aliento ahí detrás con Jones. Si os quedáis atrás, no podréis

alcanzarnos. ¡Vamos! —El instructor iba en un jeep a nuestra velocidad, en la carretera de más abajo. Por qué cojones no podíamos caminar por la carretera es algo que se me escapa. Había otro jeep en la parte trasera, para hostigar a los remolones.

Apretamos el paso.

Ya había oscurecido cuando volvimos a descansar. El instructor y sus ayudantes aparcaron frente a nosotros, en un claro. En el centro había ocho mesas plegables, y a su alrededor, unas cuantas cajas de madera.

En serio, pensé que las cajas estaban llenas de munición, de granadas. Pensé que iban a dispararnos a ver quiénes sobrevivían a un ejercicio con fuego real. Con esa gente, ¿quién sabe?

Nos dieron agua. Entonces empezó el espectáculo. Nos colocamos alrededor de las mesas, a la expectativa, como corderos en el matadero.

—Bien, chavales —dijo el instructor; se encaramó a una mesa y se puso en jarras con los puños cerrados—. ¿Tenéis hambre? ¿Estáis dispuestos a curraros la cena?

Los ayudantes volcaron las cajas.

Salieron dos docenas de conejos gordos y blancos, que se pusieron a saltar alejándose de las cajas. Roían un poco de hierba y seguían saltando.

—La tarea es sencilla, chavales —dijo el instructor—. Os buscáis un compañero y cazáis la cena. La matáis. La desolláis. Os la coméis. Que no se os adelanten los otros bichos de la selva. Si queréis, los ayudantes os echarán una mano. ¡Vamos!

Atrapé un conejo; fui quien primero lo conseguí. Me quedé mirando sus vacuos ojos negros. Se acercaron Muñoz y Jones, sin duda dispuestos a dejarme hacer el trabajo sucio. Probablemente era la primera vez que miraban a su cena a la cara.

—¿Qué te pasa, Dietz? —dijo el instructor—. ¿Tienes reparos?

—No, mi sargento —dije.

—¡Pues muévete! ¿O quieres morirte de hambre? Es la costumbre, ¿no?

Me quedé mirando al conejo que pateaba entre mis manos. A mi alrededor, otros chicos que ni siquiera habían aplastado una araña en su vida intentaban decidir cómo matar a un conejo. Los conejos heridos se escapaban hacia la selva, seguidos por reclutas extenuados.

—Sé matar a un conejo. Lo que pasa es que no sé si es necesario, mi sargento.

—¡Mata a ese conejo y cómetelo, Dietz! —dijo inclinándose sobre mí—. Es una puta orden. ¿Ya te parece más necesario?

Lo miré a los ojos. Se supone que no debemos, pero tengo un problema con la autoridad. Odio que me digan qué hacer. Me dan ganas de contraatacar, de incordiar, de evadirme, de liarme a puñetazos o empujones, de ponerme desafiante.

Me saqué el cuchillo del cinto, sin dejar de mirar al instructor, y rebané la yugular del conejo. La sangre salpicó la cara del instructor. Habría sido más clemente desnucar al conejo con una rama, pero no había ninguna a mano y me venía mejor que hubiera sangre.

—¡Me cago en todo! —gritó el sargento, pasándose la mano por la cara.

Entonces le retorcí el cuello al conejo, con un fuerte tirón. Ya lo estaba pasando bastante mal, y con voto de venganza o sin él, yo no era ningún monstruo. De momento.

—¡Cincuenta flexiones! —gritó el instructor.

—¡A tomar por culo! —dije.

Me dio una hostia. Con fuerza.

Oscilé y perdí el equilibrio.

—En todas las promociones hay alguien como tú —dijo el instructor, cerniéndose sobre mí—. Algún despojo venido a más que intenta demostrar que su mamá no era basura. Pues tengo una noticia para ti, Dietz: siempre serás basura.

Tenía la cara contra el suelo y me preguntaba si de verdad quería levantarme para que me cayera otra hostia. El instructor no era un niño jactancioso que intentaba hacerse el duro, como Frankie. Sabía cómo matarme. Sabía cómo hacerme daño sin dejarme una marca. No sería la primera vez.

—Mi sargento...

—¿Cómo dices? —Me hundió más la cabeza en el barro.

—A la orden, mi sargento.

—¡Arriba!

Me levanté a duras penas. Los demás se afanaban, mal que bien, en matar y desollar sus conejos. Un par de reclutas flacos ya tenían un cadáver en el fuego. El olor recordó a mi agotado cuerpo que tenía un hambre canina. Me rugió el estómago, con un dolor agudo y punzante que me dobló por la mitad. Jones y Muñoz daban vueltas al conejo muerto, sin saber qué hacer.

—Vuelve al campamento. Quédate en posición de firmes junto a la bandera

hasta que te diga que puedes moverte.

Para llegar al campamento tenía que desandar cincuenta kilómetros. Me moría de cansancio y deshidratación. Me hacía una idea de lo que supondría eso. Me quedé con la boca abierta, sin llegar a decirlo.

—¡Mueve el culo, Dietz! ¿Me tomas por un puto loro? No pienso repetirme.

Pasé junto a él dando tumbos, aún grogui por el golpe en la cabeza. Capté la mirada de Muñoz, que se apresuró a apartar la vista. Seguí a trompicones, intentando dar con el camino. El instructor me dio una patada en el culo y trastabillé, pero conseguí no volver a caer y seguí andando por donde habíamos llegado. Me ardían las piernas, dos trozos de carne muerta al final del cuerpo.

Cincuenta kilómetros. Mierda.

Seguí avanzando.

Había cazado el conejo. Me había ganado la comida. Me había ganado el descanso. Me había ganado el sueño. ¿Por qué estaba volviendo? Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Dar media vuelta y que me ahogaran en barro? Tenía la vista nublada.

No hay más remedio que seguir.

Durante los treinta primeros pasos me impulsaron la angustia y el pánico. Después me quedé en blanco. Cincuenta kilómetros, mierda, cincuenta kilómetros. Todo el camino de ida pasó por delante de mis ojos. Vomitar, cagar en zanjas, y los temblores, hostia, los temblores, el esfuerzo interminable.

Seguí andando; ya me ardía el pecho. «Puedo con esto —me decía—, puedo soportar cosas peores. Quiere anularme físicamente. Quiere que me queje. Quiere que dé media vuelta, me ponga de rodillas y le suplique agua, que le suplique comida. Quiere extenuarme, quiere hacerme limpiar letrinas hasta que no pueda más y me eche a llorar por la muerte de mi madre y por la muerte de mis sueños de ciudadanía.

Este era el módulo de tortura en la vida real.

No hay que pensar en el propio cuerpo. No hay que pensar en la distancia. No hay que pensar en el agua, en gloriosos estanques cristalinos, frescos y transparentes como la lluvia de primavera. No hay que pensar en cómo el cuerpo consume grasa, la quema hasta que se acaba y entonces empieza con el músculo.

No hay que pensar.

El hambre abrasa y después desaparece. Abrasa. Parece que va a matarnos, pero no es así; se desvanece, como el agotamiento. Ya lo sé, porque crecí con hambre. Me despertaba con hambre. Me iba a dormir con hambre.

Recuerdo estar buscando desperdicios en la orilla de un fangoso río llamado Tajo Luz, con mis primos. Mi hermano era demasiado pequeño; mi madre aún lo llevaba a la espalda. Con él a cuestas, iba por delante de nosotros arañando la arena con un rastrillo casero, para descubrir desechos ajenos.

Más adelante, cuando la arena daba paso a la maleza, capté un movimiento por el rabillo del ojo y trepé por las dunas bajas. En lo alto había una madeja retorcida de tiras de plástico, ramitas, rebabas de aluminio y fibras sintéticas, y un polluelo de paloma medio dentro, medio fuera del nido. Tenía un ala extendida y la agitaba fútilmente. Cogí a la pobre criatura entre las manos.

—No pasa nada —murmuré, pasándole el dedo por la cabeza temblorosa. Notaba los latidos del corazón en la palma de la mano.

Bajé la duna como un tobogán y alcancé a mi madre. No llevaba zapatos, pero ya casi no notaba la arena pedregosa de la orilla. Tenía los pies sucios y callosos, trozos de carne recia.

—¡Mamá! —grité, con el ave herida en la mano. Se volvió; la melena negra le ondeaba sobre un hombro. El sol salía a su espalda, denso y viscoso como la yema de huevo fresco—. ¡Mamá! Se ha hecho daño. ¿Podemos quedárnoslo?

—Vamos a llevárnoslo a casa —dijo, y me apartó el pelo de la cara. Me recordó a mí cuando acaricié la minúscula cabeza del pájaro.

Sonreí de oreja a oreja.

Volvimos a casa con el polluelo, además de seis moluscos, un poco de alambre de cobre y un trozo de metal de un metro de largo en el que se distinguían, desvaídos, los círculos del logotipo de NorRus.

Aquella noche dormí junto al polluelo. A la mañana siguiente, mi madre lo desplumó y lo cocinó entero. Me gustaría decir que no tuve estómago para comérmelo, pero si alguien piensa que no deseaba meterme ese pajarillo en el gaznate a pesar de haber estado cantándole la noche anterior, es que nunca ha pasado hambre.

Se lo comió mi madre, para tener bastante leche para mi hermano. Yo me quedé en el suelo con las piernas cruzadas, frente a ella, y la observé devorarlo de tres bocados crujientes.

No lloré hasta que se fue para recibir a mi padre, que volvía de una expedición a los vertederos de desechos médicos de la academia de instrucción militar cercana. Hasta que en Teni necesitaron más pilotos para la guerra contra Marte, no fuimos nadie. Despojos. Como todos los demás de allí.

Me apreté las rodillas contra el pecho y lloré de hambre. Lloré porque quería

que acabase el dolor.

Tropecé con mis propios pies, aún conservo vívido el recuerdo, y me di con el barro. La caída fue un alivio. Me quedé allí, respirando trabajosamente, llenándome del olor a tierra; sentía entre los dedos el pringue de las hojas podridas.

La primera vez que los agentes de Seguridad Corporativa de Tene-Silvia fueron a por mi padre fue dos años después de que obtuviéramos la residencia; dos años después de que se pusiera a conducir lanzaderas entre Marte y la Luna. En Teni pusieron a nuestra disposición viviendas en condiciones, y raciones básicas. Pero mi madre ya estaba muriéndose para entonces, consumida por alguna enfermedad crónica cuya curación solo estaba al alcance de los ciudadanos; solo ellos tenían acceso a la asistencia médica avanzada, y nosotros estábamos muy lejos de eso. Yo tendría trece o catorce años, y mis padres me inspiraban a la vez orgullo y vergüenza. Mi hermano se quedaba en casa a cuidar de mi madre; era un poco menos despierto que yo y no había aprobado los exámenes de ingreso en la educación básica. Solo los ciudadanos obtenían ayuda en casa; los residentes teníamos que apañárnoslas por nuestra cuenta.

Mi padre escuchaba un montón de emisiones ilegales. Veía vídeos y ejecutaba inmersivos que no estaban aprobados por la corporación. Yo no entendía por aquel entonces por qué lo hacía.

Cuando los de seguridad corporativa nos echaron la puerta abajo, yo acababa de sentarme a la mesa de la cocina y me quejaba de que hubiera pan tostado sin más. Recuerdo ese detalle porque ahora me parece estúpido, pero con catorce años se me antojaba importante que fuéramos como todos los demás, y todos los demás se untaban las tostadas con mantequilla. ¿Por qué nosotros no?

—Haz lo que te ordenen —me dijo mi padre, sujetándome por los hombros.

—¡Al suelo! ¡Todos al suelo! —gritaban.

Mi padre me arrastró consigo.

—¿Y Tomás? —dije.

—¡Mi hijo! —dijo mi padre—. Mi hijo está en el dormitorio, ahí, con mi mujer. No le hagan nada, por favor. Es un poco lento.

—¡No se muevan! —Dos agentes de seguridad nos apuntaban a mi padre y a mí, mientras que los otros cuatro irrumpieron en la habitación.

Los de seguridad iban de negro: máscara negra, casco negro, botas negras.

Llegó del dormitorio un gemido de mi hermano. Oí la débil voz sibilante de mi madre.

—No hemos hecho nada malo —protesté.

—¡Cierra el pico! —dijo el tiarrón que sujetaba el arma contra mi espalda.

Arrastraron a mi hermano a la salita, con nosotros. Lo empujaron al suelo, entre gritos y pataleos. Solo tenía diez años, pero era grande. Una agente le dio un culatazo en la cara. Le partió la nariz. Salpicó la sangre.

Mi padre fue a acercarse, y la agente le estampó el arma contra la cabeza. Se quedó tirado. Otros dos agentes sujetaban a mi hermano, que lloraba y sollozaba, escupiendo sangre, mocos y los dos dientes de delante.

Yo temblaba contra el suelo.

Una mujer que llevaba una bata blanca entró por la puerta rota. La acompañaban dos soldados; soldados de verdad, no agentes de seguridad. La mujer llevaba botas rojas, y las manos, nervudas, entrelazadas a la espalda. Estaba muy recta, tan flaca que me recordaba una grulla, con la cabeza ligeramente ladeada, curiosa. Se detuvo nada más cruzar el umbral a examinar el suelo ensangrentado, nuestro humilde piso.

—Aquí hay una madre, ¿no? —dijo.

—Está enferma, mi sargento —respondió un agente—. Ahí atrás. Atada.

—Pues desátenla.

—He dejado a Martiana con ella.

—¿Eso es lo que les he pedido?

—¡Martiana! ¡La sargento quiere que saques a la mujer!

—Por favor —dijo mi padre—. Por favor, no la muevan. Está muy enferma y dolorida.

—¿Usted es el capitán Dietz? —preguntó la sargento. Llevaba guantes blancos y pasaba un dedo por el dintel de la chimenea, donde teníamos la pantalla.

—Así es. —El título de mi padre correspondía a su trabajo de piloto de lanzaderas; no era un rango militar. La forma en que la interrogadora dijo «capitán» sonó casi burlona. En ese momento la odié más de lo que había odiado nunca a nadie.

—¡Martiana! —gritó el agente de seguridad.

La mujer de blanco levantó la mano.

—Un momento. Dietz es un apellido alemán. ¿No es así, capitán?

—¿Qué tiene que ver eso con...? Ni idea.

Pasó los dedos por el dintel de la chimenea.

—Alemania. Germania. La zona germánica. La vieja Europa. Ahora forma

parte de Evecom. Después de una de las primeras guerras capitalistas vinieron muchos alemanes a lo que por entonces era Argentina. ¿Lo sabíais? Ahora está dividida en doce zonas. La mayoría de aquellos inmigrantes acabaron en el actual Nueva Buenos Aires. Queda bastante lejos de aquí, ¿verdad?

—No sé —dijo mi padre—. Mi familia era de São Paulo.

—Ah, claro. El campo de trabajo. Siempre me pregunté cómo consiguen escapar de ahí los despojos.

—Era útil —dijo mi padre.

—Salta a la vista, pero ¿a quién resultaba útil? ¿Al mejor postor? ¿Teni pagaba más que Evecom? ¿Que Masukisan? ¿Marte llegó a ofrecerle trabajo?

—Por favor —dijo mi padre—. Mi familia no ha hecho nada malo.

—Alrededor de doce mil de esos inmigrantes alemanes eran antiguos nazis. ¿Sabe qué es un nazi, capitán?

—Me suena la palabra.

—Le sonará como insulto, tal vez, pero no conoce la historia. Estaban tremendamente organizados y no se apartaban de su meta. También eran altos de cojones, y eso ayudaba. Tenían a los químicos e ingenieros mejor formados, y les daban buen uso. Todos los obreros de las fábricas, los soldados, los tenderos y las embarazadas iban hasta las cejas de una metanfetamina de baja dosificación llamada Pervitin. La astenia, la fatiga, el estrés postraumático, la depresión postparto... Lo recetaban para todo. El fármaco milagroso. Pero a la larga demostraron ser miopes. El uso prolongado provoca delirios y psicosis. Se hicieron demasiado ambiciosos, demasiado deprisa. Como ustedes se han hecho ambiciosos.

—Se lo he dado todo a Teni...

—Díganos dónde está el contrabando —dijo la mujer— y no pondremos el piso patas arriba. No molestaremos a su mujer. Aún podemos ser civilizados, profesor. —Detuvo los dedos bajo el extremo derecho del dintel. Oí un leve clic—. Ah. —La pantalla cobró vida con un paisaje. Una montaña erosionada a lo lejos, más allá de un campo de altramuces en flor—. Qué espectáculo más interesante... para un canal seguro. ¿Sabía que veníamos, capitán? ¿Por eso alteró el origen de la transmisión?

—Viene de mi despacho —dijo mi padre—. Puedo llevarlos allí. Por favor, dejen en paz a mi familia.

—Precioso —dijo la mujer, y apagó la pantalla—. El capitán Dietz nos lleva de visita a su despacho.

Cuando volvieron a aparecer con mi padre, dos meses después, estaba... distinto. Sé que debían de haberlo torturado, pero no tenía marcas visibles. Sin embargo, había envejecido en esos dos meses. Cuando me miraba era como si se fijase en algo que estaba más allá. Se sentaba en el balcón a ver pasar los barcos por el puerto; cuando más le gustaba era cuando llovía.

Un día volví de clase y me lo encontré en el balcón, calado hasta los huesos. Lo cogí por el brazo.

—Vamos adentro.

Cubrió mi mano con la suya, me miró a los ojos y dijo:

—Acepta la realidad. Esta realidad. Así estarás a salvo por ahora, ratoncito. Pero prométeme que cuando seas mayor te harás preguntas. Prométeme que aspirarás a un futuro distinto del que te proporcionamos.

—De acuerdo —dije, aunque no entendía lo que me pedía. No del todo.

Seguía sin entenderlo del todo, en aquella zanja, pero la anécdota me recordaba lo lejos que habíamos llegado. Toda mi familia había muerto ya. No quedaba nadie. Habían querido que llegara hasta aquí para que pudiera aspirar a la ciudadanía en alguna gran corporación, y los buenos hijos no podían rendirse.

—Levanta, Dietz —dije—. Arriba.

Me puse en pie; lo conseguí haciendo como que movía el cuerpo de otra persona, sin prestar atención al dolor insistente que me decía que me estaba provocando daños permanentes. ¿Qué más me daba, si el cuerpo no era mío?

Era de Tene-Silvia.

Arriba, Dietz.

Me había levantado. Un pie delante del otro.

Los ejércitos corporativos quieren anularnos, eso lo sé. Quieren hacernos cachitos y reconstruirnos. Quieren extraernos todo lo blando, todo lo pringoso, los depósitos de grasa que nos mantienen calentitos y seguros. Quieren reducirnos a los huesos, ver los músculos resplandecientes y las vísceras blanduzcas.

Mientras caminaba por aquella carretera negra, entre temblores y alucinaciones, tuve un momento de miedo atroz. Cuando me hicieran cachitos, ¿qué encontrarían dentro?

6

El amanecer me golpeó como una resaca. Sentí durante mucho tiempo que se aclaraba el cielo; tanto tiempo que creí tener alucinaciones. Los chirridos y trinos de los pájaros y de otros bichos reptantes y saltarines me convencieron de que había vivido para ver otro día. Encontré por el camino una piedra y me la puse debajo de la lengua, como me había enseñado mi madre. Durante mi niñez siempre estábamos hambrientos y sedientos, y chupar una piedra hace que la boca produzca saliva, lo que reduce la necesidad de agua. Pero más adelante había aprendido que solo era un truco. Intenté concentrarme en algo que no fuera la incomodidad. El cielo, los pájaros, el camino. No tenía ni idea de dónde estaba.

Doblé una curva a trompicones y vi la señal del principio del sendero. Me quedé sin aire y me apoyé contra un árbol. Por debajo de mí, el patio de armas despejado que rodeaba nuestros barracones se extendía interminablemente. La bandera del centro del campamento ya ondeaba en lo alto. Quería lanzarme al suelo y esperar que la gravedad hiciera el resto.

Pero ver los barracones me reavivó las energías. Moví las piernas muertas. Seguí arrastrándome hasta que rocé con los dedos el asta de la bandera. Quería ir a la cantina y rogar agua, comida, una ducha, y dormir, dormir, dormir, pero no podía quitarme de la cabeza la cara del instructor, su boca pequeña de labios carnosos. Su puño. Su seguridad de que me rendiría. De que era una mierda. De que mi familia era una mierda.

Los barracones estaban en silencio. Supuse que mi promoción no había vuelto aún del ejercicio. Sin duda todos habían comido conejo fresco y habían dormido unas horas antes de emprender el regreso. Apoyé la espalda en el asta y me quedé de pie hasta que terminó de salir el sol, alto y tórrido, y disipó el rocío.

Somos capaces de hacer mucho más de lo que creemos. En eso consiste la instrucción obligatoria. Ver hasta dónde pueden empujarnos. Hasta dónde podemos empujarnos. Había caminado, había avanzado a rastras y al trote más del recorrido de dos maratones en veinticuatro horas. Pero no iba a caerme aún.

Aún no. No antes de ver al instructor. No hasta escupirle a la cara.

Debió de írseme la cabeza; el ruido de mi promoción, que regresaba, me devolvió a la realidad. Un vehículo iba en cabeza y otro controlaba a los rezagados, igual que en el camino de ida.

Cuando el jeep delantero aparcó frente al patio de armas, enderecé el agotado cuerpo y adopté la posición de firmes.

El instructor se apeó, con uno de los ayudantes. Caminaron hacia mí. La expresión del instructor era inescrutable.

—Estoy harto de verte, Dietz —me dijo—. Puedes retirarte.

—A la orden, mi sargento. Di un paso para alejarme de la bandera, con intención de dirigirme a los camarotes, pero me cedieron las piernas.

Caí fuertemente y me di con la barbilla en el hormigón.

El instructor llamó a los sanitarios y se acuclilló a mi lado.

—¿Pretendes dirigir una escuadra, Dietz? Aquí no nos gustan los héroes narcisistas. ¿Sabes qué es un narcisista? Un chaval idiota borracho de su propia mierda. A los héroes los matan. Matan a sus escuadras. Tú no vales una mierda sin tu equipo. Ni siquiera llegas del todo a mierda con él.

Aparecieron los sanitarios con una camilla y me llevaron a la enfermería. Me enchufaron a un gotero, y me trataron la deshidratación y el agotamiento en general.

Más adelante me enteré de que también habían castigado a mi grupo por mi transgresión. Perdieron dos horas de sueño y tuvieron que emprender antes el camino de vuelta. Cuando salí de la enfermería, al día siguiente, ni Muñoz quería hablar conmigo.

Seguimos adelante.

No hay descanso para el Ejército Corporativo.

—¿Qué sabéis del enemigo? —preguntó la sargento Older a la tarde siguiente, desde la parte delantera del aula. Era una mujer acerada, toda llena de ángulos. Rondaría los cincuenta años, aunque era difícil calcular su edad porque tenía media cara quemada por el ácido o por alguna explosión (no pregunté nunca; ni yo ni nadie). Llevaba un montón de condecoraciones en la chaqueta. Su brazo izquierdo era un híbrido de orgánico y máquina, y cojeaba al andar. Me pregunté si debíamos interpretarlo como una advertencia o como una promesa.

Teníamos al menos tres horas de clase al día. No me iba eso de levantar la

mano, pero me llamó al estrado.

—¿Qué sabes tú, Dietz?

—Que son extraterrestres, mi sargento.

Cuatro o cinco personas resoplaron desdeñosamente.

—En fin, es un buen comienzo. ¿Lo has aprendido en un libro?

—Mi sargento —dijo Martínez—. Se volvieron contra nosotros después de que les cediéramos tierras en Canuck. Se pusieron a disparar a los bebés en sus cunas..., mi sargento.

No había visto carteles propagandísticos fuera de Tene-Silvia. No sabía que siempre se dice lo mismo de cualquier enemigo que se tenga. Lo único que sabía era lo que me decían. Todos los enemigos disparan a los bebés en sus cunas. Es bastante sorprendente.

—En efecto, son extraterrestres —dijo la sargento Older—. ¿Cómo empezó este conflicto?

—Oodian nuestras libertades, mi sargento —intervino de nuevo Martínez.

—¿Por qué?

Silencio. Al fondo del aula había una mujer dormida. Roncaba tan fuertemente que la sargento la despertó de un golpe en la frente y le ordenó dar una vuelta al patio.

—¿Os resulta aburrido? —preguntó la sargento Older—. Conocer al enemigo es la mejor forma de derrotarlo.

—Creo que la estrategia militar —dijo Jones— es mejor que eso para derrotarlos..., mi sargento.

—¿Y en qué basarías tu estrategia, Jones?

—En la experiencia. Mi sargento.

—¿Qué experiencia? ¿La de ser ciudadano?

Jones ya tenía la piel oscura, pero se le oscureció más aún.

—Combatimos a un enemigo que nos mordió la mano con que le dábamos de comer —dijo la sargento—. Como un animal rabioso. Un enemigo así es imprevisible.

—¿No lo son todos? —dijo Muñoz.

—No. ¿A quién combatimos? Entregamos a esos extraterrestres la mitad del hemisferio norte para que la rehabilitaran, porque había quedado destrozada tras las guerras de las Semillas y el cambio climático. A nadie le importaba quién colonizara ese territorio; ni siquiera a CanKrushkev. Era su territorio. Allí no creció nada hasta que llegaron los extraterrestres. Tenían la tecnología que

desarrollaron cuando se independizaron de nosotros, de la Tierra, y establecieron sus colonias comunistas en Marte.

—Mi sargento —dijo Jones—, ¿qué tecnología era esa? La que usaron para devolver la fertilidad a Canuck.

—Eso no tiene importancia, Jones. No nos vayamos por las ramas. No habíamos tenido contacto con ellos desde que se escindieron, por lo que nos sorprendimos cuando unos cuantos pidieron volver. Supongo que creían que estaban salvándonos, pero no necesitábamos que nos salvaran. Esa tecnología, fuera lo que fuera, eliminó la radiación y restableció el suelo, probablemente igual que hicieron en Marte tras las Revueltas del Agua. Y se pusieron a cultivar. Confiábamos en ellos, pero nos traicionaron. No hace falta que os lo explique; podéis experimentarlo.

La sargento Older sacó una serie de experiencias aumentadas e inmersivos para que lo viviéramos de primera mano, para que sintiéramos que estábamos ahí y presenciáramos los horrores que hicieron nuestros padres cuando los extraterrestres se volvieron contra nosotros. No era agradable; nunca lo es. Saben qué enseñar. Saben cómo funcionamos. Saben convertir a las personas en extraterrestres. A los jóvenes en monstruos.

Después teníamos ejercicios de tiro. Formamos en hilera para practicar con las bayonetas, ensartando muñecos hechos de carne y piel reales, cultivadas en laboratorio.

—¡Clavad con ganas! —gritaba el instructor—. ¡Es el enemigo! Poned cara de combate, cucarachas apestosas. ¡Es el enemigo que voló la puta Luna! ¡El que se cargó a dos millones de los nuestros con el Blink! ¡Destripadlos! ¡Destripadlos!

Todos nuestros blancos parecían personas. Todos nuestros blancos hacían de marcianos.

La gente pregunta cómo son los extraterrestres. No puedo decir que haya visto ninguno fuera de los boletines de noticias de las corporaciones. Las imágenes que nos mostraban eran de hombres y mujeres larguiruchos con expresión despectiva, envueltos en ropa de colores y cargados con armas de fuego alienígenas, exageradamente grandes, con las muescas de las bajas en la culata. Solo eran personas. Como nosotros.

A estos es a quienes hay que matar. Así es como se mata. Se mata sin pensar. Se mata. Se mata. Se mata.

Recuerdo la primera vez que me elogió el instructor. Lo recuerdo

vívidamente, incluso ahora. Muñoz y yo estábamos en el campo de tiro, yo con el fusil de francotirador y ella tendida detrás de mí, haciendo de avistadora. Siguiendo sus instrucciones, ajusté el ángulo según el viento.

El blanco cuyo rostro aparecía en la mira era una mujer delgada llena de arrugas. Llevaba gafas oscuras y una cinta roja en la cabeza. La carne no era real en los ejercicios de tiro a distancia, pero parecía de verdad. Hasta se movía; las manos subían y bajaban, y parpadeaba.

Disparé.

La alcancé justo encima del ojo izquierdo. Me aparté de la mira y ahí estaba el instructor, por encima, inspeccionando mi disparo con la lentilla.

—Buen disparo, Dietz —dijo—. Muñoz.

Solté todo el aire. Sentí un alivio tan profundo que ahora casi me da vergüenza hablar de ello. Quería complacerlo, por mucho que lo odiara. Y la única forma de complacerlo era matar sin vacilaciones.

Así es como nos anulan.

A la semana siguiente nos mandaron armados a un simulacro de reconocimiento: un ejercicio de equipo. Consistía en capturar la bandera, básicamente, con más riesgo. El curso se llamaba «Orientación en Tierra» y me parecía una tontería, ya que todos llevábamos GPS integrados en los rastreadores y en la pantalla interna.

—El equipo ganador no tiene que hacer EF al día siguiente —dijo el instructor—. Y puede dormir dos horas más. Y pasar una hora más mirando los mensajes de su casa. ¿Cómo suena eso, niños?

Con cuatro semanas de instrucción obligatoria auestas, no hacer EF y dormir nos parecía la maravilla absoluta.

—Mis colegas no dispararán munición real durante este ejercicio —dijo el instructor—, pero tendréis desactivadas las comunicaciones todo el rato. Estaremos controlando vuestros rastreadores, pero no intervendremos si no es absolutamente necesario. Vuestros equipos tienen que orientarse y llegar al punto de reunión, donde recogeréis la carga y la traeréis hasta aquí. Tenéis tres días.

Formé equipo con Jones, un chaval que siempre tenía la boca abierta llamado Hadid, a quien todos llamaban Quijada, y Vargas, una mujer alta y rolliza a la que llamábamos Abuela porque nos sacaba sus buenos cinco años. No le hacía gracia el mote. Yo nunca lo usé en su cara.

Nos dieron fusiles de pulsos, una cantimplora, un mapa de papel y una brújula.

—¿Quién coño usa mapas de papel? —murmuró Abuela.

—¿Crees que te estamos vacilando, Vargas? —dijo el instructor, plantado frente a ella—. ¿Crees que Teni te está haciendo perder el puto tiempo? ¿Que malgasta el dinero en un ejercicio que no vale la pena? Os podéis encontrar desconectados si un pulso electromagnético os fríe el equipo. ¿Sabéis cómo es eso, chavales? Es como si os frieran las cajas inteligentes y los dispositivos que tenéis en casa. Puede freiros la interfaz, el rastreador y toda esa mierda tan cara de la corporación, el cableado de la cabeza. Os quedaréis ciegos, chavales, y

cuando alguien se queda ciego, ¿qué aprende?

—Braille, mi sargento —dijo Jones.

—Eso es, Jones. Que le den una puta estrella de oro a este lameculos. El mapa y la brújula son las putas herramientas que necesitas si las cosas se ponen feas de verdad. Que Teni pueda sumar dos y dos por vosotros no significa que se encargue de todas las matemáticas.

Abuela puso cara de fastidio.

—Te he visto, Vargas —dijo el instructor—. ¿Qué tal si ponemos a Jones al mando de la escuadra para vuestra fiestecita? Dietz y Hadid no tienen una neurona entre los dos, y como sigamos haciéndote correr, Vargas, acabarás siendo capaz de adelantar a un despojo con disentería. Hacerte obedecer a Jones es suficiente castigo.

Nos llevaron en transporte aéreo hasta la selva y nos lanzaron a patadas como si fuéramos contenedores. El golpe contra la tierra me dejó sin aliento. Menuda forma de empezar otro ejercicio.

Me quité la venda de los ojos. No veía ningún otro equipo cerca; me pregunté a cuánta distancia nos estarían soltando. Jones tenía el mapa. Quijada, Abuela y yo nos apelotonamos a su alrededor. Llevábamos fundas militares, de material orgánico que regulaba la temperatura y mantenía a raya al grueso de los insectos. Los llamábamos condones, que era un nombre tan bueno como cualquier otro. Estaba bien tener algo de protección, pero resultaban tremendamente incómodos. Estábamos en pleno diciembre, caluroso y húmedo, y los mosquitos salían de la maleza en bandadas para abrirse paso, hambrientos, por las costuras que separaban las fundas de nuestra piel.

Jones dobló el mapa. Era topográfico; a un ciudadano como él debía de parecerle una herramienta para hacer conjuros mágicos.

—Espero que prestarais atención en aquella clase sobre los tipos de terreno —dijo Quijada—. Yo me pasé dormido la mitad.

Jones inclinó la brújula a la derecha y luego a la izquierda. Suspiré.

—Déjamela a mí.

—Siempre te dormías en las clases de orientación, Dietz —dijo Abuela—. No me jodas. Yo me encargo de la brújula.

—Crecí sin acceso a GPS. ¿Cómo crees que se orientan los despojos?

—¿Qué? ¿No hay ningún despojo con interfaz? —preguntó Jones.

—La tecnología es de las corporaciones —dije; cogí el mapa y seguí las líneas del terreno—. Hay dispositivos piratas, pero no tantos como podríais

pensar. ¿Dónde está el norte, Vargas?

—Por ahí. —Señaló—. Hacia la cima de ese risco.

Mi madre me había enseñado a interpretar mapas a los siete años. Casi siempre, cuando íbamos a buscar desperdicios alrededor del territorio de las corporaciones nos orientábamos a ojo, pero unas pocas veces al año, mi madre y yo nos adentrábamos en la selva en busca de tesoros del mundo precorporativo que quedaran por descubrir. El mapa que usaba era antiguo, decía que de su abuela, de un material sedoso hidrófugo. Era posible metérselo en el bolsillo como si fuera un pañuelo y sacarlo después sin una arruga, como nuevo. Si se dejaba un rato al sol, las líneas del contorno de las elevaciones resplandecían en la oscuridad. Me encantaba aquel mapa. Me pregunté qué habría sido de él tras la muerte de mi madre.

Este mapa era mucho peor: de papel normal, plastificado, pero estaba claro que no tenía nada fosforescente. Ya era difícil interpretarlo a la sombra de los grandes árboles. Lo situé de forma que la parte superior coincidiera con la aguja de la brújula y examiné el risco que se alzaba ante nosotros.

—Estamos en las estribaciones de una cordillera —dije, y señalé el risco—. Desde ahí bajan cuevas en tres direcciones, después de subir la que tenemos delante. ¿Puedes localizar agua?

Abuela se metió la brújula en el bolsillo y bajó un poco hacia el sur. Se detuvo junto a un barranco y recogió unas violetas, que colocó en el extremo del fusil, donde se encajaba la bayoneta.

—Mira que eres rara —dijo Quijada.

—Pásalo lo mejor que puedas —replicó Abuela—, porque esto no va a mejorar.

Jones y Quijada la flanquearon; uno siguió caminando hacia el este, y el otro, hacia el oeste.

—¡Eh! —gritó Abuela—. Aquí hay un arroyo.

—Lo tengo —dije al localizarnos en el mapa—. Si lo seguimos cuarenta metros, llegaremos a un campo; está marcado aquí. Después tenemos que seguir hacia el sur. ¿Vargas? ¿Jones? ¿Queréis comprobarlo?

Abuela miró el mapa por encima y asintió.

—Me parece bien. Después hay un cambio de elevación.

—Por aquí es más rápido —dije—. Estáis en forma, ¿verdad? ¿Quijada?

—Tenemos tres días para terminar —dijo Abuela—. Vamos a tomárnoslo con calma.

—¿No quieres ganar? —pregunté.

—Me gustaría sobrevivir.

—En estas pruebas no muere casi nadie —dijo Quijada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jones.

—Lo miré en el knu antes de alistarme. Sobre todo surgen problemas con el agua. Si nos aseguramos de tener agua, todo irá bien.

—Sabes que en el knu censuran esas mierdas —dijo Abuela—, hasta a los ciudadanos.

—¿Podemos movernos mientras hablamos? —Me dirigí al sur, hacia el campo.

Los otros me siguieron, aún discutiendo. Me alegraba del cambio de altitud, aunque solo fuera porque al quedarse sin aliento se les quitarían las ganas de hablar.

—Lo que se dice de la censura es exagerado —dijo Jones—. Se encargan IA que buscan palabras clave. Si no se utiliza ninguna, nadie revisa las transmisiones.

—Pero hay inspecciones aleatorias —dijo Quijada—. Como cuando cortan una carretera en busca de terroristas.

—No son tan aleatorias como crees —dijo Jones—. Dicen eso para que nadie se pase de la raya. Pero una de mis madres trabaja en Seguridad Corporativa, y dice que solo entran en las transmisiones de quienes hacen algo malo, son sospechosos o algo así.

—Literalmente cualquier persona puede ser sospechosa de cualquier cosa en cualquier momento —dijo Abuela—. Si le caes mal a un agente de seguridad, estás jodido.

—¿Vas a chivarte de nosotros a tu mamá, Jones? —se burló Quijada.

Cruzamos el arroyo, cuya anchura no era muy superior a mi altura, y nos dirigimos al campo. Estábamos a la vista, pero no contábamos con la posibilidad de que utilizasen fuego real. Mientras cruzábamos me di cuenta de que el instructor no había dicho nada sobre poner obstáculos a los otros equipos. ¿Eso invalidaría la victoria? ¿En los otros equipos ya estarían hablando de cómo joder a los demás?

Mantuve la boca cerrada, pero los ojos abiertos. Cada pocos kilómetros volvíamos a orientarnos mediante el mapa. El terreno era escarpado, y nos atenazaban el calor y los bichos pese a las fundas y las botas de calidad. Me subí la capucha de la funda, para alejarlos y para ahorrar agua.

Nos pasamos todo el día andando. Nos peleamos unas cuantas veces sobre nuestra posición, y al final acordamos parar a comer algo y dormir una hora. Había refrescado lo suficiente para que Quijada insistiera en encender el calentador. Me senté en el centro del círculo a bombear calor sin luz. Encendimos los frontales para repartir la cena, RC, desabridas raciones de campo que podían hacerse más tragables añadiéndoles agua, si se quería, o se podían engullir tal cual. En cualquier caso, eran bazofia; por eso Quijada las llamaba «raciones de caca». Seguro que también lo había mirado en el knu; era demasiado ocurrente para ser de su cosecha.

—Putos bichos —dijo Jones—. Seguro que en Marte no hay ni uno. ¿Por qué no estamos entrenándonos en un desierto?

—Súbete la capucha —le dije—. Ayuda un poco.

—No pienso ponerme la puta capucha. Me hace sentir un capullo gigante.

—¿Alguna vez no te sientes así? —repliqué.

—¿Tienes envidia, Dietz?

—No todos tenemos que ser tan capullos como tú, Jones —respondió Abuela.

Jones se puso en pie y se alejó de la fuente de calor. El frontal oscilaba con sus pasos, iluminando los grandes árboles húmedos y las enormes lianas que serpenteaban entre ellos. La selva estaba infestada de bichos; el frontal de Jones nos proporcionaba buenas vistas de todo lo que volaba, saltaba y se arrastraba por ahí. Normalmente no me importaban los bichos; crecí con una puta cucaracha de mascota, porque era una de las pocas cosas que mi madre no intentaría matar y comerse. Pero aquello era un poco demasiado hasta para mí.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A plantar un pino.

—Llevas todo el día meándote encima —le dije—. ¿Dónde esta la diferencia?

—La diferencia está en que quiero cagar como un puto ser humano.

Jones siguió adentrándose en la selva zumbante, chocando y maldiciendo por el camino.

—Ya no suena tan bien la recompensa —comentó Quijada—. ¿Tenemos que pasarnos tres días sin dormir para ganar y dormir dos horas más?

—Si demuestras que sabes leer un mapa y no morir, apruebas —dijo Abuela.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuántas veces has pasado por esto?

—Esta es la segunda.

—Yo creía que simplemente eras vieja —dije.

—Tengo veinticinco años, gilipollas. Me alisté nada más terminar la

educación básica, pero a las cinco semanas surgieron problemas y tuve que retirarme.

—¿Qué hiciste? ¿Te partiste la cabeza? ¿Measte encima de alguien, como Jones?

Abuela se apretó los muslos contra el pecho. A lo lejos se oían las ruidosas flatulencias de Jones. Siempre con problemas en el culo.

—¿Ya estás mejor? —gritó Quijada.

—¡Que te follen! —masculló Jones.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Abuela—. No pude dar el primer salto.

—¿En el despliegue de tropas, quieres decir? ¿Cuando nos convierten en luz?

—Sí. El salto. Intentaron disgregarme. No pudo ser.

—¿Tan horrible es? —pregunté.

—Aún no has pasado por ahí. No creo que lo entiendas hasta entonces.

—No te mató —dije—. Y parece que tienes todas las extremidades y todo lo demás.

—No me disgregué. Ni un poco. No habría podido perder una extremidad. Ni moverla. Todos los demás... Bueno —señaló hacia arriba—, los enviaron como superestrellas. Y yo me quedé plantada aquí abajo, con las botas en la tierra, mirando al cielo. Supongo que estoy demasiado llena de mierda para convertirme en luz.

—No entiendo qué pudo pasar —dije—. Todos estamos compuestos de... eso, de átomos y esas cosas. ¿Cómo es posible que no funcionara? Todos tenemos la misma composición.

—¿Tengo cara de científica? Toda esa mierda que nos inyectan nos cambia, como... el cuerpo, la forma en que se mantiene unido. Y cambiaron la fórmula hace un par de años. Volvieron a hacerme las pruebas y me dijeron que esta vez funcionaría. Supongo que mucha gente no lo pilla. Si se quieren cambiar las reglas para disgregar a la gente y volver a montarla, es necesario modificar a los humanos. Somos un hatajo de conejillos de Indias, ¿sabéis? Por eso les encantan las guerras a las corporaciones. Les dan la excusa para invertir en genética.

Jones maldijo; volvimos a oírlo caminar por la maleza.

—¿Qué coño es esto? —gritó.

—¿Te ha pasado algo?

—He pisado una mierda.

—¿La tuya?

—No, joder. Otra puta mierda. La hostia.

—Esto es la selva —le dije—. Hay mierda por todas partes.

Jones regresó al círculo de calor, pateando la tierra.

—Y todo por los putos socialistas marcianos —dijo—. Y por su puta guerra.

—¿Qué diferencia hay entre un comunista y un socialista? —preguntó Quijada.

Nos quedamos a la espera, creyendo que era el principio de un chiste.

—¿En serio? —dijo Jones.

—Pues sí. Vamos, sé que son lo peor, pero como la gente usa una palabra u otra indistintamente...

—Unos y otros quieren que trabajes para otras personas —le expliqué—. Quieren explotarte y echarte de comer a los haraganes.

—Piénsalo así —dijo Jones—. Estamos aquí pasando hambre y penurias por la corporación, y cagando entre los árboles de los cojones.

—No tenías por qué cagar entre los árboles —le recordé.

—Y por cada cincuenta flexiones que haces —prosiguió Jones—, ellos salen y dan de comer a algún despojo vago que se dedica a soltar bebés y a no hacer nada más que vivir de tu trabajo.

—En mi familia éramos despojos —protesté—. No éramos nada vagos...

—Claro —dijo Jones—. Trabajasteis duro y obtuvisteis la residencia. No todos los despojos son unos vagos, pero ya sabes...

—¿Casi todos?

—Si no, no serían despojos.

—¿Qué hiciste tú exactamente —le pregunté— para ganarte el derecho a voto y las prestaciones sanitarias antes de alistarte?

—Vete a la mierda —dijo Jones—. Nos lo ganamos todo.

—¿No se lo ganaron tus bisabuelos? —dijo Quijada—. Vamos, que Dietz tiene algo de razón.

—No necesito hurgar en la basura —dijo Jones— porque a mi familia le fue mejor que a la de Dietz. ¿Y qué? Buenos genes. El bando correcto en las guerras de las Semillas. La vida no es justa.

Abuela soltó un gruñido de desdén antes de hablar:

—Pero estás diciendo que lo es. Que si todo el mundo trabaja duro recibe el mismo trato que tú. Mi padre era residente, y mi madre, ciudadana. Él siempre tenía que trabajar más. No tenía acceso a muchas cosas a las que ella sí. Yo tampoco lo tenía; tengo que ganarme la ciudadanía por mi cuenta.

—No funciona así —dijo Jones—. ¿Por qué hacéis piña contra mí?

—Yo solo preguntaba —dijo Quijada—. Me alisté para llegar a ciudadano. Y sí, desde luego que lo merezco más que un despojo que no está aquí.

—No me importaría mandar a los despojos a la guerra —dijo Jones—. Mi madre...

—Estoy hasta los huevos de oírte hablar de tus putas madres —zanjé.

Ya habíamos apagado los frontales, así que no pude verle la expresión.

—No vamos a ganar, Dietz —dijo Jones—. ¿Qué tal si te relajas?

—¿La guerra o el ejercicio? —pregunté—. ¿Por qué te alistaste en realidad, Jones? ¿Te metiste en algún lío con la corporación? ¿Tus madres te echaron de casa? ¿Te humillaron en el campo de fútbol?

—¿Tú qué sabes? Estoy harto de tus paparruchas arrogantes. No eres nadie especial.

—¿Queréis callaros? —dijo Abuela—. Mira que sois cansinos. —Se puso a buscar un sitio para la colchoneta, que chirrió al contacto con la funda.

Me apoyé en el árbol que tenía detrás, aunque sabía que no era muy buena idea. Podía caerme encima una rama o una serpiente, y se acabó todo, por buena que fuera mi formación. La cólera me mantenía en vela a pesar del agotamiento. Quería ducharme y cagar en condiciones; entendía que Jones se hubiera ido entre los árboles. Empezaba a sentirme como un robot, con esa funda y con un arma enorme a cuestas.

No pretendía dormirme. Quería seguir con el cabreo. Pensaba en cosas cabreantes para seguir alerta. Desde luego que quería salir de debajo del árbol, pero me traicionaba el cuerpo. Eso de que nos habían convertido en superhéroes... Si éramos tan cojonudos, ¿cómo estábamos tan cansados? No deberíamos ni tener sed. El único motivo por el que nos usaban a nosotros en vez de robots era que salíamos más baratos. Preferían mandarnos a mandar a un ejército de drones. Más adelante me enteraría de que, además, a los marcianos les daba más reparo matar gente que abatir drones.

Quién lo iba a decir.

Abuela me despertó zarandeándome. Seguíamos a oscuras, pero los sonidos habían cambiado. Algún bicho hacía vup-vup por ahí cerca.

—Acaba de adelantarnos otra escuadra —dijo Abuela—. Jones ha ido a tenderles una trampa.

—¿Una... trampa? Lo oirán llegar; es tan furtivo como un puto oso.

—Ha activado el amortiguador del traje.

—¿Por qué? Mierda.

—¿No decías que querías ganar?

—¿Y el mapa?

—Se lo ha llevado.

—¿Tienes la brújula?

—Se la ha llevado también. Me había quedado dormida; me lo ha dicho Quijada.

—¿Eres idiota, Quijada?

—¡Querías ganar! —se defendió.

Intenté visualizar el mapa.

—Tenemos unos riscos al sur. Habrá que escalarlos; rodearlos supondría cinco kilómetros más. Hemos perdido un montón de tiempo.

—Estoy hecho polvo, Dietz —dijo Quijada—. ¿Por qué no esperamos a que vuelva?

—No hemos venido a combatir entre nosotros. No somos el enemigo.

—¿Pretendes que sigamos a oscuras? —preguntó Quijada.

—¿Creías que ser soldado resultaría cómodo? —dije. Sonaba como el instructor.

Recogimos los bártulos y partimos en la dirección en la que Quijada había visto marchar a la otra escuadra. Llevaban los frontales encendidos y estarían a unos doscientos cincuenta metros de nosotros, subiendo hacia los riscos.

—¿Qué equipo es? —pregunté.

—Lo encabeza Muñoz —respondió Abuela.

Claro.

—¡Muñoz! —grité. No hubo respuesta. No hubo ningún cambio en el movimiento de las luces—. ¡Muñoz! ¡Cuidado ahí arriba con Jones!

—¿Por qué lo delatas? —preguntó Abuela.

—Porque no hemos venido a sabotarnos entre nosotros. Quiero ganar limpiamente.

—La guerra no es limpia, Dietz.

—Esto es un ejercicio.

Empecé a caminar hacia los frontales. Quijada y Abuela me siguieron. Si Muñoz intentaba despistarnos, bien, pero supuse que Jones esperaría a ver las luces. La escuadra de Muñoz no deceleró. Les habría preguntado por qué llevaban los frontales encendidos, pero, como acababa de decir, era un ejercicio, no unas maniobras encubiertas.

A nuestro alrededor, la selva era espesa y húmeda. Oscura, tremendamente

oscura. Cuando se ha crecido en las inmediaciones de una ciudad, como en mi caso, no se aprecia la oscuridad. No se entiende del todo. La oscuridad es lo que pasa cuando se cierran los ojos. Es algo que se elige, no algo impuesto. Pero ahí fuera la oscuridad era absoluta. Nuestros frontales la horadaban; relámpagos en una tormenta.

Entré en el barranco sin esperar a los otros. El equipo que teníamos delante había apretado el paso. No podían haber parado a dormir, y me pregunté cómo eran capaces de seguir de pie. Probablemente Muñoz los azuzaba con un palo puntiagudo.

—¡Hostia puta! —gritó alguien de la escuadra. Las luces oscilaron fuertemente. Sonido de ramas rotas, de hojas que se agitaban.

El terreno que pisaba era cada vez más blando. Se me apelotonaba el barro alrededor de las botas. Me agarré a una gruesa liana, que se me partió en la mano. Era suficientemente rígida para engancharse a otra, y me enderecé sujetándome a ella. Más adelante, el barro se convirtió en agua y me hundí hasta la cintura. Me estremecí pensando en los parásitos, en los peces mordedores y en las serpientes. El fusil no me serviría de gran cosa contra ellos. Esperaba que la funda parase a las sanguijuelas.

Voces altas. Jones, airado. Muñoz, echando pestes.

—¡Jones! —grité. Alcancé el otro lado de la zona pantanosa y subí a tierra firme. Corrí tan deprisa como pude, llevándome por delante hojas enormes y ramas enmarañadas.

Oía a Abuela y Quijada detrás de mí. Tropecé y me di en la rodilla con una piedra. Contuve un aullido. Me apoyé en un árbol mientras el dolor me recorría el cuerpo. Abuela llegó a mi altura.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

—Sigue. No le dejes cagarla.

Continuó andando.

Avancé cojeando tras ella, y me acerqué lo suficiente para ver a Muñoz y a su equipo; caras mugrientas y agotadas. Apuntaban con los fusiles. Jones estaba frente a ellos, agitando el fusil como un puto idiota.

—¡Eh! —dije—. ¡Guardad las armas!

Abuela se interpuso entre uno y otros, con las manos levantadas.

—Todos estamos cansados. Vamos a...

Sonó un disparo.

Procedía del equipo de Muñoz; eso lo recuerdo. Solté una maldición y caí de

espaldas. Quijada tropezó conmigo, maldijo a su vez y se puso a sacar el fusil.

—¡No dispaes! —le dije—. ¡No...!

Todo quedó a oscuras. Habían apagado los frontales. No veía nada más que lo que tenía delante de las narices.

—¡Dispara! —dijo Jones.

Otros dos tiros, los dos de la escuadra de Muñoz. Los oí atravesar la maleza. Jones soltó un chillido.

—¡Me han dado! ¡Me han dado! ¡Joder!

—¡Alto el fuego! —dijo Muñoz—. ¿Quién está disparando? Me cago en todo, ¿has disparado tú, Dietz?

—¡Estoy en el puto suelo, Muñoz! ¡Controla a los tuyos!

—Nosotros no hemos sido.

—¡Habéis dado a Jones!

—Pide que lo evacuen. Probablemente se ha disparado él solo. —Su escuadra se puso en marcha de nuevo, abriéndose paso entre los arbustos.

Me arrastré hasta Jones. Tenía una rama clavada en el muslo izquierdo. Estaba cubierto de trozos de hojas, astillas y sangre.

—¿Qué es todo esto? —pregunté—. ¿Es tu...? —Levanté la cabeza y mi frontal iluminó una masa carnosa y retorcida, justo detrás de Jones. Reconocí las manos de Abuela, con los dedos cortos y regordetes rematados en callos.

Me acerqué al cadáver. Tenía abierto el pecho. Una boca abierta de vísceras pringosas me devolvió la mirada. Distinguí en las ramas del árbol de detrás el brillo de la sangre y los jirones de carne. El tronco estaba al aire, como si un puño enorme hubiera hecho trizas la corteza. Tenía el fusil a unos centímetros de las manos extendidas. Las violetas que había introducido en la bayoneta, marchitas, estaban esparcidas por el amasijo rojo donde debería haber estado la cabeza.

Me quedé contemplando los restos de Abuela y sentí un impulso irracional de recomponer los trozos.

—¿Qué hacemos? —Quijada, a mi espalda.

—Van... a mandar un equipo de evacuación.

—¿Seguro? Mierda. ¿No deberíamos oírlos ya? Nos están grabando, ¿verdad? Tienen que haberse dado cuenta, por el rastreador. Y por lo que hemos visto. Verán que Muñoz...

—Yo no he visto quién disparaba, ¿y tú?

—Eh... Quiero decir que lo revisarán.

—¡Dietz! ¡Quijada! Mi... pierna. ¿Tenéis...?

—Sí —respondí. Me alegraba de tener algo que hacer. Abrí el botiquín y arranqué la rama de la pierna de Jones, que gritó. Salió sangre. Eché en la herida gel coagulante, que al contacto con la sangre se expandió para llenar la abertura y detener la hemorragia.

Jones se tomó las pastillas que le di; por si las moscas, también le inyecté un líquido etiquetado «Para el dolor». Por aquel entonces ya habíamos aprendido reanimación cardiopulmonar y primeros auxilios, pero a mi mente le costaba recordar gran cosa.

Quijada se acuclilló delante de mí, aún blandiendo el fusil.

—Podemos dejarlo aquí y seguir adelante —dijo—. O te quedas, voy a por el objetivo y vuelvo.

—Aun así, después tendremos que continuar con él a cuestas. Es un ejercicio de equipo. Y Vargas está... Ha muerto. Jones tampoco está muy bien.

—Estoy aquí —dijo Jones—. Y nadie va a llevarme a cuestas. No van a comerme las hormigas.

—A Vargas sí —dije.

—Enviarán un equipo —aseguró Jones, pero le temblaba la voz—. A buscarla, y puede que a mí también. Completad la misión.

—Quería ganar —dije, y me sonó a estupidez mientras Jones gemía y los bichos empezaban a adueñarse del cadáver destrozado de Abuela. Casi podía oírla, diciendo «La vida no es justa».

—Desde luego que no —dije en voz alta. Después, a Jones—: Eh, me quedo contigo. Quijada, vete al objetivo y que se registre en el GPS. Luego, entre los dos ayudaremos a Jones a volver. No tardaremos mucho.

—Vamos a perder un montón de sueño —dijo Quijada— y no vamos a ganar. ¿Por qué no nos quedamos a esperar?

—¿Eso es lo que diríamos en Marte? «¿Por qué no nos quedamos a esperar?».

—No estamos en Marte, Dietz.

—De momento. Vete.

—No pienso ir solo. Nos han disparado.

—¡Joder, Quijada!

—Id los dos —dijo Jones—. Yo ya no soy una amenaza; ¿por qué iban a desperdiciar munición? Y puedo disparar; tengo los dedos perfectamente.

—De acuerdo —dije. No podía volver a mirar el cadáver de Abuela. Quijada

y yo chutamos más analgésicos a Jones, y le dejé la cantimplora y las raciones de Abuela—. No estamos lejos del objetivo. Serán unas horas.

—Muy bien —dijo Jones con una de sus sonrisas de listillo, pero no le llegó a los aterrorizados ojos y además sudaba a mares.

—En marcha —dijo Quijada—. ¿Qué pone en el mapa? No podemos estar lejos.

Desplegué el mapa. Me temblaba en las manos. Me pareció que hacía viento, pero eran mis dedos.

—Estamos... Puede que a once o doce kilómetros.

—Vamos —dijo Quijada, agarrándome del brazo.

El instructor. Volví a ver su cara: puede que enfadado, pero sobre todo decepcionado, como mi padre. Quería ganar. Quijada también. Un miembro de la escuadra estaba herido y otra había muerto.

No íbamos a ganar. Ya habíamos perdido.

—Quijada —dije—, tenemos que ir con Jones.

—Van a mandar...

—¿Y si se muere?

—Tenemos que llegar al objetivo.

—Este es el objetivo. El equipo.

Jones protestó, pero no di mi brazo a torcer. Mientras transportábamos a Jones entre los dos, y hasta poner un pie delante del otro era una tortura, su sangre iba dejando un rastro de gotitas.

Marchamos, nos arrastramos, trepamos, gemimos, pataleamos, gritamos y, sí, hasta nos paramos a llorar un par de veces. Las copas de los árboles tapaban el sol; hacían que saliera después y se pusiera antes. Si dejábamos de avanzar, ¿saldrían a buscarnos? Volví a imaginar al instructor, salpicándonos de saliva y gesticulando mientras nos decía lo inútiles que éramos, lo ineptos. Y yo, siempre y yo: no tenía ni dos neuronas que frotar entre ellas. Nos preguntaría por qué nos habíamos tomado la molestia de volver cuando saltaba a la vista que la habíamos jodido.

La oscuridad se apoderó de la selva. Olí el punto de reunión antes de verlo. El aroma embriagador de la proteína asada, carne de verdad y hasta un acompañamiento de judías especiadas. Tuve tal retortijón que pensé que iba a caerme.

Giramos una curva del camino, ya muy desgastado, y ahí estaba el resto de la clase, todos sentados a mesas largas bajo el cielo que se oscurecía, charlando y

riendo como niños en una celebración de fin de curso. La bandera ondeaba sobre ellos, fondo azul con un águila roja estilizada que sujetaba un haz de flechas con estrellas por punta.

—¡Médico! —grité.

Unos cuantos alzaron la vista. De las esquinas salieron dos ayudantes y fueron a nuestro encuentro. La lentilla les destelló en el ojo izquierdo mientras nos escaneaban.

—Ahora mismo viene —dijo uno—. Tumbadlo. Dietz, Hadid, preséntense ante su instructor.

—¿Y Vargas? —dije—. Hubo disparos. La alcanzaron. Ha... Ha muerto ahí fuera.

—Ya lo sabemos —dijo el otro—. Han recuperado el cadáver.

—¿Sabían lo de Jones y no acudieron? —dijo Quijada—. ¿Qué coño...?

—Preséntese ante su instructor, recluta.

Cogí a Quijada del brazo y me dirigí a los barracones provisionales.

El instructor estaba en su despacho, que daba a la sala de descanso. No nos miraba. Tenía una gran taza de té en la carnosa mano izquierda.

—Se presentan Dietz y Hadid, mi sargento —anuncié.

Saludamos. No sabía muy bien cómo seguíamos en pie. Debió de ser la descarga de adrenalina de ver la cara del instructor.

—¿Jones está vivo?

—Sí, mi sargento —respondí.

—Par de gilipollas... ¿Sabéis que vuestra escuadra ha sido la única con bajas? Yo decidí que era una pregunta retórica, pero Quijada contestó:

—No, mi sargento. Lo sentimos mucho.

—¿Lo sentís? ¿Sabéis a cuántos idiotas he perdido en un ejercicio que debería ser fácil de cojones?

—No, mi sargento —dijo Quijada.

—A dieciséis. Dieciséis en los cinco putos años que llevo intentando enseñar a chavales como vosotros a no arrancarse la polla de un tiro.

—Sería bastante difícil que todos nos arrancáramos la polla de un tiro, mi sargento —dije.

—¡Cierra el pico, Dietz! No me hagas puntualizaciones irrelevantes. Tú fuiste quien le voló la puta cara a Vargas.

—No sé de dónde llegó el disparo, mi sargento. Puede examinar nuestros fusiles. No disparamos ni una vez. Fue otro equipo.

—¿Y no devolvisteis el fuego?

—No, mi sargento. Eran los nuestros, mi sargento. Si respondíamos, habría más disparos. Ahora tendría dos o tres cadáveres más.

—¿Y si hubieran sido enemigos, Dietz?

—No lo eran —respondí—. Mi sargento. En las instrucciones de la misión no había nada que indicara que podíamos o debíamos dispararnos entre nosotros.

—Tampoco ponía que no.

—Creo que ahora es usted quien hace puntualizaciones irrelevantes, mi sargento.

—Tenlo por seguro. ¿Has pegado algún tiro, Hadid?

—No, mi sargento.

—¿Te apetecía?

—Eh... Sí, mi sargento.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Dietz me dijo que no.

—¿Y Dietz estaba al mando de tu escuadra?

—No, mi sargento. Era Jones.

—¿Y qué te dijo Jones que hicieras?

—Mi sargento... Uh... Me dijo que disparara.

—¿Y desobedeciste a tu jefe de escuadra?

—Eh... Mierda. Lo siento, mi sargento. Fue...

—«Lo siento» se lo dices a tu madre. ¿Me parezco a tu puta madre, Hadid?

—No, mi sargento.

—Quítate de mi vista, Hadid. Tú quédate, Dietz.

Un estremecimiento me subió por la columna. ¿Qué iba a hacerme ahora?

Cuando Hadid se fue, el instructor me dedicó toda su atención.

—Tienes una pinta lamentable —me dijo.

—Así me siento también, mi sargento.

—¿Has dormido algo?

—Puede que una hora, mi sargento.

—Grabamos todo lo que pasa ahí fuera.

—Sí, mi sargento.

—Sois un hatajo de dispositivos que andan, hablan y graban, ¿sabes? He visto a más chavales cascándose o follando como pueden entre ellos de los que puedes imaginar. No sé de dónde coño sacan las fuerzas.

No tenía ni idea de qué contestar, pero por suerte o por desgracia, prosiguió.

—No me gustan los chavales como tú, Dietz. Lo sabes. Los chavales como tú se presentan aquí como si tuvieran algo que demostrar. Ponen en peligro a sus compañeros. Arriesgan la vida antes de que la puta corporación pueda sacarles partido. Pero a algunos se les da bien que los otros les hagan caso. Puedes llamarlo simple potra, o carisma, o un talento innato. Tú, si acaso, tienes lo primero. Así que puedo hacer una de dos cosas. Puedo asignarte a alguien a quien vayas a obedecer o puedo echarte a patadas por imbécil incapaz de cumplir órdenes.

No era una pregunta. Esperé. Sentía las piernas como dos columnas de piedra muerta y fría. Los párpados se me cerraban todo el rato.

—¿Me estás escuchando, Dietz?

—Sí, mi sargento.

—Vete a duchar. Tienes sangre de los pies a la cabeza. Puedes retirarte.

Conseguí quitarme la funda y dejarla hecha un gurrño a los pies de la cama. No era capaz de subir a mi litera, así que me acosté en la de Muñoz, que seguía fuera con los demás.

Me despertó un rato después y me ofreció un panecillo duro relleno de queso. Lo engullí con avidez antes de que nos pillaran comiendo en el barracón.

—Qué peste echas —dijo Muñoz—. Necesitas una ducha.

Estar agotado es como estar borracho. A veces solo se procesa lo que se hace en ráfagas nebulosas. Es como si tomara el mando el cerebro de reptil, la parte que se encarga de regular la respiración y la digestión. Lo logré a base de memoria instintiva. Camina hasta la ducha. Mójate la cabeza. Enjabónate el pelo y la cara. Enjuágate. Enjabónate el brazo izquierdo...

Me desperté en plena noche al oír unos gemidos. Todo el mundo estaba ya en el barracón provisional. Por la mañana volveríamos a Mendoza.

—¡Cállate! —dije, y di media vuelta.

—Es Jones —susurró Muñoz—. Lleva una hora así.

—¿No le han dado analgésicos?

—Creo que tiene pesadillas.

—Pues alguien debería despertarlo.

—Estoy demasiado cansada para moverme.

Nos quedamos como estábamos, a oscuras. Nos rodeaba más de un centenar de reclutas que roncaban, zumbaban, susurraban, se agitaban; sacos dormidos de sangre, huesos y carne humanos. Cuando cerré los ojos volví a ver el pecho abierto de Abuela, un animal torturado, algo sacado de un inmersivo comercial

de terror sobre parásitos, alienígenas o guerras de otras corporaciones.

—¿Sabes a qué no paro de dar vueltas, Muñoz?

—¿A qué?

—Abuela tuvo que dejar el ejército porque no pudieron convertirla en luz. Pero, según dijo, eso se arreglaba con algún tratamiento nuevo. Iba a viajar a Marte como todos nosotros, convertida en un haz de luz. Eso pueden arreglarlo. Pueden convertirnos en putos rayos de sol, pero no pueden evitar que muramos.

—Por ahora.

—No sé muy bien —dije por encima de los lamentos de Jones— si eso es bueno o malo.

—Yo no disparé —dijo Muñoz.

—¿Sabes quién fue?

—No.

—¿En serio?

—Pero da igual quién fuera. Era de mi escuadra y no lo controlé. Seguro que me echan.

—Ni hablar.

—No me aceptarán en Inteligencia. Eso lo han dejado más que claro. Ahora no seré nadie.

Dejó el resto por decir, pero lo oí en su silencio: «Ahora no soy nadie, igual que tú».

Y a la quinta semana... saltamos.

Entrevista n.º 1
SUJETO N.º 187799
FECHA: 21/05/309
HORA: 9.00
SALA: 97

Interrogador: La entrevista empieza a las nueve cero cero con el sujeto uno ocho siete siete nueve nueve. Se graba solo en audio. Todas las entrevistas con este sujeto están clasificadas como solo audio. Se le planteará una serie de preguntas a las que deberá responder con sinceridad, lo mejor que recuerde. ¿Lo entiende?

Sujeto: ¿Tú qué crees?

I: Necesito una respuesta afirmativa.

S: Lo que necesita es una bolsa para cadáveres.

I: Dejo constancia de que interpreto la respuesta del sujeto como indicativo de que entiende lo que le he dicho. ¿Cuándo llegó a San Petersburgo?

S: ¿Qué?

I: Su llegada a San Petersburgo. ¿Cuándo se produjo?

S: (RISAS). No hay una respuesta satisfactoria para eso. No tienes ni idea de lo que estás preguntando.

I: Deme la respuesta insatisfactoria. ¿En qué momento llegó a San Petersburgo?

S: Demasiado pronto para cenar.

I: ¿En qué intervalo temporal concreto llegó a San Petersburgo?

S: Antes de cenar.

I: ¿Quién le dio la orden de ir a San Petersburgo?

S: ¿Qué?

I: ¿Quién era su comandante?

S: ¿De qué?

I: ¿No había ningún agente externo?

S: Es una buena pregunta.

(SILENCIO: 08 segundos).

I: ¿Necesita volver a su celda?

S: No; puedo cagar aquí. Perdón, hablar aquí. O lo otro.

I: ¿Qué hacía en San Petersburgo?

S: Seguir órdenes.

I: ¿De quién?

S: Ya te lo he dicho.

I: No ha dicho nada.

S: No me escuchas. Pero a eso has venido, ¿verdad?

I: ¿A qué he venido?

S: ¿Sabes cuál es el truco de los interrogatorios, sargento?

I: ¿Por qué presupone que soy sargento? ¿Tan joven parezco?

S: No; sé quién eres. Y sé que es probable que hayas ascendido, pero me gusta tocarte los cojones. Ya nos conocíamos, aunque sospecho que no lo recuerdas. Y no creo que sigas teniendo acceso a una base de datos completa de ADN para averiguar quién soy, ¿verdad? Si vengo de Marte, las posibilidades de que figure en ella son escasas, ¿verdad? Pero me hace gracia. Podría darte el nombre, el rango y el número de serie, pero eso me llevaría de cabeza a la habitación de al lado, ¿verdad? Y todos sabemos que las confesiones obtenidas bajo tortura son imprecisas en el mejor de los casos. Diría cualquier cosa para que parase el dolor. Diría que tu madre me mandó a San Petersburgo a matar a tu superior con un bol de cerezas, si fuera eso lo que quisieras oír. El truco consiste en no aportar nada. En contestar a la pregunta y solo a la pregunta, sin ponerse a elaborar una historia que no se pueda sostener. Las etapas estándar de interrogatorio en TenisanaCom son Preparación y planificación, Captación y explicación, Conclusiones y Evaluación. Doy por supuesto que ya te has encargado de la preparación y planificación. Ahora intentas captar mi atención para que te explique mis acciones, con el fin de averiguar cómo lo conseguí. Sé que estamos empezando porque aún no has pasado a las técnicas de interrogatorio avanzadas... Esas técnicas están reservadas a los peores interrogadores, a los que no solo no consiguen sacar la información que buscan a un prisionero de guerra, sino que se ganan un enemigo de por vida, alguien cuyo objetivo al salir de esta cárcel, si es que sale, será divulgar su historia y enseñar a toda una generación de jóvenes a odiar la organización que los capturó y torturó. Es uno de los círculos de violencia más fascinantes y descorazonadores,

comparable al de los padres que maltratan a sus hijos. ¿Sabías que se ha demostrado que el maltrato infantil por parte de los jefes corporativos tiene como resultado empleados adultos más leales? Les dicen que podrían abandonar su corporación y convertirse en despojos, o venderse a otra corporación. Les dicen que tienen elección. Si decidimos quedarnos en una corporación, tenemos que justificar nuestros motivos. Nos hacemos cómplices de nuestra propia opresión. Esto se denominaba síndrome de Estocolmo...

I: No le estoy preguntando sobre Noruega.

S: Estocolmo, en Suecia. ¿Sabe? Ha sido un lapsus muy muy interesante. ¿Ha sido un lapsus o me ponías a prueba? Me he preguntado muchas veces cómo sería estar aquí y vivir los últimos días de la guerra. Supongo que es apabullante ver tantos muertos y moribundos, ver destrozado todo tu estilo de vida. Era en Suecia donde estaba Estocolmo. Aún está en su mayor parte. ¿Sabes por qué no está sumergido, como tantos otros bastiones capitalistas? Gran parte del norte sigue elevándose. La glaciación fue allí tan prolongada que los glaciares comprimieron la tierra de debajo durante cientos de miles de años. Imagina que la tierra de esa zona es un trozo de pan aplastado. Cuando el hielo se derrite, disminuye la presión y la tierra sube. Hay un tramo de la costa sueca que ha subido más de trescientos metros desde la última glaciación. Hay antiguas poblaciones que estaban a la orilla del mar y ahora están varadas tierra adentro. Toda la geografía de esa zona ha cambiado tanto en un periodo relativamente tan corto... Muy parecido a lo que ocurrió en el Pacífico cuando aumentó el nivel del mar, hace un siglo. Los desequilibrios que produjo... Bueno, de ahí surgieron la guerra de las Semillas, las guerras Corporativas y las Seis Grandes. Hay una teoría fascinante sobre el auge de los estados fascistas, que postula que se hacen más populares cuanto más teme la población a la muerte. Y en realidad, casi todos los estados corporativos son fascistas, aunque intentan hacernos creer que son oligarquías gobernadas por comités de gente rica que vela por los intereses de la humanidad. Cuanto más aterrorizados y descontrolados nos sentimos, más ciframos las esperanzas en que nos salve un hombretón a caballo o en tanque, o un rayo de luz. La supervivencia de una sociedad verdaderamente igualitaria requeriría, si no la ausencia completa de temor, medios para controlarlo. Considera...

I: ¿Qué hacía en San Petersburgo?

(SILENCIO: 17 segundos).

S: ¿Por qué no me lo dices tú, sargento?

I: Vamos a repasar los hechos. Usted colocó un dispositivo incendiario en el Taleon Imperial Hotel de San Petersburgo. Sabemos que fue usted porque estaba en un vehículo, frente al hotel, cuando se disparó su dispositivo y llamó al consejero delegado de TenisanaCom por su nombre. Si él no hubiera estado alojado en el hotel, no tendríamos esta conversación; le habrían pegado un tiro en el acto. Pero estaba. Y eso me hace pensar que contaba con información proporcionada por alguien de mi equipo. No hay nadie más que sepa que se alojaba ahí. Yo diría que usted buscaba la detención, pero huyó de mis fuerzas de seguridad y se refugió en una bodega abandonada. ¿Por qué se dejó ver y escapó a continuación? ¿Quién le dio instrucciones de ir allí?

S: Estuve a punto de llamarte a ti, pero me figuré que eras menos importante. Pero si digo su nombre vienes tú, como su perrito. Me hizo gracia gritar «Papá Martín», que es un «Venga, vamos a dar un tinte afable al líder supremo» de libro. Me descojoné la primera vez que oí ese mote. ¿Fue idea tuya?

I: Encontramos en las afueras de la ciudad una lanzadera marciana abandonada, llena de ADN y huellas tuyas. ¿Cómo debemos interpretarlo?

S: No lo sé. Tú eres la que está en Inteligencia.

I: Entonces, ¿usted es de Marte? ¿Acudió a San Petersburgo por encargo de los marcianos para intimidar a nuestro consejero delegado? ¿O para propagar alguna enfermedad? Sospechamos que fue usted también quien quemó las baterías de artillería de los alrededores. ¿Sabe que el fuego se extendió? Muchas personas inocentes se quedaron sin casa. No tenemos recursos para hacer frente a algo así a estas alturas de la guerra. Destrucción sin sentido. Un trágico incendio provocado. Por orden de Marte.

S: Oh, vamos, yo no he dicho eso. ¿Verdad, sargento?

(SILENCIO: 05 segundos).

I: Su dispositivo incendiario tenía tres letras grabadas. «Hal». ¿Qué se supone que significa?

S: Solo es una broma. ¿Te acuerdas de las bromas, sargento? Siempre creí que esto se te daría mejor. Puede que todos esos años en Marte me hayan enseñado algo más que geografía e historia. ¿Sabes que en Marte no se censura ningún medio de comunicación? Claro que solo me daban acceso a libros y grabaciones de audio, no a inmersivos. Libros, ¿te imaginas? Hasta de papel. Qué decadente. Se puede leer un montón en una celda de tres por tres y medio.

I: ¿Estaba en la cárcel? ¿Por qué? ¿Por desertar? ¿Por eso se marchó? ¿Escapó a San Petersburgo? ¿Por qué elegir esa ciudad?, y ¿por qué intimidar a nuestro consejero delegado? ¿Cuándo llegó a San Petersburgo exactamente?

S: Exactamente cuando debía.

I: Fin de la entrevista.

(FIN DE LA GRABACIÓN N.º 1).

8

Había estado pensando en mi primer salto con descorporeización desde el principio. O puede que desde el final.

Ocurrió en nuestra quinta semana de instrucción obligatoria. Después de que Abuela comentara que no habían podido disgregarla, reconozco que me sorprendió que esperasen tanto para hacer la prueba. ¿No preferirían saber antes si éramos aptos?

Aquel primer salto, el de entrenamiento... Nos llevaron a todos a un campo y nos hicieron formar a un brazo de distancia. Nos dijeron que estuviéramos quietos, buscáramos un punto en el que concentrarnos y entráramos en estado de meditación. Nos dieron una lista de normas, y eran un montón. Unos cuantos ejemplos:

1. No moverse cuando empiece el salto.
2. No quitarse el casco.
3. No utilizar las comunicaciones hasta haberse corporeizado por completo en el destino.
4. Seguir de inmediato todas las instrucciones del equipo médico al regresar al punto de salto.

Hasta nos dieron una secuencia que teníamos que seguir: recitar nuestro nombre y rango, enseñar las manos, leer un número que proyectaban en un film LED en el campo... Todo tipo de trucos que empleaban los médicos para asegurarse de que habíamos vuelto correctamente.

Recuerdo todo aquel adiestramiento. Recuerdo haber ocupado mi lugar en la formación y haberme echado a temblar, pensando que no volvería de una pieza por mucho que me atuviera a las normas...

Y entonces...

Calor y ruido, el estruendo de mi propia respiración en los oídos, los latidos de mi corazón.

Solo era un salto de prueba, pero la llegada fue espeluznante. Recuerdo esforzarme en vano por aspirar, porque aún no se me habían reconstituido los pulmones. Dos reclutas empezaron a materializarse en el mismo lugar; los salvó en el último momento algún técnico, sin duda, que redirigió a una de ellos a otro lugar antes de se fusionaran por completo. Ese rescate por los pelos me aterrorizó. Pasé un buen rato de rodillas. Entonces..., unos recuerdos que me faltan. Más calor y más ruido. Después me enteré de que estaban disparando munición real por encima de nosotros, desplegando toda la artillería. Quizá tenga suerte de no poder recordar gran cosa.

Todos pasamos cuarenta y ocho horas de cuarentena, para que se asegurasen de que seguíamos en plena forma física y psicológica. Nos extrajeron un montón de sangre. Nos pusieron ejercicios cognitivos. Pruebas físicas. Una chica no sobrevivió: volvió mal cuando saltamos de vuelta a la base, con la cabeza en el centro del torso. Otro recluta falló en las pruebas físicas y cognitivas y lo expulsaron. Sin duda se dedicaría a limpiar letrinas.

Puede que no recuerde demasiado del salto, pero al menos había sobrevivido indemne.

Nos graduamos a la sexta semana. Ciento diecinueve de los ciento treinta y siete alistados llegaron al otro lado. En el día de la graduación nos emborrachamos como piojos, tal como quería Muñoz.

Después nos llegaron los destinos.

Llegaron las órdenes y nos dispersaron. A mí me enviaron a una unidad de infraestructuras de La Paz, para realizar un trabajo que me parecía terriblemente administrativo. A Muñoz y Jones los mandaron a Isla Riesco, a un pelotón activo de primera línea que iba a viajar de inmediato al frente de Marte.

Cuando me quejé de mi puesto, el agente de asignaciones me dijo:

—No alcanzó las cifras adecuadas después del salto.

—¿Qué significa eso?

—Que dicen los de Logística que no aguanta los saltos.

—No me dijeron nada durante la instrucción.

—No sacó mala puntuación. Es algo que pasa a veces. No todo el mundo está hecho para disgregarse, ¿sabe?

—Estoy en mejor forma que nadie de aquí.

—Yo no dicto las normas; solo las pongo en práctica. Siga solicitando la transferencia. Tenemos... algunas bajas. Puede que se le asigne alguna plaza pese al resultado de su salto; los he visto peores.

—¿Puedo ver mi expediente?

—Lo siento, pero está solicitando información corporativa clasificada.

Puede que sea positivo que no recuerde el salto de entrenamiento con pelos y señales, pero me habría gustado tener al menos una idea aproximada del motivo de mi descalificación.

Me pasé los seis primeros meses de soldado reconstruyendo infraestructuras destrozadas por los marcianos. Viajé por toda Tene-Silvia e incluso trabajé en un par de operaciones conjuntas con Evecom y ShinHana. Muñoz y Jones mantenían el contacto cuando podían. Muchos de sus saltos eran alto secreto y los tenían frecuentemente en cuarentena. No era solo la falta de combate lo que me molestaba, pues me había entrenado para el frente y no para cavar zanjas; también estaba la soledad. Me llevaba bien con mi pelotón, pero saber que Jones y Muñoz estaban en primera línea y no podía cubrirles las espaldas empezaba a sacarme de quicio. Cursaba una solicitud de transferencia cada seis semanas después de que el mando me denegara la última.

—No me alisté para introducir datos —le dije a Muñoz en una ocasión en que tuvimos acceso a las comunicaciones a la vez. Su ruidoso pelotón alborotaba de fondo. Tuve la impresión de que celebraban alguna gran victoria.

—Pero estás en el sitio más adecuado para conseguir la ciudadanía. Y una profesión de verdad. Estar en el frente es una mierda. Nos tratan como si fuéramos carne.

—Sigo pensando que sacaste muy buena puntuación por lo demás. Eras la primera en todas las clases.

—No importa una mierda —dijo, y suspiró. Vi tras ella un rostro conocido.

—¿Ese es Quijada? —pregunté.

—Hola, Dietz —saludó.

—Joder, ¿estás con Quijada y con Jones?

—Suerte que he tenido. Son los únicos suficientemente estúpidos para que les asignaran a mi pelotón. A Quijada lo transfirieron ayer. ¿Cuándo vienes?

—En cuanto pueda.

Durante aquella época seguí la trayectoria de mis otros amigos. Andria y Rubem eran los que más mensajes me mandaban, Andria sobre todo. La ascendieron en su primer salto y volvió con un puñado de tierra marciana. La echó en una botella de agua y se la bebió mientras me grababa un vídeo.

«¡Qué rico!», anunció ante su anonadado pelotón, pero la delató la cara que puso. Supongo que después estuvo enferma.

Intenté localizar a los otros que se habían alistado antes que yo aquel día, en la oficina de reclutamiento. Sabía que García y Orville habían abandonado, y había perdido la pista a Marseille y Timon. Si seguían con vida, eran difíciles de encontrar. Supongo que podría haber solicitado una transferencia al pelotón de Andria en vez de al de Muñoz, pero no era lo mismo. Cuando se atraviesa el peor momento de la vida con alguien se establece un vínculo especial; es una cercanía mayor que la de la sangre. Mayor que la de la familia. No existe nada parecido.

La guerra habría transcurrido de forma muy distinta si no me hubiera empeñado en solicitar una plaza en el frente. Lo sé. Pero cuando por fin vi recompensada la persistencia solo fui capaz de pensar en mí. En la guerra que experimentaríamos. En la guerra en la que quería combatir junto a personas de confianza. Aunque algunas, como Jones, fueran gilipollas.

Tras seis meses de solicitudes de transferencia, por fin aprobaron mi traslado al pelotón de Muñoz. Me sentía como si hubiera ganado una especie de lotería vital. Pero las cosas no salieron como esperaba, ni para mí ni para Muñoz.

La vida nunca sale como se espera.

Cuando llegué a Isla Riesco, la comandante me asignó al equipo de Muñoz, que estaba al mando de una de las tres escuadras de las que respondía la comandante. Jones y Quijada también estaban en ella, junto con una mujer larguirucha llamada Squib que tenía una voz potente y grave y una equis tatuada en cada nudillo.

—¿Me has solicitado? —le pregunté a Muñoz mientras echaba mis cosas al camastro. Squib estaba sentada junto a ella en la cama de enfrente de la mía, limpiándose las botas. Jones y Quijada estaban mirando sus mensajes.

—Refuerzos inadecuados —dijo Muñoz—. Nos proporcionaron seis reclutas frescos para cubrir las bajas, pero ninguno de ellos había visto el combate. De ti sabía al menos que tienes buena puntería. —Le había cambiado la mirada; tenía esa expresión lejana de quien revive el pasado—. Probablemente por eso te concedieron al fin la transferencia. Todo fue idea mía.

—Más carne para la picadora —dijo Squib.

—He venido a luchar.

—Le doy dos saltos —dijo Squib.

—¿Qué significa eso?

—Quiere decir que saltarás dos veces antes de que te maten —explicó Muñoz—. Nosotros ya hemos realizado siete saltos.

—Yo, veintiocho —dijo Squib.

—Entonces, ¿por qué no eres la líder de la escuadra?

Squib enseñó los dientes. Le faltaba el incisivo izquierdo.

—No tengo don de gentes.

—Y hemos perdido a un montón de buenos soldados —dijo Muñoz—. ¿Te acuerdas de Moskowitz? ¿De la instrucción obligatoria? Murió al primer salto. Se corporeizó dentro de una puta planta atmosférica de Marte, ¿te lo puedes creer?

—Lo siento mucho —dije.

—Ni que fuera culpa tuya. ¿Quieres seguir aquí? Quiero decir, podrías estar reparando puentes.

—Prefiero estar aquí. No te entristezcas si acabo saltando por los aires.

—Ni se me ocurriría —dijo, y vi la sonrisa que recordaba—. ¿Tienes hambre?

Muñoz me presentó a otros miembros del pelotón. Prakash era una joven delgada de risa discreta y sonrisa fácil; igual que Muñoz, era muy menuda. Herrera, un tipo inmenso, estaba de cabo en otra escuadra.

—Y Tanaka es ese cabrón que está tan bueno —dijo Muñoz en la cantina, señalándolo. Estaba sentado con los que supuse que serían miembros de su escuadra. Normalmente no coincidía con Muñoz en su gusto en hombres, pero en esa ocasión pensé que acertaba. Tanaka era alto y delgado, y tenía una cara que nadie esperaría ver en un soldado que encabezaba un equipo de combate. La cubría una espesa barba, y se había dejado crecer el pelo, de color pajizo.

—¿No le echan la bronca por llevar ese pelo? —pregunté.

—Qué va. Perdió una apuesta.

La comandante de nuestro pelotón era la teniente Valenzuela, pero la llamábamos CO. Tenía un físico ancho y chaparro, de *linebacker*, y no me costaba imaginarla levantándonos a todos con una sola mano. A pesar de su corpulencia, no era mucho más alta que Muñoz. Tenía una de esas caras atemporales de todos los mandos militares. Podría tener treinta años o cincuenta; no me habría sorprendido ni lo uno ni lo otro.

—Hoy, algunos de ustedes verán por primera vez al enemigo en el campo —dijo la CO durante la primera sesión informativa. Intenté no ponerme arrogante. Había decidido que me lo tomaría todo como si fuera un ejercicio de entrenamiento. No iba a desmoronarme y ver solo oscuridad; esta vez no. No iba a perder la cabeza ni a cagarme encima.

—Probablemente os cagaréis encima —dijo la CO—. No pasa nada; la funda lo recogerá todo. Esta misión es de reconocimiento; seréis los refuerzos del equipo principal. Eso significa que no vais a disparar contra nada si no os lo ordeno. Antes de que os pongáis histéricos, sí, el aire de Marte es respirable, pero el motivo por el que lleváis las bombonas es que la densidad es menor que en la cima del Everest. Tened a mano el suministro de oxígeno y usadlo. No os hagáis los putos héroes. No os matéis a tiros entre vosotros. En este grupo hay demasiados novatos.

Jones estaba de baja por una lesión sin importancia: se había roto una pierna al caerse por unas escaleras mientras celebrábamos mi llegada y mi inminente primer salto de combate. La unidad médica era suficientemente buena para que eso solo lo tuviera unos días inmovilizado. Casi todas las fracturas que se habían producido durante la instrucción se habían curado en ese intervalo.

—Matad a algún marciano en mi nombre —dijo desde su camastro. Estaba instalado con unos cuantos inmersivos y una larga lista de ejercicios de rehabilitación. Nunca lo había visto tan nervioso por lo que equivalía a tres días de servicios mínimos.

La CO sacó de otra escuadra a una militar curtida, la cabo Abascal, y la asignó a la nuestra. Llevaba casi tres años en el frente. Rondaría los veinticinco años, igual que Abuela; aunque no se parecían en nada, su presencia me recordó los disparos que tuvieron lugar aquella noche durante la instrucción obligatoria. Observé su nuca mientras formábamos; tenía un tatuaje de dos serpientes luchando en el cráneo rapado.

—Si miras el tiempo suficiente, te morderán —dijo sin volverse.

—Buen trabajo —comenté.

—Tengo más.

—¿En serio?

—Pídeme luego que te los enseñe.

«Mierda», pensé. Abascal iba a resultar problemática.

Nos apelotonaron en una lanzadera. Durante un rato pensé que nos harían saltar así, aunque supiera que era imposible. Me puse a sudar dentro del uniforme.

—¿Por qué nos transportan por aire? —pregunté a Muñoz—. ¿Es que no saltamos desde la base?

—Es por si algo sale mal —dijo Muñoz con un rictus—. Si la joden con la secuencia, es como si estallara una bomba atómica.

—Niebla roja.

—No creas —dijo Squib mientras limpiaba alguna mancha invisible del fusil—. No quedaría suficiente de nosotros ni para eso.

La lanzadera nos vomitó en el punto de salto.

Nos apeamos en mitad de una playa pedregosa. El viaje no había sido muy largo, por lo que no podíamos estar lejos, pero el cielo estaba más despejado y el aire era distinto. Puede que más limpio. Aire frío polar, como salido de un bar de oxígeno. Me pregunté si estaríamos en una base de la región antártica. Sabía que tres corporaciones tenían territorios en la zona. Por lo que había oído, allí estaban destinados Andria y Rubem.

Nos pusimos en formación. La CO levantó el brazo e hizo el gesto que indicaba que estábamos a punto de disgregarnos.

Se me encogió el estómago. Me obligué a concentrarme en el árbol pelado del horizonte; intenté relajarme como nos habían enseñado. No pensar en nada. Tenía retortijones y el aire ardía. Era consciente de que el objetivo del arma que tenía entre los brazos era matar personas.

El cielo estalló sobre nosotros.

Disgregarse para el salto es como... En primer lugar, todo el cuerpo se estremece. Después, todos los músculos se tensan y contraen, como si se sufriera un calambre generalizado con centro en el plexo solar. La CO dice que es como las contracciones del parto, y si eso es verdad, si una sola contracción es así, no entiendo como no se ha muerto toda la gente que ha dado a luz, porque vaya mierda.

Después vibramos, vibramos realmente, porque hasta el último átomo de nuestro cuerpo se está desenlazando. Nos desmaterializamos como en esas antiguas series de televisión, pero no es rápido, no es indoloro y somos conscientes de ello en todo momento. Ya no tenemos cuerpo, estamos encerrados.

Somos haces de luz.

9

Cuando empezamos a recorporeizarnos esperaba respirar aire enrarecido, poder saltar con facilidad, ver las montañas escarpadas de Marte. Pero atrajimos el fuego enemigo antes de que se nos hubieran materializado los pies. Acabamos con una docena de enemigos ahí mismo, según dábamos el salto. Las putas comunicaciones no funcionaban aún.

Me tumbé en el suelo, sin saber muy bien de dónde llegaban los disparos. Había surcos de tierra marrón requemada en la densa y correosa hierba. Miré al cielo, que me pareció tremendamente azul para estar en Marte. Cuando comprobé que todo mi cuerpo había llegado en codiciones, intenté llamar a Muñoz por el canal de nuestra escuadra, pero no di con su icono.

Los iconos y posiciones de mis compañeros fueron apareciendo en mi pantalla interna. Jones figuraba como líder de la escuadra. Eso me escamó de inmediato, ya que se supone que Jones se había quedado en la base, ejecutando sus inmersivos cómodamente.

A medida que aparecían más iconos aumentaba mi confusión. Salió el nombre de Prakash y, en efecto, la vi delante, a la izquierda, difuminada por la bruma matutina que serpenteaba por el suelo. Sí, sin duda era Prakash y no Quijada.

Tampoco veía a Abascal ni a Squib; en sus lugares había dos personas a las que no conocía: una mujer alta etiquetada como Omalas y un hombre corpulento llamado Marino. Repasé mentalmente a toda la gente que me había presentado Muñoz en la base. No recordaba a esos dos.

—¿Dónde estamos? —pregunté por el canal de la escuadra.

—Fuera del lugar previsto —dijo Jones—. La han cagado con algo. Van a evacuarnos.

—¿Qué?

Luces intermitentes. Una mancha roja en el campo visual, como si el mundo hubiera estallado. Me disgregué.

Mierda.

Saltamos en mitad de un campo de plataneros y cruzamos fuego de inmediato. En aquella ocasión disparé a ciegas. Nuestros fusiles destrozaban las plantas y las dispersaban en nubes de residuos. Es desconcertante aparecer de pronto donde están sucediendo cosas. A veces nos atraviesan los disparos porque aún no estamos suficientemente materializados. Pero en ocasiones alguien acaba de materializarse cuando lo alcanzan, y una de dos: tiene suficiente carne para que lo maten o todos sus átomos se desperdigan y se convierte en nada. Los llamamos fantasmas.

He visto a mucha gente convertirse en fantasmas.

Nada más corporeizarme me puse a disparar. Mientras disparaba veía la cara del instructor.

Alcancé a una chica extraterrestre, una civil del campo de plataneros. Era muy joven. Las oí, a ella y a su madre, gritando al otro lado de la zanja de riego. Toda la familia gritaba, porque le había dado y le había arrancado las piernas.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritó la CO por el canal del pelotón.

En el suelo, apreté la cara contra la culata del fusil.

—¿Dietz? —Era Jones, por el canal de la escuadra.

Mierda, no tenía por qué estar allí. Los de Logística habían metido la pata.

—¿Dónde está todo el mundo?

—No vuelvas a cagarte encima, Dietz. ¿Prakash?

—Viva y dispuesta a abrasar culos marcianos.

—¿Omalas?

—Aquí.

—¿Marino? ¡Marino, contesta pedazo de idiota!

—Sí, sí. Misión de limpieza —dijo Marino. Sonaba como un militar de carrera que tuviese mucho que demostrar—. ¿Han acertado esta vez?

Nos agrupamos alrededor de Jones, que seguía figurando como jefe de la escuadra. Chocaba y resbalaba con los fragmentos de platanero y con los plátanos pochos que cubrían el suelo. Las otras unidades también estaban en marcha, pasando lista. No veía a la CO, pero su punto de reunión apareció en el GPS.

—No debería haber civiles aquí —dijo Jones. Miró a la familia de agricultores y a la chica que gritaba, a unos cien pasos por el camino de tierra.

—No lo entiendo —dije—. ¿Y Muñoz?

Todo el equipo se volvió hacia mí. Llevaban cascos que les cubrían la cara, y casi me alegré. Podía imaginar las expresiones a partir de la postura.

—Deberías pasar más tiempo con tu psiquiatra, Dietz —dijo Jones con naturalidad.

Ya me funcionaba todo el equipo. Miré abajo y a la izquierda, y apareció el esquema cifrado de la misión.

Repasé el informe preliminar. Se me hizo un nudo en la garganta y noté el sabor de la bilis. La misión se había actualizado. Ya no estábamos de reconocimiento en Marte.

Quería confirmarlo con la escuadra, preguntar si se me había ido la olla, pero la pulla de Jones sobre el psiquiatra me hizo replanteármelo. ¿Me había perdido algo? ¿Algo evidente? Según mi pantalla interna, la misión consistía en buscar subversivos en una de las localidades civiles que habían establecido los marcianos en el sur de Norteamérica, en territorio de CanKrushkev. No había lugar a dudas. ¿Tenía problemas gordos de memoria?

—Menuda mierda —dijo Marino—. Limpiar culos de bebés extraterrestres.

—Tenemos un punto de agrupación —dijo Jones—. Dirigíos a la posición de la CO.

Cerré la boca e hice lo que me decían. Recordé al instructor insistiendo en que cumpliera las órdenes. Recordé qué había pasado cuando desobedecí. «Calma, Dietz», me dije. Tiene que haber una explicación. Algo ha salido mal, eso es todo.

Nos reunimos con el resto del pelotón en el centro de la localidad civil; en realidad no era más que una calle principal. Volví a buscar a Muñoz, pensando que estaría allí, pero no la encontré. Tampoco estaban Quijada, Squib ni Abascal, y en su lugar había nombres nuevos: Markesh, Leichtner, Sandoval, Landon. No tenía ni idea de quiénes eran, y ocultos como estaban tras los cascos opacos, ni siquiera podía mirales la cara para ver si un fallo técnico hacía que me aparecieran nombres distintos en la pantalla interna.

Otros dos pelotones, con ropa de faena de CanKrushkev, subían desde el otro extremo de la calle, abriendo puertas a patadas por el camino. Nuestro pelotón tenía dos prisioneros: colonos marcianos altos de pelo negro. Llevaban vaqueros y camisetas. En una de ellas ponía «Adoro a mi jefe». Buen chiste, chaval. Les habían retirado las gafas que los protegían del sol, más intenso aquí que en Marte. También les servían para las comunicaciones, como nuestras lentillas. Al quitárselas los cegaban en más de un sentido.

—¿Dónde coño se había metido, Jones? —dijo la CO.

—Me he despistado un poco, mi teniente.

—¿Se ha despistado? ¡Tiene un puto GPS! ¿O desea informarme de algún fallo en su funcionamiento?

—No, mi teniente, pero es que Dietz sigue gafándonos.

—Una civil ha recibido disparos, ahí atrás —informé.

—Joder, Dietz —dijo la CO—. Ya enviaremos un médico cuando despejemos la zona.

Los pelotones de CanKrushkev se reunieron con nosotros frente al ayuntamiento. Tenían a seis insurgentes más, todos esposados y con las gafas arrancadas del enjuto rostro. Eran jóvenes, más que nosotros, con espinillas y necesitados de ortodoncia. Los colonos marcianos de la Tierra no se consideraban ciudadanos ni residentes; ni siquiera despojos. Pagaban un tributo a la corporación, y no tenían más acceso a atención básica y derechos humanitarios que el que se proporcionaban entre ellos.

La CO se acercó a hablar con los comandantes de los otros pelotones mientras nosotros nos mirábamos por encima de nuestros prisioneros.

—Jones —dije.

—Cállate. Ni una palabra más.

—Dime solo dónde está Muñoz. ¿La misión ha cambiado en pleno salto? No pasa nada, pero no lo veo en el informe.

—Cierra el pico, Dietz. Vamos... Vamos a intentar llevar a cabo esta misión sin que muera nadie. Hablaremos todo lo que quieras en la base, pero no es momento de acojonar a todo el mundo con esas cosas.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero era el líder de la escuadra. Me tragué la respuesta mordaz. Esperaría a llegar a la base, como me había dicho, pero quería explicaciones. La principal finalidad de la instrucción obligatoria es que dejemos de hacer preguntas. Supongo que había empezado a funcionar.

Cuando los comandantes se aseguraron de que la zona estaba despejada, volví con Prakash y nuestro médico a ayudar a la chica a la que había disparado, pero era inútil. No podría andar si no le reconstruían las piernas, y solo los ciudadanos tenían acceso a esas prestaciones. Mierda, esa gente no podía ni arreglarse los dientes.

Solo había disparado una vez. Pero con una basta.

Mientras miraba a la chica, que no paraba de llorar, intentaba recordar los espeluznantes inmersivos que nos habían enseñado en la instrucción, sobre cómo los marcianos mataban de hambre a los suyos y no les concedían libertad de elección. Eran extraterrestres. Eran el enemigo.

¿Verdad?

—Te comportas de forma rara, Dietz —comentó Prakash mientras volvíamos con el médico—. Quiero decir, más rara que de costumbre. ¿Te ha sentado mal lo de la extraterrestre?

—No. —No me gustó el sabor de la mentira. No era algo que pudiera decir un paladín.

Prakash se frotó el brazo izquierdo y lo sacudió.

—¿Estás herida? —pregunté.

—No, pero me duele desde el salto. Y lo noto raro. No tiene importancia.

—¿Se lo has dicho al médico? —Hablábamos por un canal privado y el médico caminaba por delante.

—No te preocupes. Puedo combatir. La zona está despejada.

Nos reunimos con nuestro pelotón a esperar a que nos sacaran de allí. Habían entregado a los prisioneros a los soldados de CanKrushkev. Volví a repasar los nombres de mis compañeros en la pantalla interna. El mismo error. Los mismos nombres nuevos. Muñoz seguía sin figurar.

—Prepárense para la evacuación —dijo la CO por el canal del pelotón.

Nos situamos en hileras, a poco más de treinta centímetros de los soldados de alrededor. Pusimos el seguro a las armas. Tenía a Jones a la izquierda y a Omalas a la derecha. Prakash estaba justo delante, aún rascándose el brazo.

—No te muevas, Prakash —dijo Jones por el canal de nuestra escuadra.

Era uno de los momentos en que nuestro pelotón se encontraba más desprotegido, junto con el momento en que nos materializamos en el campo. Un pelotón de CanKrushkev nos observaba desde una colina, supuestamente para cubrirnos las espaldas, pero no me habría chocado que otra corporación nos masacrara si pensaba que podía irse de rositas.

—Me pasa algo en el brazo —dijo Prakash.

—Ya te lo examinarán en la base —dijo Jones—. Estate quieta para la extracción.

Nuestros cuerpos empezaron a vibrar.

Apreté los dientes, aunque sabía que no debía. Se supone que tenemos que ponernos en estado de meditación, pero siempre se me ha dado como el culo. Miré fijamente la nuca de Prakash, intentando usarla de punto de concentración.

—¡Mierda, mierda! —dijo Prakash. Todo su cuerpo aparecía y desaparecía, como una proyección con interrupciones. Estaba ahí, después no estaba, después estaba otra vez.

Los demás vibrábamos.

—¡Quietos! —dijo la CO—. Sigán inmóviles para la extracción. Mantengan la calma.

Llegó el dolor, la contracción de todo el cuerpo.

Prakash desapareció. Reapareció. Tenía el brazo izquierdo retorcido a la espalda. Después lo tenía clavado en el torso; le sobresalía por el pecho. Tenía espasmos en los dedos. El ruido que emitió por el canal de la escuadra era inhumano, un suspiro húmedo y gorgoteante. Su boca se movía de forma imposible, como arcilla lanzada contra una tabla.

Nos disgregamos.

Aún podía oír los gritos de la chica extraterrestre.

10

Nos corporeizamos.

Los gritos eran míos. Estaba a cuatro patas, chillando contra la hierba destrozada de debajo.

—¿Dietz? ¿Dietz? —La voz de Jones.

Alguien me tiró del casco y me lo arrancó. Era Jones, arrodillado junto a mí, que me miraba con miedo y preocupación. Nunca lo había visto tan asustado por nadie que no fuera él.

—¿Estás bien? ¿Has vuelto de una pieza? Enséñame los dedos, Dietz.

Levanté las manos. Jones me abrazó fuertemente. Caí entre sus brazos sin dejar de temblar.

—¿Es Dietz? —La CO apartó a Jones y me examinó los ojos con una linterna—. Nombre y rango.

—Dietz. Soldado raso.

—¿Y de dónde viene, soldado Dietz?

—No... No lo sé.

—Nos ha salido bien —dijo Jones—. Has estado muy bien. Todos hemos vuelto enteros.

—¿Prakash? —pregunté.

—Oooh, ¿me echabas de menos? —dijo Prakash mientras se subía el visor. Estaba detrás de la CO, con su media sonrisa—. ¿Es porque te salvé el culo en Marte?

—¿Qué? —dije.

—Yo diría que fue Dietz quien te salvó el culo —dijo Jones.

—Basta de charla —dijo la CO. Se le iluminó la lentilla del ojo izquierdo—. En Logística quieren ver a Dietz. ¿Me ha oído, Dietz? Preguntan por usted en Logística e Inteligencia. Han mandado gente. Apártense.

Jones se separó. Prakash se quitó el casco. Había dos médicos inspeccionando el estado del pelotón. Desde la base bajaba un vehículo con dos agentes científicos y un cabo. Supuse que acudían en mi busca.

—Soldado Dietz, ¿puede contarnos lo sucedido en Marte? La mujer que tenía delante era toda líneas y ángulos, con esa cara sin edad de los oficiales y unas pobladas cejas castañas que se reunían como orugas sobre sus ojos. Me sorprendí observándole las cejas mientras hablaba. Se había presentado como la teniente Ortega.

—No me acuerdo —dije—. Lo siento. Tuve una puntuación bastante baja en saltos. ¿No tienen las grabaciones? —Lo que quería decirle era que nunca había estado en Marte, pero no me parecía muy buena idea. Seguía procesando lo de la chica a la que había pegado un tiro en el cultivo de plataneros y ahí estaba ella, hablando de Marte cuando no lo había visto.

—Necesitamos saber qué recuerda.

La minúscula habitación estaba pintada de un azul suave, tranquilizante. Sabía que habría más gente mirando, pero no lograba identificar las paredes tras las que se ocultaban. Todas las superficies eran lisas.

—Recuerdo... disgregarme. Materializarme.

—Ha vuelto gritando.

—Mi grabación, ¿no debería...?

—Soldado Dietz. —Se puso a dar golpecitos en la mesa metálica que nos separaba. Me tensé, pero la interrogadora no daba pistas sobre la situación de los otros espectadores; solo miraba la mesa. Supuse que debía de estar consultando a sus superiores, ocultándome el brillo de la lentilla—. Lo que podemos decirle es que sí tenemos grabaciones de su rendimiento en el último salto, la misión de combate en Marte. Se ha comportado adecuadamente. Mejor que eso. Es el motivo por el que casi puedo disculparle el desastre de la primera vez.

—¿La primera vez?

—No se haga la tonta, Dietz. Murió gente.

Me recosté en la silla. Metal duro.

—Lo que no entiendo, Dietz, es que cada vez que nos llegan sus informes médicos constatamos que su estructura celular se ha degradado más deprisa de lo previsto. Fue por eso por lo que inicialmente no se autorizó su participación en los saltos. Estoy dispuesta, a regañadientes, a creerme que perdiera la memoria tras unos cuantos saltos. Es la segunda vez que tenemos este problema, aunque al menos ha sido... mejor que la anterior. Mi recomendación, en cualquier otro momento de la guerra, sería la de asignarle una misión en tierra, pero necesitamos tantos buenos soldados como podamos. Así que si vuelve al combate, bueno... Puede que recuerde algo. Avísenos si es así.

—¿Si vuelvo al combate? —dije, porque me parecía la pregunta menos arriesgada.

Se le apagó la luz de la lentilla.

—Aún tiene que pasar por la evaluación física. Vamos, Dietz, que no es su primer rodeo.

Me enviaron a la evaluación física. Supongo que también tenía que pasarla el resto de mi escuadra, aunque, evidentemente, nuestros recuerdos de lo ocurrido en el último salto eran radicalmente distintos. Todo el mundo pasa por una evaluación física básica al alistarse, pero en aquella ocasión me pareció el distinto. Estuve, con el resto del pelotón, cuarenta y ocho horas en el barracón de descompresión y cuarentena. No había relojes ni emisiones en directo. No teníamos ningún acceso al exterior, solo cosas que oír y leer, inmersivos, juegos y un montón de equipo de gimnasia. Me pasé el primer día corriendo en la cinta andadora y haciendo prácticas de tiro simulado. No tenía forma de consultar ningún sistema de comunicación para informarme sobre Muñoz, Quijada, Squib o Abascal, y me daba miedo preguntar a mis compañeros de pelotón. Escuché con la boca cerrada. Otro buen consejo de mi madre. La gente siempre anda en busca de motivos para encarcelar o matar a los despojos. Es mejor no decir nada, no llamar la atención, comportarse educadamente. Puede que te maten de todas formas, pero a lo mejor matan a otros antes.

El segundo día nos llevaron a ver al psiquiatra.

—¿Qué tal ha estado? —pregunté a Jones cuando volvió.

—Hay que ceñirse al informe preliminar de la misión. Tú sobre todo.

El informe preliminar era lo único que había podido estudiar con detalle desde mi regreso. Aunque no teníamos datos sobre nuestro rendimiento, ni las grabaciones del pelotón, siempre podíamos consultar el informe de nuestra última misión. No había sido de reconocimiento en Marte, ni de captura de insurgentes en la mitad meridional de Norteamérica; habíamos entablado combate directo en Marte para recuperar una base bajo fuego de artillería intenso. No conservaba el menor recuerdo. De verdad me habría gustado. Sonaba muy bien.

—¡Dietz! —Un ayudante me llamó desde la puerta.

Me acompañó a una habitación sin ventanas pintada del azul claro de los huevos de mirlo americano. Un gran arbusto ocupaba una esquina. El techo

estaba cubierto de lámina LED que mostraba la luz solar que se colaba entre las ramas de un cerezo cuajado de flores. Se movían lentamente, como agitadas por el viento. Me gustaba la imagen; era relajante, tal como sin duda pretendían. Usaban aquellas láminas en muchas zonas de descanso, así como en nuestros barracones durante la cuarentena. Daban la impresión de estar al aire libre. Me figuré que estaríamos bajo tierra, y que a alguien se le había ocurrido utilizar aquellas imágenes para subir la moral. Un sofá beige y un sillón a juego flanqueaban una mesita baja de madera, probablemente sintética. Había visto suficientes inmersivos sobre soldados y psiquiatras para deducir que debía ocupar el sofá. Me senté con la espalda recta y las manos entre las rodillas. «Hay que ceñirse al informe preliminar», había dicho Jones.

Se abrió la puerta. Me puse en pie por reflejo.

Una mujer diminuta, con el lustroso pelo negro recogido en un moño, me dedicó una sonrisa afable. Igual que nuestra CO, tendría más de treinta años y menos de cincuenta. Me pregunté si daban a los psiquiatras los mismos fármacos que a nosotros, las inyecciones que supuestamente nos hacían más fuertes y resistentes durante más tiempo. Iba vestida de civil: pantalón ancho beige y blusa blanca. Zapatos bajos negros. ¿Los fármacos nos harían inmortales? ¿Nos volverían locos, como habían vuelto locos a aquellos nazis?

—¡Soldado Dietz! —Se le iluminó brevemente la lentilla del ojo izquierdo; sin duda estaba accediendo a mi expediente.

—A sus órdenes, mi..., eh...

—Puede llamarme «doctora». Soy la doctora Elaine Chen. ¿Nos conocemos?

—Eh... ¿no? Quiero decir, ¿no sale en el expediente?

—Estamos comprobando su memoria.

—Entonces, no. No nos conocemos.

—Ya veo. —Desplazó los ojos a la izquierda para resaltar algo. No la había visto hasta entonces, ¿verdad? El psiquiatra al que había visto durante la orientación era un hombre bajo de piel aceitunada llamado Mufoz. Lo recordaba claramente porque su familia procedía de Evecom, y hablamos de lo que suponía firmar un contrato con una corporación nueva.

—¿Quiere que le diga en qué consistía la misión?

—Solo lo que recuerde. —Se sentó pulcramente en el sillón, frente a mí. Sus movimientos eran tan precisos y elegantes que pensé que debía de ser bailarina. Me pregunté qué podía llevar a alguien con talento para el baile a estudiar psiquiatría. Puede que estuviera mejor pagado. Como Jones, que intentaba que la

corporación apoyase sus aspiraciones poéticas.

—No recuerdo gran cosa. Ya hablé de ello con Inteligencia. ¿No puede ver su informe?

—Esfuércese. El primer salto a un combate encarnizado puede resultar estresante y agotador.

—Había plataneros —solté. Me salió solo—. Me distraje. Solo era una chica extraterrestre.

—¿Disculpe?

—Le pegué un tiro a una chica. Marciana.

Se le iluminaron brevemente los ojos.

—Ya veo. ¿Fue la primera vez que mató a alguien? Hábleme de ello.

—Eh... Sí. —Me pareció una pregunta indiscreta, tanto como si se hubiera interesado por mi vida sexual. Pero le conté todo lo ocurrido tal como lo recordaba, al menos la parte en que disparé a la extraterrestre. No dije dónde.

La doctora estaba sentada con las manos en el regazo, pero la lentilla no paraba de iluminarse, probablemente porque me estaba grabando. Me pregunté cómo sería ver a la vez su grabación de mí y mi grabación de ella. Como poner un espejo delante de otro.

—¿Puede decirme qué hora era?

—No. No me funcionaban las comunicaciones, y... Supongo... Es lo único que recuerdo. Esa parte. No estuve el tiempo suficiente para fijarme en nada más.

—Pero sabe que estaba en Marte.

—Claro. Bueno... No, no creo que fuera Marte. ¿Cultivan plátanos en Marte?

—Joder, la estaba cagando. Mi madre estaría tirándose de los pelos y diciéndome que cerrara el pico.

—Ciñámonos a sus recuerdos. ¿En ese momento seguía siendo consciente del objetivo de su misión?

—¿Sí? Quiero decir, nos informaron sobre la misión antes del salto, pero en el terreno... simplemente... luchamos. Recuerdo que hubo combate.

—¿Y qué hora era?

—No lo sé. En la pantalla interna solo aparece el tiempo transcurrido desde el principio de la misión, no la hora real.

—¿Habló a su equipo de su confusión?

—No.

—¿No habló de ello?

—Solo quería que volviéramos con vida, todos nosotros, mi..., doctora.

—¿Cómo se sintió durante la batalla?

—Bien.

—Es habitual tener momentos de desconcierto. Lagunas de memoria. Emociones intensas. Forma parte de la vida de los soldados, y el proceso de salto puede... amplificar algunos de esos efectos.

—Vale.

—Una última pregunta, soldado Dietz.

—¿Sí?

—Confírmeme su edad, por favor.

—¿Mi edad?

—Sí.

—Eh... No tengo ni idea. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Algo cambió en su postura.

—Ya veo —dijo—. ¿Puede contarme qué ocurrió con su escuadra anterior?

—¿No tienen esas grabaciones? ¿No debería contármelo usted?

Me miró como si fuera un insecto particularmente interesante.

—Ya veo. Le sugiero que aproveche esta oportunidad para tranquilizarse y descansar un poco. ¿Ha estado practicando la meditación?

—Mi cerebro va demasiado deprisa para eso.

—Pruebe con los programas guiados incluidos en sus aplicaciones de entretenimiento. Aún le quedan veinticuatro horas de cuarentena antes de reincorporarse a su compañía. Sin embargo, debo advertirle una cosa. Puede que observe que algunos soldados interpretan esta guerra de forma distinta a la suya. Eso es normal. Cada salto supone una gran carga física y psicológica. Puede que sienta confusión, cólera, incluso impulsos violentos. En tal caso, diríjase a su superior y solicite una evaluación psicológica. ¿Entendido?

—Desde luego.

—Es muy importante. No solo por su propia seguridad, sino por la de su escuadra y su pelotón. No querrá que sufran ningún daño.

Me parecía irrisorio que se refiriese a mi estado mental como un peligro cuando nos enfrentábamos al fuego enemigo, pero no hice ningún gesto ni contesté. Aún recordaba la instrucción obligatoria e intentaba adaptarme. No me ayudaría que todo el mundo pensara que había perdido la cabeza.

—Entendido, doctora.

—Bien. Bien. —Se levantó y me tendió la mano—. Volveremos a vernos,

soldado Dietz.

—Si no muero antes.

Su sonrisa era débil.

—Estoy segura —continuó— de que podremos aclarar esos problemas con la resonancia de sus saltos. En muchas ocasiones basta con hacer ligeros ajustes.

—Muy bien.

Después de despedirme fui a la sala común y me senté al lado de Jones. Estuvimos mirando los monitores mientras Omalas y Prakash luchaban en algún inmersivo de torneos. Las dos se retorcían y gruñían, con los arneses de rendimiento virtual puestos. Omalas era una mujer alta y musculosa, de más de dos metros, con hombros de *linebacker*. Sin embargo, hablaba con una suavidad engañosa. Hasta sus movimientos con el arnés eran precisos, casi elegantes.

—¿Todo bien? —preguntó Jones. No me miró. Omalas descargó un puñetazo en la cara de Prakash. En la pantalla, su avatar cayó de espaldas escupiendo sangre.

—Todo bien —dije. Le di unos golpecitos en el hombro; después fui a la letrina y vomité hasta la primera papilla.

11

Cuando terminó la cuarentena y fuimos a nuestro barracón habitual, todo parecía... distinto. Supongo que debería habérmelo esperado. Habían grabado unas marcas en mi cama, líneas finas en conjuntos de cinco. Las conté. Noventa y tres líneas.

—¿Quién ha estado durmiendo en mi litera? —pregunté.

—Nadie —dijo Jones. Lanzó sus cosas al baúl que teníamos a los pies y dejó la chaqueta en la cama de arriba. La de Muñoz.

Las literas de aquel barracón tenían dos alturas en vez de tres. Aun así, Muñoz se había asegurado de que me asignaran la cama de abajo. Me había dicho que ahora su rango era superior al mío, y que era una orden. En su momento me resultó chocante. Fijé la vista en los listones que sujetaban su antiguo colchón, encima del mío, y reparé en las líneas. Solo se veían en posición horizontal, como estaba yo. Aunque grabaran todo lo que hacíamos, no creía que nadie se tomara la molestia de examinar nuestro tiempo de sueño.

Noventa y tres muescas. ¿Qué representarían? ¿Víctimas? Me estremecí.

Nos asignaron el salto siguiente once días después de que terminara la cuarentena. Para entonces ya estaba reorientándome y me llevaba mejor con el pelotón. Lo conseguía sobre todo a base de tener la boca cerrada. La CO me llamó a su despacho y me pidió que cerrara la puerta.

—¿Sabe qué apodo le han puesto? —me preguntó.

—Gafe —dije.

—¿Eh? No. Su rendimiento fue óptimo en ese salto a Marte. Considerando las circunstancias.

Me estaba cansando de que me hablaran de ese salto a Marte en el que había tenido tan buen rendimiento. Si era tan cojonudo, ¿por qué no conseguía acordarme?

—Gracias, mi teniente —dije, porque era lo que diría una persona normal.

—La psiquiatra ha dado el visto bueno para que realice el próximo salto.

Para eso no tenía respuesta.

—Vaya —dijo—, ¿por una vez se le ha comido la lengua el gato? Siempre insiste en que quiere ir al frente.

—Para eso me alisté, mi teniente.

—Quiero que sepa que en su expediente figura mi recomendación de que le asignen otro puesto. También lo recomendé la última vez. Pero esos cabezaculos y sus ideas de mierda están por encima de mí, y sí, espero que algún técnico esté examinando esta grabación ahora mismo y se lo repita a esos enanos follacerdos. Algunos soldados no aguantan bien los saltos. Se ponen enfermos, se vuelven locos. Usted muestra síntomas claros de ello, pero no me corresponde a mí la decisión.

Me quedé a la espera.

—¿Por qué tengo que explicárselo todo como si fuera idiota, Dietz? —continuó—. Quiero que les diga la verdad. Cuénteles lo que está pasando. Sé que está perdiendo la cabeza; se la he visto perder a muchos soldados, y todos ellos acabaron muertos. Se disparaban ellos mismos, se prendían fuego, se ponían a matar marcianos sin más, se metían en campos de minas con las bragas o los calzoncillos en la cabeza... No me trago esas paparruchas de que no se acuerda de nada. No es la primera vez que lo oigo. Ya lo oí cuando la cagó en su primer salto. No me lo creo. Hable con sinceridad, licénciese, váyase a pasar la guerra limpiando putas letrinas.

—No me alisté para eso, mi teniente.

—Ni yo para cuidar locos. Para eso existen otras instituciones.

—No he perdido la cabeza —dije, aunque lo creía solo a medias. Estaba confirmando lo que me había temido todo el tiempo. Si salía a la luz la verdad de dónde había estado, qué había visto en realidad, me sacarían del pelotón—. Tuve un buen rendimiento en Marte; todo el mundo me lo dice. Puedo repetirlo.

—No será porque no lo he intentado. Ahí lo dejo. —Torció el gesto—. Vaya a la formación para el próximo salto.

El transporte nos llevó al campo de salto. Aún no nos habían informado, pero vi centellear la lentilla de la CO, que aún no se había puesto el casco. Supuse que estarían informándola a ella.

Formamos en hileras. Yo estaba entre Jones y Omalas. Tenía delante a Prakash y Marino. La voz de la CO nos llegó por el canal del pelotón.

—Hoy nos toca irrumpir y apresar, chavales. Vamos a saltar a un asentamiento marciano de CanKrushkev, en el antiguo territorio de Canuck, a ayudar a las fuerzas de Kev a detener a unos cuantos insurgentes.

Me quedé dándole vueltas. Aquella misión me sonaba... terriblemente conocida.

—Y que nadie se ponga a echar pestes —continuó—. Los marcianos de ese asentamiento están ahí legalmente, aunque casi todos sean problemáticos. No soy yo quien decide, pero la mierda rueda cuesta abajo. Vamos a saltar. Vamos a asegurar la zona con nuestros amigos de CanKrushkev. Cuando la zona esté asegurada, detendremos a nuestros objetivos.

—Vamos a hacer de niñeras de putos marcianos —murmuró Marino.

Me quedé mirando la fuerte espalda de Prakash, y me asaltó la imagen del brazo torcido que le atravesaba el torso. «No —pensé—. No es lo que vamos a hacer ahora. No vamos a hacerlo otra vez, ¿verdad?»

Oh, mierda.

Nos disgregamos.

12

Se supone que al disgregarse no se puede ver nada. Lo sé. Entonces también lo sabía. Pero en aquella ocasión, al convertirme en luz fui consciente de tener por debajo una gran plataforma continental rodeada de un rugiente océano negro.

Nos corporeizamos al norte de una península polvorienta y escarpada que se adentraba en el agitado mar negro. Cerca, en el continente, había una cordillera redondeada que recordaba un dragón que se mordía la cola. Una densa columna de humo parecía ascender de las ruinas de una ciudad, pero después vi que se trataba de una densa capa de nubes que alcanzaba las cumbres de las montañas y bajaba por las laderas hasta la laberíntica población. Me di cuenta de lo antiguo que era aquello antes de terminar de materializarme. A lo largo de la costa se veían viejos estratos rocosos, erosionados por el viento y el mar desde tiempos inmemoriales.

El violento mar nos dio la bienvenida. El mar negro como la tinta. Focas moteadas. Tiburones gigantes. Mientras nos recomponíamos, echando mano de los fusiles y los genitales y rezando a las deidades a las que adorásemos para tener la cabeza en su sitio, nos encontramos delante de una extraña colonia de pingüinos indiferentes.

Dejé escapar el aliento. Observé como se me materializaba el brazo izquierdo mientras los pingüinos ladeaban la cabezota frente a mí. El agua me llegaba por los tobillos. Me apresuré a salir del mar; me daba pánico que se uniera a mis moléculas, o hundirme en un banco de arena antes de haberme corporeizado del todo y no poderme mover.

Al llegar a la orilla quité el seguro al fusil y me apoyé en una rodilla a esperar a que volvieran las comunicaciones. Por delante veía un grupo de pingüinos que caminaban desmañadamente. Solo había visto pingüinos en los inmersivos, y una vez en un zoo al que me llevó mi madre cuando obtuvimos la residencia. Pero los zoos me deprimían, con todos esos animales encerrados sin nada que hacer ni ningún sitio al que ir. Aún recuerdo la expresión sombría con que mi madre miraba a un orangután de rostro triste sentado en su propia orina.

A mi alrededor, otros cuatro soldados se flexionaban y agitaban; el más menudo alcanzó la orilla.

—¿Prakash? —dije por el canal de la escuadra. Puede que no estuviéramos repitiendo la misión; habíamos ido a un sitio distinto—. Espera a Jones.

La figura se detuvo. Se volvió hacia mí.

—¿Qué? ¿Has llegado bien?

La voz me resultaba desconocida. Intenté acceder a los nombres en la pantalla interna, pero no habían aparecido aún.

—¿Estoy... bien? —dije.

Se levantó el visor. Aparecieron los delicados rasgos de una rubia a la que no había visto en mi vida, ni en el pelotón ni en la compañía. No me cabía la menor duda.

—¿Quién eres? —pregunté. Se me había escapado. Mierda.

—La puta jefa del equipo. ¿Tienes todas las neuronas en su sitio? Soy Akesson. Mierda, Tanaka dijo que podía pasar esto. —Señaló a los demás. Un hombre de pelo rizado se había quitado el casco y estaba vomitando en la arena—. Ese es Toranzos. —Una mujer alta de piel oscura y cara aplastada me miraba como si me hubiera roto—. Chikere—. Por último, otra mujer, de mi estatura más o menos, con magulladuras bajo unos ojos oscuros—. Y esa es Sharpe. ¿Lo pillas? ¿Te acuerdas ya? —Pensé que todos tenían pinta de hambrientos y cansados, y que estaban tremendamente sucios.

—Claro —dije, aunque era mentira. No debí de sonarle convincente ni a ella, porque puso cara de impaciencia. Llevaba una chaqueta táctica holgada sobre el traje blindado. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una cantimplora y me la lanzó—. Bebe un poco.

Obedecí y me alivió. Akesson tenía una mecha rubia pegada a la frente.

Gente agotada sin el corte de pelo reglamentario. Hasta su equipo parecía desgastado.

—Akesson —dijo Chikere, señalando las dunas—. ¿Tienes chicle?

Akesson rebuscó y le lanzó un paquete.

—Nunca se tienen demasiados bolsillos —dijo, y me guiñó el ojo—. Eh, Toranzos, ¿cómo estás? —Se inclinó sobre él y le tendió la cantimplora.

El hombre se enjuagó la boca. Tenía la cabeza muy cuadrada.

—Gracias. Vamos a empezar con la fiesta.

Akesson examinó la playa.

—¿Alguien tiene las comunicaciones en línea?

—No veo una mierda —dijo Chikere.

—Atención, equipo. Quiero un recuento oficial. Miraos los dedos. ¿Chikere?

—Los tengo todos —dijo mientras masticaba el chicle.

—¿Toranzos?

Se puso en pie trabajosamente y se palmeó el pecho y los genitales.

—No me falta nada.

—¿Sharpe?

—Bien —respondió flexionando los puños—. Dentro de lo que cabe.

Levanté el fusil. Volvieron las comunicaciones. El icono de la misión apareció en la esquina de mi campo visual. Miré abajo y a la izquierda, y se abrió el informe preliminar. ¿Dónde demonios estábamos y qué demonios se suponía que teníamos que hacer? ¿Era yo quien desvariaba o los de Logística no daban pie con bola? ¿Me habían enviado con el equipo que no tocaba? No; ellos me conocían. Yo era quien no sabía nada.

—Comprobad los registros de la misión —dijo Akesson—. Norberg quiere que nos aseguremos de que la isla está despejada antes de desplazarnos a la estructura principal. Recordad que este asunto es muy delicado. A ver si no la caga nadie.

Inspeccioné la zona y todo estaba limpio. No había cerca ningún otro rastreador del pelotón.

—Akesson. Va a ocurrir algo malo. Quizá deberíamos esperar.

—Ya ha ocurrido lo peor —respondió con sorna—. Solo estamos retirándonos. No te preocupes, Dietz, y haz lo que te diga. Ahora mismo, este lugar es tan seguro como el que más, pero tenemos que comprobar que está despejado, ¿vale? ¿Chikere?

—Sí —dijo Chikere, y le estalló el globo de chicle—. Tengo GPS. Parece que la isla tiene unos dos kilómetros de largo por uno de ancho, en total. Casi todo está sumergido. Propongo que vayamos al este y empecemos por la costa y el muelle, y después nos dirijamos al otro extremo, donde están los edificios.

—¿Por qué no empezamos por los edificios? —pregunté.

Akesson me fulminó con la mirada.

—Porque tenemos que inspeccionar la isla, Dietz. ¿Qué tal si cierras la boca y cumples las órdenes?

Asentí. Si llamaban a la CO para decirle que estaba como una regadera, me sacarían de allí y volverían a mandarme a construir puentes. No pensaba irme hasta haber averiguado qué coño estaba pasando y qué había sido de Muñoz.

—Muy bien —dijo Sharpe—. ¿Creéis que habrá algo abierto? Nos vendrían bien un lingotazo y un polvo.

—No creo que vendan cerveza en ningún sitio —dijo la aguafiestas de Chikere.

—Podríamos comer pingüino —propuso Toranzos.

—No pienso comer pingüino. Qué asco.

—¿Creéis que sabrá a pollo? —dijo Toranzos—. ¿O a pescado?

—¿Quién coño ha dicho nada de comer? —protestó Sharpe—. No hace ni dos minutos que estabas potando la última ración.

—¿Por qué estaré acordándome de cuando trabajaba de canguro? —dijo Akesson—. Tened los fusiles dispuestos.

Caminamos hacia el este y seguimos un camino de tierra paralelo a la orilla. Matorrales y arena; a lo lejos se veían edificios destartados, pero no había ni rastro de presencia humana. Ni huellas ni humo ni emisiones de radio. Ni nodos de knu.

Pasamos junto a un faro que se erguía en la costa rocosa. Entre las olas distinguíamos antiguas construcciones, casi todas destrozadas por la subida del nivel del mar y las tormentas.

—Hay pingüinos a patadas —dijo Toranzos—. ¿Tenemos que inspeccionarlos?

—Deja en paz a los putos pingüinos —dijo Sharpe.

Chikere soltó un gruñido despectivo.

—Inspeccionad los edificios —espetó Akesson—. No he visto ninguna embarcación amarrada, pero eso no significa nada. Podría haber insurgentes acampados. Estad alerta.

Akesson nos guio por los restos de una calle. Los edificios se habían desmoronado mucho tiempo atrás. En algunos había señales de actividad reciente: tejados renegridos, puertas carbonizadas, las cicatrices características de los disparos de pulsos. Casi todo estaba colonizado por los pingüinos.

—No hay nadie en casa —dijo Sharpe.

—Eh, Akesson —dijo Toranzos—. Si te comen los pingüinos, ¿puedo quedarme con tu cama?

—Si me comen los pingüinos tendrás que ponerte al mando de este grupo de lerdos —respondió—, así que guárdame las espaldas. ¡Vamos a inspeccionar esto!

Toranzos y ella cruzaron la puerta del edificio siguiente, puede que un

antiguo colegio, relativamente intacto.

Inspeccionamos otras dos construcciones y Akesson dijo que parásemos a beber. El aire estaba caliente y seco; daba la impresión de que podíamos prender fuego a un árbol con solo rechinar los dientes. Nos resguardamos en un edificio que tenía el techo medio desmoronado.

Akesson me tendió una barra de proteínas. Negué con la cabeza. Tenía sed, pero no hambre. Según averigüé, después de saltar tardaba mucho en tener hambre.

—Bueno, ¿conoces bien a Tanaka? —dijo Akesson—. ¿Cuánto lleva al frente de tu pelotón?

—No... sé —dije parpadeando de perplejidad. A veces funciona la verdad.

—Tiene gracia —dijo Akesson—. Intentar averiguar por qué algunos seguimos vivos al final.

—Al final, ¿de qué? —pregunté.

—Al final de todo.

—Ojalá vendieran cerveza —dijo Sharpe—. ¿Creéis que la gente de Inteligencia de Norberg tendrá cerveza?

—Seguro que se ha acabado la cerveza —dijo Chikere—. No creo que haya nadie al frente de un garito.

—Mientras quede alguien con vida, alguien hará cerveza —dijo Sharpe.

Me había quedado mirando la ventana del edificio más grande del complejo.

—Era una cárcel —dijo Akesson al verme—. Durante siglos enviaron presos aquí. También fue un museo durante un tiempo, que demostraba lo bien que trata ShinHana a sus ciudadanos. En comparación.

—¿Dónde coño estamos? —dije—. Esto parece el puto fin del mundo.

—En el sur de África —dijo Chikere. Mi abuela se crio en el desierto, más al norte. ¿Puede que en Nairobi? ¿En qué territorio queda eso? Ha cambiado tantas veces de manos que me he perdido. —Dejó vagar la vista por el mar y vi añoranza en sus ojos. Era la mirada de alguien dispuesto a dejar el arma y echarse a andar.

Me descubrió mirándola y enseñó los dientes.

—El agua está llena de tiburones. No lo conseguiríamos. Además, ya sabes, los rastreadores. Pueden sacarnos de cualquier sitio. Una putada, ¿eh?

Abrí el mapa en la pantalla interna y lo confirmé. Salían las posiciones de nuestro equipo. Reduje en busca del resto del pelotón, quizá incluso de una división, hasta trece kilómetros tierra adentro. Pero no detecté ningún rastreador

al escudriñar el mapa.

Realmente estábamos solos allí.

—Bueno, basta de charla —dijo Akesson—. Vamos a inspeccionar el edificio principal y después nos reunimos con Norberg, a ver por qué nos han mandado aquí los de Inteligencia. Siempre envían a los pringados cuando hay algún peligro al que no quieren exponer sus preciosos y suaves culos.

—Salve, culos de Inteligencia —dijo Sharpe.

—La mejor definición que he oído nunca de sus miembros —intervino Chikere.

—Cerrad el pico —dijo Akesson.

La charla se interrumpió. Me pregunté cuánto tiempo llevaría al frente de ese equipo, y cómo había acabado yo en él. Nos pusimos en marcha.

Akesson nos guiaba. Chikere y yo nos situamos a los lados de la puerta del antiguo museo; había perdido el cristal, y el suelo y el techo estaban renegridos casi por completo. Sharpe se puso en cabeza y entró, precedida por su fusil. Chikere y yo la seguimos, escaneando el interior. Toranzos entró detrás. En las pantallas internas, el calor aparecía como una neblina roja, y el monóxido de carbono salía en azul. La radiación se representaba con un verde claro. Al margen de las emisiones de nuestro equipo, no vi nada.

Recorrimos las ruinas del museo, con los sórdidos y violentos restos de una era anterior. Pese a todos los agujeros de bala y cristales rotos, solo vi un cadáver, acurrucado bajo un expositor caído, y llevaba mucho tiempo muerto, momificado por el calor.

Akesson nos indicó por señas que siguiéramos adelante.

Sharpe volvió a ponerse en cabeza. Inspeccionamos las tres salas de la siguiente construcción desmoronada. Señales de actividad reciente: dos tiendas de campaña con el logotipo de Masukisan; un paquete de raciones colgado de las vigas, protegido de insectos y lagartos; un hornillo portátil.

Akesson señaló una puerta que daba al sótano. A pesar de que estaba cerrada, se oían murmullos. El arrastrar de botas. Una risa de mujer.

Akesson me apartó para adelantarse y se inclinó hacia el umbral. La escalera era demasiado empinada para ver gran cosa del sótano, aparte de un suelo polvoriento.

—Al habla la teniente Akesson —dijo—. Tenemos órdenes de la gerente de guerra.

La risa de la mujer.

—Algo marcha mal —dijo Sharpe.

—Dietz, Sharpe, id por delante —dijo Akesson—. Puede que la zona esté comprometida. Puede que los de ahí abajo no sean de los nuestros. ¿Entendido?

Asentí. Sharpe gruñó.

Fue la primera en bajar.

La seguí, mientras Chikere me seguía a mí. Akesson y Toranzos se quedaron a cubrirnos.

¿Qué recuerdo?

El olor putrefacto del azufre. Sharpe me bloqueaba casi toda la visión, pero me fijé en los cadáveres de un pelotón tendidos allí delante en el suelo de hormigón. Sangre y polvo. Y el sonido... La risa de esa mujer. Al final de la escalera me llegó una vaharada de excrementos, el hedor metálico de la sangre fresca. Se me introducía por las ventanas de la nariz, empalagoso y pegajoso. Cuando hace calor sigo oliendo la sangre. La luz procedía de una solitaria bombilla LED que colgaba de un cable enrollado, clavado a la pared. Dos puertas. Una abierta, la otra cerrada.

Y ahí, al otro lado de la puerta abierta...

Os diré lo que no dije a mi psiquiatra. Le dije que lo último que recordaba era la luz de la puerta, pero no es cierto. Recuerdo haber mirado al otro lado, y saltaba a la vista que el sótano era solo la tapadera de algo más grande. Vi un largo pasillo metálico. Una serie de puertas de acero inoxidable numeradas. Las celdas eran mucho más complejas de lo que daba a entender el exterior. Una ametralladora montada en el techo giró en nuestra dirección.

—Mierda —dijo Sharpe.

Los sonidos del resto de la escuadra, que nos seguía.

Recuerdo que extendí los brazos, todo el cuerpo, con la esperanza de proteger a los demás de lo que se avecinaba.

Un pulso destrozó la ametralladora. Procedía del pasillo metálico. Oí el sonido de unos pies descalzos contra el suelo. Una figura sucia y ajada se nos acercó. Llevaba un chándal gris hecho jirones. Fuera quien fuera, tenía un fusil de bajo rendimiento y disparó a Sharpe. El fuego que devolvió Sharpe se dispersó. Yo tenía que elegir entre devolver los disparos y seguir bloqueando el paso de Akesson y los demás para protegerlos.

Elegí a mi equipo.

La figura disparó contra mí, y una fuerza tremenda me lanzó hacia atrás. Voces. Oscuridad.

Es mi último recuerdo de ese salto.

13

Oscuridad.

Estar a solas, a oscuras, resulta más reconfortante de lo que cabría pensar.

Me encontraba boca arriba en una habitación con dos focos en el techo. Una docena de personas se cernía sobre mí. ¿No tenían otro sitio donde estar? Me sentía en el centro de un enjambre de abejas cabreadas.

Un hombre calvo de rostro macilento me dedicó una sonrisa tensa y me preguntó:

—¿Sabe dónde está?

—¿En un consultorio médico? —Me parecía una opción tan buena como cualquier otra.

—Ha experimentado una evacuación de emergencia. Puede que sufra cierta desorientación.

Otra vez la oscuridad. Volví en mí en un ascensor, o puede que en una cabina. Estaba en una camilla. Tres mujeres intentaban trasladarme a otra.

—Sigue habiendo mucha sangre, pero no es suya —dijo alguien, y volví a perder el conocimiento.

Y volví a despertarme.

Frente a mí había un hombre apoyado en una rodilla, como si fuera a proponerme matrimonio. Tenía una gruesa aguja hipodérmica en la mano. Me corría sangre por el brazo derecho.

—Lo siento, lo siento —decía mientras seguía clavándome la aguja.

El brazo me dolía horrores. Una punzada seguida de un ardor persistente. Debía de ser eso lo que me había despertado.

Sentí deseos de consolarlo. Lo veía aterrorizado, fuera de su elemento. A algunas personas se les da bien introducir una vía, pinchar la vena correctamente. A mi hermano se le daba bien cuando cuidaba de mi madre durante su prolongada enfermedad. Pero a aquel hombre no. Mi sangre formaba un charco en el suelo.

Levanté la vista al percibir un movimiento en la puerta. Había una joven en el

umbral, con un rictus de preocupación en la boca y la cara deformada por el dolor. Llevaba una falda corta con vuelo y un jersey amarillo. La conocía y no la conocía, porque aunque mi cerebro insistía en que le resultaba familiar, la razón me decía que era imposible que estuviera allí. Quería pronunciar su nombre, pero temía que el hombre del suelo me oyera. Inteligencia ya me tenía bajo el radar.

Otra punzada de dolor. Solté un grito.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo el tipo. Seguía sangrando. Me pregunté cuánta sangre podría salirme del brazo antes de que tuviera la suerte de volver a sumirme en la oscuridad.

Entonces se acercó la chica de la puerta. Se me hizo un nudo en la garganta. Pensé que iba a atragantarme.

—¿Vi? —dije, aunque sabía que era imposible.

—Tienes una pinta horrorosa —dijo. Nunca había sido muy diplomática. Tenía los ojos húmedos. Me cogió la mano buena y la apretó. Tenía las manos suaves, tal como recordaba, con las uñas cortas y esmaltadas. Olía igual, a polvos de talco y champú de hierbas. Quería besarla para comprobar que era real. ¿Por qué me había separado de ella?—. ¿Qué haces aquí, Vi? No deberías estar...

—No quieren decirme qué ha pasado.

—No pueden.

—¿Y tú?

—No... lo sé. La guerra es... Debería estar en cuarentena. —Mi cabeza era un torbellino. Tenía náuseas y me costaba concentrarme. Era imposible que Vi estuviera allí—. No puedo estar contigo —le dije.

—¿Por qué? ¿Porque soy mayor? ¿Por tus padres?

—No pienso volver allí.

—Yo sí. Allí hay trabajo que hacer, y estoy cualificada para hacerlo. ¿Qué te da tanto miedo?

Sabía qué conversación estábamos teniendo. Una conversación que habíamos tenido anteriormente. La última. Le cogí la mano y apreté. Sabía que no era real, que tenía que ser una alucinación, porque de mi boca salían las palabras que habían salido entonces, todas las estupideces cargadas de veneno que había soltado.

—Ya viste lo que pasó en la Luna —dije—. ¿Crees que puedes poner fin a eso a base de negociar? ¿Crees que las palabras servirán de algo? Te engañas. Es

el momento de luchar. Voy a luchar.

—Luchar, ¿dónde? ¿En otra guerra corporativa?

—Tú nunca has sido un despojo —le dije—. No tienes nada por lo que luchar.

Su expresión me había matado en su momento, y entonces volvió a destrozarme. Apartó la mano de la mía. Se le anegaron los ojos.

—Tienes que crecer —dijo, recurriendo por primera vez a la diferencia de edad, intentando hacerme daño como yo se lo había hecho a ella—. Cuando crezcas, ven a buscarme. O quédate a regodearte en la culpa si lo prefieres. Tú sabrás.

En mis recuerdos era entonces cuando yo me había marchado, pero Vi seguía allí, así que dije:

—Necesito hacer esto por mi cuenta.

—Formábamos un equipo. Íbamos a...

—No era como mi equipo.

—¿Qué?

—Este equipo —dijo, y supe que estaba mezclando el pasado y el presente—. Ellos son mi equipo. Me guardan las espaldas. No entenderías lo que hemos pasado. Lo que estamos pasando.

—Yo te guardaba las espaldas. Tú nunca me las guardaste a mí.

—No quería perderte. Pero la jodí bien jodida, ¿verdad?

El dolor volvió a recorrerme el brazo. Volví la cara hacia el hombrecillo.

—Lo siento, lo siento —dijo—. Voy a probar en el otro brazo.

Me volví de nuevo hacia Vi. Ya no estaba.

Parpadeé con furia. Me quedé mirando la puerta. Nadie. Estaba a solas con aquel médico inútil.

—¿Dónde se ha metido Vi? —le pregunté—. ¿Se ha fijado?

—Los soldados ven un montón de cosas después de las evacuaciones de emergencia. Resultan especialmente traumáticas.

—Era... un recuerdo, pero no. Como si estuviera aquí.

—¿Qué hace la mente, si no interpretar estímulos? Lo siento, pero después de un salto como este es normal tener alucinaciones.

—Tiene que saber lo de la isla. ¿Quién nos envió a esa isla?

—Los enviaron a Marte —dijo—. Pero ya está a salvo. Se le informará más adelante. Pronto se sentirá mejor.

Me introdujo el catéter con una punzada certera y los fármacos empezaron a

hacer efecto. Perdí el conocimiento.

Pasé setenta y dos horas en cuarentena. Una mujer de Inteligencia Corporativa entró cuando ya era capaz de tragar comida sólida.

—¿Y mi CO? —pregunté—. ¿La teniente Valenzuela? «Que no me cambien de comandante», pensé.

—Antes necesitamos un informe, soldado Dietz —dijo la mujer—. Soy la sargento primero Jasso. Necesitamos su informe de la operación.

—¿Dónde está la teniente Ortega?

—No me consta que usted haya hablado con nadie llamado Ortega.

Claro que no.

—Soldado Dietz —prosiguió—. Usted ha participado en una misión en Marte. Hablando en plata, su primer salto real. Parece que le ha ocurrido algo.

—Y tanto. En Logística no dan una a derechas. ¿Y mi escuadra?

—A eso debería contestar usted, soldado Dietz. Nuestra última comunicación de su escuadra fue una llamada de socorro de la cabo Muñoz.

Reconocimiento en Marte. El primer salto. Muñoz había desaparecido. Bien, pensé, ya iba averiguando qué pasaba, o eso me parecía. Tenía que darles los nombres de la escuadra correcta. La de reconocimiento en Marte, ¿verdad?

—Así que mi escuadra... Muñoz... Quijada, eh..., Hadid. Abascal y... ah, Squib. El cabo Hussain. ¿Han desaparecido? ¿Durante esta misión? ¿La misión de reconocimiento en Marte?

—Usted sabrá —dijo Jasso entrecerrando los ojos.

—Escuche, no lo sé. Yo también intento aclararme. Tienen grabaciones, ¿no es así?

—Tenemos grabaciones limitadas de otros miembros de su pelotón. Cuando llegaron a Marte cayeron en una emboscada de los marcianos y perdimos todas las comunicaciones.

—Mierda.

—Desde luego.

—No recuerdo nada —dije—. Pueden comprobarlo.

—Oh, lo estamos comprobando. Inteligencia está monitorizando sus respuestas.

—Entonces saben que digo la verdad.

—Tenemos una grabación de su pelotón al llegar a Marte. Un grupo de insurgentes marcianos salió al encuentro de su equipo de combate. Utilizaron humo, un pulso electromagnético y... otra cosa. Sus rastreadores quedaron inutilizados, igual que las comunicaciones. Cuando acabaron el ruido y la confusión, todos ustedes habían desaparecido. Si los capturó el enemigo, soldado Dietz, cualquier información que pueda proporcionarnos nos será extremadamente útil en este conflicto.

Lo que se dejó en el tintero, por supuesto, era: «Y queremos saber si ahora es espía».

Me di cuenta de que esa era la primera cagada. Esa primera cagada de la que hablaba todo el mundo cuando saltamos entre los plataneros. Dietz es gafe. Joder, no me extrañaba. Había vuelto y mi escuadra no.

—No sé qué pasó. Tengo... mala memoria. Pingüinos. Ni siquiera fue como si estuviéramos en Marte. —Tenía que aportar algo, pensé pero en cuanto lo dije supe que había sido un error. Nunca, jamás, hay que aportar nada. Cuanto más complejo sea lo que se cuenta, más datos hay que recordar.

—¿Qué más, soldado? —preguntó inclinándose hacia mí.

—No sé. Puede que haga memoria más adelante.

—Si es así, esperamos que nos lo comunique. Estamos en el mismo bando, soldado.

—Claro, mi sargento primero.

—Según el resultado de su reconocimiento médico, no tiene nada raro. —Vi que le brillaba la lentilla—. Ni aumentos ni rastreadores adicionales. Han detectado anomalías relacionadas con su estructura celular, lo que indica que ha sufrido daños que no habíamos visto nunca en un soldado que hubiera saltado tan pocas veces. Resulta preocupante. Si se autoriza que vuelva a saltar, se le practicarán exámenes médicos adicionales antes y después de cada misión.

—¿Cómo me encontraron en Marte?

Se puso en pie. La lentilla se oscureció.

—No apareció en Marte. Apareció en Ciudad del Cabo. En territorio de ShinHana. Un niño se tropezó con usted. No tenía rastreador; se lo habían extraído por completo. Aún sangraba por el lugar del implante. Me preocupa que tampoco recuerde eso.

—Yo creía que no había nadie en Ciudad del Cabo.

—Ya veo que no sabe mucho de geografía. Ciudad del Cabo es una pequeña localidad perfectamente funcional. Las plantas desalinizadoras le proporcionan agua potable desde que ShinHana las reparó. Tienen muchas instalaciones de lanzamiento en la zona. No está a la altura de Nueva Buenos Aires, pero está resurgiendo.

—¿Y esa isla que está cerca de la costa? ¿Robben Island?

—Es un museo, Dietz. Un recordatorio de todos los horrores a los que puede conducir el capitalismo desenfrenado y una celebración de las prácticas laborales progresistas de ShinHana. Puede buscarlo en el knu si le llama la atención. La semana pasada me bebí una botella de vino de Ciudad del Cabo. Un tinto excelente. ¿Sabía que después del desastre climático tardaron cien años en volver a producir vino?

—No entiendo por qué me encontraron ahí.

—Nosotros tampoco. ¿Qué pretendería Marte al hacer saltar a un miembro de nuestro ejército a Ciudad del Cabo después de interrogarlo y borrarle la memoria, sin alteraciones detectables ni dispositivos de rastreo? Hasta que usted nos cuente lo que sabe, es todo un misterio.

No mordí el cebo y cambié de tema:

—Les oí decir... a los médicos... que llegué con la ropa empapada de sangre, pero que no era mía. ¿De quién era?

—Eso también sería interesante saberlo —respondió Jasso—. La sangre no era suya y tampoco logramos identificarla, lo que significa que tenía que ser marciana o de alguien que no está registrado en las corporaciones. Así que ya ve: a pesar de que no lo recuerda, está claro que estuvo en Marte. Si escapó o si le dieron una paliza a un prisionero marciano mientras usted estaba cerca, eso no lo sabemos. Le falta el rastreador y no tenemos grabaciones.

Guardé silencio.

—Sé que los saltos pueden resultar desconcertantes —prosiguió—. Cuando esté en buenas condiciones físicas recomendaré que le hagan una evaluación psiquiátrica.

—A la orden, mi sargento primero.

—Ah, soldado Dietz. Que no se repita esto. Cíñase al informe preliminar de la misión. —Me dejé a solas en la sala de interrogatorios.

Me quedé mirándome las palmas de las manos. Abrí y cerré los dedos, observando el juego de luces en las articulaciones y los callos. Ceñirse al

informe preliminar de la misión. Pero en el informe preliminar del salto a la isla figuraba que teníamos que despejarla.

Cerré los puños. Me llegó una vaharada de polvos de talco y champú de hierbas. ¿Qué me estaba pasando?

Entrevista n.º 2
SUJETO N.º 187799
FECHA: 24/05/309
HORA: 5.00
SALA: 98

I: La entrevista empieza a... Ver marca de tiempo, con el sujeto uno ocho siete siete nueve nueve. Cuénteme lo que sepa del Sick.

S: ¿Qué?

I: La liberación del agente químico que mató a cuatro mil millones de personas en ShinHana y NorRus. Hemos averiguado que empezó en el territorio de CanKrushkev. Aniquilaron a toda la población. Todos los civiles. Niños. Indefensos. Inocentes. ¿Fue idea suya?

S: ¿No te has olvidado demasiado pronto de San Petersburgo? ¿Ahora te ha dado por intentar involucrarme en el genocidio de miles de millones de personas? Supongo que sería una historia más pulcra. Decir a los medios de comunicación que han aprehendido a un importante terrorista de Marte, no a un grasiento sin techo que se dedicaba a tirar cócteles molotov.

I: ¿Ha tenido tiempo para pensar en lo que hizo en San Petersburgo?

S: Sí, claro. Pero, en serio, ¿la luz encendida todo el rato? Creía que os iba más la oscuridad, ahogar a los presos en ella. Es lo que habría hecho yo. Pintarlo todo de negro estigio. La oscuridad da mucho más miedo que la luz.

I: Me dicen que ha estado entreteniéndose en la celda.

S: Tengo mucha experiencia con la espera. A todos nos entrenan para ello. ¿A ti no?

I: ¿A qué se refiere?

S: A los módulos de tortura. ¿Cómo los llamaban en Evecom? No pueden tener tantos nombres distintos. ¿Caja negra? Un chico al que conocí los llamaba caja agónica. Las Bene Gesserit. Era un chaval gracioso; citaba mucho a Herbert. ¿Conoces a Frank Herbert? ¿La letanía contra el miedo? Siempre la encontré más útil que cualquier meditación.

I: Hábleme de su experiencia con la caja negra.

S: Háblame de la tuya.

(SILENCIO: 05 segundos).

I: Me pasé sesenta días en la caja negra. Pero eso fue antes de sus tiempos, antes de que usted naciera. En aquella época era distinto. Se volvían locos más reclutas.

S: ¿Sesenta días completos, sargento? ¿De tiempo real o virtual?

I: Aún no existía el tiempo virtual. Claro que fue tiempo real. Sesenta días completos en la caja.

S: Entonces debo presentarte mis respetos. Eso puede mandar a la mierda la salud mental. Debieron de tener que rehabilitarte. Me sorprende que te tuvieran tanto tiempo encerrada. Supongo que es necesario para trabajar en Inteligencia.

I: En mis tiempos nos tenían ahí hasta que dábamos con la forma de salir. No somos tan blandos como las generaciones posteriores. Aún tengo el récord de resolución de los módulos virtuales.

S: Ah, ya veo. Sí, en la caja virtual se sabe que la tortura acabará en algún momento. Resulta más fácil cuando se sabe que es mentira. Es más fácil enfrentarse a una simulación, especialmente si se ha aprendido a sobrevivir a la tortura de verdad. Por real que parezca todo, se sabe que se despertará de la pesadilla en perfectas condiciones. Después se pueden sufrir terrores y tiritonas, claro. Puede que haya que pasar por terapia de aversión para poder desenvolverse de nuevo en el mundo real. Pero se sale sano y salvo. Así es como se soporta. Se sabe que termina. Resulta tremendamente liberador saber que el dolor tiene un final. Un ser humano con esperanza puede aguantar mucho más que sin ella. ¿Sabe que las personas levemente deprimidas ven el mundo con más exactitud? Aunque no viven tanto como los optimistas. Ni tienen tanto éxito. Resulta que ser capaz de percibir la realidad tal cual tiene muy pocas ventajas a largo plazo. Los que prosperan son los que creen en algo mayor que ellos. Al parecer, todos necesitamos algo de autoengaño para funcionar en el mundo. La creencia puede dirigirse a cualquier cosa, además. Puede ser un dios, una corporación, una responsabilidad social o un ideal, como esos que inculcan nuestros diversos ejércitos. La sensación de formar parte de algo. Puede ser el orgullo nacional. O el deseo de mejorar el mundo. O de ver arder el mundo. Personal o político. Pero... algo mayor. Algo que nos sobrepase.

I: Ahora sé cómo superar los módulos de tortura. Pero ¿y usted? ¿Cómo soporta esto?

¿Cree que no vamos a ponernos a extraerle un trocito tras otro, en tiempo real? Puede que no sea yo quien lo haga; me gusta tener los guantes limpios. Pero se encargarán otros si no obtengo resultados. Lo sabe, ¿verdad? No será en la caja. Lo haremos en directo.

S: ¡En directo! ¡Sí! ¡Retransmitirlo! Sería muy emocionante.

I: ¿A quién?

S: ¿A quién? Sí, es una pregunta interesante. ¿Cuánta gente queda después del Sick? Tengo una idea aproximada. Bastante más aproximada de lo que pensáis. Se os ha dado de maravilla autodestruiros. ¿Que cómo aguanto esto? Sé que no estoy en una caja. Siempre hay forma de averiguarlo, hasta en los módulos más avanzados. Esto es real. Así que es una pregunta excelente. Debería dejarme llevar por la desesperación. Puede que sea capaz de aguantarlo porque tengo una idea bastante aproximada de cómo termina. Puede que sea capaz de aguantarlo porque sé que ya hemos pasado por esto.

(SILENCIO: 07 segundos).

I: ¿Sabía cuál iba a ser el resultado del Sick?

S: ¿Y tú? Yo también me lo pregunto, quién sabía lo del Sick y cuándo. ¿Ya sabíais que le ibais a echar la culpa a Marte? La moral andaba muy baja a esas alturas de la guerra. Las Seis Grandes se habían convertido en las Cuatro Grandes. Pero se me ocurre que es posible que Marte fuera responsable del Sick después de todo, aunque la huella de la epidemia fuera claramente de Evecom. La desataron después de que diéramos con la solución final al problema de los marcianos en la Tierra. ¿Os habéis parado a pensar que a lo mejor lo hicisteis vosotros solos? Que si os hubierais retirado en vez de administrar la solución final... tal vez habríais salvado los cinco mil millones de vidas que acabarán por perderse?

I: Me interesa mucho el motivo por el que estaba en San Petersburgo.

S: Ah, bien, ya has vuelto a San Petersburgo. ¡Estupendo! Sin embargo, me resulta curioso que insistas tanto en que te lo cuente, cuando ya sabes bastante. Sin duda me habéis analizado a fondo. Sabéis quién soy. Si no tuvierais ni idea, no estaría aquí. ¿De qué creéis que os servirá ese conocimiento? ¿Creéis que podéis cambiar el curso de la historia si sabéis lo que sé? Voy a decirte una cosa. Todo lo que va a pasar ha pasado ya; simplemente no lo habéis experimentado aún. Estamos atrapados, todos nosotros, en un enorme bucle temporal, rebotando por los espacios que separan las cosas.

(SILENCIO: 12 segundos).

I: Usted no cree en el libre albedrío.

S: Cada cual cree lo que quiere. Tú no estás aquí porque quieres ampliar horizontes.Quieres reafirmarte en tu visión del mundo. Puede que sea el verdadero motivo por el que haces las preguntas: esperas que te dé respuestas distintas de las que ya tienes. Pero no puedo dártelas, por mucho que me dejes a solas aquí, a la luz.

I: ¿Qué respuestas puede darme? Porque podemos pasarnos meses dando vueltas.

S: No podemos.

I: ¿No? Es raro que estemos de acuerdo.

S: No. No he preguntado cuánto tiempo me habéis tenido ablandándome sin dejarme dormir. No necesito saberlo porque solo pueden haber sido unos pocos días. Tenéis plazos que cumplir, sargento. Se acabó el antiguo mundo, y ya hace tiempo. Ahora mismo estamos viviendo su final.

I: ¿Qué pretendía conseguir en San Petersburgo?

S: El final de la partida.

I: ¿El final? Solo estamos empezando.

S: Tú, puede. Pero yo estoy acabando una partida muy larga, sargento.

I: Dígame cómo acaba su partida.

S: Igual que empezó.

I: Si cree que tenemos unos plazos ajustados, sabrá que nuestra próxima entrevista no será tan cordial. Le sugiero que intente cooperar. Ni usted ni yo queremos estar aquí. Ni usted ni yo queremos prolongar esto. No soy su enemigo.

S: (RISAS). Das demasiadas cosas por supuestas, sargento.

I: ¿Aún no tiene nada que contarme sobre el motivo por el que estaba en San Petersburgo? ¿Quién le dio las órdenes? ¿Qué planeaba en realidad?

S: Sigues haciendo las preguntas incorrectas.

I: ¿Qué debería preguntar?

S: Pregúntame cuándo saldré de aquí. Sé cuándo será exactamente.

I: ¿Cuándo haya muerto?

S: No. Cuando te haya matado. Por fin.

I: Fin de la entrevista.

(FIN DE LA GRABACIÓN N.º 2).

15

—Soldado Dietz. —La doctora Chen sonrió y extendió la mano—. Refrésqueme la memoria. ¿Nos conocemos?

—Eh, sí. —Seguía en cuarentena. Era la primera vez en cuatro días que veía a alguien que no perteneciera al personal médico o de seguridad. Hasta la sala de descanso estaba vacía; la tenía entera para mí. Me pregunté cuántas instalaciones como aquella habría esparcidas por Teni.

—¿Y cuándo nos conocimos?

Me paré a pensar. Me olía una trampa.

—La última vez. —Mierda. Se suponía que esa era mi primera evaluación psicológica, ¿verdad?

—¿De qué hablamos? Siéntese, por favor, y siga por donde lo dejamos. —
¿Me estaba siguiendo la corriente?

—¿No sale en mi expediente?

—Me gustaría saber cómo lo recuerda. —Se sentó frente a mí. La doctora estaba igual, cosa que se me hizo rara porque yo me sentía... muy diferente. Como si hubieran pasado años desde que la vi por última vez. En mi cabeza era así. El tiempo estaba manga por hombro.

—Ya nos conocíamos —dije, intentando tantearla— y estuvimos hablando de... por qué me consideran gafe. Escuche, da igual. Vamos a... —«Ceñirnos al informe preliminar», pensé.

Le dije todo lo que le había dicho a Jasso, que no era gran cosa. Le dije lo que me había dicho Jasso sobre cómo me encontraron. Le hablé del hospital. Pero no le dije nada de Vi. Los militares están dispuestos a aguantar muchas locuras, pero no creo que tener visiones o saltar a donde no se debía estuvieran entre ellas. Hasta yo sabía qué significaba empezar a tener alucinaciones. Ya era bastante grave que tuviera que saltar a... ¿Quién sabe adónde se suponía que tenía que saltar? Pero había aparecido en el sur de África. ¿Cómo podía ser culpa mía? Yo no controlaba los saltos; los controlaban las corporaciones. La cagada había sido suya.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la doctora Chen—. Después de lo ocurrido.

—Todos los miembros de mi escuadra están desaparecidos, probablemente muertos. ¿Cómo cree que me siento?

—Estoy aquí para escuchar, no para hacer conjeturas.

—Pues todo el mundo va a hacerlas. Supongo que están en su derecho. Yo las haría. Puede que simplemente saliera mal algo con... eso de la luz.

—¿El despliegue?

—Sí, con todo ese proceso. Quiero decir, tengo entendido que no es perfecto. Tengo la impresión de que intentan cargarme el muerto, pero yo me limité a cumplir las órdenes.

—¿Qué tiene entendido sobre el despliegue?

—Bueno, a veces la gente vuelve con el cuerpo mal reconstituido. A veces vuelve desconcertada. Ya ocurrió en el salto de preparación.

—Ya veo. ¿Eso le resulta preocupante?

—Eh... Supongo. No quiero dejar a otra escuadra en la estacada.

—¿Cree que dejó en la estacada a la anterior?

—Estoy aquí y ellos no, así que sí.

—Si de verdad no recuerda nada de lo ocurrido, no puede culparse por ello.

—Debería haberlos salvado.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero es lo que debería haber hecho. ¿No lo habría hecho usted?

—En tiempo de guerra pasan cosas difíciles. ¿Sospecha que usted tenía algún control sobre lo que sucediera con su escuadra?

—Me gusta tener control sobre las cosas, sí. Muñoz era la jefa de la escuadra, pero yo tenía que guardarle las espaldas. Es mi trabajo, acompañar a mi equipo y asegurarme de que no le pegan un tiro a nadie. No sé qué fue de ellos, pero supongo que nada bueno.

—¿Se considera una figura protectora?

—Quiero ayudar a la gente.

—Hay otras profesiones en las que puede hacer eso. Podría haber estudiado medicina, o...

—No tengo la ciudadanía. ¿Todas esas opciones? Yo no tengo esas opciones.

—¿Por qué eligió el Ejército?

—Quería estar en el bando adecuado. Con los putos héroes. —Se me había escapado. Intenté recular—: Lo siento, ha sido una estupidez.

—Con los héroes... ¿Con los paladines?

—Algo así. Con los cruzados. Como... alguien que no solo se enfrenta a la gente, que también puede protegerla.

—Ya veo. Es importante que nos contemos historias, soldado Dietz. Existe una teoría según la cual el principio de la consciencia está en las historias. Son lo que usamos para interpretar el mundo. Todos tenemos una historia interna que nos relatamos desde muy pequeños, y a medida que crecemos la revisamos continuamente, y la vamos ajustando con sumo cuidado. En ocasiones, cuando nos topamos con algo o hacemos algo que no encaja en esa historia experimentamos una fuerte sensación de disonancia. Puede darnos la impresión de haber perdido una parte de nosotros mismos. Que el mundo real no coincida con nuestra historia puede parecernos un ataque contra nuestra identidad. ¿Qué pasa si uno de esos paladines no consigue salvar a alguien?

Quería decirle «Que hace voto de venganza y se alista en el Ejército Corporativo, por supuesto». Pero me abstuve. Sabía qué tenía que decir. Ya había dicho demasiado.

—Que sigue adelante. Intenta hacerlo mejor la vez siguiente.

—¿Se considera capaz?

—Siento haber dicho eso.

—No lo sienta. Nos ayuda a entendernos. ¿Tiene la impresión de que puede seguir adelante? ¿Qué le parece la idea de formar parte de otra escuadra?

—Será difícil, pero... por eso estoy aquí. Así que me parece bien, supongo.

—¿Lo considera una llamada? ¿Una llamada personal para usted?

—Es... lo que es. Algo que debería estar haciendo. Cueste lo que cueste.

Seguimos un rato hasta que la doctora dijo:

—Veo que se nos ha acabado el tiempo.

—¿Ya está? ¿Cuándo voy a volver a saltar? ¿Van a meterme en un despacho? ¿Mandarme a construir letrinas? Soy buen soldado. Puedo estar en otra escuadra. Puede que encuentren a los otros. —No había pensado en la sangre que me empapaba cuando me encontraron. ¿De quién era? No me tragaba que toda fuera marciana. Me mordí el labio. ¿Me atrevía a preguntar? ¿Me lo contarían siquiera?

—No depende de mí. Ha sido un placer volver a hablar con usted, soldado Dietz. Espere aquí y un ayudante le mostrará la salida.

Se fue sin mirar atrás. Ahí estaba, esa psiquiatra que tenía mi futuro en sus manos, un futuro que decidiría a partir de un montón de divagaciones sobre

paladines y sensaciones. Mierda, como llegara a oídos del pelotón me harían la vida imposible. En caso de que volvieran a mandarme con mi pelotón. O con cualquier pelotón.

Fuera lo que fuera lo que puso en su informe, no podía ser tan malo, porque al cabo de unas horas me liberaron de la cuarentena en solitario y me enviaron en lanzadera con mi pelotón.

Debería habérmelo oído, pero le di vueltas durante mucho tiempo. Si no me dejaban volver a saltar, ¿cómo podían considerarme gafe? Tenía que cagarla más aún para llegar a eso. Claro que ¿cómo iba a saber que cada vez que saltaba aparecía en otro lugar, en otro... tiempo? ¿En otra... versión de mí? No tenía ni idea. Me dolía la cabeza. Podía estar en cualquier lugar del... ¿tiempo?

Me dirigí a mi litera. Jones ya estaba ahí. Al principio pensé «Claro, él duerme arriba». Pero no era así. Estaba sentado en mi cama. Aún no lo habían trasladado. La de arriba era de Muñoz; aún esperaban que apareciera. Pero yo ya conocía el futuro, ¿verdad? Abrí el baúl de los pies de la cama y sus mierdas seguían en él. Se me hizo un nudo en la garganta. Tuve que dedicar un rato a serenarme.

—¿Qué pasó? —me preguntó Jones.

—Se lo he contado a un millón de personas. No lo sé. —Y después, porque quería confirmarlo—: Estabas lesionado. No pudiste ir a la misión porque estabas lesionado, ¿no es así?

—¿Qué te pasó en ese salto, Dietz?

—¿Sí o no?

—Sí. Estuve perdiendo el tiempo con prácticas de tiro mientras tú conseguías que mataran a mi escuadra. ¿Muñoz y Quijada han muerto?

—No lo sé. No la vi morir. Ni a los demás. No lo sé.

—¿Cómo es posible que solo vuelva un miembro de una escuadra?

—No lo sé.

—Nadie más perdió ni un soldado; solo tú.

—Entonces, ¿tú no estabas?

—No, ¿es que no me escuchas? Fuiste tú. Yo me quedé. ¿Voy a tener que repetírtelo? Se te va la olla.

—Fue algún problema técnico. Hicieron algo mal.

Jones me miró con los ojos entrecerrados.

—Y una mierda —dijo, y se marchó.

Me permitían hacer EF con el resto del pelotón y cohabitar con ellos como de

costumbre, pero me trataban con frialdad, incluso en comparación con mi último salto de vuelta a la base. Los soldados son supersticiosos. Jones se ponía los mismos calcetines siempre que iba a saltar, a pesar de que todos nuestros calcetines eran iguales. Les había puesto unos imperdibles enanos y decía que eran sus calcetines de la suerte. Muñoz besaba su crucifijo. Yo aún tenía poca experiencia de combate y no confiaba en nada, ni siquiera en mí, pero sabía que me había convertido en gafe. Nadie me quería en su escuadra. No se lo reprochaba.

Llegó un grupo de soldados recién salidos de la instrucción. Me dio un vuelco el estómago cuando oí sus nombres.

—Vamos a dar la bienvenida a la nueva carne de cañón —dijo la CO—. Soldado Landon, soldado Markesh, cabo Leichner y cabo Sandoval.

Cerré los ojos mientras pasaban lista. Puede que estuviera saltando de una línea temporal a otra, de un futuro a otro, de... O puede que me estuvieran jodiendo en Marte. Puede que todo ese tiempo estuviera aún en Marte, en un inmersivo en bucle. De pronto recordé los módulos de tortura y me quedé sin aliento. ¿Y si nada de aquello era real, si nada era real desde que formamos para saltar a la misión de reconocimiento en Marte?

En la instrucción obligatoria había fracasado en los módulos de tortura, no había conseguido darme cuenta de que no eran reales para romper la simulación. Hay cosas de las que no se puede salir matando, y los inmersivos de tortura son una de esas cosas.

Respiré profundamente cuando los mandos se retiraron y dejaron a los nuevos para que se mezclaran con nosotros.

El soldado Landon era un tipo alto y desgarbado, pálido y de pelo oscuro, con una dentadura perfecta.

—¿Eres Dietz? —me preguntó—. Dicen que perdiste una escuadra en Marte.

—Sí —contesté—. Dietz. Gafe.

—¿Gafe? Tiene gracia.

Era como mi hermano, más guapo de lo que le convenía, de gran corazón, intentando todo el rato ser mejor persona. No había malicia en su forma de hablar, solo interés sincero. La gente muere. Como mi madre. Desaparece, como mi padre. Le cae un Blink, como a mi hermano y a mis primos en São Paulo. No sirve de nada coger cariño a nadie.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Me recuerdas a mi hermano.

—Bien. Yo tampoco quiero ligar contigo. ¿Dónde está tu hermano?

—Estaba en São Paulo.

—Lo siento.

—No fuiste tú —dije.

—¿Te queda alguien más?

—Nah, solo unos pringados como vosotros. Me quedé sin tías, sin primos, sin nadie.

—¿Padres?

—¿Eres así de charlatán con todo el mundo?

—La costumbre. Trabajaba en ventas.

—¿Qué vendías?

—Gobiernos.

—¿Eh?

—Quiero decir, las corporaciones se venden ideas entre ellas. Yo era uno de esos.

—Entonces, ¿qué coño haces aquí? Parece que tenías un trabajo cómodo. Aburrido, pero cómodo.

—La familia de mi mujer murió en la Luna. O eso es lo que creemos. Esta es mi mujer. —Se rebuscó el bolsillo y me tendió una tarjeta plastificada, doblada demasiadas veces—. La imprimí para verla en los saltos cuando aún no funcionaran las comunicaciones. Me recuerda por qué lucho. —Otro que tenía un amuleto. Era curioso que nos aferrásemos a objetos. Resultaban más difíciles de borrar.

Su mujer parecía agradable, joven y rellenita, con una densa melena negra y piel aceitunada. Una gran sonrisa. Hoyuelos. No era la clase de persona con quien esperarías que estuviera. Tenía un bebé en brazos, y lo miraba con más orgullo que si ese bebé gordo fuera una medalla de oro de los juegos corporativos.

¿Cuándo había mirado por última vez una foto de mi familia? ¿Mi madre? ¿Mi padre? Los muertos, muertos estaban, y hasta los vivos... Bueno, sabía que también morirían. Muñoz ya no estaba, ni Quijada... No estaba ninguno. Le había hecho un favor a Vi al cortar con ella. Eso pensaba en su momento. El destino tenía gracia a veces.

Observé el afable rostro de Landon. Era como un golden retriever especialmente simpático. Él también moriría. Y si esa guerra se prolongaba, puede que también muriera su familia. Puede que todos nosotros. Le devolví la

foto y volvió a guardársela.

—Es bueno tener un motivo —le dije.

—Dice Jones que conoces a Amado y a Machado de Assis. ¿Has leído algo de Rocío Vega o de Felicidad Martínez? Su obra está prohibida en unas cuatro corporaciones.

Nos llamaron a cenar. Treinta minutos para engullir antes de que nos quitaran la comida.

—En otro momento —dije.

—Voy a mandarte unos archivos. —No me molesté en decirle que la lectura no era precisamente mi pasatiempo favorito. El tipo era bastante agradable y sabía que en ese momento necesitaba aliados. Pero después de perder gente, lo último que se necesita es más gente.

Seguía pensando que aquello tenía arreglo. Los novatos como Landon no tenían ni idea, pero pronto se enterarían. El resto del pelotón empezaría a tratarme mejor cuando volviéramos a saltar, suponía. Lucharía. Les cubriría las espaldas. Ellos me la cubrirían a mí. Tenía que salirme mejor, ¿verdad? Porque había saltado más adelante y nos llevábamos bien. O mejor que entonces.

Pero cuando nos llamaron para el salto siguiente, la CO dijo:

—Esta vez se queda en tierra, Dietz.

—Pero he pasado la revisión.

—Me han pedido que no participe usted en este salto. Lo siento. Le darán algo que hacer en formación de comunicaciones. Quería ascender a cabo, ¿no es así? Esto le vendrá bien.

—A la orden, mi teniente. —No me hizo gracia su expresión. No me hizo gracia que se mostrara comprensiva, que se compadeciera de mí. ¿Alguna vez había perdido un equipo? Claro que sí. Había perdido el mío, igual que yo. Mierda. Menudo marrón. Pero recordaba que, después de mi segunda cagada, la CO iba a recomendar que no me asignaran más saltos y no le hicieron caso. ¿Habría tomado ella la decisión ese día, o habría sido Inteligencia? Y si había sido Inteligencia, ¿por qué les había parecido bien volver a enviarme al frente... en el futuro? ¿Por qué no entonces? O... Mierda, ¿en esta versión? Si estaba en un módulo de tortura marciano, era terrible.

Mientras los otros saltaban me dediqué a entrenarme con los módulos de tortura. No los ejecuté; realicé el entrenamiento guiado, que era menos intenso.

En el inmersivo colgaba de cadenas del centro de una habitación. Mi guía de entrenamiento estaba al lado, con las manos a la espalda, orientándome para

superarlo. El guía puede ser quien se quiera, pero elegí el avatar genérico, basado en la almirante Sokai, la mujer delgada de piel oscura que había conducido a Tene-Silvia a su primera victoria en la última de las guerras Corporativas. Había algo en su postura que me recordaba a Muñoz, cosa que me resultaba vagamente reconfortante.

—No es imposible liberarse —me decía el avatar. Tres soldados de uniforme salieron de detrás de ella y la atravesaron como si no estuviera, y supongo que no estaba. Ninguno de nosotros estaba allí—. Es la mentira que os hacen creer. Que estáis atrapados, que no tenéis control.

Me concentré en la respiración. La meditación se me daba fatal, y era la táctica más adecuada en esa situación.

—Estabas esperándolos a ellos —me dijo.

—¿Para qué? ¿Para que me maten?

—Estabas esperándolos para hacerles creer que te han doblegado.

—¿Y si me doblegan de verdad?

—Vuelta a empezar.

—Mierda.

—Concéntrate. —Los tres guardias sacaron las porras eléctricas y empezaron a golpearme. Percibí el dolor, pero estaba amortiguado, como si estuviera sintiéndolo un cuerpo que ya no era el mío. Había bajado el ajuste a propósito. No quería que me pasara lo peor hasta haber dado con la forma de controlarlo.

—Toma el control —dijo el avatar.

—¿De qué?

Una porra bajaba hacia mi cara. Me estalló la nariz y saltó la sangre. En el mundo de la simulación pareció flotar en el aire, como polvo, antes de caer de golpe contra el suelo, con un ruido húmedo, y desaparecer.

—Esos soldados no son tu enemigo. Tu enemigo es tu propia mente. En tu mente está también la única forma de liberarte. Toma el control.

—¿Cómo? —El golpeteo de las porras eléctricas, la punzada de dolor que representaba una costilla rota—. ¡No hay nada que controlar!

El avatar se me puso al lado mientras yo me desmoronaba y me miró con frialdad, con unos ojos negros tan profundos que creí perderme en ellos.

—Tienes que abrirte. Desmontarte. Es la única forma de salir de este mundo.

—¡Fin de la simulación!

Volví en mí. Estaba en un sillón de inmersivos tapizado, con las ataduras de seguridad puestas, en una sala poco iluminada. A mi alrededor había una docena

más de sillones, casi todos vacíos. Mi pelotón estaba fuera, viviendo la vida real. Yo seguía ahí, intentando averiguar cómo hackear la vida real por medio de una engañifa.

Cuando volvió el pelotón me estaban recalibrando las lentillas; mantenimiento estándar. Jones entró en la enfermería y se subió de un salto a la cama contigua.

—¿Os ha ido bien? —pregunté.

—Desde luego.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo algo en una lentilla. —Le goteaba el ojo izquierdo; un reguero de lágrimas le corría por la mejilla izquierda y no parecía que fuese a parar.

La técnica médica lo examinó y le extrajo las lentillas.

—Voy a limpiarte la derecha y hacerte una nueva para el ojo izquierdo —dijo antes de marcharse.

Por primera vez, aparte del momento inmediatamente siguiente a los saltos, estaba con otro ser humano y no se estaba grabando nada que dijera o hiciera. Jones se dio cuenta antes que yo y se puso frente a mí en cuanto la técnica se perdió de vista.

—¿Qué pasó en realidad? —me preguntó—. ¿Los mataste? ¿La cagaste?

—No me vengas con cagadas, Jones. Compara tu expediente y el mío. —Vi de nuevo el torso abierto de Abuela, los intestinos brillantes. Me pregunté si tendría que dárselo masticado.

—Cuéntamelo.

—No sé qué pasó. Pero... —Miré a la puerta por la que había desaparecido la mujer—. No recuerdo haber estado en Marte, Jones. En mi vida. Estuve en la puta Ciudad del Cabo con otro equipo al que no conocía, pero... Muerto. Todo estaba muerto, no había ni un alma, excepto... ¿uniformes de Masukisan? En territorio de ShinHana. Eso también era raro. No sé. Hubo un estallido, una onda expansiva... Todo se volvió negro. Te lo juro.

—Puede que fuera falso. Algún inmersivo en el que te metieron los marcianos cuando te capturaron.

—Me pareció real.

—Nos ha jodido. Los hacen de forma que parezcan reales. Los módulos de tortura de la instrucción también parecían reales de cojones.

—¿Y si aún no he salido del inmersivo?

—¿Cómo? ¿Ahora? —Jones se echó a reír—. Supongo que tendría sentido.

¿Quién quedaría en tu escenario de tortura definitivo? Muñoz no está, Quijada no está, y te toca aguantarme a mí. ¿Qué será lo siguiente? ¿Plantarte alguna antigua novia? —Algo debió de notármeme en la cara, porque preguntó—: ¿Qué?

—Después del salto, en el hospital. Vi a... alguien con quien estuve. No a alguien a quien quisiera ver. Después, simplemente... desapareció. ¿Has oído alguna vez que pasen estas mierdas, Jones? ¿Estoy perdiendo la cabeza de verdad?

Pensé que Jones me miraría como la psiquiatra, como los de Inteligencia, como se mira a los locos, pero se limitó a asentir lentamente.

—Sí. Quiero decir, no. No creo que sea lo que crees. —Bajó la voz más aún—. Hay más gente a la que le pasan esas mierdas. Le pasó a Muñoz antes que a ti. Tuvo un salto desastroso; se lo dijo a la CO y la CO le dijo que eran imaginaciones tuyas, que estaba demasiado nerviosa, pero sé interpretar el código: la CO no quería que se etiquetara esa conversación para su revisión en Inteligencia.

—Si la CO sabe que esto pasa, ¿por qué quiere que lo deje?

—Igual porque no quiere que te pase lo mismo que a Muñoz y a los demás.

—¿A los demás?

—Por eso siempre nos ceñimos al informe preliminar, Dietz. Los he visto llevarse a rastras a otros que volvían de un salto diciendo que habían estado en otro sitio. Por eso después nos ponen en cuarentena. No es por nada físico, y si la hemos jodido ahí arriba, lo saben de inmediato. Es por asuntos mentales. Quieren saber si hemos estado... en otro sitio. Los soldados que se lían acaban desapareciendo. No me refiero a que los manden a limpiar letrinas o trabajar en cosas así; desaparecen del todo. ¿Lo pillas?

—¿Los matan?

—No les harán nada bueno. Puede que los altos mandos se los carguen, o puede que experimenten con ellos. ¿Quién sabe? Pero nunca volvemos a saber de ellos.

Volvió la técnica médica con mis lentillas recién revisadas.

—Cíñete al informe preliminar —dijo Jones, y los dos nos callamos.

Se me encendió la pantalla interna. Por primera vez en bastante tiempo se me ocurrió volver a mirar la fecha. No había relojes ni calendarios; podíamos calcular el tiempo a partir del transcurrido, y también teníamos temporizadores, cuentas atrás y alarmas. Pero ¿el día? ¿Era viernes? ¿Diciembre o marzo? Cuando intentaba acceder a esa información me salía una banderita de

denegación.

Miré a Jones.

¿Cuánto tiempo llevábamos haciendo aquello?

Fue entonces cuando recordé las líneas que había visto en el somier de la cama de arriba la primera vez que volví a la base. Noventa y tres muescas.

Volví al barracón y me tumbé. Me quedé mirando el metal liso y pasé los dedos por él. Aún no había ninguna marca. Esas muescas que había visto no eran un recuento de muertes, sino de días. De tiempo. ¿Días entre salto y salto? ¿Entre malos saltos? No lo sabía. Pero era la primera vez que volvía a la base después del reconocimiento en Marte y era el momento adecuado para empezar a contar.

Hice un cálculo del tiempo que había pasado en cuarentena, de los días que había estado en tierra, y consigné cada uno como una muesca en el metal.

Iba a contar todo el tiempo que pasara viviendo, como hacía la gente normal.

Iba a dar con la manera.

Y a aprender a controlarlo.

16

Lo más raro de todo, incluso después de haber estado saltando aleatoriamente, era que me presentaran a un equipo con el que ya había estado de misión y fingir que era la primera vez que lo veía.

Saltaron dos veces más antes de que me dieran el visto bueno para participar. Supongo que si me lo dieron fue porque la CO estaba harta de mí. Siempre que volvía de una misión le pedía que me pusiera al día. Mandaba mensajes a sus superiores. Hasta mandaba mensajes a Jasso y le decía que estaba en condiciones de reincorporarme. Me mandaron a verla dos veces más y me atuve a mi versión de que había olvidado lo ocurrido. Marqué los días en la litera. Aquella vez pasé once días en la base. Quería acordarme.

Cuando la CO me llamó por fin, le dije:

—Mi teniente, licéncieme o envíeme al frente. No puedo quedarme aquí ejecutando los seis inmersivos de siempre y corriendo en la cinta andadora. Es desquiciante.

—Han dado permiso para su despliegue. Al parecer, la psiquiatra opina que está perfectamente. En Inteligencia han mostrado interés, así que tenga cuidado. Voy a darle un puesto en la escuadra de Jones. Si tiene algún problema con él como líder, también puedo buscarle un destino en otro pelotón. Tengo entendido que hubo roces entre ustedes durante la instrucción.

—En absoluto, mi teniente. Me parece muy bien tenerlo de líder de escuadra.

La CO también asignó a Prakash a nuestra escuadra; me fijé en que a Prakash se le agrandaron los ojos al oírlo. La CO le llamó la atención por llevar el pelo medio centímetro más largo de lo permitido, que era medio centímetro. Prakash no me hizo ni caso durante un tiempo, hasta que una tarde la vi fumando. Me ofreció una calada y nos quedamos un rato en un silencio cómodo.

—Mi padre fumaba —comenté.

—Y mi madre. Siempre que salía a arreglar nuestra conexión de mierda al knu. Creía que no nos dábamos cuenta.

—Esos cigarrillos no son reglamentarios.

—Tuve que liarlos yo. ¿Mataste a tu escuadra?

—No.

Una forma cojonuda de empezar a conocerse.

Llegó otro nuevo, Marino, transferido de un pelotón que habían esquilado en Marte. Puede que estuviera más jodido que yo; él había visto a toda su escuadra destrozada por fusiles de pulsos y había vuelto al punto de salto balbuceando, aún cubierto de residuos de los cadáveres. No lo interrogaron tanto como a mí, y supongo que era lo razonable; tenían toda la información sobre el salto de Marino. Cuando intentaba buscar su historial, la pantalla interna siempre me denegaba el acceso. Me pregunté qué clase de operación habría sido.

También llegó Omalas, que ya estaba en mi pelotón y a la que ya conocía del salto de los plataneros. Cosa que solo recordaba yo, ya que aún no había ocurrido. Era una joven de cara despejada y constitución de tanque. Era inmensa en comparación conmigo; tenía el doble de anchura y puede que veinticinco kilos más. El Ejército Corporativo se había esforzado por hacerla adelgazar, pero evidentemente no estaba hecha para eso. Se cernía sobre mí con unos dientes muy blancos contra la cara oscura. Me tensé en previsión de una pelea. Iba a repetirse lo de Frankie.

—¿Sabes por dónde se va al servicio? —me preguntó con voz suave e inexpresiva. Hablaba tan bajo que me costaba entenderla. Le centelleaban los ojos.

Respondí señalando. Entonces no se echó a reír, aunque más tarde, sí. Lo único que sabía de ellos era lo que veía entonces y lo que había visto durante aquel extraño salto, aquel tartamudeo del tiempo. Sus expedientes me estaban vetados.

Tuvimos varios saltos normales; supongo que es importante saberlo. Los reconocía porque al volver de un salto me encontraba el mismo informe preliminar que antes del salto y durante la misión. Me emocionaba ante la perspectiva de periodos prolongados e ininterrumpidos de tiempo lineal, pero nunca salía tan bien como esperaba.

Las misiones normales, cuando el tiempo era normal, eran las peores. Volver a vivir linealmente era como sumergirse en una bañera caliente. Me acomodaba; me confiaba. Pensé en contárselo todo a la psiquiatra. Pensé en mandar un mensaje a Inteligencia y exponer lo que sabía hasta el momento. Pensé en la

suerte que tenía de que Teni aún no pudiera leer y grabar los pensamientos. ¿O sí que podía?

Vivir en tiempo normal con un pelotón, con una escuadra, durante el combate activo... es lo peor. Saber que van a morir. Sabía que Prakash iba a morir. ¿Fue por eso por lo que nos emborrachamos y nos pusimos a follar? Puede. Puede que hubiera pasado igualmente. Sabía que estaba viviendo un tiempo prestado, marcando los días en los listones de la litera superior.

Aunque hubiera una explicación mejor, como que me habían capturado los marcianos y me tenían en una simulación, y algunos días me parecía la posibilidad más agradable, también tendría que terminar en algún momento. Hay que aprovechar el tiempo mientras se tiene.

Jones me consiguió unos libros: *Doña Flor y sus dos maridos* y *Capitanes de la arena*, de Amado, y *El alienista*, de Machado de Assis. Eran de papel de verdad, enviados por sus madres. Al parecer no estaba permitida la transmisión digital de ninguna de aquellas obras. Eran las normas de la corporación para obras restringidas y se aplicaban hasta a los ciudadanos como Jones.

Decidí dar gusto a Jones, ya que se había tomado la molestia. Necesitaba desconectar de la cinta andadora y los módulos de tortura. La psiquiatra hacía muchas preguntas sobre los módulos; la literatura censurada era más fácil de justificar.

—¿No le preocupa que pueda ser dañino —me preguntaba— pasar tanto tiempo en una experiencia inmersiva tan intensa?

—No me saco de la cabeza la idea de que puede que me capturasen en Marte. No tuve muy buena puntuación en los módulos durante la instrucción. Quiero mejorar por si vuelven a desplegarlos en Marte. Sucederá más tarde o más temprano, ¿no es así?

Se lo tragó tan fácilmente que casi me sentí mal.

Pero, ante todo, los soldados hacen dos cosas entre salto y salto: beber y follar. O beber y pensar en follar. O beber e intentar follar con alguien. Éramos jóvenes. Apelotonados como ratas, sin gran cosa que hacer. Correr kilómetros y kilómetros y levantar pesas acaba por cansar.

—En el norte es así —dijo Prakash después de que echáramos un polvo fuera del barracón. El aire era cálido pero insistente. Se metió la camisa en los pantalones—. También fumábamos un montón de hierba. Deberían darnos raciones de hierba.

—Tengo entendido que en Evecom las dan.

—Mierda. Cambiaría el tabaco por eso.

—Suena serio.

—¿Te tiras a Jones?

—No.

—¿A Landon?

—Dios, no.

—Yo sí, unas cuantas veces.

—¿Qué? ¿A los dos? Mierda, paso demasiado tiempo en los módulos de tortura.

—Solo a Jones. Pero seguro que con Muñoz sí que follabas.

—No. Mierda, Prakash, ¿es que ahora toca confesar las orgías?

Sonrió. Volví a verlo. El brazo que le atravesaba el tórax. Parpadeé furiosamente y aparté la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó—. A veces me miras así, no sé si con tristeza o con espanto. ¿Te doy miedo?

—No es por ti. Solo pensaba en la guerra.

—Tu equipo. Lo siento. No debería haber sacado a Muñoz. Me caía muy bien.

—No pasa nada.

—Claro que sí. Todos hemos perdido... a mucha gente. Llevo tres años en el Ejército; no sé ni como sigo viva. ¿Sabes cuál es la media actual de servicio? Dieciocho meses. ¿Verdad que es de locos? Es la media; eso significa que un montón de gente muere el primer día, la primera semana. ¿De qué sirve tanta instrucción para pasar quince minutos en el frente?

—Nosotros o ellos. ¿Quieres acabar siendo comunista?

—Empiezo a pensar que el comunismo es mejor que la muerte.

Levanté una ceja. Era fácil olvidar que nos grababan. Había oído hablar de soldados a los que castigaban por haber dicho algo, pero no lo había visto nunca. Más vale prevenir que curar.

Probablemente pasaba con Prakash más tiempo del que hubiera debido, sabiendo lo que sabía. O puede que no pasara suficiente tiempo con ella. Los domingos por la mañana, cuando no estábamos de misión, le leía *Doña Flor y sus dos maridos*. Le parecía tronchante. Jones nos ponía a parir, pero me figuraba que estaba celoso.

Una mañana supe que iba a salirme de la línea temporal en el salto de vuelta. Lo supe porque ese día grabé una fina línea en la cama, la tercera junto a

dieciocho conjuntos de cinco.

Noventa y tres días.

Se había acabado mi respiro en tiempo real.

—Para aquellos de ustedes que aún no hayan estado en Marte —dijo la CO cuando nos congregamos antes del salto— va a ser una experiencia muy especial. Nos han llamado para que inspeccionemos una base que ha cortado las comunicaciones hace poco. Para muchos de ustedes será la primera misión de combate en Marte.

Aquello me llamó la atención. ¿Sería la misión de combate de la que habían estado hablando Prakash y Jones? Mientras la CO recitaba las advertencias y precauciones, pensé: «Estupendo, ya está, Marte. ¿Es aquí donde tengo un comportamiento tan heroico? Porque estaba deseando que llegara el momento. Me había hartado de tener un rendimiento de mierda.

—En esta misión participa toda la compañía —prosiguió la CO—. Nos han encargado entrar en la base, con apoyo de Tangine Company. Para alcanzar nuestro objetivo avanzaremos por un entorno de combate urbano. Prevemos minas, trampas y algún que otro agente hostil. En Inteligencia dicen que no vamos a encontrarnos unas fuerzas organizadas, pero no hace falta que les explique el peligro que entraña un solo francotirador bien situado. No siempre serán visibles los rastros térmicos; muchos de sus tiradores emplean tecnología de camuflaje. Las formas de detección tradicionales siguen siendo las mejores: buscar el brillo de la mira. Prestar atención al origen de los disparos. No me gusta saltar a una situación de combate urbano, pero ellos mandan.

Nos llevaron al campo de salto. Eché el seguro al fusil de pulsos. Jones a mi izquierda. Prakash delante de mí. Marino junto a ella, acunando su fusil, y Omalas a mi derecha, quieta y silenciosa como una estatua.

Empezamos a temblar.

Me castañeteaban los dientes.

Supuse que no iba a saltar a Marte, salvo que fuera en otra misión. «Intenta relajarte —pensé—. Que sea una sorpresa». Nuestros cuerpos perdían integridad. Volví a ver el brazo de Prakash atravesado en el cuerpo. Tuve que parpadear rápidamente y comprobar que seguía allí, aún entera.

Odio las sorpresas.

Nos disgregamos.

Entrevista n.º 3
SUJETO N.º 187799
FECHA: 26/05/309
HORA: 1.00
SALA: 99

I: Empieza la grabación. Tercera entrevista con... el sujeto uno ocho siete siete nueve nueve. Realizada por... véanse las notas.

(SILENCIO: 05 segundos).

I: ¿Puede oírme?

(SILENCIO: 07 segundos).

I: ¿Está consciente? Parece que tiene un montón de cicatrices? ¿Ha venido con todo eso?

(ININTELIGIBLE: 15 segundos).

I: Le hemos inyectado adrenalina. Sujétenla erguida, por favor. ¿Quiere agua? Aquí tiene. Lamento lo que le ha sucedido. Le dije que sería necesario; se nos acaba el tiempo. Se lo dije. Con la aceleración de los planes..., sin su cooperación..., se nos reducen las opciones. Supongo que ya lo habrá entendido.

(ININTELIGIBLE: 25 segundos).

I: No la entiendo. Sujétenla. ¿Será una reacción a la adrenalina? ¿Necesitará otra...?

Sujeto: Que te den por culo.

I: Ah. Ya ha vuelto.

S: No me había ido, sargento. Solo... tenía la cabeza en otro sitio.

I: ¿Dónde?

S: En el frente. Siempre en el frente. ¿Y tú?

I: Hemos sufrido grandes pérdidas.

S: Pero tú no estabas delante en ningún momento, ¿verdad? No tienes pinta de pasar mucho tiempo en el campo. Tienes pinta de ir de puerta en puerta, mirando mientras irrumpen en las casas, deteniendo alegremente a sujetos para interrogarlos...

I: He visto lo suficiente. No finjamos que en esta guerra, o en cualquier otra, hay sitios limpios.

S: Has visto las retransmisiones. Lo has visto en un inmersivo. No lo has vivido; solo lo has aplicado. Una y otra vez.

I: ¿Eso devalúa mi experiencia a sus ojos? ¿Tiene la impresión de que eso me sitúa por debajo de usted, o se debe solo a que soy su enemigo?

(SILENCIO: 15 segundos).

I: Yo también he perdido cosas en esta guerra.

S: Cosas, sí... La sensación de seguridad. Un ideal inamovible. Puede que hasta la fe en tu causa. Pero ¿personas? Al margen de tu equipo de protección corporativa de Propiedad Intelectual, tu superior, alguna chica mona a la que volaron por los aires...

I: ¿Otra vez intentando adivinar mi historia? No se le da muy bien.

S: No. En absoluto. Sé más de lo que podrías creerte. Me ayudó a llegar aquí. ¿Sabes qué empezaron a decir en los Ejércitos de Tene-Silvia y Evecom tras el Dark? Decían: «Disparen cuando se les ordene. No desobedezcan ninguna orden. Ríndanse al primer marciano que vean». ¿Sabe por qué decían eso?

I: Porque eran unos cobardes.

S: Porque en Marte trataban, tratan bien a los prisioneros. Los desarmaban. Los sentaban y les daban un paquete de raciones. Casi todos los prisioneros de guerra se pasaban la guerra en habitaciones cálidas y cómodas, con acceso a opciones de entretenimiento y cursos de formación. Hacia el final, ¿sabes?, después del Sick, los soldados de las Seis Grandes tenían hambre. Marte tenía fama de tratar decentemente a los prisioneros. Incluso a cuerpo de rey. Las Seis Grandes... no. Por eso empezaron a desertar tantos de los vuestros. Igual deberíais habérselo planteado antes de invertir en técnicas de interrogatorio avanzadas.

I: Nunca ha sido práctico hacer prisioneros. No me puedo creer que no lo aprendiera donde fuera que se criara.

S: En la Primera Guerra Mundial, los, eh..., estadounidenses eran por entonces..., tenían tal fama de tratar bien a los prisioneros que, cuando los alemanes mandaban a la guerra reclutas forzosos, sus padres les decían que se rindieran al primer estadounidense que encontraran. ¿Te suena? Si crees que eso no cambió nada...

I: Y ya ve qué pasó al final con los Estados Unidos. Se convirtieron en todo aquello de lo que acusaban a los demás. Se hicieron pedazos, comidos por la podredumbre de la

libertad de expresión, ahogados en el aluvión de propaganda con que se cebaba a un público ignorante, sin educación formal en pensamiento crítico. Las democracias liberales y los confabuladores regímenes socialistas estaban condenados desde el principio. Si se concede libertad y personeadad a los seres humanos como un derecho innato, ¿qué motivo tienen para luchar? La personeadad hay que ganársela. La residencia hay que ganársela. La ciudadanía hay que ganársela. Si no genera ingresos para la empresa, está generando gastos.

S: El caso es que ganaron esa guerra. Al principio iban perdiendo, cuando se les había olvidado cómo ser decentes. Las personas están dispuestas a luchar por la idea de la decencia. Están dispuestas a luchar por alguien que las trate como a personas. Por las creencias se lucha mucho más tiempo, con muchas más ganas, que por miedo.

I: Los despojos han luchado bien para nosotros.

S: Hasta el momento en que pudieran rendirse a Marte y ser tratados con dignidad. Las corporaciones piensan como tales: todo son beneficios a corto plazo. Sin estrategia a largo plazo. Sin visión de conjunto. Solo por las ganancias. Pero no pueden tener beneficios indefinidamente; todo acaba desmoronándose bajo su peso.

I: ¿Es su forma de suplicar clemencia? ¿Discutir de política? ¿De moralidad? ¿Intentar hacérmelo ver desde su lado? Un lado que, oportunamente, me pide que deje el interrogatorio? ¿Cree que no he oído ya todo esto, dicho de otras formas, en boca de otros prisioneros? He interrogado a sujetos mejores, más inteligentes y, desde luego, más guapos que usted. Todos capitularon. Hasta el último. Capitularon porque sabían que no había forma de salir de aquí. No hay vuelta atrás. Esto no es un inmersivo. Es la vida real. Y aquí, yo soy su dios.

S: Seamos sinceras. Las palabras importan. Me estáis torturando. Estaría bien que paraseis, pero con eso no os ganaríais mi lealtad, solo mi agotamiento frente al dolor continuo y la esperanza de la liberación de la muerte. Por supuesto, ya sé que la guerra está demasiado avanzada para eso. Sé que estáis desesperados. Sabía desde el principio cómo acabaría la cosa.

I: No para de decir eso, pero, si supiera cómo va a acabar la cosa, ¿por qué se dejó capturar e interrogar? Como mínimo, ya me habría contado lo que sabe.

S: Entonces estaría muerta.

I: No pretendemos a matarla.

S: Claro que pretenden matarme.

I: Igual queremos cambiarla por alguien. Se siguen intercambiando prisioneros.

S: Cambiarme, ¿por quién? No soy nadie importante, por mucho que desees que lo sea. Podrías prometerme cualquier cosa. Aquí las promesas no significan nada.

I: Hábleme de San Petersburgo. ¿Por qué fue allí?

S: Era lo decente.

I: ¿A quién pretendía salvar?

S: Todo lo que me importa. Todo lo que se puede salvar. He pasado por ahí una y otra vez, y no hay forma de parar esta guerra. No hay forma de ganarla. Lo único que puedo hacer es salvar unas cuantas piezas que aprecio.

I: Contésteme a una pregunta y daré instrucciones de que le alivien el dolor. Una sola pregunta. Sin tonterías.

S: Adelante.

I: ¿Cómo se dice «Doppelgänger» en ruso?

S: Dvóinik.

I: Qué rapidez. Bien. Sédenla...

(SILENCIO: 45 segundos).

I: ¿Ya está mejor?

S: He estado peor.

I: ¿En Marte enseñan ruso?

S: Tuve un montón de tiempo para aprender cosas ahí arriba. El ruso es para que los soldados marciales puedan aceptar la rendición de los reclutas de NorRus. Todos son despojos reclutados a la fuerza, ¿lo sabía? No intentan convencer a nadie de que el servicio militar sea un sacrificio glorioso o noble; es cuestión de obedecer los caprichos de la corporación. Los ricos siempre nos han manejado como han querido, haciéndonos creer que luchamos por una causa noble cuando todo se reduce a ¿qué?, a un viejo que se mete con la polla de otro viejo, y miden su genialidad relativa por el número de gente que siga su deterioro en directo. Sabes que los índices de audiencia se dispararon durante la guerra? Las corporaciones se farraron. Al parecer, la rentabilidad era tal que Tene-Silvia llegó a emitir anuncios de NorRus y Evecom durante la retransmisión.

I: ¿Por qué le he preguntado por el término «Doppelgänger»? A ver si lo sabe, ya que tanto le gusta darme lecciones de historia y moralidad.

S: Es una palabra alemana; significa «que camina doblemente». Se decía que ver al

Doppelgänger de un ser querido o de un pariente era el presagio de una desgracia que iba a sucederle. Ver al propio era una sentencia de muerte. Los egipcios tenían un concepto similar, el doble espiritual. Pero si retrocedemos lo suficiente... sí, para los zoroastristas, en Persia, cuando aún existía Babilonia, esos dobles, esos yos gemelos... representaban el bien y el mal. Esa idea se trasladó a muchas otras culturas. Un Doppelgänger no es un simple doble; es un doble infame, el gemelo malvado. Siempre me ha hecho gracia que se suponga que el malo es el Doppelgänger, ¿no te parece? Sería igual de probable que el malo fuera el original y el bueno fuera el Doppelgänger. Pero eso va en contra de nuestra inclinación natural a considerarnos héroes de nuestra propia historia, y al otro, el forastero, el enemigo, el que intenta quitarnos todo lo que tenemos. Podría seguir si me dieras un vaso de agua...

I: Ha contestado a mi pregunta, de modo que sí. ¿Pueden traerle...? Gracias.

(SILENCIO: 35 segundos).

I: Aquí tiene.

S: Gracias.

I: Debe de tener hambre.

S: Menos de la que crees. El dolor me corta el apetito.

I: Creemos que puede haber pasado los últimos años haciéndose pasar por una de nuestros agentes, lo que explicaría la información que tiene. ¿Qué le parece?

S: Me parece que se agarran a un clavo ardiendo, que intentan lanzarme cosas a ver si aciertan con alguna. Hacerse pasar por un agente suena terriblemente difícil.

I: Le habría facilitado mucho la consecución de lo que ha logrado hasta ahora. Hacerse pasar por soldado corporativa. Hemos visto a Marte lavar el cerebro a algunos de los nuestros, enviarlos a campamentos marcianos donde los «rehabilitan» y los sueltan cargados de hardware orgánico e inorgánico. Los despachamos rápidamente, pero cada vez son más avanzados. Alguien ha estado filtrando comunicaciones a Marte. Alguien le dijo que San Petersburgo era el mejor sitio para aterrizar, la ciudad menos afectada por el Sick. Le dijeron que nuestro consejero delegado estaba ahí. La única forma de obtener esa información es estar entre nosotros. Pero hemos acabado con todos los traidores. Los cortamos de raíz.

S: Qué segura parece.

I: Fue una purga muy rigurosa.

S: Es una teoría cómoda. Incorrecta, pero cómoda.

I: ¿Por qué pretende destruir la Tierra libre?

S: Incluso si lanzar una bomba de gasolina contra el hotel de su consejero delegado pudiera destruir algo, el hecho es que en la Tierra no hay ninguna sociedad libre. Todo el mundo pertenece a otra persona. La resistencia pretende quitarnos los grilletes, pero a casi todo el mundo le da demasiado miedo, y ¿dónde nos deja eso? ¿Liberamos a gente que ya se cree libre? Creen que han elegido la servidumbre y que eso los convierte en individuos, les da poder. ¿Libertad para trabajar? ¡Ja! Libertad para morir en la planta de fabricación, tras una mesa de despacho, cuando en el puesto de trabajo porque no les dan descansos para ir al servicio. Libertad para que los despidan por capricho un jefe que los sangra con salarios de miseria que solo se pueden gastar en las tiendas de la empresa. Pero la elección del látigo o la cadena es una elección falsa. A veces hay que dejar atrás a la gente. Forma parte del viejo mundo. No es capaz de construir nada nuevo. Construir algo nuevo es reconocer que la vida que se lleva no es lo que se creía. Y perder esa creencia... es una amenaza para el sentido identitario. La aniquilación de las creencias es la aniquilación del yo.

I: Ahórreme la retórica.

S: Tú has preguntado.

I: Otra pregunta, otra respuesta, y llamo a un cirujano.

S: Un cirujano y un vodka.

I: Va a tener que pensarse detenidamente la respuesta.

S: Ya me la estoy pensando. Es algo que ahora tenemos en común. Me he encargado de ello.

I: ¿Quién le ordenó que atacara ese edificio? ¿Quién le dijo dónde estaba nuestro consejero delegado?

S: Tú. ¿Cómo crees que sabía que estabas allí? ¿Cómo sabía que no había llegado el contagio? ¿Cómo sabía que me elegirías?

I: ¿Qué...?

S: Eso son dos preguntas. Quiero mi vodka.

I: Le he dicho que se piense detenidamente las respuestas...

S: Y te he hecho caso. Si volvéis a colgarme, contestaré lo mismo.

(SILENCIO: 09 segundos).

I: Colgadla de nuevo.

S: Tú te lo pierdes, Dvóinik. Ni que decir tiene que me parece un nombre tan adecuado para mí como cualquier otro. Pero tú... Tú eres previsible.

I: Fin de la entrevista.

(FIN DE LA GRABACIÓN N.º 3).

Cuando nos disgregamos pienso un montón.

Se supone que no se puede pensar cuando se es un montón de átomos transformados en luz. Claro que se supone que no somos capaces de hacer un montón de cosas al saltar. Hasta mis recuerdos estaban enmarañados. ¿Qué fue ayer? ¿Qué fue hoy?

Solo somos animales que reaccionamos a estímulos, como regueros de agua cuesta abajo o gotas de mercurio que se dividen ante un obstáculo. Una vez, en clase de biología, oí que los animales son incapaces de detectar aquello para lo que no están hechos. Puede sonar evidente, pero ¿cuántas veces damos por supuesto que todos los seres ven el mundo y reaccionan ante él como nosotros? Si no estamos hechos para detectar o percibir una cosa, si no influye en nuestra capacidad de supervivencia, no podemos comprenderla. Pensemos en el espacio, en cosas como la materia oscura, los agujeros negros, la expansión del universo. Nos pasamos la vida ideando explicaciones para esas cosas porque nos resultan inconcebibles en comparación con la forma en que concebimos cómo funciona nuestra vista o cómo la gravedad nos mantiene anclados al suelo. La vista y la gravedad son cosas que hemos evolucionado para poder percibir. Si no las entendemos, estamos en desventaja. Pero ¿el universo? Eso da igual que lo entendamos, ¿verdad? Puede que a gran escala, pero no en la vida cotidiana. Así que no tenemos desarrollada la capacidad para entenderlo. No estamos hechos para eso. Pasa lo mismo con la luz, con el viaje tal como lo realizamos ahora. No es nada para lo que estemos hechos. No me extraña tener toda esta confusión en la memoria.

No me extrañaba estar llegando a un extenso campo dorado bajo un cielo azul, en vez de al paisaje marciano que me habían prometido.

En fin.

Me pregunté quiénes formarían mi equipo. Cuánto tardarían en volver a funcionar las comunicaciones. Cómo era posible que me estuviera preguntando todo aquello antes de corporeizarme.

Nos materializamos.

Intenté respirar, pero aún no tenía los pulmones preparados. Era como inhalar vacío. Por fin llegó el aire, frío, frío de cojones. ¿Dónde podía hacer tanto frío? ¿Cuándo? Los cuerpos del resto del pelotón estaban parpadeando, aún solidificándose.

Inspeccioné el horizonte; solo campos de trigo llanos hasta donde alcanzaba la vista. Ningún edificio. Ninguna torre. No dije nada por el canal del pelotón o de la escuadra. Esperé a que llegaran las comunicaciones. Esperé a leer el informe preliminar actualizado, tal como me habían aconsejado siempre Jones y Muñoz.

Seré cabezota, pero puedo aprender.

A mi alrededor empezaron a aparecer pelotones en el campo. Normalmente estaban compuestos por cuatro o cinco equipos cada uno, con lo que un pelotón tenía entre veinte y treinta miembros. No tardé mucho en darme cuenta de que era un despliegue enorme, probablemente una brigada, que podía tener de mil quinientos a tres mil quinientos soldados.

Ya que no estaban disparándonos, lo que fue una sorpresa agradable, esperamos en silencio a las comunicaciones.

Fue un alivio que la primera voz que escuché fuera la de Jones.

—Escuadra, a pasar revista. ¿Dietz?

—Con vida —respondí—. Bien.

—¿Omalas?

—Aquí estoy.

—¿Marino?

Respondió tarareando algo por el canal de la escuadra. Me sonaba, pero no conseguí identificarlo. ¿Era la música de *Vila Sésamo*? Tenía el vago recuerdo de haber estado viendo todas esas marionetas felices en una proyección LED en los campos de trabajo, con otras dos docenas de niños, mientras el viento tórrido levantaba la arena en el exterior. Cabría esperar que las marionetas fueran la parte más fantástica del programa, pero siempre era el mundo de aire limpio y jerarquías sociales uniformes lo que parecía una acogedora fantasía.

—Necesito una respuesta afirmativa, Marino —dijo Jones.

—Vivito y disparando —dijo Marino—. Vamos a acabar con ellos.

—¿Inmortal?

«Mierda», pensé. ¿Quién era Inmortal?

—Aquí —dijo una mujer. Levantó el fusil; así supe que era la que tenía al

lado. Sería aproximadamente tan alta como yo; puede que yo pesara más, pero no mucho.

Cuando los rastreadores volvieron a conectarse consulté la pantalla interna y vi que figuraba como Ratzesberger. No me extrañó que le hubieran puesto un mote. Desde luego, no la había visto en nuestro pelotón hasta entonces. Me habría acordado de su apellido.

Charla por la línea.

—Vaya con lo que tenemos por delante —comentó Marino.

—Les gusta armar follón aquí en Canuck —dijo Inmortal—. Y acojonar a todos los inmigrantes marcianos.

«Esperar al informe actualizado», pensé. El icono de carga seguía intermitente en la parte inferior izquierda de mi campo visual.

—Dietz —dijo Jones, y me dio un vuelco el estómago—. ¿Estás bien? ¿Con todos los motores en marcha?

—Sí, muy bien. —Repasé el resto de los nombres del pelotón, intentando averiguar quién más faltaba. Landon seguía allí. Tanaka, Leichtner... No estaba Herrera. Ni Markesh. Los demás eran los que recordaba. Inmortal debía estar entre los novatos que sustituían a los ausentes.

Prakash también faltaba de nuevo. Dejé escapar el aliento; no me había dado cuenta de que lo estaba conteniendo. Intenté situarme en el tiempo. Probablemente ya había sucedido el accidente de salto de Prakash. Antes... ¿era antes de todo lo que había experimentado hasta entonces? No lo sabía. ¿Puede que no? Me pregunté si volvería a ver a Prakash o si había desaparecido, guardada en algún recuerdo que no recuperaría nunca, como Muñoz y el resto de mi primera escuadra.

Ceñirse al informe preliminar.

Lo abrí y apareció en mi pantalla interna.

Formábamos parte de un gran despliegue que se adentraba en Canuck para inspeccionar después de que Inteligencia informara de que seis lanzaderas marcianas habían aterrizado allí y se habían hecho con una base de CanKrushkev de la zona. Ya habían enviado dos divisiones de CanKrushkev, pero habíamos perdido las comunicaciones con ellos. Nuestro pelotón formaba parte de la compañía Perro, una de las cuatro que constituían el batallón Fantasma. Junto con nuestro batallón hermano, los Granujas de Medianoche, formábamos el regimiento Rubí, que era uno de los tres regimientos que integraban la brigada Pisafuego, perteneciente a la división 91 de Infantería Armada. Había unos

quince mil soldados en nuestra división, según tenía entendido, pero aún no la había visto desplegarse entera.

Hasta entonces.

Voy a explicaros qué hicieron los marcianos con Canuck. Durante décadas, Evecom y CanKrushkev habían luchado por Norteamérica. Ganó CanKrushkev. Hace mucho tiempo, CanKrushkev y NorRus libraron otra gran contienda por ese territorio. Se referían a ella como las guerras de las Semillas, y se libró en su mayor parte en el extremo norte después del deshielo; probablemente hace más de cien años. Por aquel entonces, los prósperos cultivos de trigo y los campos solares de Manitoba y Saskatchewan era muchísimo más valiosos que el petróleo. El cambio climatológico había alterado profundamente la zona del Pacífico y había afectado a buena parte del continente. La mitad sur de Norteamérica estaba prácticamente desierta; sucedió deprisa, puede que en dos decenios. La gente se desplazó. Se armó una gorda. Nadie ganó en aquella guerra. Toda la zona quedó devastada. Aquel jardín del Edén recalentado quedó convertido en un páramo contagioso y radiactivo. En Canuck había tanta mierda virulenta comiéndose la materia orgánica que se convirtió en uno de esos lugares lúgubres a los que se amenaza con mandar a los niños si no siguen las normas de la corporación.

Cuando un grupo de disidentes marcianos rompió el silencio y se ofreció a recuperar Canuck a cambio de poder volver a la Tierra... Coño, ¿quién iba a decir que no? Arreglar lo que habíamos roto. Sonaba estupendo.

Pero no creo que nadie esperase que lo arreglaran tan bien. Aunque lo había visto en un montón de inmersivos, en la vida real parecía... más fresco. Más frío. Busqué una fecha en la pantalla interna, pero no había nada. Si tenía que intentar adivinarlo, puede que estuviéramos a principios de otoño. A lo lejos había árboles, más allá de las suaves ondulaciones de los campos que nos rodeaban. Las nubes estaban bajas; a mi izquierda florecía un negro cumulonimbo de tormenta. Tardé un momento en darme cuenta de que no eran nubes, sino humo.

Nuestro objetivo estaba allí; las lanzaderas marcianas y las divisiones desaparecidas, todo oculto tras la masa de humo.

—¡Se acerca un proyectil! —gritó la CO por el canal del pelotón. Su voz sonaba distinta. ¿Era la teniente V? No tuvimos más aviso previo.

Una enorme explosión levantó la tierra diez metros a mi derecha y se tragó a todo el pelotón contiguo al nuestro.

Me lanzó como un tren de mercancías.

Volé tres metros por los aires. Me estampé contra el suelo. Llovieron terrones con hierba, trozos de carne y equipo, cosas pringosas. El humo se mezclaba con la bruma rojiza de la sangre. Tenía el visor del casco lleno de tierra ensangrentada.

Intenté limpiármelo, pero solo conseguí emborronarme más la visión. De forma instintiva fui a quitarme el casco, pero me detuve al recordar que gracias a él conservaba intacto el oído. Me subí el visor; el riesgo de perder la vista era preferible al de perder la vida, y no veía nada. Tanta tecnología y no podían mantenernos despejado el campo visual cuando la mierda nos llegaba por las cejas.

—Jones —dije.

—¡Evalúen la situación y avancen hacia el norte! —dijo la CO por el canal del pelotón—. ¡Estamos avanzando! Han derribado nuestros drones; ustedes son nuestros ojos en el campo. —Sin lugar a dudas, no era la voz de la teniente V. Sonaba muy parecida a la de... ¿quién? No conseguía situarla.

Avancé a rastras con el fusil en lo alto. La pantalla interna me indicaba la dirección, cosa que estaba bien, porque con tanto humo seguía sin ver nada. Me puse la mascarilla oxígeno, la que se suponía que debíamos usar en Marte, porque me pareció que era un momento tan bueno como cualquier otro.

El GPS identificó a mi escuadra en la pantalla interna. Alcancé a Omalas, que estaba ayudando a Inmortal a salir de debajo de la tierra levantada.

—¿Algún herido? —pregunté por el canal de mi escuadra.

—Estoy entero —dijo Jones. No lo veía, pero la etiqueta de su rastreador en el mapa local giró hacia mí; la suya y la de Marino—. Tengo a Marino —añadió.

—Sigo con los huevos en su sitio —dijo Marino.

—¡Dietz! ¡Ponte el visor! —dijo Jones—. Están usando gas, probablemente sarín. Todos, comprobad los botiquines y ajustaos bien las máscaras.

Me limpié el visor lo mejor que pude y me lo bajé. Los bordes se acoplaron herméticamente al casco y me fijé bien la mascarilla de oxígeno en el interior. El conducto atravesaba la mascarilla. Conocía varios agentes neurotóxicos; había leído sobre ellos en la instrucción obligatoria, pero seguía conmocionándome la idea de que los utilizaran realmente. Rebusqué en el botiquín y di con la jeringuilla de antídoto etiquetada «Gas». No tenía ni idea de si funcionaría contra el sarín, o contra todos los tipos de gas, o... Mierda.

—La división se desplaza hacia el norte —dijo Jones. Seguía sonando el estruendo de la artillería. Arcos de plasma surcaban el aire por encima de

nosotros.

Seguí avanzando casi en cuclillas, junto a Omalas. Estaban disparando a base de bien.

—¡Adelante! —Jones nos indicó con un gesto que siguiéramos. Le temblaba el fusil en las manos.

Reduje el ritmo de la respiración, intentando concentrarme como en los módulos de tortura. El fuego y la furia del campo están destinados a matar, pero también confunden, y la confusión puede matar igual de fácilmente.

Vi en el mapa de la pantalla interna que el grueso de la división se trasladaba hacia el norte. Eran puntitos azules que se agrupaban, se dispersaban y se volvían a agrupar. Podía centrarme en cada uno para averiguar el nombre correspondiente, pero no quería. Caían tan deprisa que tenía miedo de encariñarme aunque fuera con un nombre. Inspeccioné el mapa en busca de la CO, pero lo dejé estar cuando otra explosión levantó el suelo a una treintena de pasos.

Una masa de tierra con hierba seca me golpeó la cabeza. Tropecé, conseguí mantener el equilibrio y corrí para alcanzar a mi escuadra.

—¡Dispersaos! —dijo Jones—. No os apelonéis.

Nos separamos, intentando dejar de cuatro a cinco metros entre cada uno de nosotros y el resto del pelotón. Era lo que recomendaban en la instrucción: ayudaba a reducir el riesgo de perder toda una escuadra con una mina o un impacto, pero esos impactos eran enormes; lanzaban tierra, metralla y trozos de cadáver con una fuerza inmensa. No creía que ninguno de nosotros fuera a sobrevivir a una explosión cercana.

Jones iba de cráter en cráter; probablemente le parecía improbable que la artillería alcanzara dos veces el mismo sitio. Yo no creía que el azar funcionara así. El humo se extendía por la tierra en remolinos amarillos y verdes. El sarín era incoloro, inodoro e insípido. Aquello tenía que ser otra cosa.

Intenté no pensar en ello. Oír solo el sonido de mi propia respiración. La llanura había quedado salpicada de cráteres, montones de tierra y cadáveres. Pasaba por encima de soldados que aún se movían, empapados de sangre. A medida que avanzábamos, el campo de cadáveres se hacía más denso. Tenía minimizado el mapa de la zona; me daba terror ver como caíamos y moríamos en tiempo real.

Los minutos parecían horas. La pantalla interna empezó a mostrar rastros térmicos no muy lejos.

—Tres kilómetros hasta el objetivo —dijo Jones—. Seguid adelante.

—Esos soplapollas deberían habernos hecho saltar en el sitio —bufó Marino—. Me materializaría dentro de un puto rojo y lo mataría en el acto.

—Menos charla —dijo Jones. Otra explosión hizo saltar por los aires a un pelotón cercano. Una cabeza con casco pasó a toda velocidad frente a mí y desapareció en el humo.

La escuadra de Tanaka iba al mismo ritmo que la nuestra; nuestro pelotón estaba disperso y habíamos sufrido varias bajas.

—Eso es que Inteligencia no tenía los datos —dijo Tanaka por el canal del pelotón—. No debería costar tanto llegar.

—¡Mantengan la cabeza baja! —rugió la CO por el canal del pelotón—. Seguimos avanzando. —Fuera quien fuera, sonaba más joven que la teniente V.

Mi respiración retumbaba dentro del casco. Los contornos de los miembros de mi pelotón y otros soldados cercanos entraban en el humo y salían de él como fantasmas.

Inmortal tropezó delante de mí, un poco a la izquierda. Cayó al suelo. Corrí hacia ella y le tendí la mano. El suelo tembló con otra explosión. Inmortal estaba tendida tras el borde de un cráter. No le veía la cara tras el casco, pero abrí un canal bidireccional.

—Vamos —le dije.

—No puedo.

—Sí que puedes. —Le agarré el brazo, pero se zafó.

—Nos van a matar a todos. Vamos a morir en vano. Nos están metiendo en una picadora de carne.

—Estaba en nuestro contrato. No pienso dejarte. Vamos.

La cogí por debajo del brazo y la arrastré fuera del cráter. Que la obligara a moverse despertó algo en su interior; puede que el soldado, enterrado bajo el miedo. Empezó a avanzar. Seguí cerca de ella, más de lo que debería para evitar una muerte doble, pero supongo que le venía bien ver a otra persona al lado. Si yo avanzaba, ella también podía.

Cada vez pisábamos más cadáveres con las botas. Carne destrozada. Torsos mutilados. Cabezas reventadas. Trozos de casco, fusiles de pulsos rotos, botiquines abandonados y raciones pisoteadas. Pasamos junto a un soldado que se había arrodillado entre los muertos y se había quitado el casco. Sus lágrimas caían a la tierra sanguinolenta mientras lo envolvían los zarcillos de gas serpenteantes.

Inmortal tenía razón. Íbamos a morir todos, y ¿para qué? ¿Qué habían hecho ahí arriba los marcianos que mereciera esta demostración de fuerza, este avance a ciegas entre el gas y la artillería? ¿Por qué habían mandado a la infantería a una trampa mortal?

Divisamos a Jones y Omalas. Marino se perdió de vista, a mi izquierda. Apreté el paso para alcanzar a Jones y abrí un canal bidireccional.

—Jones, deb...

No sé muy bien qué iba a decirle. ¿Deberíamos vigilar a Inmortal? ¿Deberíamos regresar? ¿Deberíamos pedir a la CO que nos sacara de allí? ¿Deberíamos convertirnos en cobardes, puesto que nos enfrentábamos a una misión insostenible?

La tierra estalló a mi alrededor. Calor. No oía nada. Me atraganté y me di cuenta de que era tierra; me puse en pie. Tenía el visor resquebrajado. Gemidos sordos. ¿Gritos? Se me nublaba la vista. Me dejé caer, exangüe. «Las extremidades —pensé—, ¿las tengo todas? ¿Se me están saliendo las tripas?»

Me palmeé los brazos, la entrepierna, los muslos, y levanté la cabeza para mirarme el cuerpo, cubierto de tierra, sangre, trozos de carne y hierba dorada.

«Sigo con vida —pensé—. No me he hecho nada. Puedo moverme».

—Jones —dije en voz alta, y era como hablar desde el fondo de un pozo. Tenía delante las ruinas humeantes de un cráter. Me parpadeaba la pantalla interna, pero tenía el cerebro tan aturdido que no sabía cómo acceder a la información.

Aparté piedras y plantas retorcidas y me acerqué a una figura oscura, desplomada. Visualicé la imagen del cadáver de Abuela, con el tórax abierto.

—No, no —dije; el sonido me zumbó en los oídos. Como si hablara bajo el agua.

Un brazo. Dedos a la vista. Fui a cogerlo, pero al cercarme vi que estaba prácticamente separado del cuerpo que había caído al cráter.

Crucé el borde del cráter y agarré a Jones. Al margen del brazo casi arrancado, parecía intacto, pero estaba semiinconsciente, con los ojos vidriosos, aturdido. Tiré de él; el brazo dejó un reguero en la tierra. El hueso estaba destrozado, hecho astillas puntiagudas. Carne desgarrada. Lo que quedaba del brazo estaba pegado al cuerpo por un par de tendones, nada más.

Abrí el canal de la compañía; los aullidos de miedo, los estertores, me taladraron el casco.

—¡Médico! —dije—. Jones, del seis cero cuatro, necesita un médico.

Otra docena de voces decían lo mismo:

—Aquí el cinco cero seis, ¡Médico! Equipo médico uno, aquí el cinco cero seis. ¡Ferreira ha caído!

—Seoane, del tres cero nueve. ¡Necesitamos sangre! ¡Equipo médico dos! Aquí el tres cero nueve. Cambio.

—Fuera de este canal. ¡Usen el canal de evacuación!

—¿Quién coño nos ha metido en esta mierda? ¡Tienen que evacuarnos a todos! ¡Esto no tiene ni pies ni cabeza!

Busqué la frecuencia de los médicos. ¿Era nueva? Ni idea. Habían movilizad a un montón de gente y no había tenido un verdadero informe preliminar, al menos que recordara. Repetí la solicitud por el canal nuevo.

Ahí también sonaban montones de voces.

—Equipo médico dos, equipo médico dos. Aquí Vásquez, del tres cero nuevo. Me han herido; estamos... —Fuera.

—Equipo médico, equipo médico. Tengo a Coelho y necesita... —Fuera.

—Tres cero nueve, aquí el equipo médico uno. Enviamos personal a su posición, tres cero nueve. Aguanten. Mierda. Hemos perdido al último miembro del tres cero nueve. ¿El cinco cero seis sigue...? ¡Sí! Mandamos tres médicos. Mantengan su posición. Corto.

—¡Solo queda una escuadra del cinco cero seis! Repito, han caído todos menos una escuadra. Solicitamos evacuación inmediata. Cambio.

—Cinco cero seis, aquí el equipo médico uno. No podemos evacuar; lo máximo que podemos hacer es prestar primeros auxilios. Corto.

No me atreví a abrir un canal superior; el de la división debía de ser una barahúnda de gritos. Ahí me perdería.

Jones estaba desangrándose. Abrí el botiquín y saqué un torniquete. Le envolví el muñón con él y tiré fuertemente, intentando detener el flujo de sangre, consciente de que lo estaba haciendo mal. El gas se acumulaba en el fondo de los cráteres; no había cuartel.

Salí del canal de la división y abrí uno a Jones.

—Van a venir a evacuarte —le dije.

—Déjame aquí.

—Están al llegar. Aguanta hasta la evacuación. ¿Me oyes?

Rebusqué en el botiquín en busca de una inyección de adrenalina. Tenía que mantenerlo consciente, impedir que siguiera en shock. Lo levanté por las axilas y lo moví de forma que su cabeza apuntara al fondo del cráter, para que tuviera las

piernas por encima. Jones respiraba con rapidez y no paraba de mover lo que le quedaba del brazo herido. Los tendones se tensaban. El muñón oscilaba.

Fui a coger el cuchillo para cortarle los tendones, pero lo había perdido. ¿Dónde? Me incliné y mordi los tendones hasta que liberé el muñón de los restos del brazo destrozado.

—No lo tires. Quiero mi brazo.

Le puse el brazo seccionado sobre el pecho.

—Tienes buen aspecto —le dije—. Esto es todo. Te arreglarán sin problemas. Te pondrán otro brazo y quedarás como nuevo. Pero tienes que seguir despierto hasta la evacuación, ¿entendido?

—Vete. Sigue avanzando.

—No voy a dejarte atrás.

—Eres gafe, Dietz. Gafe.

—¿Crees que si no estoy te irá mejor?

—No quiero morir aquí.

—No morirás.

—Mis madres... Diles que luché...

—Se lo diré.

—Mi abuela luchó, y antes, la suya. Todos luchamos. Todos los ciudadanos. Yo no tenía que luchar. ¿Por qué me...?

—Tranquilo. Conserva la calma, que ahora te evacúan.

—Debería haberme hecho periodista. Mi madre... quería que entrara en Inteligencia. No pude, Dietz, no pude.

—No pasa nada.

—Nosotros matamos al tiempo, pero él nos entierra —murmuró Jones. Otra de sus citas de Machado de Assis—. Mi brazo. ¿Van a arreglarme el brazo, Dietz?

—Todo va bien. Te lo arreglarán.

Abrí el mapa local. Tanaka y su escuadra estaban diez metros por delante, muertos o agachados para protegerse del intenso fuego. Omalas y Marino estaban detrás y avanzaban lentamente hacia nosotros. Inmortal estaba tumbada boca abajo, a mi izquierda, suficientemente cerca para que pudiera distinguir su forma cuando se despejaba el humo.

—¡Jones! —dijo la CO por el canal del pelotón.

—Jones esta herido, mi teniente. He pedido evacuación.

—Etiquételo para que lo encuentren los médicos y déjelo. Reúna a su

escuadra y pónganse en marcha, Dietz. ¡Tanaka! Únase a la escuadra de Dietz. Queda al mando de la escuadra combinada. Seguimos avanzando hacia el puto objetivo. Sigán moviéndose, con la cabeza baja. ¿Me oyen, soldados? Necesito su cabeza en este juego, Dietz.

—A la orden. —Miré a Jones. Tenía el visor opaco y no le veía la expresión. Me alegraba—. Ya vienen los médicos. Tengo que seguir.

—Ya lo he oído.

Le puse la adrenalina en la mano.

—Si tienes la impresión de que te estás quedando inconsciente, inyéctate esto. ¿Entendido? Solo tienes lo del brazo. Ya sangras menos. Los médicos llegarán de un momento a otro.

—Sí, vale.

Le apreté el hombro y me puse en cuclillas, diciéndome que no le pasaría nada, que los médicos estaban al caer. Vacilé.

—¿Permiso para quedarme con Jones hasta la evacuación, mi teniente?

—¿Me he expresado mal, Dietz?

—No, mi teniente.

—Y soy alférez —añadió la CO.

—Sigo avanzando, mi alférez. —Abrí el canal de la escuadra—. ¡Inmortal! ¡Marino! ¡Omalas! Ya habéis oído a la CO. Dirigíos a la posición de Tanaka. —Añadí a la escuadra de Tanaka a nuestro canal—. Tanaka, vamos hacia ti.

—¡Daos prisa! Parece que hay un poco de calma. El intervalo entre las andanadas de disparos.

Cogí del brazo a Inmortal y tiré de ella para enderezarla. Protestó y se retorció, pero siguió en marcha. Era como un motor viejo: necesitaba una patada en el culo para arrancar cada vez que se paraba.

Marino y Omalas nos esperaban con la escuadra de Tanaka. Cuando llegamos, Tanaka nos indicó que siguiéramos adelante. El estruendo había amainado. Oía ruidos sordos a lo lejos. No tendríamos la suerte de que se hubieran quedado sin munición; lo más probable era que estuvieran cargando la artillería y corrigiendo la puntería.

El equipo de Tanaka había perdido a dos miembros. Landon estaba con él, alto y desgarrado incluso con aquella ropa; también estaba Sandoval el carapán. La tercera era Vela, casi tan alta como Omalas y el doble de ancha. Su nombre me sonaba vagamente de algún salto, pero no recordaba su cara. Entre todos éramos ocho, pero supuse que la CO aumentaba el tamaño de las escuadras

porque esperaba que hubiera más bajas.

Llegaba una brisa del norte. El humo empezó a elevarse a nuestro alrededor. Mientras caminábamos, lo único que oía era mi propia respiración. Las cortinas de humo y gas se apartaban del campo, revelando un mar de cadáveres entre los tallos rotos de la hierba antes dorada, ahora pegajosa de rocío rojo.

Ante nosotros se alzaban los resplandecientes chapiteles de la ciudad más cercana, Shabarat, donde vivían los refugiados marcianos que habían transformado esta parte del mundo. Una aparatosa línea de lanzaderas rodeaba la ciudad, por detrás de un descomunal despliegue de artillería que me dejó sin aliento. Los cazas que surcaban el cielo partían de la ciudad, no volaban hacia ella.

—¿De dónde ha salido todo esto? —pregunté.

—De Marte —respondió Marino.

—Guau —dijo Landon—. Tenemos una lumbrera. ¿Y nuestra artillería? ¿Nuestro apoyo aéreo? ¿Nuestro... lo que sea?

El suelo se estremeció.

—Esos cañones se están preparando —dijo Tanaka—. Más vale que nos demos prisa.

—¿Por qué...? ¿Por qué avanzamos hacia eso? —dijo Sandoval.

—Órdenes. —Tanaka se puso en cabeza. Me obligué a seguirlo, aunque se me revolvió el estómago. Seguramente era la mayor estupidez que había hecho en mi vida. El suelo que nos separaba del primer cinturón de artillería estaba alfombrado de cadáveres. Por encima de ellos, delante de nosotros, aún avanzaba alrededor de un millar de soldados. Había muchísimos más muertos que vivos.

Empezaron los disparos.

—¡Mierda! —dijo Landon. Tropezó y cayó detrás de Tanaka.

Lo agarré justo cuando un proyectil pasaba a mi lado, a unos tres metros, tan denso que arrastraba el aire; incluso antes de que tocara tierra, su presencia era tangible.

El estallido sonó a nuestras espaldas. Otra vez el aluvión de tierra, carne desmembrada y equipo pulverizado. Algo duro me golpeó el casco.

—Mantén las distancias, Dietz —dijo Tanaka—. Dispersaos, todos. Somos un blanco fácil.

Por el canal se oyó la risa histérica, aguda, de Marino.

—Eso mismo —dijo Vela—. Eso mismo, Marino.

Seguí el ritmo de Tanaka. El sonido de la artillería era una fuerza física. El

humo formaba remolinos. El aire rugía. Retumbaba. Gruñía. Como si estuviera vivo.

—Se acerca el apoyo aéreo —dijo la CO—. A cubierto.

—A cubierto, ¿donde? —aulló Inmortal.

—¡Cuerpo a tierra! —dije, y le di un golpe en la espalda. Me tumbé boca abajo apuntando hacia delante con el fusil, como si fuera a servir de algo.

Los cazas pasaron por encima de nosotros. Toda la escuadra estaba tumbada. Solo podíamos esperar que no nos alcanzaran los escombros. Los cañones cambiaron de trayectoria a una velocidad vertiginosa. Dos cazas estallaron en torbellinos de humo negro y llamaradas.

—¡Retírense al punto de reunión! —dijo la CO—. Quieren que nos retiremos y dejemos espacio al apoyo aéreo.

—¿No podían haberlo pensado antes? —dijo Landon.

—La madre que los parió —murmuró Vela.

—Son seis kilómetros —dijo Tanaka.

—Es el punto de reunión más cercano, tal vez de evacuación —dijo la CO—. Desde aquí no podemos saltar, en pleno combate. Los rojos están creando interferencias y es imposible localizar los rastreadores con precisión.

—Entendido, mi alférez —dijo Tanaka—. Vamos a...

Entonces fue cuando perdimos las comunicaciones.

Las lentillas se apagaron. Desapareció la constante aurora azul de la parte inferior izquierda de mi ojo izquierdo. Había perdido la conexión con el canal del pelotón.

—¿Tanaka? —dije en voz alta, sabiendo que nadie me oiría porque todos llevábamos el casco.

Tanaka apoyó el casco en el de Landon. Se me acercó e hizo lo mismo. Entonces pude oírlo, sobre todo por la vibración de la voz.

—¿Comunicaciones? —me preguntó.

—Yo también las he perdido.

Él pensaba mucho más deprisa que yo; otro motivo por el que él era el líder de la escuadra y yo no. Volví a oír en la cabeza la voz del instructor, gritándome que no tenía ni dos neuronas que frotar entre ellas. Era un hijo de puta, pero seguía oyéndolo.

Tanaka nos indicó por señas que nos dirigiéramos al sur, señalando en la dirección por la que íbamos cuando perdimos las comunicaciones. Lo seguimos, avanzando tan deprisa como nos permitían los cuerpos de los caídos. Delante de

nosotros, unos cuantos rezagados hacían lo mismo. La marcha titubeante se convirtió en una precipitada carrera de obstáculos cuando el terror se apoderó de las filas.

Nuestro apoyo aéreo daba media vuelta.

Cayó una virulenta lluvia de fuego entre nosotros y los soldados que teníamos delante, separándonos, arrancando la ropa de la piel de las escuadras que teníamos más cerca, lamiendo con avidez. Caí de culo.

Sandoval se puso a correr con las piernas en llamas. Lo derribé y lo hice rodar por el suelo como un saco de carne aullante. Nuestros uniformes eran ignífugos, pero ese escurridizo fuego no se apagaba. Se desprendió de Sandoval y me subió por la mano. La restregué por la tierra, pero solo conseguí extenderlo; era pringoso como el aceite. Me puse a escarbar con desesperación para cubrirlo de tierra. Vi al lado el pecho abierto de un soldado. Introduje la mano en la herida para sofocar las llamas. Las entrañas del soldado aún estaban calientes.

Cuando miré atrás, Tanaka y Omalas estaban envolviendo a Sandoval en una manta térmica para apagar las llamas. Pero a nuestro alrededor el fuego seguía lamiendo el cielo, alto y ardiente, alimentándose del mismísimo aire. No veía a Vela. Entrecerré los ojos y divisé su voluminosa figura, ya consumida por el calor.

Marino estaba delante del gran muro llameante. Levantó el fusil por encima de la cabeza y disparó al aire. Se arrancó el casco y lo lanzó a las llamas como si fuera un gran balón de rugby.

—¡Que te den por culo! —gritaba. La saliva le corría por la barbilla—. ¿Que le den por culo a todo esto! ¡Que te den por culo!

Me levanté el visor agrietado.

—¡Marino!

—¡Que te den a ti también.

Los demás se levantaron el visor.

—¡Estamos aislados! —gritó Tanaka—. ¡Vela ha caído! ¡Vamos hacia...!

—El único sitio al que podemos ir —dijo Marino con sorna cuando las llamas empezaron a rodearnos por un tercer lado.

—¡En marcha! ¡En marcha! —dije. Ayudé a Omalas con Sandoval. Parecía más aturdido que otra cosa; el fuego le había arrancado la primera capa de tejido del lado derecho, desde el pecho hasta los pies. Veía carne rosada por los agujeros. No tenía ni idea de lo graves que podrían ser las quemaduras cuando se

quitara el uniforme.

Muy juntos, atravesamos a la carrera la estrecha abertura que dejaban las llamas. El calor era intenso. Volví a cerrarme el casco tanto como podía. Me ardía la cara y me martilleaba la cabeza.

Más columnas de fuego aparecieron ante nosotros. La hierba seca había prendido y ardía a ritmo constante. Sin comunicaciones, sin mapas, no teníamos ni idea de dónde estábamos. El oxígeno de los trajes no era inagotable. Si no salíamos del humo y el fuego, nos asfixiaríamos y acabaríamos quemados.

Por delante, Tanaka giró bruscamente para evitar otra llamarada.

Marino gritó; no llevaba casco. Se apartó de Tanaka, resoplando, y se puso a gritar:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Nacidos en las llamas!

—A la mierda —murmuré; fui detrás e indiqué por señas a Omalas que nos siguiera. Si había alguien suficientemente loco para encontrar la forma de salir o morir en el intento, era Marino.

No me paré a mirar si nos seguía alguien más. Sin comunicaciones, en teoría no tenía órdenes de Tanaka ni de la CO que contradijeran mis acciones. Supongo que se podría aducir que debería haber seguido a Tanaka, y quizá pudiera exponer mi argumento en el consejo de guerra. La esperanza es lo último en perderse.

Marino corría por encima de los montones de piedras que tachonaban los campos de hierba llameante. Íbamos cuesta arriba. Estaba sin aliento. Sandoval se desplomaba contra nuestros brazos. Iba arrastrando el pie derecho.

Volví a subirme el visor, y se lo subí a Sandoval.

—¡Eh! ¡Eh! —Le di unos golpecitos en la mejilla. Agitó los párpados.

—¡Sí! ¡Bien! —gritó Marino desde lo alto de la elevación, quince metros más arriba. Después desapareció.

—¿Marino? —dije—. ¡Espera! Omalas...

—Lo tengo —me confirmó.

Dejé a Sandoval con ella y subí la cuesta. Al otro lado había una hondonada rocosa. Marino estaba en el fondo, con el fusil en el regazo. Un arroyo discurría perezosamente junto a él. Más adelante, una zona boscosa. Giré en redondo y miré el camino por el que habíamos llegado. El fuego seguía devorándolo todo. Los cazas ya no surcaban el cielo intensamente azul. La impávida ciudad marciana, que se elevaba como Oz en la pradera dorada, escupía grandes bolas de fuego. Las llamas rodeaban las torres, como plumas coronadas por lenguas de

humo negro, cargado de hollín. El humo ascendía infinitamente.

El resto de nuestra escuadra subía por la cuesta a duras penas. Omalas con Sandoval, Tanaka, Landon e Inmortal. Detrás de nosotros..., nada. Después del bombardeo no quedaban gemidos ni sollozos en el campo. No había personas enteras; nadie capaz de articular un sonido.

Todo olía a sangre y humo.

Regresé para ayudar a Omalas a arrastrar los últimos metros a Sandoval.

—Vamos a bajar al barranco —dijo Tanaka al unírseos—. Aquí arriba estamos muy expuestos.

Bajamos al encuentro de Marino. Inmortal se desplomó a su lado. Se arrancó el casco y reveló casi dos dedos de pelo castaño oscuro. Me pregunté cuándo habría dejado la CO de insistir en el corte de pelo reglamentario.

Omalas y yo tendimos a Sandoval junto al arroyo; suponíamos que el agua fresca lo aliviaría, aunque no fuera precisamente estéril. Busqué en el botiquín y lo atiborré de antibióticos y analgésicos.

—Tenemos que pedir evacuación —dijo Sandoval.

—Aún deberían funcionarnos los rastreadores —dijo Inmortal—. Aunque hayamos perdido las comunicaciones, deberían poder localizarnos.

—Puede ser. —Tanaka examinaba los árboles del otro lado del arroyo, blandiendo el fusil—. Dietz, cuando estuviste en Marte te inhabilitaron el rastreador. Y a toda tu escuadra. Después te lo extrajeron.

—Eso me contaron —respondí.

—Puede que aquí hayan hecho lo mismo —dijo Tanaka.

—El caso es que estaba sin rastreador y me encontró un civil.

—Puede que aún funcionen —intervino Landon—. Si nos quedamos aquí...

—El fuego está descontrolado —dijo Tanaka.

—Puede que el barranco haga de cortafuegos —dije, levantando la mano—. Y el arroyo también. La ciudad está en llamas; creará su propio microclima. El viento sopla por encima de nosotros, hacia la ciudad. Eso significa que el fuego también irá hacia el otro lado.

—¿Alguien recuerda dónde estaba el punto de evacuación? —Inmortal se frotaba los brazos distraídamente.

—Yo. —Omalas señaló al otro lado del arroyo—. Detrás del bosque hay un río con un puente. En el mapa salía como campo abierto.

—Nos detectarán por los rastreadores —dijo Inmortal.

—Si funcionan —dijo Tanaka—. En caso de que todos nos hayamos quedado

sin comunicaciones ni rastreador, esperarán que vayamos hacia allá. Enviarán transportes aéreos estándar.

—¿Igual que han mandado apoyo aéreo? —El sarcasmo de Landon se masticaba.

—La guerra es un follón, y en Logística la cagan a veces. —Tanaka soltó el discurso corporativo.

—Para ellos es muy fácil —dijo Landon—. No están en el frente.

—Tenemos que hidratarnos —dijo Tanaka—. Descansaremos aquí un cuarto de hora y seguiremos adelante. ¿Te encargas de comprobar el viento, Dietz?

—Vale. —Me quité el casco, lo enganché al cinturón y me lavé las manos enguantadas, aún pringadas de vísceras putrefactas y carbonilla. Después me quité los guantes y me eché agua a la cara. El frío me golpeó como una bofetada; recordé lo que había dicho a mi padre aquella mujer... ¿Quién era? Alguien de Propiedad Intelectual Corporativa. Decía que los nazis estaban colocados todo el rato. No me extrañaba. Me gustaría poder tomar lo mismo que ellos, y a la mierda el futuro.

Omalas se sentó a mi lado con las piernas cruzadas. Sacó una barrita de proteínas y me ofreció un trago de su cantimplora.

—Gracias. ¿Quieres que te la rellene?

—Sí. Tengo pastillas.

Se refería a las pastillas de yodo, y yo que esperaba que fueran metanfetaminas... En fin.

Estuvimos sentados en silencio, escuchando el sonido de la pradera en llamas. Me golpeó el agotamiento. Quería tumbarme dentro del arroyo y no levantarme nunca.

—¿Estás bien? —pregunté a Omalas, aunque era una pregunta estúpida. Ninguno de nosotros estaba bien, pero me daba miedo el silencio. El silencio me invitaba a pensar.

—Dicen que en la guerra se crece, pero solo crecen algunas partes. Otras... quedan suprimidas, erosionadas.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Quién sabe? Llevo mucho tiempo combatiendo en esta guerra. Cuando empezamos a saltar, el tiempo se convierte en un lujo, en algo pasado de moda, como la idea de votar, la igualdad o la libertad que signifique otra cosa que liberar a los ricos del peso que cargan sobre los pobres. —Nunca le había oído hablar tanto.

—¿Es alguna cita?

Sonrió sin enseñar los dientes; una sonrisa triste que no llegó a los ojos negros.

—No. Solo es la verdad.

Tanaka nos ordenó que nos pusiéramos en marcha. Puede que él tuviera drogas y los demás no. Se inclinó junto a Sandoval y le preguntó:

—¿Crees que puedes andar?

—Sí. Benditos analgésicos.

—Estupendo. ¿Necesitas apoyarte en alguien?

—No, ya estoy bien.

Después de ponerse en pie con ayuda de Tanaka, echó a andar cojeando. Esperaba que esos analgésicos durasen hasta el punto de evacuación.

—Menuda mierda —murmuró Inmortal, y no pude estar en desacuerdo.

—¿Quieres quedarte aquí? —fue todo lo que se me ocurrió.

Respondió con un gruñido.

—¿Marino? —dijo Tanaka—. Ven por delante conmigo. ¿Dietz? Tú haces de escoba.

—Y controlo el viento —añadí señalando la ciudad.

—Y controlas el viento.

Seguía soplando hacia la ciudad. Algo es algo.

Los siete cruzamos el arroyo y nos adentramos entre los árboles, siguiendo senderos desgastados. Al otro lado encontramos unos cuantos edificios abandonados; al menos, esperaba que lo estuvieran. Las puertas y ventanas estaban cegadas. Parte del campo había ardido. Encontramos una carretera asfaltada que se dirigía a nuestro objetivo. Desde allí podía ver el ancho cauce de un río.

—Vamos a separarnos —dijo Tanaka—. A los dos lados. Sandoval, Marino y Omalas, conmigo. Dietz y Landon, cruzad con Inmortal.

Ir por el lateral de la carretera nos facilitaría ponernos a cubierto. Igual que evitar ir juntos en el campo de batalla reducía la probabilidad de que nos hicieran volar por los aires a la vez, ir por los dos lados de la carretera garantizaba que al menos la mitad sobreviviría a una mina.

El mundo había quedado en silencio. Nada por encima de nosotros. Pasamos junto a varias casas más, todas entabladas. Ya no había humo. No se oían ladridos. Ni siquiera cantaban los pájaros.

—Más humo. —Marino señaló por encima de los árboles, donde ascendían

gruesas columnas negras.

—¿Otra ciudad? —dije.

—Ese risco de ahí —dijo Tanaka—. Inmortal, sube a ver.

Inmortal se adelantó, más ágil y ligera que los demás. Cuando no estábamos en el frente, sus movimientos eran mucho más rápidos.

—Parecen un par de trenes —anunció al volver a la carretera—. Los habrán alcanzado los cazas.

—Espero que no fueran nuestra evacuación. —Landon se encaramó al risco. Lo seguí.

Nos quedamos en la cima, observando los trenes en llamas. En la vía había un gran vehículo que había detenido el primer tren, contra el que había chocado el segundo. Los cadáveres del interior se retorcían como sombras.

—¿Por qué no darían la vuelta los del segundo tren? —dijo Marino—. Menudos gilipollas.

—Probablemente perdieron las comunicaciones, como nosotros —dije—. Seguro que huían de la ciudad. No podían volver. Igual pensaron que podían sacar el otro tren de la vía.

—Gilipollas. —Probablemente, aquella explicación hacía sentirse mejor a Marino. Todos queríamos que los civiles murieran por estúpidos, porque lo merecían, no porque fuéramos los malos.

Tanaka subió y se situó a mi lado. Marino escupió y bajó al encuentro de los otros. Durante un largo rato, Tanaka y yo observamos los trenes en llamas. Debía de haber mil personas en aquellos dos trenes, convertidas en residuos retorcidos y carbonizados, como los vehículos con los que habían intentado ponerse a salvo.

—¿Creéis que eran... soldados? —dije.

—No. Probablemente eran civiles.

—No me alisté para esto. —Paladines, héroes de la luz. Aquello no tenía nada de heroico, lanzarnos contra la artillería marciana y aniquilar a gente normal que huía para salvar la vida.

—¿Has visto *La guerra de los mundos*?

—Me suena.

—Va de marcianos que invaden la Tierra. Pero la original... A mi hermana le encantaban las grabaciones antiguas. Las radionovelas. ¿Sabes qué es eso?

Negué con la cabeza.

—Como una película, pero solo las palabras. Los sonidos. Como cerrar los

ojos en el campo de batalla. La gente se sentaba alrededor de unas cajas de madera bastante aparatosas para escuchar. Solo había voces. *La guerra de los mundos* se emitió como si fuera un informativo especial. Mucha gente se lo tomó en serio. Se volvieron locos. Creían que nos estaban invadiendo unos marcianos gigantes con tentáculos. Cundió el pánico. La policía no daba abasto.

—Como en las Revueltas del Ébola en Europa, antes de Evecom.

—Y el Pánico de ShinHana, en el 75. Exactamente.

Me quedé mirando los trenes en llamas; no quería seguir por esos derroteros.

—Es fácil confundirse cuando se tiene miedo —dije—. Puede que no pretendieran volar esos trenes, que les parecieran otra cosa.

—¿Y si no estamos en guerra con Marte, Dietz?

Volví la cabeza. Quería verle la expresión.

—Eso sería...

Y pensé en las Revueltas del Ébola, en lo que acababa de contarme de *La guerra de los mundos*, y me callé.

—Todas las corporaciones se han unido en esta guerra. Es lo que nos dicen. ¿Y si es mentira? ¿Y si es otra guerra corporativa como la que acabó con Elosha y convirtió a las Siete Grandes en las Seis Grandes? Aunque esta vez luchamos a muerte.

—¿Una corporación para gobernarlos a todos? —dije.

—Sí.

—¿Por qué iban a mentir?

—Puede que ahí arriba, en Marte, no haya nadie más que nosotros. Solo nuestros propios colonos. Puede que no existan marcianos libres y que los refugiados fueran los últimos marcianos de verdad.

—¿Y estamos... matándolos para encubrirlo? No tiene sentido. —En esa guerra no había muchas cosas que tuvieran sentido—. Marte cortó cualquier comunicación y...

—¿Y si los matan como seguro? Puede que la comunicación con Marte se cortara porque había muerto todo el mundo.

—Pero hemos luchado en Marte.

—Sí, pero ¿contra quien, Dietz? ¿A quién combatimos en Marte? Allí hay colonias corporativas. Las hemos visto.

No recordaba haber estado en Marte, aunque todo el mundo daba por supuesto que había estado al menos dos veces. Escarbé en la memoria con la esperanza de tener alguna revelación, pero, como de costumbre, no encontré

nada que no supiera ya. No podía contrastar con mi propia experiencia nada de lo que decía Tanaka. La gente se vuelve loca en las guerras. Lo sabía tan bien como el que más.

—No diría esto si funcionaran las comunicaciones —añadió Tanaka.

—Ya, claro.

—¿Y si los marcianos no volaron la Luna? ¿Y si fue un accidente de alguna corporación?

—Suenas como un conspiranoico.

—La guerra contra Marte suena a conspiración. Podemos transportar a la gente convertida en luz. En Marte no pueden hacer eso. ¿Quiénes son capaces de hacer desaparecer a dos millones de personas, como en el Blink?

—¿Quieres decir que nosotros los hicimos saltar?

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello.

—¿Cuánto?

—Dietz, llevo en la guerra... una eternidad. Tengo la impresión de que damos vueltas y vueltas.

—¿Sabes en qué año estamos?

Sus penetrantes ojos azules me escudriñaron el rostro.

—¿Y tú?

—No.

—Yo tampoco.

Como una sola persona, volvimos la vista hacia los trenes, hacia los civiles en llamas, hacia el humo negro que se elevaba contra la puesta de sol rojo sangre.

18

El río estaba más allá de los trenes. Dimos un buen rodeo para no acercarnos. Sandoval sudaba profusamente, aunque hacía fresco. El puente de piedra que cruzaba el río estaba en ruinas, pero quedaba lo suficiente para que pudiéramos cruzarlo. Al otro lado había un parque público, una llanura con césped rodeada de diversas coníferas: el punto de evacuación.

El parque estaba desierto.

Ningún soldado. Ningún vehículo.

—Vamos a quedarnos aquí —dijo Tanaka—. El cielo está despejado; eso es bueno. Va a refrescar, pero no estoy seguro de que valga la pena el riesgo de encender una hoguera.

—Yo diría que hay suficiente humo para enmascararla —dijo Landon.

Entendí a Landon. Yo también quería lavarme, comer algo y sentir un montón de calor. Las fundas iban bien para absorber los fluidos corporales, reciclar el agua y excretar el resto, pero para subir la moral no había nada como el calor de verdad, el agua de verdad, la comida de verdad.

—Omalas —dijo Tanaka—. Primer turno de vigilancia.

Omalas asintió.

Nos instalamos al borde del claro. Landon y Marino trasladaron allí dos mesas de pícnic.

Marino se acercó a una parrilla y se quitó los guantes.

—Aún hay carbón —dijo, y su sonrisa fue la más sincera, la menos demencial que le había visto.

Nos calentamos las raciones, todo un lujo, mientras anochecía. Me senté a una de las mesas, con el rifle en el regazo, contemplando el resplandor del cielo rojo, magullado. Todo aquel humo hacía espectacular el crepúsculo. Sin los guantes ni el casco, noté que cambiaba el viento.

—Tanaka —dije—. Ahora sopla hacia nosotros.

—Entendido. Puede que el río lo contenga un rato, incluso del todo.

—Puede. —El humo viró hacia nosotros, floreciendo como un bosque de

champiñones.

—Si llega la evacuación, llegará aquí. Tenemos que quedarnos mientras podamos.

—Estos putos trajes no son tan ignífugos —dijo Sandoval.

—Y que lo digas —respondió Tanaka sin mirarlo.

Durante la instrucción obligatoria nos inculcan la disciplina. Cuando los siete estábamos ahí sentados, incomunicados y abandonados, probablemente dados por muertos, mientras el fuego amenazaba con consumirnos, entendí por qué. En el fragor de la batalla es necesaria, desde luego, pero la adrenalina y el afán de proteger al de al lado suelen ser motivación suficiente. Allí, sin embargo, durante la espera, con tiempo para pensar, era cuando más falta nos hacía la disciplina. Miré a Tanaka. Estaba mordisqueando un largo tallo de hierba dorada, con la vista fija en los árboles del otro lado del parque. Omalas miraba hacia el sur, donde ardía la ciudad. Sandoval se curaba minuciosamente las heridas, cubriéndose con adhesivos de segunda piel las zonas que tenía en carne viva.

Pensaba que a oscuras me sentiría mejor, menos vulnerable. Pero cuando nos envolvió la oscuridad y no había ni rastro de evacuación por aire o salto, la negrura me resultó asfixiante y claustrofóbica. Las llamas de la ciudad iluminaban el cielo del norte. Por encima de nosotros volaban ascuas y cenizas, transportadas por la brisa. Si el fuego saltaba el barranco pedregoso y el río, prendería todos los árboles que nos rodeaban y avanzaría deprisa, más deprisa de lo que podíamos correr. Los incendios eran habituales en las montañas de basura en las que me crie, alimentados por los residuos tóxicos y líquidos inflamables sin nombre, provocados muchas veces por el calor que generaba el compostaje. Cuando se desataba un incendio, comprobábamos la dirección del viento, recogíamos nuestras cosas y echábamos a correr. La comunidad excavaba cortafuegos alrededor del vertedero, pero la corporación no paraba de rellenarlos.

En la mesa de pícnic, con la vista clavada en el resplandor, me trasladé allí, con la mano envuelta en la resbaladiza palma de la de mi madre. La peste del humo. Me había despertado de sueños en los que cazaba salamanquesas, en los que las salamanquesas salían a raudales de nuestros armarios, de debajo del cubo que usábamos para desaguar el fregadero improvisado.

—Mamá —dije, y tenía muy pocos años; mi hermano no había nacido aún—. ¿Y papá?

No dijo nada. Apretó los labios. Mi madre resultaba imponente, toda ángulos

marcados, codos afilados, rodillas huesudas, antebrazos nervudos. Por aquella época no veía mucho a mi padre. Para mí era una figura mítica.

Nos metimos en la profunda zanja húmeda con docenas de personas. Mi madre apretaba el cuerpo contra el mío. El calor y el humo pasaban por encima. Yo lloraba y me aferraba a ella; de repente sentía el impulso desesperado de salir corriendo. Temía que las paredes de la zanja nos aprisionaran, que nos cubrieran como una tumba.

—¿Dietz?

Con un sobresalto, salí del olor de la tierra y el gasóleo ardiendo.

—¿Sí?

Tanaka se cernía sobre mí; su silueta resaltaba contra el resplandor del cielo.

—Quiero recorrer el perímetro del parque, para ver si hay alguien. ¿Te apuntas?

—Desde luego. —Recogí el fusil y lo seguí.

—Quedas al mando de la escuadra, Omalas.

Tanaka eligió un camino que discurría detrás de las mesas, muy desgastado y cubierto de agujas de pino. Anduvimos sin decir nada, cada uno a un lado. Yo guardaba silencio y me preguntaba qué estaría pensando Tanaka. Me había acostumbrado tanto a cerrar el pico por la grabación de las lentillas que me resultaba difícil sacar un tema de conversación. Estábamos incomunicados, solos, rodeados de fuego.

—¿Tienes a alguien en casa? —me preguntó Tanaka.

Di un respingo. No esperaba una pregunta así.

—Una novia, pero corté con ella antes de alistarme. Me había hartado de perder cosas. ¿Tú?

—Estaba casado. Ya estaba en el Ejército cuando empezó todo esto, cuando la Luna... Ella estaba allí arriba cuando pasó, o... eso fue lo que me contaron. Yo también estaba destinado allí, pero en aquel momento estaba fuera de maniobras. Vi la explosión de la Luna. No pueden confirmarlo. No hay cadáver. Puede que la hubieran hecho prisionera los marcianos... Cuando termine esta guerra..., la buscaré. Pero los niños están bien. Estaban en la Tierra, de visita en casa de mis padres.

No pude evitar mirar entre las ramas retorcidas que nos cubrían, hacia el gran cielo negro y los restos de la Luna, visibles cuando el viento se llevaba el humo. Un fragmento cruzó el vacío como una inmensa luciérnaga, pero lo tapó otra columna de humo.

—¿Crees que fueron los marcianos? —le pregunté.

—Ya no estoy seguro de nada.

—Viste algo.

—Puede ser.

—¿Qué viste ahí fuera?

—El futuro.

Un escalofrío me recorrió la columna. Lo miré de reojo, intentando leer algo en su perfil. Recordé que Muñoz lo había señalado; no teníamos los mismos gustos, salvo en este caso. Un hombre de mandíbula firme y rostro afable. Aun así, cuando lo miraba no pude evitar echar de menos a Vi. Echaba de menos su forma de revolotear a mi alrededor como un pájaro nervioso, parloteando sobre negociaciones con rehenes y cómo prepararse a tope para un examen. Tenía por delante una vida de la que yo nunca podría formar parte, pero al parecer solo me había dado cuenta yo. Vi entraría en Propiedad Intelectual, en Asuntos Corporativos. Haría carrera. No había sitio para mí en aquella vida, mamando de la teta de la corporación. Ya lo sabía entonces. Seguía sabiéndolo. Ni siquiera cuando Vi decidió tomarse un año sabático para hacer el trabajo que hizo pensé que pudiera durar; pronto entraría en esas torres resplandecientes y yo no.

Pero ahí estaba yo, no solo chupándosela a la corporación, sino muriendo por ella. Es curioso: a veces nos empeñamos tanto en huir de algo que acabamos exactamente en el punto de partida.

—¿Qué futuro? —dije.

—El de la guerra. De esta guerra. Daba igual quiénes fueran; otra corporación, marcianos libres... Iban a entrar en guerra por lo ocurrido. Casi todas las corporaciones habían abandonado la luna. Pocas bajas en ambos bandos. Sobre todo investigadores. Casualmente, casi todos los soldados destinados allí estaban de maniobras ese día.

—¿Has estado en Marte? —Me acordé de mis padres, que trasladaban cargamento de allí al cinturón de asteroides.

—Sí. Antes.

—¿Antes?

—Antes de que cortaran las comunicaciones. Antes de la guerra. Un día, simplemente..., dejamos de ir a Marte. Sin explicaciones.

—¿Tenías contactos allí?

—No. Allí no hablábamos con nadie. Solo dejábamos unos suministros y recogíamos otros.

Seguimos caminando por el sendero, que rodeaba el parque verde. Desde allí veía las brasas de la parrilla de Marino, aún encendidas. Las raciones no eran mucho más apetitosas cuando se calentaban, pero supongo que era un cambio agradable.

Seguíamos mientras ardía el mundo. Habíamos recorrido la mitad del círculo que rodeaba el parque, tal vez un par de kilómetros.

—¿Cuánto tiempo llevamos sirviendo juntos, Tanaka?

Se detuvo. En seco. Se volvió a mirarme y sentí que me perdía. Perdí la noción del tiempo, de quiénes y qué éramos. Solo estábamos nosotros dos, dos soldados que daban una larga caminata con la esperanza de que aquello no fuera el final.

«Aún tengo la misión de combate en Marte —pensé—. Aún tengo la oportunidad de hacer algo heroico». Pero ¿más allá? ¿Sería el final? Puede que fuera así como moríamos, separados de los demás, engullidos por el fuego.

—¿No lo sabes tú?

—A mí no me preguntes. No experimento las cosas como... la gente normal.

—Nada de esto es normal.

Cada vez había menos árboles. Llegamos a un claro, separado del parque propiamente dicho. Un arroyo, poco más que un reguero, corría por el otro lado. Envidiaba a los marcianos que se habían creado un hogar en aquel sitio. Habían transformado un páramo asolado en un vibrante jardín secreto. ¿Por qué habíamos vuelto para destruirlo todo de nuevo? ¿De qué servía?

Tanaka aflojó el paso después de cruzar el claro y se detuvo. Hice lo propio. Se me acercó con el fusil hacia abajo, mirándome con intensidad.

—Quería preguntarte por Marte —dijo en voz baja. Estaba muy cerca; podría tocarlo extendiendo el antebrazo. Sujetaba el fusil sin hacer fuerza.

—No me acuerdo de nada.

—¿Seguro?

—Perdí a mi escuadra, Tanaka. Me encantaría recordar cómo fue, pero no puedo.

—No nos están grabando. Puedes hablar con sinceridad.

—Eso hago.

—No sé de nadie más que haya vuelto de Marte tras ser capturado. Creía que podrías corroborar mi teoría.

—Lo siento. Si la corporación intenta despistarnos, se le da de maravilla.

Asintió y se puso a andar otra vez. Me molestó su actitud. No sabía muy bien

qué estaba pasando. No lo seguí. Cuando se dio cuenta, se volvió hacia mí.

—¿De qué va esto? —pregunté—. Deberías haber pedido a Omalas y Landon que hicieran este recorrido. No tenías por qué hacerlo tú. ¿Es solo por lo de Marte?

—No. —Se acercó. Se me aceleró el pulso—. ¿Vas a darme un puñetazo si te beso?

—Eres mi superior. ¿Vas a tirar de rango si no quiero?

—No he sido tu superior desde antes de que saltáramos, Dietz —dijo entre risas.

Eso me sacudió como un tortazo.

—¿Qué?

—Mira en la pantalla interna —dijo, y soltó un gruñido.

Accedí al mapa local y abrí mis constantes vitales. Ahí estaba: cabo primero Dietz.

—Uh —dije, porque cualquier otra cosa habría invitado a seguir pensando. Más preguntas. Me rendía—. Creía que estabas liado con Jones.

Tanaka levantó las cejas.

—Ni que cascársela a un tío fuera una proposición de matrimonio.

—Aún no ha muerto el romanticismo.

—¿Qué te parece, cabo primero Dietz?

Supuse que qué coño, que solo se vive una vez. Me eché el fusil al hombro, le cogí la cara entre las manos y lo besé. Me sacaba una cabeza; se inclinó hacia mí. La última vez que había tocado así a alguien había sido a Prakash, y por los mismos motivos. Quien no tiene más que muerte alrededor siente el impulso de comprobar que sigue vivo.

Fuimos dando tumbos hasta una zona de hierba mientras nos arrancábamos las fundas y nos íbamos deshaciendo del blindaje. Follar después de haber estado a punto de morir es una experiencia muy intensa. Nadie ha follado con nadie hasta haberlo hecho frenéticamente, jubilosamente, tras haber sobrevivido a un matadero.

Después nos quedamos tumbados en la hierba, intentando recuperar el aliento. El humo bloqueaba las estrellas.

Tanaka me pasó un dedo por la clavícula.

—No tienes la cicatriz —comentó.

—¿De qué?

—De Marte.

Cerré los ojos y contuve a duras penas un gruñido.

—Vale. De Marte, ¿cuándo? Tengo un lío tremendo.

—Cuando te capturaron. Lo vi.

Me apoyé en un hombro para mirarlo.

—En Inteligencia me dijeron que no había testigos. O... —¿Qué dijeron exactamente? Una emboscada de los marcianos. Humo, un pulso electromagnético y... otra cosa que nos hacía imposibles de rastrear—. El caso es que ahora me entero.

—Nadie habla de lo que vimos ahí arriba, con las lentillas grabando todo el rato. Te alcanzaron aquí. —Volvió a pasarme por la clavícula unos dedos ásperos y callosos—. Creí que era tu final, y el de todo nuestro pelotón. Pero solo os llevaron a tu escuadra y a ti.

—¿Dispararon a alguien más? ¿Qué pasó?

—¿De verdad no te acuerdas? ¿No es solo un numerito para Inteligencia?

—¿Querías follarme para demostrarlo?

—No, eso es... Lo siento, no ha sido por eso.

—No soy tan torpe, Tanaka.

—Se rumoreaban cosas sobre ti.

—¿Que soy gafe?

—Que formabas parte de la Brigada de Luz. Yo pensaba simplemente que eras de esa gente fuerte y silenciosa.

—¿La Brigada de Luz?

—Es un chiste. A alguna gente la guerra... No sé. Les hace algo. Experimentan cosas, recuerdan cosas de forma distinta. La verdad es que da bastante grima.

—Prueba a vivirlo.

—No, gracias. —Se sentó y cogió la camiseta—. Ese disparo te dio en pleno hombro. Después del humo. Todos recibisteis algún disparo. Pero te dieron de lleno, Dietz.

—Puede que los marcianos tengan una sanidad mejor.

—Puede.

Me aparté, me puse la ropa y cogí la funda. Tenía el fusil cerca, con el seguro puesto. Pensé en lo que habría pasado si se hubiera disparado alguna de las dos armas mientras follábamos; nos habría volatilizado al instante. Quizá la muerte sea un alivio de toda esta locura.

—¿Has conseguido superar alguna vez los módulos de tortura? —pregunté

mientras me ponía las botas.

—¿Que si he conseguido hacerme con el control, quieres decir?

—Sí, forzar el reinicio.

—No. Odiaba esas cosas. No volví a acercarme después de la instrucción.

Me ajusté el traje blindado y me eché el fusil al hombro mientras Tanaka se calzaba.

—¿Y si pudiéramos...? —dije—. ¿Y si pudiéramos controlar el sitio al que saltamos?

—¿Nosotros? ¿La carne de cañón? No sé cómo funciona la tecnología, pero me parece... dudoso.

—Igual que transformarse en luz.

—Cierto. Pero si fuera posible, ¿no lo habría hecho ya alguien?

Pensé en todos mis saltos raros, fuera de tiempo y lugar.

—Puede que ya lo hayan hecho.

Un ruido sordo, grave.

—Mierda —dijo Tanaka.

Aparecieron unos faros sobre el campo abierto del parque.

—¿La evacuación? —dije. Empecé a caminar hacia el claro.

—Espera. Vamos a volver al camino.

Regresamos sobre nuestros pasos. No perdía el claro de vista. Lo sobrevolaba una única nave, alumbrando el suelo con focos móviles. Cerca de las mesas, a la fuerte luz blanca vi salir a Marino blandiendo el fusil.

—¡Eh, cabronazos! ¿Dónde coño estabais? —gritó.

De la nave salió un haz de energía que destrozó la mesa de al lado y lanzó una lluvia de astillas contra Marino. Este gritó y disparó a la nave mientras retrocedía hacia el bosque.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —gritó Tanaka—. ¡No es uno de nuestros cazas!
—Eché a correr por delante de mí.

Nos reunimos con los otros miembros de la escuadra en el sendero; caminaban hacia nosotros. Marino avanzaba cojeando detrás de Sandoval, con la mitad derecha de la cara chamuscada y llena de esquirlas. Tenía un trozo de madera del tamaño de mi pulgar clavado en la cadera; unos cuantos más le habían convertido el culo en un alfiletero.

—¡Menudo recibimiento! —dijo Marino—. ¿Quiénes coño eran esos?

Omalas levantó un puño.

—Escuchad. ¿Lo notáis?

Me temblaba el cuerpo. Creía que era de miedo, pero a Landon también le castañeteaban los dientes.

—Logística debe de habernos encontrado a la vez —dije.

—Seguimos sin comunicaciones —dijo Landon—. ¿Podrán recogerlos los de Logística antes de que esa puta nave acabe con nosotros?

—No es el mejor sitio para recogerlos —dijo Tanaka—. Tenemos que estar en el claro.

—La nave se mueve. —Omalas señaló.

En efecto, estaba girando. Una luz estalló entre los árboles, justo detrás de nosotros, y dejó un agujero perfectamente circular en el bosque; las ramas partidas y los troncos cortados con precisión seguían incandescentes. Fueran quienes fueran, no querían que nos sacaran del parque con vida.

—¡Ahí arriba! —dije. El claro que habíamos encontrado Tanaka y yo al otro lado de los árboles nos daría un poco más de espacio para la evacuación por luz. Mientras andaba sentía espasmos en las piernas. Sandoval siseó y empezó a caer; Omalas lo sujetó.

La nave volvió a dispararnos; un haz de luz que atravesó el bosque entre Marino y yo. Marino aulló y devolvió el fuego.

—¡Hijos de puta! —gritó—. ¡Putos rojos ilegales! ¡Vamos a joderlos a base de bien!

Llegamos al claro. Caí de rodillas; el casco, colgado del cinturón, me dio en el culo. Me temblaba todo el cuerpo. Allí éramos blancos fáciles.

El estruendo de la nave aumentó. Sobrevolaba los árboles en dirección a nuestro claro. Nos dispersamos por él, sobre la hierba aplastada.

—¿Y Landon? —dijo Tanaka.

Me volví hacia el camino. Landon se acercaba cojeando, de árbol en árbol. ¿Se habría caído y se habría hecho daño?

—¡Landon! ¡Sal de entre los árboles! —dije. Pensé en todos los saltos fallidos, en las recuperaciones desastrosas. Cuanta menos interferencia física hubiera en la zona de salto, más probable era que volviéramos enteros y no con medio árbol clavado en el culo.

El sonido de la nave era atronador. Me castañeteaban los dientes. Era una carrera entre Logística y la nave atacante.

—¡Dietz! ¡Dietz! —gritó Landon, abandonando la cobertura. No llevaba el fusil. Tenía una mejilla manchada de tierra y levantaba las manos.

—¡Te tengo! —dije, y fui hacia él.

Un espasmo me recorrió el cuerpo. Se me encajó la mandíbula. Logística nos tenía. Iban a sacarnos de allí.

Landon avanzaba hacia mí, bloqueando la luz. Notaba que se me empezaba a disgregar el cuerpo.

Íbamos a conseguirlo. Íbamos...

Mis dedos se cerraron alrededor de la muñeca de Landon.

Landon estalló en mis brazos.

La sangre me cubrió todo el cuerpo. Trozos de carne arrancada se me pegaron a la carne, al pecho. Un trozo de su cráneo me resbaló de la cara al hombro.

Los focos de la nave volvieron a clavármese en los ojos a través de los restos de Landon. Hice visera con la mano y vi el logotipo de la nave. Lo conocía muy bien: la hoz azul y las trece estrellas. Había recogido demasiada basura con ese logotipo para no reconocerlo de inmediato como el de NorRus. No era una nave marciana. Una de las corporaciones. Disparando contra nosotros.

Yo iba a continuación.

Me disgregué.

La luz entre las cosas.

¿Por qué sigue adelante la gente cuando sabe que debería parar? ¿Por qué luchamos por algo que ya ha empezado a desintegrarse?

No soy idiota. No me trago todas las paparruchas que nos cuentan. No creo todo lo que dicen las redes. Cuando me disgregué, con la ropa cubierta por la sangre de Landon, no se me quedó la mente en blanco; no hubo vacío. Allí pasaba el tiempo, en el espacio que separaba las cosas.

Pensé en el Blink de São Paulo. ¿Por qué habrían elegido esa ciudad? Y ¿por qué esos extraterrestres habían bajado desde Marte y los demás no? Y la pregunta que había planteado Tanaka: ¿cómo era posible que Marte hubiera hecho nada en São Paulo con una tecnología que no había vuelto a utilizar? Una tecnología que se parecía un montón a nuestra forma de viajar. Pero ante todo, el logotipo de NorRus de la nave que nos había disparado. ¿Contra quién luchábamos realmente?

No les gusta que hagamos preguntas. Intentan adiestrarnos para que nos abstengamos, no solo a los soldados corporativos, sino también a los ciudadanos y residentes. La corporación sabe qué nos conviene, ¿verdad?

Cuando salía con Vi, hablábamos mucho de filosofía. O, mejor dicho, ella hablaba y yo escuchaba, porque era bastante interesante y no se me da bien la charla. Según Vi, existía una cosa llamada «aumento del compromiso». Cuando la gente ha dedicado el tiempo suficiente a un proyecto, se resiste a abandonarlo aunque haya dejado de resultarle conveniente. Aunque salga perdiendo. La guerra es así. Nadie quiere reconocer que está perdiendo; todos han perdido ya demasiado. Para acabar con una guerra hay que darles una forma de salir airoso, de fingir que el sacrificio mereció la pena.

Sabemos qué somos. En qué nos estamos convirtiendo. Y no podemos parar. Estamos comprometidos. Da igual cuánta gente grite o a cuánta gente de rostro parecido al nuestro aniquilemos. Es nuestro trabajo. Para eso nos han entrenado. Es quienes somos. No hay disociación posible.

Me corporeicé temblando. El fusil colgaba a mi costado. Soplaban una brisa que hacía chocar el fusil contra el casco. A mi alrededor, los otros soldados tenían el mismo aspecto, aunque, a juzgar por lo espaciados que estábamos, no parecía que muchos hubiéramos conseguido volver del último salto, fuera el que fuera. Tenían los uniformes muy gastados, y el blindaje quebradizo y parcheado.

Me quité los guantes y me limpié con ellos la sangre y las vísceras de la cara. Estaban pringosas, aún frescas.

El azul del indicador de comunicaciones se puso intermitente en la esquina inferior izquierda. Abrí el mapa de nuestro pelotón, preguntándome dónde coño me encontraba en el espacio y el tiempo. ¿Estaba cambiando algo al saltar de esa forma? ¿O todo estaba ya decidido, como cuando se ejecuta un inmersivo?

—¿Dietz?

Minimicé el mapa y volví la cabeza.

Jones se había quitado el casco. Me miraba.

—¿Qué...? ¿Dónde está...? Mierda, Dietz.

Lo rodeé con los brazos.

—Estás vivo. Maldito capullo.

—¿Qué coño tienes por todas partes? ¿Qué es eso? —Retrocedió. Con un golpecito de la mano tiró al suelo el trozo de cráneo de Landon—. Mierda, Dietz.

—¿Quién más está vivo?

—Nuestra escuadra ha salido indemne. —Claro que eso no significaba nada. Todos los que habían estado en la misión en la que hubieran estado habían sobrevivido, pero evidentemente no había sido la puta misión en Canuck a la que yo acababa de sobrevivir.

—Así que te llegó la evacuación —dije—. Has sobrevivido. Pero Landon...

—Dietz, creo que tienes que ir otra vez a hablar con Inteligencia.

—Que le den a Inteligencia.

—Eh, alférez —dijo Jones por el canal de la escuadra—. A Dietz... le ha vuelto a pasar.

—Un momento —dijo la CO. Sin duda, allí tampoco estaba la teniente V. ¿Qué habría sido de ella?

Una mujer delgada se nos acercó. Dos sanitarios iban por delante de ella, chequeando a los soldados tras el salto.

La mujer se quitó el casco y reveló un denso pelo rizado. Iba rapada desde la nuca hasta la mitad de las orejas, por lo que la mata de rizos parecía una boina.

Tardé un momento en reconocerla. Me escudriñó.

—Me dijiste que eras de la Brigada de Luz —dijo Andria—. No me lo creí.

—¿Andria? ¿Cuándo...? —Dejé de hablar.

—Vaya, Jones —dijo levantando las cejas.

—Sí —dijo él—. En honor a la verdad, no ha sido un buen salto para nadie, pero al menos ya ha pasado.

—Te enviaría a Inteligencia —me dijo Andria—, pero están muy atareados después de la última tanda. Hemos perdido a un montón de gente. Vamos adentro; empieza la cuarentena. Estoy segura de que tu psiquiatra te echa de menos.

20

—¿Nos conocemos? —preguntó la psiquiatra, tendiéndome la mano.

—Sí. Probablemente ve a un montón de gente como yo.

—A unos cuantos. —Se apoyó en el borde del sillón—. Entonces, vamos a seguir por donde lo dejamos la última vez. ¿Cuánto tiempo hace?

—¿No lo tiene registrado?

—Me interesa lo que recuerde usted.

—¿Ha tenido problemas con lo que recuerdan otros soldados?

Sonrió débilmente.

—Sabe que no puedo revelar información confidencial de otros soldados. Solo es una pregunta que hacemos.

—Pero no a nuestros superiores.

—¿De qué habla?

—Puede revelar información confidencial a nuestros superiores.

—¿Le resulta sorprendente? Entiende que su contrato es propiedad de Tene-Silvia. ¿Entiende las condiciones del acuerdo?

—Lo he leído. —Solo era verdad en parte. Nadie se lo lee entero.

—La última vez que hablamos expresó opiniones sobre la muerte y la moralidad.

—¿Así que guarda registros?

—Entiendo que esto puede ser desconcertante.

—No recuerdo haber hablado de la muerte.

—Ya veo.

—Todo el rato tengo la impresión de que ya hemos pasado por esto.

—*¿Déjà vu?* Cuando se cree ver algo que se ha visto antes. Es muy frecuente, aunque no sabemos con certeza por qué a unas personas les pasa más que a otras. Los soldados parecen experimentarlo más aún que los epilépticos. Creemos que tiene algo que ver con descargas eléctricas del cerebro que provocan fallos en la forma de guardar los recuerdos. En realidad no es que se haya visto antes lo que se está viendo; es que el cerebro ya ha guardado el recuerdo, pero la consciencia

no se da cuenta de que acaba de guardarse. Se tiene la impresión de que fue hace mucho tiempo, pero no es así. Es una sensación ilusoria.

Me alegraba de no estar hablando otra vez con Inteligencia, así que le seguí la corriente. Le dije que tenía sentido; solo era un recuerdo incorrecto. Gajes del oficio de soldado.

Se ven cosas que otras personas no deberían ver.

—¿Puede hablarme de su último salto? —preguntó.

—No... me acuerdo.

—Tenemos una grabación de lo que le ocurrió al cabo primero Landon.

Debían de haber analizado la sangre y la carne que me cubrían. Me estremecí.

—¿Cuándo fue?

—Hace tiempo.

Me puse a temblar en serio.

—Creo que por hoy es bastante —dijo poniéndose en pie. Me di cuenta de que lo sabía. Puede que siempre hubiera sabido qué me pasaba. En Inteligencia lo sabían también. La Brigada de Luz. Algo de lo que se hablaba en susurros, que me había dado a conocer Tanaka en aquel campo. Pero allí, en aquel momento, fuera el que fuera, no era ningún secreto.

La cuarentena duró cuarenta y ocho horas. Una vez más, la pasé a solas. Me tumbé bajo la ducha durante una hora, dejándome golpear por el agua. Dormí un montón. Pensé en meterme en algún inmersivo o practicar con los módulos de tortura, pero no estaba de humor. La psiquiatra me había dado algo para dormir; cada vez que cerraba los ojos veía a Landon desmenuzarse.

La segunda noche entré en el knu en busca de una grabación.

—¿Tienes *La guerra de los mundos*? —le pregunté.

El resultado fueron veinte películas distintas, dieciséis ediciones de un texto, pero ninguna grabación radiofónica. Radionovela. Era la palabra que había usado Tanaka.

En un texto ponía que era un reportaje, e incluía una versión en audio.

—Léemelo —dije, y el knu eligió la relajante voz predeterminada que había programado en la pantalla interna para contarme una historia sobre pequeñas localidades que se volvían locas pensando que los marcianos las estaban invadiendo, allá por el auge del capitalismo. «¿Qué hace a la gente creerse esas mierdas?», pensé mientras escuchaba. Pero era fácil, ¿verdad?, cuando la gente estaba aislada. Cuando la información era escasa o estaba restringida. La gente estaba dispuesta a creerse cualquier cosa que se le pusiera delante, si encajaba

con su visión del mundo. Marcianos malos. Corporaciones lógicas y bienintencionadas.

Abrí los ojos, a solas en cuarentena, sin más compañía que aquellas palabras de voz agradable, y lo entendí.

Cuando me sacaron de la cuarentena, el agua de las duchas de fuera era mucho peor, templada por los pelos. La comida de la cantina era algún tubérculo machacado sobre una tostada; eso me hizo pensar en Muñoz y sus tostas de mierda. Todos aquellos con los que entraba en contacto tenían la mirada muerta del agotamiento. Me sentía demasiado mal para mirar quién estaba vivo y quién era nuevo en el mapa del pelotón, pero con solo andar un poco por ahí vi una mezcla de caras nuevas y conocidas.

—Por lo menos ha terminado —dijo Sandoval desde una mesa cercana. En mi mesa solo estaba yo, meciendo una escasísima taza de café. Toda la comida sabía aguada, pasada. Los tubérculos sabían a serrín; lo empleaban con frecuencia para llenarnos. El café parecía filtrado con unos gayumbos sucios.

Miré a Sandoval y me alegré de comprobar que seguía con vida. Igual que los demás, se había dejado crecer el pelo. ¿Sería cosa de Andria? ¿No se tomaba tan en serio el reglamento?

—Un montón de marcianos muertos —dijo su compañera de mesa. No la conocía—. Pero sí, supongo que ya ha terminado. Al menos en cuanto a los marcianos de la Tierra. Pero estarán cabreados, ¿no crees? ¿Tomarán represalias?

—Verán lo que hemos hecho —respondió Sandoval—. Sabrán que podríamos hacerlo allí.

Volví trabajosamente al barracón, en busca de mi cama. Me arrastré a la litera inferior y clavé la vista en las lamas de la cama de arriba.

Se me encogió el estómago.

Había más muescas. Cientos. Noté que la comida se me subía a la boca. Me senté y me puse la cabeza entre las piernas. Cuando me hube repuesto, conté las líneas marcadas en los listones.

Novecientas sesenta y siete muescas.

Había pasado allí novecientos sesenta y siete días entre misión y misión, desde mi primer salto.

¿Qué había pasado durante todo ese tiempo? ¿Qué iba a pasar?

21

Lo llamaron el Sick.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, vi a mi pelotón apiñado en la sala de descanso. Al principio no presté atención a lo que decía la portavoz de la corporación. Estaba fijándome en quiénes seguían con vida.

No estaba Prakash. Me lo esperaba, pero aun así me dolió. Ni Landon. Ya me lo habían confirmado. Jones estaba sentado al borde de un sillón, con las piernas en el respaldo de un sofá. Omalas estaba cruzada de brazos, cerca de la pantalla. Reconocí a Inmortal, aunque estaba más delgada de lo que recordaba; su rostro era poco más que piel estirada sobre los huesos. Estaba apoyada en la puerta, fumando un cigarrillo sin combustión. Ya había visto a Sandoval, y allí atrás estaba Leichtner, masticándose el pulgar.

No estaba Marino.

Me pregunté cuándo se lo habría llevado la guerra. Igual estaba desaparecido. Eso esperaba.

¿Tanaka? Inspeccioné el grupo, pero no lo vi. Las demás caras eran nuevas, unas veinte. Demasiadas caras nuevas.

Entonces me volví hacia la portavoz de la corporación. Estaba en una rueda de prensa, ante periodistas seleccionados a dedo con preguntas pactadas.

—¿Puede decirnos dónde se originó el virus? —preguntó uno de ellos.

—No podemos confirmar que sea un virus —respondió la portavoz—, pero creemos que es de origen marciano. Los primeros casos se dieron en Canuck, después de la gran victoria que cosechamos allí.

—Se supone que la guerra había terminado. ¿Es un frente nuevo?

—La guerra ha terminado. Nuestra iniciativa de la solución final tuvo éxito. Marte ha vuelto a cortar las comunicaciones, y esperamos zanjar rápidamente este nuevo problema. Un virus no es una guerra. Hemos aislado a los afectados y esperamos que esto se resuelva pronto.

—¿Cómo pueden protegerse los ciudadanos y los residentes?

—Rogamos a cualquiera que presente síntomas similares a la gripe que se

personas en el centro sanitario corporativo más cercano. Estamos trabajando activamente en el desarrollo de una vacuna y esperamos empezar muy pronto la fase de prueba. Pero insisto: si no se personan en un centro sanitario, no podremos tratarlos. Hablen con sus amigos, sus vecinos, sus compañeros de trabajo, y pídanles que se presenten. Si muestran reticencia, diríjense a su contacto de Seguridad Corporativa.

Me quedé al fondo de la sala, en la puerta. ¿Se suponía que había acabado la guerra? Pensé en aquellas novecientas sesenta y siete muescas. Era un montón de vida que no podía recordar.

—¿Dietz?

Me volví hacia el pasillo.

Era Tanaka.

Dejé escapar el aire. No me había dado cuenta de que lo estaba reteniendo.

—He escuchado *La guerra de los mundos* —dije de sopetón, como si fuera imbécil. Para él habían pasado años desde aquella conversación. Pero para mí... había sido hacía tres días.

—Eres tú —dijo.

—¿No soy siempre yo?

—No. ¿Quieres salir de aquí? ¿Dar un paseo?

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras lo seguía por el pasillo—. Desde... lo de Landon.

—Acabas de volver del frente. Del fuego. Dicen que tenías la ropa empapada de su sangre.

—Sí.

Se quedó mirándome. Yo quería calor humano, pero en él había algo temeroso, lejano. Recordé que tenía una esposa desaparecida, hijos. Querría volver con ellos, y seguir buscando a su mujer. La guerra había terminado. Por lo menos ya sabía cómo terminaba.

—Tienes que decírselo la próxima vez que saltes —me dijo—. Cuéntales lo que está pasando aquí.

—La guerra ha terminado. No vamos a volver a saltar..., ¿verdad?

Miró más allá de mí, hacia la pantalla.

—¿Sigues teniendo lagunas de memoria?

—Sí.

—Pues vas a tener que seguir saltando.

—Mierda.

—Sí, mierda. Siempre te pregunto para saber qué va a pasar. Me dijiste lo mal que se pondría esto.

—Cómo de mal ¿el qué?

Señaló la pantalla con un gesto.

—El Sick.

—¿Cómo de mal va a ponerse?

—Mucho. Haces bien en practicar con los módulos de tortura. Es lo que querías que te dijera. Que siguieras adelante. Que tal vez puedas... cambiar esto.

—¿Qué más?

—Eso es... todo. —No lo era; podía vérselo en la cara, pero dejé pasar la mentira. En realidad, ¿quién quiere conocer su futuro? A mí no me gustaba el que veía.

Me pregunté por qué Inteligencia no se nos llevaba a los dos.

—¿Siguen grabándonos?

—Sí —respondió—. Pero... ya no nos supervisan tanto. Después del Dark empezamos a quedarnos sin gente. A muchos de Inteligencia los reasignaron, de hacer de niñeras nuestras a sustituir a los caídos. Aun así, mejor hablar contigo ahora que cuando nos supervisen a todos para ver cómo reaccionamos a esto.

—¿Quiero saber qué es el Dark? O qué fue.

—Perdimos las comunicaciones.

—¿Como en el último...? ¿Como en Canuck?

—Algo parecido. Pero en todo el mundo.

—¿Cosa de Marte?

—Eso dicen. —Ya no me miraba a mí, sino a la pantalla—. No te creí. Cuando me contaste esto.

—Yo tampoco me habría creído. Supongo que todo el mundo pensaba que estoy como una cabra.

—¡Eh, Dietz! —Era Andria, nuestra nueva CO, que se acercaba por el pasillo.

—Mi alférez —dije.

Me aparté de Tanaka y me situé a cierta distancia. Quería abrazar a Andria. Me preguntaba cuánto hacía que era la CO. ¿Qué habría sido de la teniente V?

—A mi despacho —dijo Andria.

La seguí. No dijimos nada mientras caminábamos por el pasillo. Giró frente al despacho de la antigua CO. Tenía el mismo aspecto, puede que con más arañazos en la mesa. Apoyabrazos desgastados. La única novedad era un gran

globo terráqueo de madera en la esquina más alejada, a la altura del pecho.

Cerró la puerta. Me señaló la silla.

—Relájate. No hay nadie más. ¿Quieres tomar algo?

—Sí. —Me senté.

Abrió la parte superior del globo y reveló una selección de licores fuertes. Llevaba los rizos sujetos con una goma, en una coletita. Escudriñé su rostro. Nos habíamos alistado con dieciocho años. No teníamos muchos más, ¿verdad? Veintiuno, ¿veintidós como mucho? A no ser que las marcas del camastro fueran inexactas. Mierda, ¿era posible que nos hubieran desplegado durante periodos prolongados que no recordaba?

—Esto va a sonar estúpido —dije.

—La guerra es una mierda. ¿Vodka?

—Sé que ya hemos hablado.

—No pasa nada. —Se sacó una cosa del bolsillo y la dejó en el centro de la mesa. Un reloj de bolsillo. Se apagó el resplandor de mi lentilla—. Es un inhibidor. Podemos hablar tranquilamente mientras esté conectado.

—¿De dónde lo has sacado?

—Tú me dijiste que existían. La corporación es dueña de todo, pero nosotros conseguimos cosas. Indagué por ahí. Ya sé que vas a preguntarme cosas que ya me has preguntado. No pasa nada.

Había dado por supuesto que eran los marcianos los que nos habían cortado las comunicaciones en Canuck, pero la tecnología era nuestra. Tecnología de las corporaciones. Lo que tenía una, lo tenían casi todas: espionaje industrial, compra de contratos de activos individuales... Podría habernos cegado una corporación. Podía haber sido Teni.

—¿No me echaron cuando os disteis cuenta de que estaba... haciendo esto?

—La psiquiatra lo supo desde el principio. Por eso están aquí. En Inteligencia... Bueno, se creían lo que decíais casi todos los de la Brigada de Luz, al principio. Algunos recordaban las cosas y otros no.

—Los que las recordaban desaparecían. Se los llevaban.

—Muy al principio de la guerra.

—¿Ya no?

—No desde que nos hablaste del Dark.

—¿Sirvió de algo?

—La verdad es que no, pero... pasaron cosas. Había más gente que hablaba de ello. Nos ha ayudado en la misión de la que acabamos de volver, que ha sido

un espectáculo lamentable. Pero... ¿puede que haya acabado? No lo sé. Puede que continúe.

—¿Cuántos más hay como yo?

—Conozco a tres. Tú, una chica que se llama Rache, y Rubem. ¿Te acuerdas de Rube?

—¿Sigue vivo?

—No. —Me pasó un vaso de vodka, lleno hasta arriba. Y yo con el estómago vacío, porque me había saltado el desayuno. Intenté averiguar por su expresión cómo se sentía por la muerte de Rubem, pero su rostro era inescrutable.

—Sé cómo es perder a alguien cercano. —Me bebí medio vaso y dejé el resto en la mesa. El ardor de estómago me sentó bien.

—Es la guerra —dijo Andria. Apuró dos tercios de su vaso y siguió con él en la mano.

El calor del vodka empezaba a aliviar la tensión y la ansiedad de mi cuerpo. Me abrí a él, me dejé arrastrar hacia abajo, abajo, lejos. El alcohol hacía soportable lo más duro de la vida.

—Creo que Muñoz también tuvo saltos extraños —dije—. Me lo contó Jones, más adelante.

—Muñoz..., de tu primera escuadra.

—Sí.

—Qué raro que todos sean conocidos tuyos.

—Tú y yo tenemos conocidos en común. Seguro que hay más. En otros equipos.

—He hablado con otros comandantes. Casi todos los que tienen malos saltos acaban muertos. Están locos cuando vuelven. O se materializan dentro del suelo, o de una pared, soltando incoherencias sobre el sitio en el que han estado. Y solo tú saltas de un lado a otro y no solo conservas la lucidez cuando vuelves, sino que sigues con vida ahora que se supone que ha terminado la guerra.

—¿No crees que haya terminado?

—No he llegado hasta aquí a base de creerme a pies juntillas el discurso corporativo. Puede que al principio... Ya sabes, cuando nos alistamos juntos. Tú, yo, Rubem... Mierda, ¿sabías que García y Orville lo dejaron? Marseille murió en el primer salto. Timon y yo seguimos en contacto hasta el Dark. Estaba en Pekín. Pobre diablo.

—Todos lo somos.

—Sí. Nos alistamos para combatir en una guerra y seguimos luchando en

ella, por la gente que tenemos al lado. No por la corporación.

—Dices que no conseguí cambiar nada. Si es así, ¿de qué sirve todo esto? ¿Trasladarnos? ¿Ver un futuro que no podemos cambiar?

—No estoy en Logística —respondió con un encogimiento de hombros—. Solo me alegro de que no te hayan hecho desaparecer. Yo, Jones, Tanaka... Nos costó un montón que llegaras hasta aquí.

—Puede que hubiera sido mejor que desapareciera.

Andria bebió un trago.

—Tú me ayudaste a despertar, Dietz. Me ayudaste a ver qué coño está pasando. Y como soldado tienes buen rendimiento.

Hice un sonido de desdén. Me temblaba la mano mientras apuré el vaso.

—¿Por qué me has llamado?

—Porque quiero ayudarte a superar los módulos de tortura.

—¿Lo has conseguido?

—Sí. No va a hacerte ninguna gracia.

—Tengo la impresión de que vivo en uno.

—Lo entiendo. Esta cosa que han liberado, este... virus. Me dijiste que cuando se propagara continuaría la guerra. Solo será el final de la partida. Si eso es cierto, tenemos algo de tiempo. No van a enviar a nadie a casa.

—¿Alguna vez mandan a casa a alguien? —pregunté, pensando en Tanaka—. ¿Alguien consigue realmente salir de la guerra?

Negó con la cabeza.

—No quisiste decírmelo.

La realidad es un constructo.

Imaginad que estamos todos en círculo, intentando describir un objeto a los demás, y que a medida que nos ponemos de acuerdo en sus características, la cosa del centro del círculo va cobrando forma. Así es como creamos la realidad. Nos ponemos de acuerdo en sus normas. Las distintas culturas han creado realidades distintas simplemente a base de ponerse de acuerdo en lo descrito.

La primera vez que entendí que mi realidad no era la misma que la de los demás fue cuando mi hermano se presentó en casa con un abrigo. Ya éramos residentes. Habían vuelto a llevarse a nuestro padre, y los dos nos habíamos quedado con nuestra madre moribunda. Por aquel entonces pasaba la mayor parte del tiempo observando el mundo a través de un velo de morfina.

—¿De dónde has sacado ese abrigo? —le pregunté. La tela era agradable, limpia.

—Lo he comprado —respondió Tomás. Tenía trece años y ya estaba hecho un armario. Debía de sobrepasar holgadamente los cien kilos, y me sacaba una mano de altura. Nadie creía que fuera tan joven.

—¿Con qué? ¿Qué falta te hace un horrible abrigo marrón?

—Es verde.

—De eso nada. —Lo cogí y lo sacudí en sus narices—. Es ocre.

—Tiene un matiz verdoso.

—¿Estás colocado?

—Que te follen —dijo arrebatándome el abrigo.

Le solté una bofetada.

Era corpulento, pero no me la devolvió. Se quedó mirando el suelo. Me ardían las mejillas. Me sentía fatal. Pero estábamos los dos solos; yo era mayor y estaba a su cargo. Tenía que respetarme.

Se le anegaron los ojos.

—Lo siento —dije—. Solo... No deberías hablar así a la gente.

Recogió su abrigo, fue a su habitación y cerró la puerta en silencio. Me sentía

infame. ¿Qué clase de persona era para tratar así a un niño?

Llamé a su puerta.

—¿Tomás? Lo siento. Soy gilipollas. —Abrí la puerta.

Estaba sentado en la cama con el abrigo en las piernas, llorando.

—Oye, lo siento —dije.

—Lo he robado. El abrigo. Lo siento.

—Mierda. ¿Te ha visto alguien? —Pero era una pregunta tonta. Si lo hubiera visto alguien, Seguridad Corporativa estaría aporreando la puerta. Se nos veían las costuras de despojo. Teni nos castigaría severamente por ello—. Esperan que robemos, mintamos y hagamos trampas. No podemos ser así.

Tomás sacudió la cabeza.

—Es que lo quería. Era tan bonito... Nunca había visto nada tan bonito.

—Papá volverá. —Me senté a su lado y lo rodeé con el brazo. Se apoyó contra mí y siguió llorando. Le hacía falta un lavado de cabeza. Tenía un siete en el cuello de la camisa; había que remendarlo. Los residentes tenían ciertos derechos, ante todo el derecho de trabajar, pero poco margen nos quedaba a nosotros.

Nuestra madre murió tres días después. Soltaron a mi padre para el entierro. Mi hermano se puso su abrigo robado y yo estuve a su lado, cogiéndolo de la mano.

Abrazamos a nuestro padre. Había perdido más peso. Cogió la manga del abrigo de Tomás entre los dedos, sonrió y dijo:

—Qué abrigo verde más bonito.

Lo miré con incredulidad. Miré el abrigo. Seguía siendo marrón. Giré lentamente, observando las paredes de la pequeña sala que nos habían asignado en el crematorio. Rosas blancas. Oro falso en los marcos de los cuadros. Los ubicuos ojos de las cámaras. ¿Qué veía yo de forma distinta a todos los demás?

—Papá —dijo Tomás—, ¿cuándo vuelves a casa?

Solo estábamos nosotros tres en la sala. Dos técnicos de Seguridad Corporativa esperaban a mi padre en la puerta, para acompañarlo de vuelta a... donde quisiera que lo tuvieran retenido.

—Pronto —dijo mi padre—. Pronto.

Fue una de sus muchas mentiras.

Nunca volvimos a verlo.

Lo que averigüé, recordando aquellos tiempos, fue que las mentiras eran lo que nos sostenía. Las mentiras nos hacían seguir adelante. Nos daban

esperanzas. Sin mentiras tenemos que enfrentarnos a la verdad mucho antes de estar preparados para ella.

Mucho antes de estar preparados para combatirla.

23

Me habían colgado en el centro de la sala de interrogatorios. Las cadenas se me hundían en las muñecas. Rozaba el suelo con los dedos de los pies. Las paredes eran de piedra desnuda; la habitación parecía salida de una mazmorra medieval.

El avatar de Andria estaba junto a la gran mesa de madera, delante de mí, inspeccionando los alrededores.

—¿Por qué has elegido este entorno? —preguntó—. Ahora hay habitaciones mucho más estériles.

—No sé. Estaba pensando en..., como en *El conde de Montecristo*.

—Mierda. Has pasado un montón de tiempo poniéndote al día con grabaciones, ¿eh?

—He jugado a un juego basado en la novela —dije. No añadí que había interpretado a un paladín; ya lo sabía

—Ah, mierda. Ya me acuerdo de eso. En fin, ¿vamos allá?

—No. Odio eso a muerte.

—Bueno, estoy aquí. Concéntrate en mí. Escúchame. No se puede salir de los módulos matando.

—¿Cómo los superaste?

—Haciéndome con el control de la narrativa.

Cuatro interrogadores con traje blindado negro pasaron a través del avatar y entraron en la habitación. Llevaban porras eléctricas, como la última vez.

—He subido el nivel de realismo —dijo—. Lo tenías en modo fácil.

—¡Andria!

La primera descarga me abrasó la pierna derecha. Otra me dio en el pecho. Después se pusieron a golpear como locos. Sentía todos los impactos.

—¡Basta! —dije.

—No es cosa mía. Es tu constructo.

Había permitido que ella programara la palabra de seguridad que detenía el programa. Ya me arrepentía.

—Eres más fuerte que un constructo —dijo Andria—. Escucha mi voz. Solo

mi voz. Voy a guiarte por esto.

Los interrogadores seguían golpeándome. Apreté los dientes y miré sus rostros idénticos. Pétreos, impersonales; sudaban e iban engominados. La peste del sudor y el moho de humedad.

—Andria...

—Nada de esto es real. —Empezó a moverse a mi alrededor—. Esta realidad, más aún que la que vemos, es una invención absoluta. Existe en tu cabeza. Como el dolor. Como el placer. Todos somos simples animales, ¿sabes? Reaccionamos a los estímulos. Es lo único que estamos haciendo aquí: activar las partes de tu mente que reaccionan a la percepción. Aquí eres cómplice de tu propia tortura.

—Viene de fuera. ¡Lo hace el software!

—Es una trampa. Solo funciona si lo aceptas.

—¡No lo acepto! Así que ¿por qué seguís todos aquí?

Pensé en mi padre. ¿Le habrían hecho eso? ¿Meterlo en un módulo de tortura? ¿O se lo habrían hecho de verdad?

—¿De qué tienes miedo, Dietz?

—De nada.

—Dietz.

—De morir. Puede. No... ¡Que pare esto!

—Hazlo parar tú, paladín. ¿Qué personaje elegía yo siempre?

—El de tanque. Siempre te llevabas los golpes.

Uno de los hombres me dio en la cara. Me eché hacia atrás. Las cadenas se me clavaron más en las muñecas. Estaba babeando. Demasiado realismo para mí. Demasiado. Volví a ver estallar a Landon. El brazo de Prakash. Tanaka, que me pasaba el dedo por la clavícula y me preguntaba por una cicatriz que me faltaba. Mi madre, que se comía aquel pájaro de tres bocados rápidos.

—Todo es real —dije—. Esa es la...

—Eres de luz —dijo Andria—. Todos somos de luz, ¿sabes? Somos vacío en nuestra mayor parte. Cuando nos despliegan agitan los átomos hasta que se separan. Así nos resulta más fácil viajar por el mundo. Nos desintegramos y nos rematerializamos.

Una descarga en los riñones. Grité. Un golpe en la cara. Uno de los hombres tiró de la cadena y me separó del suelo por completo. Me balanceaba.

—¿Dónde quieres estar? —preguntó Andria.

—En São Paulo.

El constructo cambió. Se trabó, como si hubiera interferencias. Entreví un

cielo amarillo, contaminado.

—¿En casa?

La vida era más fácil en los campos de trabajo, o quizá solo me lo parecía porque era muy joven. El mundo entero parece más sencillo para los niños. Comida, cobijo, familia. Hay que intentar no morir de alguna infección ni sufrir un golpe de calor durante los secos y tórridos veranos. Es difícil, sí, y corta. Pero se vive, se vive; se vive durante ese día. Ningún otro día. No existe el futuro.

No hay futuro.

Miré hacia el techo, más allá de mis muñecas magulladas y sangrantes. Por encima de mí, un desgarrón en el tejido del constructo. Algún *bug*. Un error de programación. Todos estamos compuestos por átomos. Trozos de nosotros revolotean por el universo a voluntad de las corporaciones.

Seguían golpeándome. Cerré los ojos. Me concentré en la voz de Andria.

—No somos más que carne —dijo—. Puedes controlar a qué reaccionas y a qué no. Puedes cambiar tu forma de reaccionar al dolor. El dolor es un simple mensaje, una señal parpadeante en la pantalla interna. Reconócelo y actúa sobre el problema. Lo que mucha gente no entiende de estos módulos es que la experiencia depende de que se crea en ella. Cuanto más se cree, más intensa resulta. Se hace más real. La gente se pierde aquí. Lo he visto. Pero como la mitad de esta realidad la has creado tú, puedes acabar con ella. Rompe las cadenas, Dietz.

Intenté zafarme de mis captores a patadas, pero los atravesaba con las piernas. ¿Por qué? ¿Por qué ellos podían golpearme y yo a ellos no?

Yo soy el constructo.

Yo estoy creando la mitad de esto.

Respiré profundamente. Volví a concentrarme en Andria. Una sola cosa real: su voz.

Seguí pataleando. Mi pie chocó contra uno de los interrogadores. Cayó hacia atrás, con la nariz ensangrentada.

Me dije que no era una nariz real. Era mi mundo. Mi constructo.

Sonó una alarma.

—¿Qué es eso? —dije.

Andria subió la vista al techo.

—Mierda. Alarma de proximidad. Fin del constructo. Palabra de seguridad: Rubem.

El entorno desapareció. Di un respingo. Volví en mí en la sala de juegos, en

un sillón reclinable. Sonaba una alarma.

Andria estaba tumbada en el sillón contiguo. Abrió los ojos y se quitó las sujeciones.

Sonaron unas botas en el pasillo. Había otros dos soldados de mi pelotón en la sala: Sandoval y una mujer a la que aún no conocía. Los dos corrieron a la puerta.

El ojo izquierdo de Andria se iluminó con algo que le llegaba a la pantalla interna.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Preséntate en el patio de armas. Tenemos visita de Seguridad Corporativa.

La lanzadera llegó justo cuando me situé en formación junto a Jones. Hacía verdadero bochorno, insoportable para cualquiera excepto para los recios soldados. La compañía Perro en pleno salió a recibir a las naves; los tres pelotones. La capitán de nuestra compañía salió por delante y se puso a inspeccionarnos. La reconocí de inmediato: la teniente V.

No había muerto. Solo la habían ascendido. ¿Andria no podía habérmelo dicho? Claro que tampoco había preguntado. Me temía lo peor.

Las lanzaderas vomitaron su contenido: dos docenas de agentes de Propiedad Intelectual Corporativa vestidos de negro. Inspeccionaron la zona, con los ojos iluminados mientras nos escaneaban. Aparentemente satisfechos, formaron junto a la nave principal. Se abrió y salieron otros dos técnicos. Detrás de ellos...

Lo primero que vi fueron las botas rojas. Después, los pantalones blancos. El dobladillo de la bata blanca.

La mujer alta y delgada que los llevaba salió a la vista. Reconocí la cara al instante, aunque era mayor y estaba más flaca, como todos los demás. En su momento no me había fijado en los ojos; pasé casi todo el tiempo en el suelo mientras ella interrogaba a mi padre y después se lo llevaba a rastras. Tenía los ojos negros. Le habían salido mechones blancos en el pelo, como si se lo hubieran entreverado con espumillón. Llevaba las manos a la espalda. Recorrió con la mirada a la multitud. Volví ligeramente la cabeza; igual que los agentes de GPE, tendría reconocimiento facial integrado en la lentilla.

La teniente V fue a su encuentro y le tendió la mano. La mujer no se la estrechó, sino que dijo algo largo y florido. Imaginé que tendría algo que ver con algún detalle histórico que la hacía sentir más lista que los demás. Cabrona.

Pasaron hablando unos minutos más y después se dirigieron al interior. Cuando se perdieron de vista, los comandantes de los pelotones nos dijeron que rompiéramos filas, y todos volvimos adentro.

¿A qué venía aquella exhibición? ¿Por qué había ido esa mujer a inspeccionar las tropas?

Me apareció un mensaje en la pantalla interna. Era de Andria, que decía: «La capitán de la compañía quiere que tú y yo vayamos a la sala de reuniones. Ponte los zapatos de fiesta».

Empecé a redactar un mensaje para decirle que era una mala idea, pero ¿qué sabía yo? Ni siquiera sabía qué había ocurrido durante los novecientos y pico días anteriores. Mierda.

Abandoné el patio de armas y me indicaron por señas que me dirigiera al ala de mando. Fui a llamar a la puerta de la sala de reuniones, pero apareció Andria y me llevó a un cuarto de observación adyacente. Se llevó el dedo a los labios y sacó el reloj de bolsillo.

—Tenemos datos nuevos —dijo mientras entrábamos en la habitación oscura. Estábamos detrás de una película LED transparente que nos permitía ver el interior mientras mostraba una proyección genérica a los reunidos. Al otro lado estaban la mujer de blanco y sus técnicos de Propiedad Intelectual, la teniente V y los capitanes de las otras dos compañías. Reconocí al comandante Stakeley, que estaba al mando de nuestra brigada, y a la coronel Jemison, encargada del regimiento, así como al teniente coronel Bowman, jefe del batallón.

Andria dejó el reloj de bolsillo en la mesa, frente al espejo.

—¿Qué pasa? —susurré. Ni idea de por qué hablaba en susurros. Supongo que los veía demasiado cerca.

—Van a informarnos de algo. Dicen en Seguridad Corporativa que es demasiado confidencial para comunicarlo a distancia.

—¿Información de verdad? ¿Cómo es que nosotras...?

—La capitán V. No sé qué le dijiste después de volver de Canuck, de aquella misión del fuego, pero la convenciste de que estamos jodidos. Quiere que vuelvas con esa información, con lo que vayan a contarte, cuando saltes al pasado. Rollos de la Brigada de Luz.

Esperaba que en el pasado se me ocurriera algo ingenioso para convencerlos de que todo aquello era cierto. La tediosa promesa de aquellos novecientos y pico días volvió a resultarme abrumadora. No quería seguir adelante. Quería acabar con la guerra allí mismo, con aquella gente.

—¿Están al tanto del... incidente? —preguntó uno de los hombres de negro.

Tuve un momento de desconcierto cuando la mujer de blanco se reclinó en el asiento. ¿Estaba él al mando? ¿Se había camuflado para acudir? ¿Quién era aquel hombre? Su cara me sonaba vagamente.

—Tenemos seis divisiones en cuarentena —dijo—. Coronel Jemison, ¿cómo

es su situación?

—Isla Riesco está bien aislada. —Jemison era una mujer larguirucha, otra de los mandos sin edad. Me fijé en que los altos cargos seguían teniendo algo de carne. Más que nosotros, en cualquier caso—. O lo estaba hasta que se han presentado ustedes.

—Estamos limpios —dijo el hombre—. La zona de ejecutivos y la junta también están aisladas. Supongo que las otras corporaciones habrán hecho lo mismo. Nuestros datos son incompletos.

—Esto es más peliagudo de lo que ha dado a entender su madre —dijo Jemison.

La madre del hombre. ¿La consejera delegada? No sería la de Teni; no tenía familia. La consejera delegada de otra corporación. ¿Se trataba de una OPA?

—Sí —respondió él—. ¿Capitán Norberg?

Respondió la mujer de blanco:

—Sospechamos que nuestra... solución final puede haber liberado un patógeno virulento.

—Dios —murmuró Jemison.

Otro hombre, el jefe del regimiento, tomó la palabra:

—¿Cómo de virulento?

Norberg se encogió de hombros.

—Hemos determinado una tasa de mortandad del cien por cien. Es una preciosidad, perfectamente elaborada para actuar deprisa, pero no demasiado. Aunque sus tropas pasen ahora la cuarentena, estuvieron allí, en la misión. Es bastante posible que ya estén infectadas.

—Entonces, ¿por qué han venido? —preguntó Jemison—. ¿Es que quieren morir?

Norberg se echó a reír.

—Díselo —dijo el hombre.

—Venimos de San Petersburgo. Han sintetizado una vacuna. Nos gustaría inyectársela a los suyos.

—¿Han sintetizado una vacuna en menos de una semana? —preguntó Jemison.

—Ahora mismo —dijo el hombre—, San Petersburgo es el único lugar seguro de Evecom. Han fortificado toda la ciudad y han impuesto la cuarentena. Teníamos una idea de lo que se avecinaba.

—¿Y cómo lo sabían? —preguntó Jemison.

—Eso es lo de menos. Lo importante es tener soldados capaces de resistir esta cosa antes de que mute.

—¿A qué velocidad muta?

—Está matando a una velocidad sin precedentes. Puede que ya haya mutado más allá de lo que podemos curar con esta vacuna. Pero puede que sirva para combatir lo peor de los síntomas. En las pruebas ha mejorado la tasa de supervivencia en un cincuenta por ciento.

—Joder —dijo el comandante.

—¿Cuántos seguimos en activo? —dijo Jemison—. Quiero la información real, no los cuentos chinos.

—Actualmente trabajan para Evecom —dijo el hombre—. Acaba de cerrarse la fusión con Tene-Silvia. En breve anunciaremos nuestros planes de rediseño de identidad.

—Y ahora que han caído Masukisan y NorRus —dijo Jemison—, eso nos deja en tres corporaciones. Y Marte derrotado. Si podemos sobrevivir.

—La absorción siempre fue el objetivo final —dijo Norberg—. Las bajas eran de esperar.

—¿Quién desarrolló ese virus? —preguntó Jemison—. ¿Evecom? No acato órdenes del hijo de la consejera delegada de Evecom, mientras no me las transmita la gerente de guerra de Teni.

—La guerra es el infierno —dijo Norberg.

—¿Qué les digo a mis soldados? —preguntó el comandante—. ¿Que tienen un fármaco milagroso?

—Díales que los estamos protegiendo —dijo el hombre—. Como siempre. Harán cola para vacunarse y volverán ahí fuera. Esto no ha terminado.

—Marte está derrotado —dijo Jemison.

—A nadie le importa una mierda Marte. Marte es el pasado. La Luna es el pasado. Miramos más allá. El cinturón. Júpiter. Plutón. La puta galaxia de Andrómeda. Nuestro futuro es más grande que este sistema solar y las rocas frías que tenemos por vecinas. Pero no vamos a llegar ahí fuera si no estamos unidos.

—¿Cómo esperan llegar hasta allí con un planeta lleno de muertos? —preguntó la capitán V.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Jemison soltó una carcajada.

—Puede hablar con la gerente de guerra —dijo el hombre—. Está bajo las órdenes directas de la consejera delegada.

—Alégrense de que les ofrezcamos una vacuna —dijo Norberg—. No se la

administraron a las división ochenta y dos ni a la setenta y nueve cuando las mandaron a aplacar las revueltas de Buenos Aires. Todos habrán muerto en setenta y dos horas.

—¿Por qué no mostramos síntomas aún? —preguntó Jemison.

El hombre se encogió de hombros.

—He dicho que sospechamos que se han visto expuestos. También es perfectamente posible que no fuera así, o que se infectaran con la cepa original, que tarda más en manifestarse. Les estoy ofreciendo la vacuna.

Yo miraba el espectáculo a través de la película, mordiéndome las uñas. Me pregunté cuánto quedaría realmente del mundo. En aquel momento, lo que más deseaba era saltar... a otro sitio.

—Ustedes deciden —dijo el hombre, poniéndose en pie.

—¿Decidir? —dijo Jemison—. No es ninguna elección.

—Entiendo que aún no me ha respaldado la junta directiva —dijo—. He venido a intentar ayudar antes del anuncio de la fusión. La burocracia lleva mucho tiempo. Pero no veía la necesidad de retener la vacuna hasta haber rellenado el papeleo. Mis intenciones son buenas.

—¿Crees que está consolidando el poder? —me preguntó Andria—. Intenta caernos bien con el fin de utilizarnos para derrocar a su mamá durante el barullo de la fusión.

Tantos subterfugios me sobrepasaban.

—Me preocupa que su madre ya haya muerto —dije—. Me preocupa que haya muerto todo. —Quería preguntar por la consejera delegada de Teni.

—Nos hemos asesinado solitos —dijo Andria—. Nos lanzaron al norte a aniquilar a esos refugiados marcianos, ¿para qué? Algún juego familiar al que están jugando esos soplapollas.

—Nosotros estamos a las órdenes de la gerente de guerra —dijo Jemison—. Que nos llame para ordenárnoslo y ya está. Los burócratas, con vuestros trajecitos monos, os creéis que lo que importa es hacerse con el poder. Son las vidas de mis soldados. Pienso obedecer la cadena de mando. ¿Quién se ha creído que es para presentarse aquí y soltarnos esa historia, acompañado de la asesina de Norberg? ¿Cree que no sabemos quién es?

—Contaba con que lo supieran —repuso el hombre.

—En la academia seguimos hablando de ti, Norberg.

—Veo que aún no han superado mi récord.

—Saliste del módulo de tortura en treinta segundos —dijo Jemison.

—Me entrené en la versión real. —Norberg agitó una mano como si espantara a una mosca particularmente molesta—. Los módulos no son tan eficaces, ni de lejos.

—¿Y me está pidiendo que inyecte eso a mis soldados porque lo dice este tipo? —preguntó el comandante Stakeley—. No los creo a ninguno de ustedes. He visto a demasiada gente de su calaña. Ambiciosos y ávidos de poder, esperan que los demás hagan su trabajo sucio. Se creen demasiado listos en comparación con el resto de nosotros. Por mi parte se ha acabado la reunión. Esperaré a que me lleguen las órdenes por los canales adecuados. —Empezó a levantarse.

—¿Ha vivido alguna vez un golpe de Estado, comandante Stakeley? —preguntó Norberg.

—Nunca —respondió—. Y quiero seguir así.

—Pero los conocerá bien, sin duda. En la formación para oficiales tendría que aprenderse todas aquellas grandes batallas de antaño. Táctica y logística. Siempre me ha gustado esa parte del arte de la guerra. Esas cosas se fraguan con lentitud... y estallan de repente. Hay que abonar cuidadosamente el terreno, muchas veces durante generaciones. Las corporaciones llevaban un siglo minando la autoridad de los Gobiernos antes de las guerras de las Semillas. Experimentaron con ciudades empresariales, y después con prestaciones para los empleados. Cuando se encareció la atención sanitaria ni siquiera había que ofrecer transporte privado y comidas gratuitas; bastaba con contribuir a pagar los gastos de curarle el cáncer a la abuela para asegurarse la obediencia ciega. Así se conserva la lealtad. Fomentando la desconfianza hacia los Gobiernos democráticos entre la población a la que en realidad deben rendir cuentas. Demostrándole que solo las corporaciones pueden salvarla de sí misma. Aún ve esta guerra como si consistiera en balas y bombas, pero el auge y la caída de Marte estuvieron orquestados por fuerzas de Inteligencia como la mía. ¿Por qué se alistaron en esta guerra sus soldados? ¿Por lo de la Luna? ¿Por el Blink? Si cree que no puedo inventar una historia para que se vuelvan contra ustedes, igual que la inventé para que se lanzaran de cabeza a la guerra, se engaña incluso más de lo que me imaginaba.

—Esperaré a recibir noticias de la consejera delegada —dijo el comandante Stakeley.

—Pues espere sentado —dijo el hombre—. Ha muerto. La de Evecom, también. El virus se llevó a la mayoría de los altos directivos.

—Entonces, ¿quién coño está al mando? —preguntó Jemison.

—Es una pregunta interesante, ¿verdad? —dijo el hombre, inclinándose hacia delante.

—Joder —dijo Stakeley.

—¿Pueden confirmar algo de lo que está diciendo ese tipo? —le pregunté a Andria.

—No. Probablemente tiene a los medios de comunicación en el bolsillo, si es cierto lo que dice de la consejera delegada. Todo está encubierto. Hay canales extraoficiales... He oído rumores de mandos intermedios, pero no conozco a nadie que esté muy arriba en la jerarquía.

—No tienen personal para supervisarnos —dije—. Por eso todo el mundo está tan relajado.

—De eso hace tiempo.

—Entonces, ¿ese tipo puede tener razón en lo del liderazgo? ¿Que habrá refriegas por el poder a causa de la fusión?

—Es lo malo de nuestros sistemas. Están tan arraigados que pueden seguir trasteando durante un tiempo cuando se les corta la cabeza. No sabes que has muerto hasta que das media docena de pasos más.

Norberg se puso en pie. La miré fijamente. La recordaba alzándose sobre mi padre.

—Mi consejo es que acepten la vacuna —dijo—. De lo contrario, quién sabe qué será de ustedes.

—Tengo que irme —dijo el hombre, apartando la silla—. Tengo unos asuntos que resolver en San Petersburgo. Espero la respuesta a mi ofrecimiento. Nos alojamos en el Taleon Imperial. ¿Norberg?

La mujer de blanco hizo un gesto con la cabeza. Los guardaespaldas fueron los primeros en salir, todos vestidos igual que su jefe, con el mismo corte de pelo, de la misma edad. Era un montaje bastante astuto, pensé, viajar así. Me pregunté cuánta gente querría matarlo.

Toda la corporación se desmoronaba. Andria me miró expectante.

—¿Qué? —dije.

—¿Crees que puedes arreglarlo?

—Arreglar, ¿qué?

—No sé... ¿Tal vez cuando vuelvas a saltar? Si sabes que va a pasar esto, puedes impedir que vayamos, ¿no? ¿La solución final? Entonces, puede que este virus...

—Soy una sola persona. Y ¿cómo sabemos si es cierto algo de lo que ha

dicho ese tipo? —Seguía sin tener ni idea de cómo se llamaba. No seguía la actualidad política. ¿El hijo de la consejera delegada? A saber.

—Dice la capitán...

—¿Y ella qué sabe? Hemos perdido amigos. Landon me estalló en la puta cara. ¡Se hizo pedazos! Prakash... Mierda. Aún no he vivido lo que sucede después, pero lo veo cada puta vez que cierro los ojos. Y...

—¿Crees que solo tú tienes fantasmas, Dietz?

Se abrió la puerta. Di un respingo.

La capitán V nos miraba desde el umbral.

—¿Y bien? —preguntó.

—Mierda —solté—. ¿Qué fue lo que le dije? ¿Por qué quería que escuchara esto? No soy nadie. Soy soldado de infantería y estoy como una regadera. Tal como usted vaticinó. —Me miraba en silencio, esperando a que terminara. Sin dejar de echar humo, me puse en pie e hice el saludo—. Lo siento, mi capitán.

—¿Tiene fuerzas para dar otro salto, Dietz? —preguntó.

—No.

—Yo tampoco. Vaya a hacer cola para la inyección.

—Entonces, ¿vamos a obedecer? ¿Vamos a vacunarnos? ¿Trabajamos para ese tipo?

—Somos soldados de una corporación, Dietz —dijo la capitán V—. Nuestras opciones son limitadas.

Hicimos cola para entrar en la enfermería. Obedece las órdenes. Tómate tu medicina. Me pusieron la inyección y volví al pasillo. Por las ventanas vi despegar las lanzaderas. Esperaba no volver a ver a Norberg. Pero teniendo en cuenta mi suerte...

Cuando las naves sobrevolaban la selva, oí una conmoción en otra parte del edificio. La cantina. Un ruido muy fuerte. Disparos. No eran las descargas de nuestros fusiles de pulsos; era un sonido completamente distinto, como un puñetazo húmedo, no un *bang*.

Me puse en tensión. No íbamos armados por la base; guardábamos los fusiles en los casilleros cuando no estábamos de salto o de prácticas.

—¿Qué es eso? —pregunté a una chica que tenía cerca. Según mi pantalla interna, se apellidaba Tau.

—No estoy segura.

Me ladeé para situarme entre ella y la puerta que daba a nuestro pasillo. Voces altas. Botas contra el linóleo.

Los soldados que hacían cola frente a la enfermería para vacunarse se empezaban a inquietar.

Tau intentó apartarme para llegar a la puerta.

—Espera —dije.

—¿Por qué cojones voy a...?

La puerta se abrió de golpe. Un soldado cayó al suelo con la cabeza reventada.

Vi que Andria llegaba por detrás de Tau, a la carrera.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¡Vete! —dijo Andria—. ¡Lárgate! ¡Vete a saltar! —Me lanzó algo.

—¿Qué?

Su reloj de pulsera se deslizó por el suelo. Lo recogí y levanté la cabeza.

Figuras detrás de ella. Un *bang*. Un puñetazo húmedo.

Estalló en pedazos.

El pasillo estaba lleno de sangre. Di media vuelta, empujando a Tau por delante, resbalando en la sangre de Andria, llenando de huellas dactilares todas las paredes mientras doblaba la esquina del pasillo.

Unos cuantos soldados estaban plantados allí, atónitos.

Me guardé el reloj en el bolsillo del pantalón y llegué a la cantina en el momento en que alguien abría fuego desde el otro lado.

Sandoval pasó corriendo junto a mí.

—¿Qué...? —empecé.

—El comandante Stakeley ha dado un golpe de Estado —dijo Sandoval, y siguió corriendo. Se dirigía a los casilleros de los fusiles.

Mierda.

Corrí al barracón, por un camino más largo con la esperanza de no tropezarme con mucha gente. Me escondí en un cuarto de baño cuando pasó una escuadra de soldados armados y ensangrentados. ¿Eran de mi pelotón? No reconocí ninguna cara, pero eso no significaba nada. Cuando formamos para recibir las lanzaderas había comprobado que no conocía a casi nadie.

En cuclillas, empujé la puerta del barracón lo suficiente para echar un vistazo al interior. Unos cuantos soldados se escabullían por la puerta trasera. Reconocí a Jones, que la sujetaba para que salieran los demás.

—¡Jones! —dije.

—¡Ven aquí! —dijo haciéndome señas con la mano.

Miré rápidamente a mi alrededor para comprobar que no había nadie armado.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—Ven conmigo. —La mano extendida. Sangre en los dedos.

—¿Qué...?

—Voy a sacarte el rastreador. Nosotros nos lo hemos sacado. Stakeley estaba planeando esto desde el Dark. Sabíamos que nos serviría de distracción. Quítate las lentillas y vente. Mis madres...

—¡Tus madres trabajan en Inteligencia!

—Teni ya no existe. Crearemos algo nuevo.

Gritos a mis espaldas. Jones miraba hacia algo que tenía detrás. Miré más allá de él, más allá de la puerta abierta y el patio de armas, hacia los árboles. Recordé aquella vez que estuvimos vagando juntos por el bosque sin nada más que un mapa, una brújula y munición real. Me pregunté si había sido él quien disparó a Abuela aquel día. Me pregunté si el equipo de Muñoz había sido el primero en disparar. Me pregunté si algo de aquello tenía importancia, después de todo lo que habíamos pasado.

—No puedo, Jones.

—¿Por qué? Vamos a...

—Tengo que volver a saltar.

—Estás como una puta cabra.

—Sí. —Le di un abrazo rápido y apretado—. Vete.

Eché a correr. Lo miré hasta que alcanzó al resto de su grupito. Reconocí a Leichtner. Habían hecho un agujero en la alambrada. Jones lo atravesó y se unió a los demás. Sonidos de disparos, dentro y fuera. Pero siguió adelante. Siguió adelante. Desapareció con ellos en la selva.

Sentía picor entre los omóplatos, en el sitio donde llevaba el rastreador. Ellos se habían arrancado los rastreadores y se habían quitado las lentillas, como esclavos rompiendo sus cadenas. ¿Eso éramos? No; teníamos elección. Nos pagaban. No éramos propiedad de nadie, ¿verdad? Pero nuestras opciones eran limitadas allí, como habían sido siempre. No se habían vacunado. No habían tenido tiempo. Corrían selva adentro, pero los mataría ese virus, la pesadilla corporativa que habíamos desatado. Nuestro destino. Su destino. El destino de este estúpido mundo.

¿Cuándo empezó?

Empezó con el Blink.

—¡Manos arriba!

Levanté las manos, pero seguí inmóvil por lo demás.

—Media vuelta.

Di media vuelta.

Era Tanaka. Me apuntaba con un fusil de pulsos.

—¿Estás con nosotros? —preguntó.

Quise darle un puñetazo. Gritarle. Porque en ese momento no tenía la menor idea de quién era «nosotros».

—Vine a combatir a los malos —dije.

—Entonces estás con nosotros —declaró, y me llevó a la cantina con los demás.

25

Ascendieron a Tanaka a jefe de pelotón, lo que a mí me conllevó otro ascenso.

—¿Quieres mi antigua escuadra, Dietz? —dijo—. Eres cabo primero. A estas alturas deberías ser líder.

—Líder, ¿de qué? —pregunté, porque no quedábamos muchos.

Pero la corporación, fuera cual fuera la corporación en la que estábamos, seguía encontrándonos usos.

Teníamos que recoger los cadáveres. Disparar contra los que abandonaran la cuarentena. Dar caza a los desertores. Me pasé seis semanas conduciendo camiones llenos de muertos a la fosa común de Fortaleza. El hedor era abrumador; el trabajo, entumecedor. Cuando un cadáver ha fermentado lo suficiente, la carne se desprende de los huesos. El cuero cabelludo se despega del cráneo.

Recuerdo zapatitos de bebé y corbatas de hombre destrozadas. Recuerdo que no había suficiente personal médico para ayudar a los civiles con gangrena. Les amputábamos los miembros: brazos y piernas. ¿Alguna vez habéis transportado un miembro? Es como llevar un niño en brazos. Un peso muerto, aún caliente.

Estaba con Omalas en un restaurante que antes abría toda la noche, rebuscando entre las latas de la trastienda para dar de comer a nuestra escuadra, cuando llegó la noticia a la película LED del comedor principal. En casi todos los sitios a los que iban los militares seguía funcionando la electricidad; era prioritario para nuestros ingenieros.

—Gracias por su paciencia, TenisanaCom —dijo la portavoz de la empresa. Estaba sola ahí arriba, una chica joven, puede que de veinte años. «Mierda —pensé—, ¿cuántos tengo yo? ¿Veintidós?», y me dio pena. Unas manos delgadas plegadas sobre la mesa que tenía delante. Pelo oscuro apartado de un rostro servero. Iba maquillada, pero observé las delatoras manchas rojas de la garganta y las muñecas: uno de los primeros síntomas de la enfermedad que llamábamos «viruela marciana», aunque a aquellas alturas muchos dudábamos que Marte tuviera nada que ver.

—La fortaleza que han demostrado todos ustedes es verdaderamente extraordinaria —dijo la portavoz.

Un tanque pasó junto al edificio. Los avistadores que iban encima llevaban gafas de visión nocturna y máscaras de gas. Unos cuantos lugareños echaban la culpa de la enfermedad a los militares, probablemente con razón, y habían estado atacándonos con cócteles molotov y gas pimienta casero.

—Nuestro consejero delegado, Papá Martin —continuó la jovial portavoz— les asegura que la liberación está al caer. En San Petersburgo han detenido a un violento insurgente marciano. Pronto tendremos respuestas.

—Seguro que ese marciano se alegra de oírlo —dijo Omalas, hurgándose los dientes.

—¿Te gusta el repollo especiado? —Blandí una lata que había sacado del estante.

—Solo con vodka.

Asentí y me guardé la lata en la mochila. Cualquier cosa enlatada tenía que saber mejor que las raciones. Estaba hasta los mismísimos de raciones.

—¿Cuándo se torció esto? —preguntó Omalas, mirando la pantalla.

La portavoz dio el informe meteorológico, como si a alguien le importase.

—Y ahora —anunció en tono alegre—, tenemos un programa más relajante de nuestro comité de asuntos culturales.

Nuestro nuevo logo corporativo llenó la pantalla.

—Estaba torcido desde el principio —dije—. Es la impresión que tengo, ¿sabes? Parece que ha cambiado algo, pero es mentira. Siempre estuvo podrido. Pero tardé mucho en darme cuenta.

—¿Podría haber salido de otra forma? —Se rascaba algo del brazo.

—A saber. —Cogí otras dos latas de remolacha y un tarro de aceitunas rellenas. Levanté la mochila y me acerqué a ella—. ¿Hay alguien ahí fuera? —pregunté. Se oía el tanque a lo lejos.

—No.

Entonces le vi la mancha blanca en la piel oscura, la herida escamosa. Para entonces ya nos habían vacunado a todos, pero el virus seguía mutando rápidamente. Como la gripe, distintas cepas se extendían por los núcleos de población; a veces acababan con todo el mundo, a veces solo con la mitad, a veces solo con los mayores y los más pequeños. Después volvía a mutar y el ciclo continuaba.

Vio que la miraba. Se encogió de hombros.

—Sí, es irónico —dijo.

—Nada de esto fue culpa nuestra. ¿Por qué sufrimos las consecuencias?

—Pagamos por los pecados de los que vinieron antes.

—Gilipolleces.

Volvimos al camión. Había aparcado detrás. No había cadáveres en la cabina de carga, pero el olor seguía impregnándolo todo. Conduje hasta la sala de descanso que usábamos de base de operaciones. Necesitaba una ducha, aunque sabía que no podría despegarme el olor.

Tanaka fue a nuestro encuentro cuando atravesamos el portón improvisado.

—¿Qué pasa? —le pregunté al ver que llevaba el fusil.

—La capitán V necesita voluntarios para un salto —dijo.

—Nadie ha saltado desde...

—Tenemos permiso para saltar. —Me miró a los ojos. No habíamos hablado desde el golpe de Estado, en realidad. En aquel momento no confiaba en él más de lo que confiaba en mí.

—¿Adónde?

—La capitán Norberg necesita refuerzos para un proyecto —dijo Tanaka. Intenté mirarlo con expresión neutral—. Han captado unos mensajes. Cree que puede haber una escuadra de Masukisan intentando infiltrarse en uno de sus centros de interrogatorio. ¿Te apuntas?

—¿Quieres mandarme a mí?

—¿A quién iba a mandar si no, Dietz?

Entonces me fijé en que él también tenía las marcas en el cuello. Se limpió la nariz con la manga, que salió rojiza.

«El final de todo —pensé—. ¿Cuándo llegaría una mutación que me infectara a mí también?»

—Te envió con una escuadra que ha elegido Norberg. Casi todos estamos en cuarentena.

—El mundo entero está en cuarentena —dije.

—Sandoval no pasará de esta noche.

No tenía ni idea de qué decir, así que dije:

—¿Puedo comer antes?

—¿Crees que volverás?

—¿Aquí? Ni idea.

¿Qué me aconsejaría Andria? Que me hiciera con el control del constructo. Para el caso, como si me decía que me hiciera con el control del mundo. Las

cosas no funcionaban así.

—Entonces, come antes.

Me apeé del camión, me dirigí con las latas a la cocina improvisada y se las di al chaval que se encargaba de las raciones. Recompensó mis esfuerzos con una lata de remolachas; hasta me la dio abierta.

—Eres un encanto —le dije, y me senté junto a la ventana con barrotes, con un tenedor de plástico clavado en mi lata de botín. Cuando me disgregaba veía cosas. Oía cosas. Recordé haber pasado por el Cabo, la larga cordillera serpentina. Cerré los ojos. Bebí un trago de zumo de remolacha.

—¿Estás bien? —preguntó Tanaka.

No me volví. Miré su reflejo en la ventana.

—No. Ninguno de nosotros está bien. —Apuñalé una remolacha.

—Yo no soy el malo.

—No. Lo somos todos.

—No me parece que eso sea cierto.

—Cree lo que te ayude a dormir.

Llevábamos mucho tiempo fuera del barracón. Había perdido la cuenta de los días; ya no podía marcarlos en los listones. Podía haberme hecho cortes en el brazo o algo así, pero me preocupaban las infecciones. Ya era difícil conseguir atención médica, lo que incluía los antibióticos. Tenía visiones en las que sobrevivía a toda la guerra y al final me comían los estreptococos necrosantes.

—Hace mucho te dije una serie de cosas —dijo—. Todas eran ciertas.

—¿Tienes miedo de que Norberg esté escuchando? ¿Crees que ahora tiene tiempo para observar nuestras tediosas vidas?

—Si alguien se toma la molestia, será ella.

—Muy bien, Tanaka. ¿Qué más te da lo que piense?

—Sigues sin tener esa cicatriz, ¿verdad?

Me volví para mirarlo. Delante de él, me tiré del cuello de la camiseta y aparté la coraza acolchada para mostrar la piel lisa, encima del corazón.

—Puede que lo recuerdes mal —dije. Solté la ropa; la funda volvió a ajustarse como una segunda piel.

—Ven a la sala de despliegue a las nueve en punto —dijo, y se marchó.

Aquella noche no dormí bien. No dormía bien ninguna noche. Soñé con Norberg, con sus manos pálidas alrededor del cuello, sus pestañas cubiertas de

esquirlas de cristal que se me clavaban en los pliegues de la cara.

Me desperté a las cuatro, sudando en el camastro de la habitación que compartía con Omalas y un chavalín llamado Ross que se la cascaba dos veces por noche, sin falta. ¿Quién tenía tanto tiempo y energía? Quería gritar a Tanaka, decirle que ordenara al chaval correr durante una hora por las noches, antes de irse a dormir. ¿Por qué me sentía tan mayor?

Fui a la ducha. El agua tenía un ligero olor a azufre. La dejé correr, fría, durante diez minutos, antes de decidir meterme igual. Por el tiempo que hacía tenía la impresión de que estábamos en primavera. Había visto unos cuantos calendarios por las mesas, objetos deprimentes que me decían que llevaba más de cuatro años en la guerra. Había pasado un montón de tiempo después del golpe de Estado. ¿Tenemos la edad de nuestro cuerpo físico o la de nuestros recuerdos?

Tendría que preguntárselo a Ross.

Me vestí y bajé a la cantina, pero el cocinero no se había levantado aún. Quería un café. Habían dejado puesto el filtro en una de las cafeteras industriales. Eché más agua y me lo bebí frío. Sabía a calcetines viejos.

Subí por la escalera de detrás. La primera planta estaba rodeada por un pasillo lleno de ventanas. Me quedé allí a mirar el amanecer, bebiendo el horrible café.

Cuando salió el sol, rosa contra el lejano horizonte, me di cuenta de lo mucho que se parecía aquello a mi niñez. Café de segunda mano, incursiones en busca de comida, observar el amanecer desde algún edificio en el que nos refugiábamos. Era como cerrar el círculo.

¿Qué había dicho mi padre?... Algo sobre tragarme todas las paparruchas corporativas, que eso me mantendría a salvo, pero que no debía creérmelas cuando creciera.

Las corporaciones nos tenían jodidos. Mi padre estaba en lo cierto. Todas sus maquinaciones y manipulaciones, toda la propaganda y el miedo que sembraba gente como Norberg. Y como yo, sí. Yo también formaba parte de aquello. Era el puño del brazo de la corporación.

Cuando Tanaka nos enviara fuera, ¿adónde iríamos esta vez? O, mejor dicho, ¿adónde iría yo? Y ¿qué sería de mi escuadra?

Sentía que me había atascado, que repetía interminablemente los errores, un bucle en repetición.

Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué el reloj que me había lanzado Andria. No marcaba la hora. Hasta había probado a darle cuerda, pero la

corona del reloj era lo que activaba el inhibidor.

Volví a guardármelo en el bolsillo y me decidí. Bajé a la habitación de Tanaka y llamé a la puerta.

Ya estaba despierto y vestido. Con el pelo hacia atrás. Los ojos aún inyectados en sangre. Sin afeitarse.

Le enseñé el reloj.

—¿Sabes qué es esto?

—Sí.

Activé el inhibidor. Perdimos las comunicaciones.

—¿Te lo dio Andria? —preguntó—. Estuve buscándolo.

—Sí. Antes de que uno de vosotros le pegara un tiro.

—No fui yo.

Le indiqué que volviera a la habitación. Antes eran los despachos del personal del centro de descanso.

—Envíame solo a mí —dije—. No hagas saltar a nadie más.

—Norberg espera un equipo.

—Puede que lo consiga. Escucha, la gente que viaje conmigo... Si la cago, no quiero que los maten también.

—¿Como a Muñoz?

Me encogí. Seguía resistiéndome a creer que Muñoz o el resto de mi primera escuadra hubieran muerto.

—Sí.

—¿Crees que puedes controlarlo?

—¿Sí? No. —Suspiré—. Puede. Solo estoy yo, ¿verdad?

—Que sepamos.

—Y probablemente todos acabaremos por morir aquí.

Asentimiento casi imperceptible.

—Pues a la mierda —dije—. Yo también acabaré por cargarme a Norberg. Envíame.

—Tengo que enviarte con un equipo. Lo siento. Sigues sin saber qué pasa cuando saltas. ¿Y si llegas allí de verdad? No siempre saltas a donde no toca. Alguien tiene que cubrirte las espaldas. Podrías ir a... Mierda, a cualquier sitio. Al futuro, al pasado. Mierda, espero que haya un futuro.

—Entonces le diré que me he rebelado o algo así.

—¿Crees que puedes aguantar un interrogatorio de Norberg?

Pensé en mi padre.

—Seguro que se alegra de verme.

—Norberg ha seleccionado a los miembros del equipo. Les diré que has sido un añadido de última hora. Es lo único que puedo hacer. Si hago eso, estamos en paz.

—¿Antes no lo estábamos?

Negó con la cabeza, pero no se extendió. Al cabo de unas horas, poco antes de las nueve en punto, entró en nuestro barracón casi vacío y me indicó que me acercara. Me llevó a los casilleros de los fusiles. Sacó mi arma. Nos dirigimos a la zona de despliegue, detrás del centro de descanso, un enorme campo de fútbol con la hierba muy crecida y salpicado de envases de plástico, bolsas de patatas fritas, células solares y ropa destrozada.

Ya esperaba un equipo.

—No conoces a Akesson y los suyos —dijo Tanaka cuando nos acercamos—. Son de otra división.

Aquel apellido me golpeó como un martillo neumático. El traqueteado equipo de cuatro personas se volvió hacia mí, y de nuevo me asaltó el *déjà vu*.

—No —dije en voz baja—. Los conozco.

Akesson con su pelo rubio pajizo, pálida y de rasgos delicados. Chikere, alta y oscura, masticando chicle, mirándome de arriba abajo con unos ojos que me taladraban. Sharpe, a la pata coja mientras se sacaba algo de la suela de la bota desgastada. Y, por supuesto, Taranzos, engullendo lo que quedaba de un bocadillo grasiento que supe que iba a vomitar en una playa del sur de África dentro de unos minutos.

Me zumbaban los oídos. Aminoré el paso y me detuve a unos diez metros.

—No puedo —dije—. Tanaka, ya he pasado por esto.

—¿Qué quieres decir?

—Sé qué va a pasar.

—¿Cómo?

—Ya he dado este salto, con este equipo. Norberg. Mierda, a quien buscábamos era a Norberg. Salió mal, Tanaka.

—¿Cómo de mal? ¿Os mataron?

—No... No lo sé. Joder. —¿Y si era mi último salto? ¿Y si ya había llegado al final?—. ¿Y si no voy?

—Entonces no cambia nada.

—¿Y si no cambia nada de todas formas?

Me puso la mano en el hombro. Me miró a los ojos.

—Entonces te aseguras de que cambie.

—Tanaka, quiero saber...

—Ya sabes demasiado. Si me ves, dime que no sea gilipollas.

—¿Crees que eso funcionará?

—No.

—Si no recuerdas que te lo dijera, es que no funcionó.

—No tengo ni puta idea de cómo funciona nada de esto. Puede que saltes por ahí creando otros futuros. ¿Mejores? Puede que en ese yo no sea gilipollas.

Siguió caminando. Lo seguí, aunque me dolía el estómago y me temblaban las manos.

—Akesson —dijo Tanaka.

—A la orden.

—Cabo primero Dietz, se incorpora a esta escuadra. Una petición de última hora de Norberg. A veces tiene problemas con los saltos, así que tengan mucho cuidado.

Akesson levantó las cejas.

—¿Dietz? Tienes fama de gafe.

—Lo siento —dije, porque sabía qué iba a pasar.

—No pasa nada. Hazme caso y todo saldrá bien.

No tenía nada que responder a eso. Me situé justo detrás de ella.

—¿Logística? Aquí el cabo primero Tanaka. Tengo un equipo listo para el despliegue. Fijen sus coordenadas.

Empecé a temblar.

Tanaka se apartó de mí, como si yo fuera una bomba gigante a punto de estallar. Puede que lo fuera. Puede que lo fuéramos.

Se me nubló la vista. Me tensé como un cable.

Lo último que recuerdo es que Tanaka miraba a través de mí, más allá de mí, con una expresión de pánico y admiración. Pero detrás de mí no había nada más que el campo lleno de basura.

Nada en absoluto.

Se le abrió el pecho y saltaron las vísceras. Su cuerpo cayó hacia atrás. El mundo se estremeció. Una onda de choque.

Todo se deshizo.

¿Cómo se sigue viviendo en el presente cuando ya se conoce el futuro?

¿Es posible cambiar el futuro que ya se ha experimentado, o solo asegurarse de que se va a vivir el futuro prometido?

Es una puta comida de coco, eso es lo que es.

Se supone que cuando nos transformamos en luz no vemos nada. Lo sé. Lo digo cada vez, pero no sirve de nada, porque no paro de ver cosas.

Esta vez oí la voz de Andria: «Hazte con el control del constructo».

La realidad es una invención. La realidad es aquello en lo que nos ponemos de acuerdo que sea. ¿Yo estaba de acuerdo con eso?

Esta vez, oscuridad. Crujidos y un zumbido, un zumbido constante.

Os diría que cuando alguien empieza a disgregarse oye un zumbido, pero todos dicen que es imposible. La luz no oye cosas. Nos dicen que no podemos ver y que tampoco podemos sentir nada, pero es mentira. Empezaba a pensar que todos los que habían pasado por eso y decían que no veían ni oían nada mentían porque no querían que los dejaran en tierra. Todos vemos cosas durante el tránsito. Eso no significa que tengamos problemas o estemos locos. No significa que seamos malos soldados.

No quiero ser mal soldado.

Tampoco quiero formar parte de la Brigada de Luz.

Pero aquí estamos.

Conociendo el futuro, ¿saltaría hacia delante? ¿O hacia atrás?

Pronto lo sabría.

No, no. Tenía que hacer que ocurriera. Tenía que controlarlo. ¿Qué me había perdido? Marte. Quería ir a Marte.

Quería hacer putas cosas heroicas.

Salté, salté...

Frío. Un frío glacial, como respirar hielo seco.

Dificultades para respirar. Cogí la máscara de oxígeno que llevaba al hombro. Tenía arcadas. Vomité. No me quité la máscara a tiempo. Me hundí en la

polvorienta tierra roja mientras me sacudían los espasmos; olvidé la máscara manchada, pero no salió nada más. Mi cuerpo: ligero, saltarín, ¡vivo! Como si hubiera vuelto a la niñez. Me sentía infinitamente más joven. La gravedad. Algo relacionado con la gravedad.

—¿Dónde...?

En Marte.

En Marte pesaría la mitad... No, un momento, solo un treinta y ocho por ciento de lo que pesaba en la Tierra. En la Tierra pesaba unos setenta kilos, lo que significaba que allí pesaba veintinueve, más el equipo, si esa tierra roja... Me levanté el visor. Qué estupidez. Se me llenó la cara de tierra. A pesar de que llevaba las gafas, el polvo se me acumuló en las comisuras de los ojos y me hizo lagrimear. Me bajé el visor de inmediato.

No había pesado veintinueve kilos desde mucho antes de obtener la residencia. Mierda, había pasado hambre tanto tiempo que era un milagro que hubiera alcanzado el peso de una persona adulta.

—Cómo mola —dijo Omalas por el canal de la escuadra.

Antes del final. Seguro que sí. ¿Verdad?

¿O habíamos vuelto a Marte después del Sick?

Las detonaciones de la artillería rugían por delante de nosotros. Di una patada en la tierra roja, detrás de Omalas.

—Qué coño... —dije.

—A pasar revista —dijo Jones.

Jones. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Una reacción estúpida, pero sincera. Jones seguía allí, seguía al mando de la escuadra. Resulta que había retrocedido. No era el futuro.

—Aquí Dietz. —Se me quebraba la voz.

—Prakash.

Intenté localizarla en el mapa de la pantalla interna, pero aún no teníamos comunicaciones. Quería abrazarla. Apretarla con fuerza. La besaría si no apestará a vómito.

—Sí, aquí Omalas.

—Sigo vivo —rezongó Marino—. Tengo la polla y los huevos.

—Tu polla me la trae floja a no ser que te salga otra —dijo Prakash—. Entonces nos preocuparemos. Si no, guárdate tu puta polla para ti.

—¿Y si se me cae?

—No es una herida mortal —dijo Prakash—. Los hombres y sus pollas tan

delicaditas.

Me eché a reír. ¿Por qué me hacía gracia una broma tan tonta? Porque significaba que estábamos vivos.

La CO abrió el canal del pelotón. La capitán... No, ¿la teniente V? Mierda. Necesitaba el mapa de comunicaciones.

—¡Fuego intenso! —dijo—. ¡Cuerpo a tierra! ¡Esperen a las comunicaciones!

El polvo rojo de Marte revoloteaba a nuestro alrededor. Seguíamos sin tener comunicación con la base; las pantallas internas no servían de nada. Me sentía un ser desnudo, solo, como si me faltara medio mundo, y puede que fuera así.

Decían que Marte era habitable, gracias a las plantas atmosféricas y a los proyectos de terraformación financiados por las corporaciones en los primeros tiempos, antes de que los marcianos nos traicionaran y se hiciera el silencio. Pero no sirve de mucho consuelo haber oído que es habitable y aspirar oxígeno de una máscara con los codos clavados en un polvo que no se asienta. Marino había saltado a Marte anteriormente; si se le tiraba de la lengua solo hablaba del polvo. Nada de información útil.

Las detonaciones de la artillería. Se estremeció el suelo. Tenía el fusil dispuesto, pero había tanto polvo que no sabía adónde apuntar.

—¿Nos disparan a nosotros? —pregunté por el canal de la escuadra.

—No veo una mierda —respondió Prakash.

—Tranquilos —dijo Jones—. Evitemos el fuego amigo. No disparéis sin estar seguros.

—Somos blancos fáciles —murmuró Marino—. Siempre la misma mierda.

En la pantalla interna veía el rastro térmico de otro grupo, en una elevación que teníamos al norte, pero no sabía si eran amigos o no. Cada corporación utilizaba una tecnología ligeramente distinta; incluso cuando se aliaban para combatir a Marte tomaban la precaución de salvaguardar su propiedad intelectual. En el terreno nos habría venido bien ver las tropas etiquetadas como Evecom o ShinHana, pero también nos habría abierto sus sistemas seguros. De hecho, habría sido bastante fácil de hackear y hacerse pasar por un miembro de este o aquel ejército. Los marcianos podían hacerse pasar por soldados corporativos fácilmente si les bastaba con emitir una etiqueta digital determinada.

El suelo volvió a estremecerse bajo nosotros.

Algo me dio en la cabeza. Solté un chillido, creyendo que era metralla. El objeto cayó al polvo, a mi lado. Era un gran pájaro blanco de la longitud

aproximada de mi mano, inerte. Otro pájaro cayó al suelo delante de mí.

—Pobrecillos —dijo Omalas con su voz grave y agradable.

Miré hacia arriba; un viento frío estaba barriendo el polvo. Una bandada de pájaros blancos surcaba el cielo ambarino, justo hacia el fuego de artillería. Caían por parejas, en grupos; las plumas estallaban sobre nosotros y flotaban perezosas en el viento. La gravedad era tan baja que casi no parecían mover las alas, y cuando caían oscilaban como hojas.

Cesó el sonido de la artillería. Se abrió el canal del pelotón.

—El ataque contra su posición ha sido un éxito —dijo la CO—. Esperen a que se despeje el polvo e inspeccionen sus zonas.

Nos habíamos materializado detrás de una hilera de rocas. Jones condujo a nuestro equipo a la izquierda, mirando alrededor en busca de agentes hostiles. Nuestras botas crujían sobre la gravilla y los estratos de roca de debajo. En las piedras crecía un líquen amarillo verdoso. Aquí y allá divisé plantas crasas de aspecto correoso, como cactus, de las que brotaban unas flores blancas gigantescas.

—Yo creía que en Marte no había casi vida —dije.

—Qué va —dijo Prakash—. Por eso pudieron volver y hacer Canuck habitable. Aprendieron aquí.

—Es una lástima que estemos en guerra —dijo Omalas— contra gente capaz de crear esta belleza.

—La Tierra también es bonita —dije. Me salió solo. Como si quedara gran cosa en la Tierra desde la que acababa de saltar.

—Ahorra aliento —dijo Jones. Estaba jadeando a pesar de la máscara.

Después de inspeccionar nuestra posición, la CO reunió al pelotón y dijo:

—¡Para los que no estuvieran prestando atención! Hemos perdido el contacto con un puesto avanzado del frente en Tempe Terra. Su misión consistía en derribar las defensas para el bombardeo de la cuenca de Utopía. Tenemos órdenes de averiguar qué ha pasado con la formación y, en caso necesario, recuperar el puesto. Es necesario acabar con las defensas de la cuenca.

»Jones, Estes: necesito que sus escuadras nos cubran el culo. García, Khaw, Tanaka: sus escuadras, conmigo. Swihart, suban a esas rocas y proporciónennos apoyo táctico, con Leichtner de francotiradora. Está marcado en sus pantallas. ¿Entendido?

—¡Entendido, mi teniente!

Avancé a trompicones detrás de Jones, que indicaba a nuestra escuadra que

avanzara. Esperamos a que nos adelantara el grueso del pelotón y nos incorporamos en retaguardia. Eso me dio algo de tiempo para recomponerme.

—¿Cómo estás, Dietz? —preguntó Jones, poniéndome la mano en el hombro. Me aparté bruscamente.

—Bien.

Marte. Había decidido ir a Marte. ¿Era casualidad que hubiera saltado a Marte, o yo había controlado el salto por... fuerza de voluntad?

Me palmeé los pantalones. Noté la forma redondeada del reloj de bolsillo de Andria. Era real. Todo aquello había sido real. Sentí una oleada de vértigo.

—No me esperaba esto —murmuré.

—Estoy segura de que la gerente de guerra debería informarte personalmente.

—Es que... Lo siento —dije—. Un salto chungo. No sé contra quién luchamos.

—Contra los malos —dijo Prakash, y añadió un gruñido desdeñoso.

—Ya nos han dicho lo que tenemos que saber —dijo Jones—. Preguntas demasiado, Dietz. Cíñete al...

—Al informe preliminar. Lo siento. Será que pregunto por lo que tengo de despojo. A los ciudadanos se les da mejor seguir órdenes. —Hablaba con naturalidad. Como en los viejos tiempos.

—Y a los soldados —espetó—. ¿Qué te pasa? Tienes el casco abollado y el fusil hecho una pena. ¿Por qué llevas esa funda vieja y no una de las adecuadas para Marte? Mierda, esto no es... No has salido así del barracón.

—Es una larga historia, Jones. Vamos a... llevar a cabo la misión. —Seguía esperando las comunicaciones y el reconfortante parpadeo de la pantalla interna. No me diría mucho más de lo que había dicho la CO, pero tendría la oportunidad de comprobar quién estaba vivo y quién no. Estuve a punto de decirle «Te lo contaré todo en la base», pero no creía habérselo contado la última vez. No sabía muy bien si podía repetir un salto. Por ahora no había ocurrido, pero ¿y si conseguía controlarlo?

No lo sabía.

La noche anterior estaba comiéndome una lata de remolachas conseguida en un restaurante abandonado de Fortaleza, creía. Seguro que cagaría rojo con tantas remolachas. Pero allí estaba, de excursión en Marte. ¿Cuántas veces decían que había estado allí? Aquella horrible misión de reconocimiento de la que no tenía memoria y... solo estaba la otra, en la que la teniente V dijo que mi comportamiento había sido heroico. Tenía que ser esa, ¿verdad? Mi cerebro

necesitaba encontrar la lógica a todo aquello. Mi mente quería desentrañar la pauta y encontrarle sentido.

Hazte con el control del constructo.

Jones se dirigió a la parte trasera del pelotón.

—¡Al loro, Dietz! ¡Vigila mis seis!

—Te cubro. —Blandí el fusil. Jones tenía razón; estaba hecho una pena. Nos habíamos vuelto vagos durante aquellos últimos días de guerra. Tenía el pelo húmedo y me picaba dentro del casco. Llevaba semanas sin cortármelo.

Volví a sentir vértigo, más fuerte esta vez. Me detuve. Entrecerré los ojos. «Tranquilízate —me dije—. Ya has pasado por esto. Déjate llevar por el cuerpo; sabe qué hacer».

Nos abrimos paso por las arenas de Marte. La baja gravedad era una maravilla; caminar por las playas arenosas del Atlántico era un engorro. Allí podía ir más deprisa. El aire estaba frío y era poco denso, pero no resultaba mortal. Líquenes rojos, amarillos y grises alfombraban las piedras. Por el suelo crecían florecillas blancas y hongos minúsculos. Los pisaba descuidadamente, preguntándome cuánta gente se habría partido los cuernos y habría muerto para hacer crecer algo en lo que antes era un páramo hostil.

El suelo se agitó. Me puse a sudar dentro del uniforme; mi cuerpo recordaba de repente la artillería de Canuck, la pradera en llamas y el humo asfixiante. Sentí los cálidos y tentaculares dedos de la ansiedad desenrollarse en mi pecho. Respiraciones profundas. Tranquilidad.

Omalas me abrió un canal bidireccional.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó.

—No muy bien.

—Un pie delante del otro.

—Eso intento. Sí. —Se me llenó la boca de saliva. Tenía el estómago revuelto.

Me subí el visor y me arranqué la máscara. Solté la cena en el inmaculado suelo marciano. Caí de rodillas, tosiendo y atragantándome. Marte olía a sal, huevos podridos y mi propio vómito.

—Yo también me alegro de conocerte —le dije a la seca tierra roja.

Omalas se me acercó y me dio unas palmadas en la espalda.

—Estoy bien —dije entre toses—. Bien.

—Estás vomitando sangre —dijo preocupada.

—Solo son remolachas.

Jones se acercó. Se quedó mirando el vómito.

—¿De dónde has sacado remolachas?

Esas putas remolachas.

—No es nada. Solo tengo náuseas. Un salto chungo.

Jones se subió el visor y me miró con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido.

Se me ocurrió que probablemente tenía un aspecto lamentable.

—Dietz...

—Cíñete al informe preliminar —croé.

Vi subir y bajar su nuez cuando tragó saliva. Asintió. Volvió a colocarse la máscara y bajarse el visor.

—En marcha —dijo.

Escupí un par de veces más; después me puse la máscara y me encajé el visor.

Llegamos a una elevación arenosa. Lo primero que vimos fueron las ruinas de una instalación de artillería de asedio. Sus formas bulbosas estaban esparcidas y volteadas como gigantes tristes y amenazadores. La arena se acumulaba en las bases, transportada por el persistente viento.

—Buscad minas y trampas —dijo la CO por el canal del pelotón.

Nuestra escuadra esperó a que los que iban delante despejaran un camino. Prestábamos atención a la retaguardia, escudriñando las colinas bajas de detrás en busca de insurgentes. Cuando pasó la última escuadra, la seguimos, serpenteando entre las altas masas de artillería. Me pregunté si sería del mismo tipo que la que nos había disparado en Canuck... Que iba a dispararnos en Canuck. Atravesamos el laberinto hablando lo menos posible. Las escuadras de delante se llevarían lo peor. Sabía que Tanaka, Sandoval y Landon estaban ahí arriba. ¿Inmortal? No la había buscado. Tau no habría llegado aún. Por lo menos tenía cerca a mi escuadra. Si no ocurría algo incomprensible, quizá saliéramos con vida de aquello. A no ser que no funcionara así. Esta mierda de viajar en el tiempo era un coñazo.

Omalas y yo rodeamos el último cadáver de la artillería siguiendo a todos los demás. Por debajo, un asentamiento marciano se extendía a lo largo de una franja de dos kilómetros de anchura, en la cuenca. Los senderos circulares estaban flanqueados de árboles muy delgados. Salía humo de los restos de un sistema de tren o tranvía colgante que conectaba los asentamientos de la cuenca. Los paneles modulares de las cúpulas geodésicas residenciales estarían impresos en Marte. Lo que no me esperaba era que una vegetación amarillenta hubiera

arraigado en las grietas de las cúpulas. Parches azules y morados asomaban entre los restos de las cúpulas destrozadas y los edificios de pisos de cuatro y cinco alturas sobre el suelo de la cuenca.

Al otro lado del asentamiento, resguardada en un afloramiento rocoso, estaba la base con la que habíamos perdido el contacto. Desde allí ya se apreciaba que el equipo de comunicaciones estaba dañado. El hollín y las pieles orgánicas hechas jirones conferían al exterior una pátina que lo hacían parecer sacado de un sótano inundado. Más allá de la base, campos y campos de esos árboles estrechos, coníferas, que crecían hacia arriba como cipreses. El bosque llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Me pregunté si esos árboles servirían para comer o para construir. Debían de extenderse hasta muy lejos si en Logística habían decidido que correr el riesgo de dejarnos a un kilómetro de la colonia era mejor que hacernos atravesar los árboles. Supuse que la ciudad nos proporcionaría más cobertura si resultaba que, en efecto, los insurgentes se habían apoderado de la base.

Bajamos al asentamiento, por un camino que los drones locales nos decían que estaba libre de minas tradicionales evidentes y de rastros térmicos de origen humano. Que nadie hubiera disparado contra los drones era, suponía, buena señal. No quería otro Canuck.

Las calles estaban desiertas. Por las carreteras porosas revoloteaba la basura. Nunca había visto calzadas tan estrechas; poco más anchas que los carriles para peatones o bicicletas de la Tierra. Había unos cuantos vehículos abandonados, rickshaws alimentados por paneles solares compactos.

Un borrón de movimiento delante de nosotros. Alguien disparó desde una escuadra de vanguardia. El pulso desintegró todo un lateral de una cúpula agrietada; la estructura superior se balanceó peligrosamente con el viento marciano.

—¡Alto el fuego! —Tanaka, por el canal del pelotón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la CO.

—He sido yo —dijo Sandoval—. Lo siento, algún animal...

—Solo un... gato o algo así —dijo Tanaka—. ¿Un gato marciano?

—¿En Marte hay gatos? —preguntó Landon.

—O algo así —dijo Sandoval—. Lo siento.

—Voy a ver. —Prakash se adelantó unos pasos por una calle lateral.

—Quédate con la escuadra. —Jones apuntaba con el fusil.

—Tiene seis patas —dijo Prakash con un gritito—. Esta mierda es fantástica.

Eché un vistazo al frente, donde la CO y las escuadras delanteras habían reanudado la marcha. La mole de la base se cernía sobre el asentamiento; su presencia física se hacía más amenazadora a medida que nos acercábamos. Capté un brillo en lo alto del muro de la base. ¿Una mira telescópica? ¿Un reflejo en un casco?

Prakash trotó hacia nosotros.

Me sentía bien en aquel salto, puede que porque los demás me habían dicho lo bien que había ido.

Confiarse es un grave error.

Confiarse hace que muera gente.

Dado que custodiábamos la retaguardia del pelotón, teníamos buenos motivos para pensar que lo peor del territorio en que nos adentrábamos ya estaba bien inspeccionado y no iba a acercársenos siseando.

Sentía un terrible desfase horario... Desfase temporal, tal vez. No pintaba nada allí.

Oí el disparo.

Prakash cayó de culo. Su cabeza rebotó en el suelo.

Me tumbé boca abajo. Jones se resguardó detrás de la cúpula más cercana. Omalas se tiró al suelo junto a mí. Marino gritó y disparó al aire. Un segundo disparo impactó en la cúpula que tenía al lado. Marino cayó hacia delante. La cúpula tenía un orificio limpio. Sin duda, lo que usaba el francotirador no era un fusil de asalto, o Prakash y la cúpula estarían hechas pedazos.

—¿Prakash? —dije. Me mataba estar deseando tenerla entre los brazos, pese a saber cómo iba a acabar. «Contrólate, Dietz».

—Duele de cojones —dijo.

—¿Tiene agujereado el uniforme? —preguntó la CO.

—No. No ha atravesado el blindaje.

—Quieta —dijo la CO—. Si se mueve, si hace ruido, volverán a disparar.

Prakash se quedó inmóvil.

Inspeccioné los edificios circundantes. No había una línea de visión clara entre la base y ella. El disparo debía de haber salido de algún lugar del asentamiento. Los ojos facetados de las cúpulas geodésicas me devolvieron la mirada. Pillaría a esos cabrones.

—¿Podemos hacer un barrido en busca de rastros térmicos? —pregunté—. ¿Tenemos un dron?

—Ya está en camino —dijo la CO—. Jones, elimine al francotirador. Tanaka,

dirija a su escuadra a retaguardia. Vamos a continuar avanzando.

Mierda, pensé. ¿Iba a dejarnos solos en el poblado? Sabía que un solo francotirador podía hacer muchos destrozos, pero el objetivo de la misión era lo primero. Podíamos creer que nuestra CO nos quería, y en algunos casos sería verdad, pero fueran cuales fueran sus órdenes, separarnos del pelotón se consideraba un riesgo asumible.

—Buscad más por delante —dijo Jones.

—Estamos inspeccionándolo todo —dijo Khaw.

«Vete a la mierda, Khaw —pensé—. A este ni lo habíais oído». Cualquiera que intentase ir a buscar a Prakash se exponía a que le pegasen un tiro.

Pero qué coño, decidí. Ya había vivido bastante de aquella guerra.

Eché a correr.

—¡Dietz! —gritó Jones cuando el disparo pasó a mi lado.

Vi el destello. El fuego delator de un fusil de francotirador de gama media. Era un cacharro preciso y antiguo. Una calle más allá. Había salido de la cúpula rota superior del tercer nivel.

Me lancé al suelo y rodé.

Dos disparos alcanzaron el suelo a mi lado, levantando nubecillas de polvo marciano.

Me resguardé a la sombra de un rickshaw abandonado.

El francotirador me había dado en el casco. No me atrevía a quitármelo para examinarlo, pero me llegaba el olor a azufre del aire.

Vacilé. Si disparaba y no acertaba, demostraría que sabía dónde estaba el francotirador y le daría la oportunidad de huir.

Jones debió de notar que dudaba.

—Espera al dron —me dijo.

En mi pantalla interna salía el dron, a unos treinta metros de altura, a nuestra izquierda. Diez segundos. El dron descendió. Vi su brillo.

El operador debía de pensar que no estaba a tiro.

Tres disparos rápidos demostraron su error. El dron cayó como una piedra, un pájaro mecánico herido del tamaño de una pelota de baloncesto.

—A la mierda —dijo Marino—. Lo tengo a tiro. —Descargó seis disparos del fusil de impacto contra la pared derruida de la cúpula.

—Omalas —dije—. ¿Vienes conmigo?

—Esperad —dijo Jones.

—Prakash y tú, id por detrás —dije—. Marino y yo entraremos por la puerta

lateral. ¿Marino? ¿Me oyes?

—Cualquier cosa que tenga que ver con matar mierdas —murmuró Marino—. Estoy hasta los huevos de ser el objetivo.

—¿Y si...? —dijo Prakash.

—¡Marino! —interrumpí!—. Cubre a Prakash mientras se mueve de ahí.

—Eso está hecho.

Los dos disparamos contra la cúpula. Apunté demasiado alto; me había olvidado de la gravedad. Cayeron trozos de sellador orgánico; llovieron sobre la calle a tres cuartos de la velocidad normal, como las plumas en la Tierra.

Jones se situó cerca de Prakash y realizó más disparos de cobertura mientras ella corría a la seguridad relativa del edificio contiguo.

Me esforcé por seguir el paso de Marino, que corría hacia la puerta trasera. Al menos, esperaba que hubiera una puerta trasera.

Lo que encontramos fue otra puerta lateral. Marino la tiró de una patada, con algo de ayuda del fusil de pulsos. Fui a tocarle el hombro para indicarle que podíamos entrar, pero no se molestó en esperarme.

Era un milagro que no lo hubieran matado aún. ¿Por qué duraban tanto los idiotas como él?

Subimos por una rampa circular, supongo que la versión marciana de una escalera. Desde luego, era más fácil de subir que los escalones. Todas las estancias estaban abiertas. Puede que aquello hubiera sido un colegio; todos los muebles eran minúsculos. Se suponía que los marcianos eran más altos y bastante delgados, por la gravedad. Inspeccionamos la planta y seguimos subiendo, hasta una especie de sala de juegos. Pelotas y piezas de construcción enormes. Bancos de manualidades. Es curioso lo mucho que se parecían gran parte de las cosas. Todo estaba cubierto del polvillo rojo que había entrado por las grietas de las cúpulas.

Sin embargo, no se veía ni un alma. Fueran quienes fueran los que estaban allí, habían tenido tiempo de sobra de salir, y ¿qué idiota iba a quedarse atrás? Probablemente alguien peligroso. Tan irreflexivo como Marino.

Cuando subíamos por la tercera rampa, Marino resbaló y me dio en el casco con la culata. Se me echó la cabeza hacia atrás y el visor se me rompió del todo. Me di con la pared. Solté una maldición, me subí lo que quedaba del visor y me arranqué la máscara.

—¡Ten cuidado, Marino!

Él ya se había subido el visor. Volvió la cabeza para mirarme, con la máscara

al cuello.

—Aspira este agradable aroma marciano, Dietz.

—No te distraigas. —Le di un empujón en el hombro—. No quiero morir hoy.

—La muerte es la única salida, Dietz. —Sonrió, mostrando un incisivo mellado. Tenía un anillo dorado alrededor de los iris marrones, y la mandíbula firme que tanto gustaba en las grabaciones. Quería arrancársela de la cara. Menudo gilipollas.

Marino se acercó a la puerta entornada que teníamos delante. El aspecto positivo era que se trataba de uno de esos tipos dispuestos a encabezar un equipo de inspección, llevarse el primer disparo y decir que había sido divertido. Eso me gustaba.

Abrió la puerta de una patada y apuntó con el fusil hacia la derecha.

Entramos en un espacio diáfano, bajo la cúpula superior. El suelo estaba lleno de desperdicios. ¿Era de plástico o de hormigón? Con las botas no lo notaba bien. En el extremo más alejado había un montón de basura, que bloqueaba parcialmente la otra entrada. Si quien fuera había intentado parapetarse, no se le había dado muy bien. Inspeccioné el lado izquierdo mientras Marino hacía lo propio en el derecho, de modo que él vio antes que yo el enorme objeto situado a lo largo de la pared destrozada que daba a la calle. El fusil estaba montado en un trípode, por lo menos tan alto como yo.

Marino se acercó blandiendo el fusil.

En el lado metálico del arma de francotirador reconocí el logotipo de NorRus. Eché un último vistazo a mi alrededor y dejé de apuntar.

—¿Es automático? —pregunté, pero luego cerré el pico. Como si Marino fuera a saberlo.

Marino intentó destrozar el fusil a culatazos, aunque solo consiguió tirar al suelo todo el montaje. El ruido me sobresaltó.

—Mierda —dije—. No toques nada, no vaya a ser que se dispare.

—Yo sí que voy a disparar.

Oí algo: un suspiro, puede que un sonido exasperado. Parecía proceder de la pila de basura de la otra puerta. Apunté de nuevo y busqué rastros térmicos.

Un ligero resplandor naranja salía de debajo del rincón más cercano a la puerta. No tenía sentido; era demasiado pequeño. ¿Otro gato? ¿Una ración autocalentable tirada entre el resto de las cosas?

—Sal de ahí —dije.

—¿Qué ves? —preguntó Marino, volviéndose hacia mí.

—Un rastro térmico.

—Ahí no hay nadie.

Sonó un golpe en la puerta opuesta.

—¿Dietz? —Jones, por el canal de la escuadra.

—Sí —respondí—. Bastante despejado. Tengo un rastro térmico raro. Vas a tener que empujar más la puerta; tiene un montón de trastos delante.

Las tres personas que había al otro lado tardaron poco en abrirse paso. Entraron Jones, Omalas y Prakash, fusiles en ristre.

—Un arma automática —dije—. Creemos. No sé. —Señalé el aura calorífica—. ¿Alguien habla marciano? —Yo hablaba portugués, pero solo porque me había criado hablándolo en São Paulo: no era un idioma oficial de Tene-Silvia. No creía que en Marte hablaran portugués, pero yo qué sé, cosas más raras se han visto.

—*Publichno zayavit* —dijo Omalas—. *Uill ne prichinit vam vreda.*

Sonaba a ruso. El rastro térmico se agitó. La basura tembló.

Marino apuntó con el fusil.

Le puse la mano en la parte superior del cañón para bajarlo.

—Espera un momento. —Probé con unas frases en inglés macarrónico, que me valieron una mirada fulminante de Omalas.

—¿Tenéis alguna otra idea? —dijo Prakash—. La pantalla interna puede traducir algunas cosas, pero no muy bien.

—No sé si mi mandarín será mejor que el de la pantalla —dijo Omalas mientras se acercaba—. *Bù huì sha-nghài nǐ...*

Sentí no haber dedicado más tiempo a los idiomas. ¿Qué quedaba?

—¿Alguien habla francés? —pregunté.

—Lo chapurreo —dijo Jones.

—¿Creéis que yo domino los otros idiomas? —dijo Omalas con un gruñido despectivo.

—Uh... —dijo Jones—. *Je... ne te ferai pas de mal? Uh... s'il vous plaît sortir?*

—Mierda —dijo Prakash—. ¿Bebías en clase, Jones?

—Vamos a disparar y ya está —dijo Marino, y volvió a apuntar. Volví a bajarle el arma.

—¿Por qué tienes que joderlo todo, Marino? —pregunté.

—¿Qué coño crees que hacemos aquí, Dietz?

Le sujeté la culata del fusil. Sacó pecho y me miró. Me enderecé. Era mucho más alto que yo. Lo miré a los fríos ojos y me dispuse a darle la hostia más fuerte que pudiera, como con Frankie. Estaba hasta los huevos de chulitos.

Un sonido rasposo en la pila de basura.

Los dos giramos.

Salió una cabecita de entre los desperdicios. Enjuta, de ojos grandes, con profundas ojeras en la piel aceitunada de debajo de los ojos negros. ¿Cuántos años tendría? ¿Siete? ¿Ocho?

El niño salió a rastras de su escondite, clavándonos una mirada luminosa.

Jones intentó hablar con él, pero el niño dijo algo en otro idioma. ¿Mandarín? Levantaba las manitas. Llevaba un blusón gris demasiado grande y unos pantalones desgastados sujetos con una cuerda. Tenía el abdomen hinchado, como si estuviera desnutrido o lleno de parásitos.

Omalas se hizo cargo y volvió a intentar hablar en mandarín penoso.

—¿Era él quien disparaba? —dijo Jones—. Pregúntale.

Omalas se subió el visor y lo miró.

—Y si era él, ¿qué?

—Pues misión cumplida —dijo Marino.

—Tenemos órdenes de eliminar al francotirador —dijo Jones—. Si era él quien disparaba el arma...

—No me alisté para matar niños —dijo Omalas.

—Masukisan —dijo el niño.

Lo rodeamos de inmediato.

—*Tu est avec Masukisan?* —preguntó Jones.

—*Tout à fait* —dijo el niño, y nos señaló—. ¿Evecom?

—No —respondí—. Tene-Silvia.

—¿Intenta decirnos que está en una corporación? —dijo Marino—. ¿Qué cojones? Si es de Masukisan, ¿dónde están todos esos putos marcianos? Hemos venido por los marcianos.

—Es de Masukisan, sin duda —dijo Omalas—. Esta no es una de esas ciudades libres marcianas; es un viejo asentamiento corporativo. Seguramente habla un dialecto. El resto son cosas que ha pillado.

Recordé la conversación que había mantenido en Canuck con Tanaka. La idea de que no solo combatíamos a los marcianos, sino que los usábamos de tapadera para combatir a las otras corporaciones. Examiné al niño más de cerca. El blusón raído llevaba el logotipo de Masukisan en el cuello, lleno de mugre, como todo

lo demás. Equipo de NorRus, un niño con ropa de Masukisan... ¿Era un montaje? ¿Una trampa? ¿Solo combatíamos entre nosotros sobre los huesos de esos pobres colonos idiotas?

—Deberíamos dejar de hacer preguntas —dije, muy consciente de que nuestras lentillas estaban grabando.

—Nuestra misión era eliminar al francotirador —dijo Jones.

Todos volvimos a mirar al niño.

—Yo me encargo —se ofreció Marino.

—Es un prisionero —dije—. Podemos llevárnoslo.

—No podemos —dijo Jones.

—Entonces lo dejamos aquí atado —dije— y luego volvemos.

—Voy a cargármelo. —Marino, en voz más alta.

—Te hemos oído las cien primeras veces —dijo Omalas.

—No —dijo Jones—. Ata al niño, Jones. De momento nos lo llevamos, está bien. Igual podemos sacarle algo de información.

No sabía muy bien cuánto podría decirnos un niño de ocho años, pero si así evitábamos cometer otro acto horrendo, estaba conforme. Aunque no tenía nada con que atarlo. Las normas bélicas corporativas establecían que lleváramos esposas de plástico, pero no había tenido necesidad de usarlas hasta entonces. Me gustaba hacer algo distinto, aunque no le importase a nadie más que a aquel niño.

Cuando Omalas se agachó para atarlo, un impacto sacudió la habitación. Se oyó un estruendo. El niño gritó. Un trozo de metal me golpeó el casco. Omalas cubrió al niño.

Examiné la chatarra en que Marino había convertido el fusil del trípode.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté.

—Sí. —La mitad del fusil había ido a encajarse en una grieta de la cúpula, como un diente aún unido a la encía por una débil raíz.

—Eliminado. —Marino bajó la rampa resoplando.

—Vamos —dijo Jones, como si se le hubiera ocurrido a él.

Quería gritar a Jones por no haber dicho nada a Marino. Jones era el jefe de la escuadra, pero, mierda, no lo culpaba. Cuando por fin rebosara el cubo de rabia acumulada de Marino, haría arder todo lo que tuviera alrededor.

Seguimos. Yo iba detrás con Omalas; el niño caminaba delante de ella, detrás de Prakash y Marino, y Jones trotaba para ponerse al frente. El niño hacía que fuéramos más despacio, por supuesto. Todos íbamos más callados que de

costumbre. Nadie quería decirlo en voz alta. Con excepción de Marino, probablemente, pero mientras lo miraba andar pavoneándose por delante, supuse que ya estaría buscando otra cosa que le resultara indignante.

—¡Jones! ¿Están ahí? Cambio. —La CO, por el canal del pelotón.

—Sí, mi teniente. Tenemos..., uh..., un prisionero.

—¿Que tienen un qué?

—Un prisionero, mi teniente. Uh, cambio.

—De eso nada, Jones. Tenían que eliminar cualquier amenaza.

—La amenaza está eliminada, mi teniente.

Un largo silencio. Tenía el corazón en un puño.

—Vengan para acá ahora mismo, Jones. Deprisa.

Omalas se echó al niño al hombro, pese a sus chillidos. Le dijo algo en mandarín y se quedó callado. Puede que le hubiera mencionado a Marino y su fusil.

Corrimos por las calles destrozadas. Yo iba en retaguardia, mirando atrás, siempre atrás, a lo que acababa de ocurrir.

Las posiciones de mi pelotón estaban superpuestas al plano en mi pantalla interna, pero los oí antes de verlos. Estaban aullando.

Tanaka estaba tirado en el suelo; me costó reconocerlo. Tenía el casco hecho pedazos, y su pie izquierdo era una masa de carne. Sandoval estaba de rodillas a su lado, sujetando el torniquete que le impedía desangrarse. Khaw estaba un poco más allá; le faltaban las piernas. Dos miembros de su escuadra seguían intentando ayudarlo. Hablaban con voz muy aguda, aterrorizados. Mierda.

La CO caminó hacia nosotros. Visor subido, máscara de oxígeno colgando. Nunca la había visto tan furiosa.

—¿Es una puta broma, Jones? No tenemos tiempo para esto.

Omalas dejó en el suelo al niño, que intentó escudarse tras ella, pero lo sujetó al frente.

—Ha sido idea mía —dije—. Solo es un niño. Ni siquiera sabemos si era él quien disparaba. Puede que ni siquiera esté combatiendo. He pensado...

La CO sacó la pistola y disparó al niño en la cabeza.

Ocurrió tan deprisa que mi mente se esforzaba por asimilarlo.

La sangre del niño estaba esparcida por la carretera polvorienta, mezclada con la de nuestros soldados. El niño ni siquiera tenía convulsiones. Solo un ligero temblor. Los ojos vidriosos.

En aquel momento pensé en mi hermano. ¿Cuándo lo había visto por última

vez? Seis semanas después de que muriera nuestra madre, meses después de que la corporación hiciera desaparecer a mi padre, Tomás anunció que volvía a São Paulo.

—¿Por qué? —le pregunté—. Tenemos la residencia. Ahora nos van mejor las cosas.

—¿Tú crees? —dijo. Estábamos empaquetando lo que teníamos en casa. Al ser dos menores no acompañados, teníamos que trasladarnos al barracón correspondiente. Por aquel entonces, Vi y yo ya íbamos tan en serio que pensábamos solicitar un piso. Pero no quería dejar solo a Tomás.

—Tenemos acceso a buenos trabajos —le dije.

—Tú sí. ¿Qué va a pasar conmigo?

—Yo te cuidaré.

—¿Y si te mueres?

—No pienso morirme. —Le cogí las manos—. Nos tenemos el uno al otro. Eso no pueden quitárnoslo.

—¿Por qué no? Nos han quitado todo lo demás. —Miró por la ventana, hacia el cerezo en flor.

—Papá dijo que aquí nos darían una vida nueva. Pero no tenemos nada nuevo. Todo venía con reglas. Reglas nuevas. Y no necesitábamos aprendérnoslas, porque solo se aplican a algunas personas. Seguimos sin ser nadie. Somos nadie con un nombre más bonito.

—No digas eso. Somos alguien...

Tomás guardaba silencio. Debí saber qué ocurriría, pero estaba pensando en Vi, en nuestra vida, en lo que haría al terminar los estudios. Solo pensaba en mí. Siempre en mí.

—Todo lo que somos de verdad está en São Paulo —dijo.

—Es una vida de mierda.

—Por lo menos éramos libres.

Al día siguiente, cuando volví de clase, Tomás se había marchado. Había dejado una nota en la que decía que volvía a São Paulo. Con los amigos que habíamos hecho en el campamento de chabolas. A comer pájaros heridos, irse a la cama con hambre y preocuparse por la gangrena, los huesos rotos y las heridas que no curaban.

«Por lo menos seré libre», había escrito, y fue como si me hubiera cogido el corazón en el puño y hubiera apretado. Libre para tener una muerte terrible, pensé. Pero ser residente no había salvado a mi madre. No había salvado a mi

padre. ¿Por qué creía que nos salvaría a nosotros?

Cuando se fue me dije que estaba loco. ¿Cómo podía nadie cambiar la seguridad que teníamos por las mierdas imprevistas que nos veíamos obligados a aguantar en los campos de trabajo? ¿Sería culpa mía? ¿Debería haberle dejado claro que Vi y yo siempre nos ocuparíamos de él, que podría vivir en nuestro piso? ¿O era que él veía por aquel entonces con más claridad lo que yo no entendía antes de pasar por toda una guerra?

Mirando al niño moribundo lo entendí. Las corporaciones son las propietarias de quienes viven bajo su ala. Nos dicen que somos libres, que podemos elegir. Cuando la elección es trabajar o morir, no hay elección. Pero São Paulo tampoco era una elección. Era una muerte terrible, cuando este mundo era suficientemente rico para que todos pudiéramos comer, para que nadie tuviera que morir de gripe, gangrena o cáncer. Las corporaciones eran suficientemente ricas para cubrir las necesidades de todo el mundo. Preferían no hacerlo porque la existencia de sitios como los campos de trabajo de las afueras demostraba que había una vida peor que la que ofrecían. Si dais a alguien una barrita de proteínas y le decís que la otra opción es comer mierda de caballo, os considerará sus salvadores. Dará su vida por vosotros. Renunciará a su alma.

Como hacíamos nosotros en el Ejército Corporativo.

Se aseguraban de que no tuviéramos buenas opciones.

—Que te den —dije a la CO, en voz baja y fría—. Que le den a esta guerra. Era de Masukisan, no de Marte. ¿Qué coño está pasando?

—Todos son marcianos, Dietz —dijo la CO.

—¡Que te den! —En voz más alta. Noté la vibración en las tripas.

Me golpeó. No una bofetada, sino un puñetazo en plena cara descubierta. Caí hacia atrás y aterricé de culo.

—Lo que tiene que hacer es acatar las órdenes, Dietz —dijo la CO—. Cíñase al puto informe preliminar. Como vuelva a desobedecer una orden directa, la próxima bala que salga de esta pistola será para usted.

Hacía mucho tiempo que no sentía ganas de llorar. La punzada de dolor en los senos nasales, la acumulación de lágrimas; era como una sensación desconocida y espantosa. Algo que les pasaba a los demás.

Omalas tendió la mano. Me quedé mirándola. Ella también tenía el visor subido. Eso me gustó, porque podía verle los ojos. Negros y refrescantes; como mirar un estanque cristalino. Me reconfortaba. Sabía que a ella le había hecho tan poca gracia como a mí. El niño confiaba en nosotros, ¿no? Puede que

fuéramos los únicos humanos vivos que había visto en todo el día. Pero ahí estábamos.

Cogí la mano de Omalas. Tiró para ayudarme a levantar.

Prakash se me acercó, me puso la mano en el brazo y abrió un canal bidireccional.

—¿Estás bien?

—Nada de esto está bien. —Cerré el canal.

Teníamos delante el cadáver del niño. La CO ya se había apartado y estaba mirando los drones de evacuación médica que habían enviado a recoger a Khaw y Tanaka.

Sentía una extraña indiferencia hacia Tanaka. Sabía que iba a sobrevivir, ¿verdad? Durante un tiempo. A diferencia de Prakash. A ella le quedaba menos. Pero ¿y Khaw? ¿Cuánto le quedaba a él? ¿Cuándo lo había visto por última vez en las filas del pelotón? ¿Lo retirarían del servicio? ¿Debería lamentarlo o alegrarme de que pudiera escapar de aquel puto circo?

—Jones —dijo la CO—. Necesito que su escuadra entre por la puerta delantera. La de Sandoval entrará por la trasera.

—A la orden, mi teniente.

Llegaron los drones. Dos unidades de evacuación con la media luna y la cruz de los servicios sanitarios. Miré a Sandoval y Leichtner cargar a Tanaka y Khaw, y después seguí adelante, detrás de Jones, en dirección a la puta base de la colina.

Joder.

Nuestra escuadra, una de las dos que quedaban intactas, se acercó directamente a la base. Llegamos y, no mentiré, estaba temblando. Estábamos al descubierto. Yo iba delante, con Jones; Prakash y Omalas iban detrás, y Marino iba en medio tocándose la polla y buscando alguna forma de cagarla.

Jones y yo nos dirigimos a la puerta principal. Me indicó que me acercara. Ya, claro, me tocaba abrir a mí. No me gustaba la idea de disparar contra la puerta. Podía haber gente al otro lado.

—Tengo la clave —dijo Jones cuando me disponía a intentarlo.

La puerta giró hacia dentro como una flor marchita. Crucé una mirada con Jones.

Me indicó por señas que siguiera adelante.

Empujé la enorme puerta para abrirla un poco más. Era metálica. Pesada, incluso con la gravedad marciana. La oscuridad de dentro se tragó el débil haz

de luz solar que nos precedía. Aquello estaba alimentado por energía solar; había visto los paneles compactos desde lejos. Aunque estuvieran dañados, debía quedar algo de carga en las baterías. Si las luces estaban apagadas, era por un fallo catastrófico de los sistemas o porque alguien las había apagado a propósito.

Crucé el umbral apuntando con el fusil, que tenía encendida la linterna e iluminaba el estrecho pasillo. Veía claramente la puerta trasera, situada enfrente de la entrada. Me acerqué a la puerta interior. Estaba cerrada.

Jones pulsó varias claves; el sistema no paraba de expulsarlo. Lo oí hablar con la CO por un canal bidireccional; sin duda estaba recibiendo más instrucciones, de tercera o cuarta mano, de algún chupatintas de la Tierra, en un despacho de Inteligencia.

Marino mascullaba entre dientes. Sin duda le picaba el dedo del gatillo.

La sexta clave funcionó. Jones empujó la puerta.

Entramos en el pasillo. Ahí estaban encendidas las luces. Quería decir por el canal de la escuadra que... Bueno, que era evidente que no había indicios de que nadie hubiera entrado anteriormente por la fuerza, pero me callé. El motivo de que se hubiera cortado la comunicación no estaba fuera de la base.

Avanzamos por el pasillo hacia el centro neurálgico de la estación.

Allí, los muertos. En el centro había un montón de cadáveres apilados. Cadáveres de civiles. Todos vestidos con vivos colores marcianos y la cara untada de polvo rojo. ¿Qué había ocurrido? Era difícil decirlo. Iluminé con el fusil los cadáveres de una docena de personas, todos tirados en la sala de mando de la base. Sangre burbujeante. Polvo rojo. Manchas renegridas en las paredes. Olía a vodka, azufre y muerte.

—¿Cuál es el estado de la base? —La CO, por el canal del pelotón—. ¿Bajo nuestro control o el de los marcianos?

—Por determinar —dijo Jones—. Hay restos humanos. Manténgase a la escucha.

Por eso no me gustaba ser jefe de escuadra. No podía actuar con tanto comedimiento. Le habría dicho a la teniente V que estábamos jodidos, que nada era lo que parecía. No me atendería al informe preliminar. Me estaba convirtiendo en Marino.

Un traqueteo hizo vibrar el suelo debajo de nosotros. Alumbré con el fusil la zona de procedencia.

—¡Vaya! —dijo Prakash.

—¿Oiga? —dijo Jones—. Somos...

En el otro extremo de la sala se movía algo. Un armario caído surcó el suelo, impulsado desde debajo por dos manos sucias. Reconocí el trabajo de un fusil de pulsos; alguien lo había usado para hacer un agujero en el suelo y esconderse en él. Un hombre de pelo enredado, vestido de militar de Teni, salió a rastras.

Lo apunté con el fusil.

—Identifíquese.

El hombre volvió la vista hacia mí. Me miraba como un perro que tuviera que salir a mear.

—¿Qué coño es esto? —dijo Prakash.

—¡Mi cabo primero! —dijo Jones, saludando.

Vi los galones de la manga del hombre justo después que Jones. Levanté la mano... y me paré en seco. En la camisa llevaba escrito el nombre. Kowalski. Miré fijamente la barba que cubría la mandíbula cuadrada. Los ojos marrones desorbitados, los surcos que había trazado el sudor por el rostro mugriento y conocido.

Ni de coña.

—¿Frankie? —dije—. Uh... ¿mi cabo primero?

Franklin Kowalski clavó la vista en mí. Dios mío, ¿cómo había llegado hasta allí?

Aparté el fusil.

—Dietz —dijo Frankie—. ¿Lo has visto, Dietz?

—Que si he visto, ¿qué?

—El final de la guerra. No lo has visto, ¿verdad? No, claro que no. Porque no tiene final, Dietz. Continúa eternamente, en un gran círculo. Estamos atrapados. Todos. No hay salida.

—Frankie, eh, mi cabo primero, ¿qué ha pasado aquí?

—Intenté salvarlos. —Se pasó los dedos por el pelo grasiento. Se acercó. Apunté instintivamente con el fusil.

Jones se interpuso entre nosotros.

—¿Mi cabo primero? —dijo—. ¿Queda alguien más con vida? ¿Alguien que necesite evacuación médica?

Frankie pareció reparar en aquel momento en los cadáveres que nos rodeaban. Le temblaban los labios.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío. Intenté salvarlos.

—¿De quién? —pregunté—. Son civiles. ¿Por qué entraron civiles aquí? ¿Y tus soldados?

—Estábamos bombardeando la ciudad.

—Es la guerra, Frankie.

—No me llames así.

—De acuerdo..., mi cabo primero.

—Sé que lo ves —dijo—. Hay gente que no debería saltar, gente que hace esto inestable. Tú estás entre ellos. Entonces... No tiene importancia. Pero no has estado allí, ¿no?, en el final de la guerra. No lo has visto aún.

—No.

—Lo sabía.

—No significa que no exista —dijo con precaución. Frankie tenía la cara tan roja que temí que se le fuera a reventar algo.

—No existe. Cuando se rompe no se puede arreglar. Han roto algo, Dietz. Nos han roto la mente, quizá. El cuerpo. Han roto el mundo. No podemos salir de esto luchando. Sabía que no lo habías visto.

—¿Mataste a todas estas personas, Frankie?

—¿Yo? No, no. Fuiste tú. Tú, Dietz. Tú hiciste todo esto.

—Puto loco —dijo Marino.

—No he estado aquí nunca, Frankie.

—No, no —dijo, y se abalanzó hacia mí. Jones lo paró. Me eché hacia atrás por el susto—. Tú hiciste esto, Dietz. ¡Tú empezaste todo esto!

—Vete a la mierda, Frankie —dije.

—No. Yo no, yo no.

—¡Basta! —intervino Jones—. ¿Cabo primero Kowalski? ¿Qué ha pasado aquí? No...

—¡Los asesinamos! —rugió Frankie mientras se liberaba del agarre de Jones—. ¡Esto es un asentamiento de Masukisan! No son marcianos. La artillería de ahí fuera es de Masukisan. Nuestros bombarderos vinieron a apoyarnos. Les dije que había un error, que tenían que volver. Pero seguían llegando. Una oleada tras otra... Hice lo que debía. Llevé a cabo la misión. Aseguré esta base. Mi gente y yo... Ya no queda nadie.

Pareció perder algo, una energía vital que lo mantenía erguido. Se desplomó.

—A veces se cometen errores —dijo Jones—. No es culpa suya.

Frankie hizo girar el brazo, señalando a los muertos con la mano abierta.

—¿Esto le parece un error?

—Aún no has contestado —dije.

—Los traje para salvarlos del bombardeo —dijo Frankie—. Aquí no había

más soldados que los de mi compañía. Ni un marciano libre. Era un asentamiento civil de Masukisan. Pero los gerifaltes de Teni debieron de darse cuenta de lo que estaba haciendo y lanzaron algo... Alguna enfermedad que nos volvió locos a todos. ¿Qué somos, sino conejillos de indias? Perros corporativos. Empezaron... Empezamos a matarnos entre nosotros.

—Mi teniente —dijo Jones, y supuse que había abierto un canal bidireccional con la CO. No lo oía por el canal del pelotón, solo directamente—. Tenemos un problema.

Lo que respondiera la teniente V... Bueno, podía imaginármelo.

—Frankie —dije, porque aunque lo que más me apetecía era soltarle una patada en la cara, tenía que saber qué había ocurrido. Tenía que llevármelo al futuro... o al pasado, adonde saltara a continuación. Yo no saltaba al azar. No podía ser. Pensé en Andria, lanzándome el reloj de bolsillo. En la mirada de terror y admiración de Tanaka antes de volar en pedazos. En Prakash. Y en Vi, coño... Vi, la única persona que podía haber soportado aquello, lo sabía porque había roto con ella, pero mirad cómo habían salido las cosas.

—¡Céntrate, Frankie! —dije—. Por una vez en tu vida. ¿Los jodiste a ellos como lo jodes todo?

—¿Cómo es que no has ascendido, Dietz?

—Me gusta ser soldado raso.

—Esto es culpa tuya, Dietz. No conseguí salvarlos. Porque todos estábamos encerrados en esto desde el principio. ¿Lo entiendes?

—Pues no.

—Solo estamos matando a civiles corporativos. ¿Por qué? ¿Por qué tanta muerte?

No mordí el anzuelo. Que siguiera.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Sabes qué va a pasar, ¿verdad, Dietz?

—A la orden, mi teniente —dijo Jones por su canal bidireccional. Levantó la cabeza—. Cabo primero Kowalski, se aproxima el resto de su compañía. Le sugiero que se siente a esperarlos. Va a venir un equipo médico a atenderlo.

—No —dijo Frankie—. No, no, no. —Se volvió y salió corriendo de la habitación, por un pasillo que aún no habíamos inspeccionado.

Fui detrás de él; Jones y los demás me pisaban los talones. Había más muertos por los pasillos. Aquí y allá veía cuerpos acorazados de soldados de Tene-Silvia. ¿Sería verdad lo que había dicho Frankie? ¿Su compañía y él habían

intentado salvar a aquellas personas y Teni los había matado por ello? ¿O solo estaba roto, destrozado anímicamente, incompetente? Puede que todo aquello fuera obra suya. En él no me extrañaría.

El pasillo daba a una gran zona común al aire libre. Frankie estaba en el centro, intentando encaramarse a una montaña de cadáveres, muchos de ellos destrozados, semihundidos en el fino polvo de Marte. El suelo estaba tachonado de cráteres.

—¡Nos bombardearon! —dijo Frankie, levantando las manos—. Teni nos bombardeó. Mandaron una enfermedad. Nos volvió locos. Nos hizo matarnos entre nosotros. Nos jodieron, Dietz. No fui yo. Yo no.

Oí movimiento a nuestras espaldas; entró la CO con lo que quedaba del pelotón. Por el otro lado del patio de armas se acercaba el resto de la compañía. Rodeábamos el mar de muertos.

—¡Os la están jugando! —gritó Frankie—. Esto es un follón descomunal. ¡Todo es un puto chiste!

—Se ha vuelto loco —dijo la CO—. Tenemos órdenes, Jones.

—Lo sé —dijo Jones. Caminó por el patio de armas e hizo una seña a Frankie—. Tenemos que irnos, mi cabo primero.

En aquel momento lo sentí por Frankie. Me di cuenta de que perfectamente podía ser yo quien estuviera ahí arriba. Hasta el momento había conseguido mantener la cordura, pero ¿y si en la base no quedara vivo nadie más que yo?

—Tiene que acompañarme —dijo Jones.

Frankie le dio un empujón.

Jones desenfundó la pistola. Frankie forcejeó con él y se la arrebató. Disparó a Jones en el pecho. Jones cayó. Frankie se abalanzaba hacia mí, agitando la pistola.

Le pegué un tiro en la cabeza. Un movimiento fluido, instintivo. Para eso nos entrenan.

Sin pensar.

Sin preguntar.

Acción.

Muerte.

Frankie estalló en pedazos.

Me quedé como un pasmarote mirando el cadáver de Frankie.

—¿Dietz? —dijo Jones.

Durante un momento no supe quién era ninguno de los dos.

—Estás bien —dijo Jones—. Ya pasó.

Omalas me dio un golpecito en la espalda. Tosí.

—Vale —dijo con su voz tranquila y relajante, y funcionó. Volví en mí.

Bajé el fusil. Miré hacia el edificio. Un movimiento me llamó la atención. Una figura asomó del interior, tan brevemente que pensé que podía haber sido una falsa impresión. Pero la reconocí al instante.

—¿Muñoz? —Era ella. No me cabía la menor duda. Levantó la cabeza, me vio mirando y desapareció.

—¡No! —Corrí tras ella, cruzando el patio por encima de las pilas de cadáveres. Entré en el pasillo. La había visto correr por él.

—¡Dietz! —Jones, por el canal de la escuadra—. ¿Adónde coño vas? —El disparo de Frankie no lo había matado. Nuestros uniformes soportaban los disparos estándar.

—¡Es Muñoz!

Llegué al final del pasillo justo cuando la figura saltaba a un conducto de desechos. Fui tras ella; atravesé el conducto pringoso y salí volando por el otro lado. Aterricé en una masa de biomateria en descomposición. Levanté la cabeza justo a tiempo de verla saltar a un vehículo con la bandera marciana.

Volvió a mirarme con los ojos muy abiertos, como si hubiera hecho algo mal. Y vi que me reconocía, que sabía quién era. Sin lugar a dudas, se trataba de Muñoz.

—¡Vamos, vamos! —gritó a la conductora, una mujer larguirucha con equis tatuadas en los nudillos y una cresta de pelo amarillo. Era Squib, ¿quién si no? Pero ¿cómo? ¿Las habían capturado en la misión de reconocimiento en Marte? ¿Trabajaban para los marcianos?

El vehículo aceleró, escupiendo polvo marciano. No me había levantado del

montón de basura; me daba vueltas la cabeza y solo podía mirar las partículas rojas que levantaba el vehículo.

—¡Muñoz! —grité repetidamente, hasta quedarme sin voz.

—¿Dietz? —Jones, por el canal de la escuadra.

—¿Dietz? —Al cabo de un rato, él de nuevo, junto a mí, arrodillado en la podredumbre. Me cogió la cara entre las manos—. Dietz, necesito saber que sigues aquí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy aquí. Joder, estoy aquí.

—Yo también. —Me tomó entre los brazos y me aferré a él, pero mi mirada seguía aún los restos de la polvareda levantada por el vehículo de Muñoz y Squib.

Seguían vivas.

Estaban en Marte.

¿Cómo coño habían llegado a Marte?

—¿Has visto eso? —pregunté.

—¿Qué?

—Eran... —Y me callé al darme cuenta de cómo iba a sonar.

—Espera, Dietz, mira esto.

A mi alrededor, en la montaña de basura, había docenas y docenas de uniformes de NorRus. Crucé la pila gateando y bajé por el otro lado. Cerca había una estación de impresión; todos aquellos desperdicios estaban destinados a convertirse en pulpa y reutilizarse en las impresoras de la base para fabricar ropa y otro material. Había visto esa tecnología en los vertederos de las afueras de São Paulo. Siempre nos costaba un montón coger cosas antes de que se las llevaran a reciclar. Por eso pasábamos más tiempo en la playa que en los vertederos.

—¿Por qué habían tirado uniformes de NorRus?

—Al parecer, NorRus se infiltró en la estación —dijo Jones—. Seguro que Kowalski los encubría.

—Espera. ¿se quitaron el uniforme y se pusieron el de Teni? ¿Y a él le pareció bien? No lo entiendo.

—¿Qué tiene más sentido? ¿Que fuera un traidor que colaboraba con NorRus, o que Teni se cargara a todo su pelotón?

No iba a expresar mi opinión en voz alta. No me extrañaría que Teni hubiera tirado allí un montón de uniformes para que los vieran y fotografiaran los

drones, con el fin de convencer a la Tierra de que Frankie era un traidor. Me di cuenta de que era posible que no llegara a averiguar qué había pasado allí realmente. La guerra consistía en la aniquilación de la verdad. Todos los buenos dictadores y consejeros delegados lo saben.

—Buen hallazgo, Dietz —dijo Jones.

A mí no me lo parecía. Me parecía que había complicado mucho más las cosas.

Cuando llevamos a la teniente V a verlo, accedió a las comunicaciones y grabaciones de la base para comprobar lo ocurrido. Yo me quedé a esperar fuera, pero cerró la puerta. Fuera lo que fuera lo que vio, no nos lo dijo. Se limitó a darme unas palmaditas en la espalda y decir:

—Esta vez ha hecho un buen trabajo, Dietz. Siga obedeciendo las órdenes.

—¿No va a decirnos qué pasó? —pregunté. Quería saber si había visto a Muñoz o Squib en las grabaciones. Probablemente no; Frankie había cortado la electricidad de los sistemas de seguridad del perímetro.

—Cíñase al informe preliminar, Dietz. Es el secreto del éxito de los soldados. Vaya por Dios.

Limpiar la base llevó su tiempo. El traje había protegido a Jones de lo peor del disparo; era una pistola accesoria estándar, no un fusil de pulsos, pero cuando llegaron los médicos tenía un buen moratón.

Quería quedarme más tiempo en Marte. Quería que durase un rato. Quizá porque no quería ver qué pasaba a continuación, porque ya sabía lo que se avecinaba. Quizá porque tenía la esperanza de volver a ver a Muñoz.

—¿Qué explicación ha dado Teni? —pregunté a Omalas después de que termináramos de transportar cadáveres del pasillo a la nave de evacuación. Volví a tener aquel *déjà vu* al recordar el Sick, cuando Omalas y yo transportábamos a los muertos.

—Alguna infección marciana. Mató a los civiles y volvió locos a los soldados.

—¿Te lo crees?

Me dio un toque en la frente.

—Es el informe. Es lo que tenemos que creer.

—¿Ni siquiera sientes curiosidad? ¿Qué pasaría en realidad?

—Y eso, ¿qué cambiaría? Seguimos órdenes.

Me ofreció la mitad de su barrita de proteínas. La acepté y nos quedamos un rato en silencio, observando el asentamiento abandonado. No nos apetecía volver

a la apestosa trampa mortal de la base.

—*Want to buy some illusions?* —dijo—. *Slightly used.*

Me eché a reír. No sé por qué. Puede que solo necesitara reírme.

—Un nombre mejor para el pelotón —dije—. Los desilusionados.

—¿Crees que veremos el final de la guerra?

Alcé la vista hacia ella, pensando en remolachas y camiones de cadáveres.

—Sí. Lo veremos.

Unas treinta horas después, cuando los muertos estaban clasificados, la CO nos condujo a través del asentamiento hasta el punto de reunión. Nos colocamos en formación. El viento marciano soplaba con fuerza; el polvo lo cubría todo. Me sabía la boca a azufre.

Prakash me tocó el hombro.

—Buen trabajo.

Mi gran puto momento heroico.

Disparar a Frankie a la cara. Intentar salvar a un civil al que pegaron un tiro de todas formas. No dejar que Prakash muriese aún. Ceñirme al informe preliminar.

El aire empezó a temblar.

Miré el cielo color ámbar.

Cerré los ojos. Tenía que volver.

Era el momento de volver de nuevo.

Entrevista n.º 4
SUJETO N.º 187799
FECHA: 27/05/309
HORA: 3.00
SALA: 100

I: La entrevista empieza a... ver notas, con el sujeto uno ocho siete siete nueve nueve. Comencemos. Tiene mejor aspecto

S: Tú sí que sabes dar coba, sargento, pero tienes mal gusto para el vodka. ¿De verdad no queda nada más?

I: Es mejor que lo que damos a nuestros agentes.

S: ¿La coba o el vodka?

I: Las dos cosas.

S: Te noto más amable. Te sientes bien, ¿eh? ¿Conseguiste unas cuantas respuestas que dar a tus superiores? Hago lo que puedo por mantenerte en el puesto, sargento. No me gustaría tener que empezar con alguien nuevo, después de lo que hemos pasado juntas. A fin de cuentas, hemos establecido una relación estupenda.

I: Borré sus comentarios de nuestra última reunión. Como muestra de buena voluntad.

S: ¿Por mí bien o por el tuyo? No te tomaba el pelo.

I: Es imposible que yo la enviara a San Petersburgo. No me insulte. Mis superiores quieren volver a colgarla.

S: No dije que me enviaras tú; simplemente me diste la idea. No recuerdas cuándo nos vimos por segunda vez, ¿verdad? Entonces, como ahora, no tenías ni idea de quién era. No es infrecuente, sobre todo cuando hay diferencias de poder. Las personas de estatus más alto se olvidan de las que están por debajo. Yo era soldado raso, una cucaracha, la hija de un insurgente. Tú facilitabas información a mi CO. Yo solo me apunté. Pero me acuerdo de ti. Me acuerdo de lo que dijiste de San Petersburgo.

I: Parece tener muy buenas fuentes de información. ¿Me está diciendo que yo se la proporcione?

S: Se la proporcionaste a los mandos. Yo solo me enteré.

I: Soy oficial de Inteligencia. Como ha visto, no participo en las técnicas de interrogatorio avanzadas, pero me está tentando con sus evasivas continuas.

S: Me preguntaste por los Doppelgänger. Pero es una idea un poco manida, ¿no crees? Ni siquiera es tan fácil ahora, con los avances de la tecnología orgánica. ¿Qué sabes de las distorsiones temporales provocadas por los sistemas de despliegue de tropas corporativas?

I: ¿Por qué no me lo cuenta usted?

S: Devolvedme los zapatos.

I: Responda y me lo pensaré.

(SILENCIO: 45 segundos).

S: Tengo todo el tiempo del mundo, sargento. ¿Y tú?

(SILENCIO: 110 segundos).

I: Traigan los zapatos.

(SILENCIO: 140 segundos).

I: ¿Mejor?

S: Sí; los necesitaré luego.

I: ¿Por todas las carreras que va a echarse?

S: Mírala, si está ocurrente. Sabía que tenías sentido del humor. Y que te interesa mucho el pasado. ¿Sabías que en los campos de prisioneros de guerra de Marte dan acceso a grabaciones sin restricción? Seguro que ya te lo comenté. Lo primero que escuché fue La guerra de los mundos. ¿Sabes qué es?

(SILENCIO: 7 segundos).

S: No sé muy bien si esa mirada significa que sí o que no. Después de unos meses de acceso a las grabaciones entendí por qué restringían tantas las corporaciones. Muestran distintas formas de vivir de la gente. Ofrecen opciones. Invitan a pensar... Bueno, ¿de verdad esta es la única forma en que puede organizarse una sociedad? ¿De verdad el pasado era una cloaca socialista de necesidad y enfermedades? ¿La gente era feliz? ¿Qué tipo de problemas tenía? Te sorprendería lo poco que ha cambiado lo que nos impulsa.

I: Si no es una infiltrada marciana, ¿cómo sabe lo que sabe? ¿Es una desertora? Reconozco que he coincidido con unos cuantos de esos idiotas, pero no vivieron mucho tiempo. Si es así, ¿por qué desertó a Marte?

S: ¿Por qué se deserta? Algunos actúan movidos por la libertad económica o personal, es

cierto. Por el dinero suficiente, la gente está dispuesta a cualquier cosa. Otros desertan, simplemente, porque descubren que el mundo en el que creían ha demostrado ser falso. En ShinHana hay una provincia que estuvo dividida en norte y sur. El norte estaba aislado geográficamente, y tenía el apoyo de la antigua... ¿Cómo era? Una de esas siglas larguísimas. Durante setenta u ochenta años, ese régimen controló todo lo que la gente veía, leía y oía. Era un país suficientemente pequeño para que resultara fácil restringirlo todo, a mucha mayor escala que las corporaciones actuales, pese a lo avanzado de nuestros sistemas de supervisión y seguimiento. Crecían convencidos de que su paisucho, gobernado por un dictador de pacotilla, era el centro del mundo. Y ¿sabes qué? Funcionaba bastante bien. Durante mucho tiempo. Allí, la guerra era exclusivamente una guerra de propaganda. El resto del mundo se esforzaba por comunicar al norte que había otra vida más allá de la que conocía. Pero siempre hay gente que se siente más cómoda con la seguridad y lo conocido que con una simple... promesa. Un «¿y sí...?». El punto de inflexión llega cuando no se tiene nada que perder. Cuando ya no se aguanta más. Si peligra la vida, o si el futuro se ve negro, mierda, ¿por qué no desertar? No hay nada que perder. Es el problema de los regímenes que se hacen demasiado implacables. La gente necesita una apariencia de libre albedrío. Quiere creer que nadie es más libre o feliz. Los que aún no son ciudadanos, bueno, joder, es culpa suya. No se esfuerzan lo suficiente. Desaparece gente de noche, y piensan «algo habrán hecho». Se recompensa a las buenas personas. Se castiga a las malas personas. Muchos luchaban enconadamente por hacer llegar esos mensajes al norte, por difundir su propia propaganda, y en efecto, había gente que desertaba. Pero solo los muy osados o los muy desesperados. Los demás no querían creerlo. Es algo de lo que no hablamos... ¿Qué pasa cuando se tiene delante una verdad que contradice todo aquello en lo que se cree? La barahúnda de información de los primeros tiempos del knu abierto, cuando era la red salvaje, debió de facilitar la difusión de la verdad. Pero resulta que la mayoría de nosotros no queremos la verdad. Queremos historias que respalden nuestras creencias. Si llenas el mundo con bastante información, elegiré solo las partes que ensalcen las virtudes y aciertos de la corporación que me hayan enseñado a amar.

I: Pero es evidente que usted dejó de hacerlo. ¿A qué se debió el cambio?

S: En ocasiones, para salvar el mundo, tenemos que permitirle respirar. Tiene que respirar porque, incluso cuando se resquebraja, habrá gente que considere imposible su destrucción, aunque lo esté viendo desintegrarse. Los monstruos no mueren mansamente, ni las corporaciones, ni las democracias y cleptocracias corruptas que las precedieron, ni, desde luego, las monarquías, los señores feudales, los emperadores dios o las oligarquías. Casi todos esos antiguos líderes necesitaron que les cortaran la cabeza para dimitir. Eso fue lo que acabó con ellos en última instancia.

I: Entonces, ¿aboga por la violencia? Una radical terrorista.

S: No me digas que todas las revoluciones son pacíficas. Las revoluciones se sustentan del trabajo incansable de masas anónimas cuyas vidas importan tan poco, individualmente, que sus nombres no se conocían en sus movimientos ni siquiera cuando estaban vivas. No hay revoluciones incruentas; solo revoluciones necesarias, cuando un sistema está destrozado tan irremisiblemente que no es posible cambiar nada desde dentro. Cuando el propio sistema se ha enquistado hasta tal punto que el cambio no es posible... Entonces es cuando salen los cuchillos. Antes creía, como muchos otros, que podíamos funcionar dentro del sistema existente, que era posible el cambio moderado. Pero entonces arrebatan a la gente la posibilidad de realizar cambios siguiendo las normas del sistema y esa gente se desespera. Y es la gente desesperada la que derroca sus Gobiernos. Las corporaciones nos dicen que cada persona debe cosechar los beneficios de su esfuerzo. Pero la realidad es que las corporaciones amasan sus fortunas sobre la espalda de obreros y soldados que cobran lo justo para seguir con vida. Las corporaciones no trabajaban. No trabajan. Los accionistas y los altos directivos, sentados en sus torres de cristal, beben licor aderezado con nuestra sangre. En vez de compartir sus riquezas con quienes se han deslomado para obtenerlas, las acaparan como enormes dragones. Cualquier poder humano puede ser cambiado por los seres humanos. Eso es una verdad, una constante. Los humanos no pueden construir estructuras de poder indestructibles. Nosotros somos la estructura de poder. Hubo una época en que los seres humanos creían que ellos eran sus Gobiernos. Entendían que tenían poder sobre ellos, porque ellos los habían creado. No se limitaban a esperar a que sus Gobiernos les concedieran derechos y libertades; los exigían. A la gente no deberían darle miedo las corporaciones. A las corporaciones debería darles miedo la gente.

I: Entonces, es comunista.

S: Digamos que tengo suficiente edad para no dejarme encandilar por Ayn Rand.

I: La verdad es un punto de vista.

S: Eso dicen todos los grandes tiranos. Confundes la interpretación de una verdad con la verdad en sí. La verdad objetiva sigue existiendo. La verdad de que el sol sale por el

este. La verdad de la gravedad, que nos mantiene pegados a esta bola giratoria de cosas espaciales. Esas son las verdades. Lo demás son invenciones.

I: ¿Desertó porque buscaba la verdad?

S: Cuanto más tiempo vivía, más me daba cuenta de que estaba mal informada sobre el mundo. Me había criado con una versión de la forma en que funcionaban las cosas. Y... el mundo no era así. En el campo de prisioneros conocí muchas más versiones. Aprendí a encajar las pruebas. Sobre paradojas y círculos viciosos. Sobre ecuaciones matemáticas y la cantidad de fuerza que considera aceptable cada sociedad. Les gustaba ponerme series policiacas. Las consideraban menos poderosas, menos políticas. Pero con ellas aprendí otras cosas. Mis detectives favoritos: Sam Spade y Columbo. El detective indómito de Despiadado. Esa serie interminable sobre la familia Barnaby, y Saga Norén. ¡Ah, Saga! Gallium Martínez. Sasha Oriphrant, de aquella serie antigua de Evecom. Ortega, de Detective Muerto. Esa es de los principios de Teni, cuando nos llamábamos Teniente Azul en honor al traficante de armas. El mundo era mucho más complicado antes de la concentración de las corporaciones. Tantos países distintos. Reglas distintas. Era difícil estar al tanto de lo que ocurría. Pero muchos creían en lo correcto. En la verdad objetiva. En el imperio de la ley. Todo eran fantasías, igual que nuestras grabaciones son fantásticas; llenas de esperanzas, deseos e historias sobre el mundo que nos gustaría tener, no el mundo en que vivimos.

I: Entonces, ¿desertó porque quería ver un montón de grabaciones malas? ¿Eso es lo que está diciendo?

S: ¿En qué crees, sargento? ¿Crees en TenisanaCom?

I: TenisanaCom siempre ha tratado bien a quienes lo merecen.

S: Pero no siempre estuviste de parte de TenisanaCom, ni de Evecom antes de eso. Antes de la fusión habías trabajado para Teni. Yo estaba ahí, sargento. ¿Siempre fuiste una agente secreta de Evecom, sumergida en los bancos de ciudadanos hasta que conseguiste orquestar la fusión con Tene-Silvia, o hubo un momento en que te dio por cambiar de corporación? Muchas veces me pregunto si estabas en esto desde el principio. Si sabías cómo acaba, igual que lo sabía yo.

I: Tenemos libertad para cambiar de ciudadanía.

S: ¿Te intercambiaron?

I: Mi contrato estaba abierto a una renegociación.

S: Un eufemismo donde los haya.

I: En absoluto. Soy una ciudadana altamente cualificada.

S: Entonces tomaste una decisión. La de dejar lo conocido y adentrarte en lo desconocido. ¿A qué se debió, sargento? ¿Tan terrorífico se había vuelto lo conocido?

I: Dinero y oportunidad. ¿No es siempre por eso? ¿Fue lo que te ofreció Marte? ¿Dinero y oportunidad?

S: No. Marte me ofreció descanso, sargento. Descanso de una guerra muy larga. Un bucle infinito de desesperación. La deserción me ofreció también a oportunidad de averiguar la verdad.

I: ¿La verdad?

S: Sobre la guerra. Sobre mí. En una celda se tiene un montón de tiempo para pensar en las cosas.

I: ¿Y qué verdad averiguó allí?

S: Que la guerra contra Marte es una mentira. Que los únicos idiotas que hay en esa roca son unos cuantos millares de marcianos libres que intentan pasar desapercibidos mientras os matáis entre vosotros. Los demás son solo civiles corporativos atrapados en una guerra entre corporaciones que se declaró en Marte y después llegó aquí.

I: ¿Ha venido a divulgar datos falsos?

S: Ese es tu trabajo. Yo solo contesto a preguntas.

I: ¿Por qué San Petersburgo?

S: Estás obsesionada con esa estupidez. Ya te lo dije. Fui porque estabas allí y necesitaba que me trajeras aquí.

I: Y ¿dónde es aquí? No tiene ni idea de dónde la custodiamos. Es el procedimiento estándar.

S: Todo lo contrario. Sé perfectamente dónde me custodiáis porque ya he estado aquí.

I: Acertijos y despropósitos.

S: En absoluto. Desplazamiento temporal, ¿recuerdas?

I: Eso es solo una teoría. No se ha demostrado.

S: Me decepcionas. Estás en Inteligencia. Deberías entender qué ocurre.

I: Ilústreme.

S: Estamos en un sótano, en Robben Island. Y estoy a punto de liberarme.

I: Así que es una soldadito demente.

S: No he estado más cuerda en mi vida.
I: Fin de la entrevista.
(FIN DE LA GRABACIÓN N.º 4).

Algunos volvimos de una pieza.

Algunos, no.

Prakash estaba en el suelo, delante de mí, agitándose como un pez. Le salía una espuma sanguinolenta por la boca.

Me quité el casco y fui hacia ella a cuatro patas. Los otros aún estaban materializándose; no todos la habían visto. Puede que yo estuviera buscándola porque sabía, siempre había sabido, que llegaría este momento.

Le salía la mano por el pecho; el brazo retorcido se lo atravesaba. Sabía que podían surgir esos problemas en los saltos; lo habíamos aprendido en la instrucción. Había visto a otras personas a las que les ocurría. Pero saber que iba a pasar y verlo por fin, en alguien de mi escuadra, era muy distinto.

La cogí entre los brazos. Ya tenía la mirada perdida, el aspecto lejano de quien se retira hacia la muerte.

—Eh, aguanta —dije, como si eso fuera a cambiar algo. Le quité el casco y le puse la mano en la cara. Quería tocarla por última vez, antes de que se cerrara el círculo.

Pero los médicos se la llevaron. Otro médico me cogió del hombro y empezó con la revisión protocolaria.

—¡Enséñame los dedos! —dijo.

Levanté las manos.

—Nombre y rango —dijo, y se me atragantaron las palabras porque no tenía ni idea de cuál era mi rango en ese momento.

—Lo siento —dije—. Tengo la cabeza hecha un lío.

Me iluminó los ojos con una linterna. Parpadeé rápidamente, intentando deducir en qué parte del orden de las cosas me encontraba.

Si Prakash había... Acabábamos de volver de la plantación de plataneros. Cuando había disparado a la chica marciana. Hacia el principio de la guerra. El corazón me martilleaba, como si quisiera salirse del pecho.

Tenía ganas de vomitar. Me incliné, pero no salió nada. No podía respirar.

Sentí un agotamiento y una debilidad repentinos; me cubría un sudor frío.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué...?

La médico pidió una camilla. Me puse a hiperventilar. Tiré del cuello de la camiseta hasta que lo desgarré.

Llegaron dos médicos más a toda prisa. Me dieron oxígeno. Me tumbaron en una camilla. Temblaba tan violentamente que creía que me iba a salir del cuerpo. Me apreté el pecho con la mano, intentando acallar el corazón. Seguía intentando averiguar qué ocurría; era como si hubiera abandonado mi cuerpo, como si estuviera mirando algo incongruente que le sucedía a otra persona.

Vi que Jones me miraba fijamente. Jones, que iba a desertar al final, y no lo culpaba, en absoluto, aunque la expresión que tenía entonces... Aún le quedaba algo, tan al principio de la guerra. Algún sentimiento de lo correcto y el deber hacia las corporaciones, que aún no se había desmoronado. Omalas también me miraba; Marino, probablemente, ya se dirigía a la lanzadera que nos llevaría al barracón de cuarentena, sin duda pensando en una cerveza y un polvo. La oscuridad se apoderaba de los bordes de mi campo visual, y cerré los ojos con miedo de perder el conocimiento.

En la cuarentena médica me engancharon un gotero y me hicieron unas pruebas. Me administraron algo que limó el filo de la realidad. Al cabo de media hora o así me sentía como si fuera a salir flotando.

Llegó la médico, una mujer alta de nariz aguileña y densas cejas anaranjadas que no encajaban con su pelo rubio platino. No la había visto hasta entonces, al menos que recordase.

—Soldado Dietz. ¿Se encuentra mejor?

—Sí —dije con una voz que sonaba muy lejana.

—Parece que ha tenido un ataque de pánico. Es bastante habitual después de un salto.

—Prakash —dije—. ¿Ha muerto?

—Me temo que no puedo facilitarle información sobre eso.

—¿Quién puede? ¿Ha muerto o no?

—La están atendiendo. Es todo lo que puedo decirle. Lo siento. En cuanto a usted, se quedará un par de horas más en observación y después irá a cuarentena. Pediré al médico de su compañía que le administre un somnífero potente las próximas noches. Sufría una grave deshidratación, y pesa menos de lo que debería. Supongo que su CO también tendrá algo que decir sobre su pelo.

Me llevé la mano a la cabeza. Hacia el final de la guerra me había dejado

crecer el pelo; ya no le importaba a nadie. ¿Cuánto tiempo había pasado allí después del Sick? Mucho. Meses, por lo menos. ¿Puede que un año?

—También vienen los de Inteligencia, ¿verdad? —dije.

—Eso no es cosa mía, pero teniendo en cuenta su estado, es probable.

Se marchó. Yo caí en la modorra; los fármacos habían cortado mi endeble cadena de pensamiento.

¿Cuándo había dormido por última vez?

Me resistí mientras pude. Una parte de mí tenía miedo de despertar en otro tiempo, de que todo volviera a ser distinto, de que este fuera el salto en el que averiguaban que en realidad estaba como una cabra, igual que mi padre, y en el que me hacían desaparecer.

Las paredes azul claro de la sala de informes de Inteligencia me tranquilizaron. Después de haber visto el caos que reinaba al final, lo único que quería era comer y dormir. Hablar parecía contraproducente. La teniente Ortega había vuelto, lo que también me resultó tranquilizador y familiar.

Se sentó delante de mí, esta vez sin compañía, aunque sabía que había más gente custodiando la puerta y, probablemente, mirándonos por las cámaras. No esperaba menos.

Ni siquiera me habían dejado ducharme aún. Tenía el pelo largo y grasiento. El estómago me rugía tanto que seguro que Ortega lo oía.

Abrió una pantalla en la mesa y la giró para enseñarme dos fotografías, una al lado de la otra.

En la primera estaba yo en formación, sin duda justo antes del último salto. El de los plataneros. Tenía la cara carnosa y bronceada, y la cabeza rapada. En la segunda estaba en la cama del hospital. No recordaba que me la hubieran sacado, pero había cámaras por todas partes. El rostro salía más enjuto, el pelo era una maraña y los ojos mostraban aquella mirada distante que había visto en tantos otros soldados que habían presenciado demasiada mierda.

—¿Puede explicarnos esto? —Dio unos golpecitos a la foto de la formación—. Aquí está usted justo antes de saltar. Preferimos sacar fotografías por si ocurre algo como esto, por si la gente vuelve... distinta. —Dio unos golpecitos a la segunda foto—. Y aquí está usted actualmente.

Observé los rostros. Podían ser de dos personas distintas.

—¿Soldado Dietz? Díganos qué pasó durante su último salto.

Pasé el dedo por la proyección de mi nueva cara, más delgada.

—A veces no volvemos como deberíamos. Igual que Prakash.

—La tecnología de despliegue no explica estas diferencias.

—¿Qué le ha pasado a Prakash?

—Todos conocemos los riesgos del salto —dijo Ortega—. Hemos tenido que ponerla en cuarentena terminal. La hemos dejado en estasis para evitar daños

adicionales.

—¿A mí también van a ponerme en cuarentena terminal? ¿Van a meterme en hielo hasta decidir qué hacer conmigo? —Pero Prakash no había muerto aún; ya era algo.

—¿Es necesario? —Ortega se inclinó hacia mí.

—No sé qué ha pasado. —Tenía un nudo en la garganta; puede que todas las mentiras estuvieran haciendo mella. Ni siquiera podía mirarla.

—¿Piensa sostener esa versión?

—Pregunte qué ha pasado a los de Logística y a lo mejor puede darme respuestas, en vez de esperar que se las dé yo. Soy quien está sangrando y cagando por la puta corporación. Están en deuda conmigo.

—La corporación no le debe nada.

—Entonces, yo tampoco le debo nada.

—No es eso lo que dice su contrato.

Me crucé de brazos.

—Quiero una ducha y una comida caliente; llevo mucho tiempo sin ninguna de las dos cosas. ¿Siguen considerándonos humanos? ¿O para ustedes solo somos despojos? Mis padres murieron para conseguirme la residencia, pero no sirve de nada, ¿verdad? Solo somos los medios con que alcanzar un fin.

—¿Cuál era el informe preliminar de su misión, soldado?

—Detener a una serie de insurgentes. Le pegué un tiro por accidente a una chica marciana. Prakash se quejaba del brazo. Es todo lo que puedo decirle.

—Así que se acuerda —dijo Ortega, triunfante.

—Conozco el informe preliminar.

—Está pisando terreno resbaladizo. Si no puede darnos respuestas...

—Necesitan soldados. Puedo ser soldado. Solo por haber vuelto mal... Esta mierda no es culpa mía, igual que Prakash no tuvo la culpa de lo suyo. No intente liarme, Ortega.

—Teniente Ortega.

—Pues bueno.

Después de aquello pasé un día en el calabozo por haber faltado al respeto a una agente de Inteligencia. Valió la pena; de todas formas, necesitaba pasar un tiempo a solas. Me pegué la ducha. La sangre y la mugre formaron un charco a mis pies y se fueron por el desagüe. Me sorprendí apretándome debajo de la clavícula, donde Tanaka pensaba que debía tener una cicatriz. ¿Quién era yo? ¿Quién debería ser yo?

Cuando salí del calabozo se había terminado la cuarentena. En la peluquería de los barracones observé al peluquero mientras me rapaba los rizos negros, revelando el cráneo pellejudo y estrecho por debajo. La cara que me devolvía la mirada podía ser de alguien que no conocía.

Me dieron una muda limpia y una cita con la psiquiatra. La doctora Chen estaba igual que siempre.

Cuando entró y me vio puso cara de perplejidad. Se le iluminó el ojo izquierdo mientras accedía a mi expediente, sin duda para confirmar quién coño era.

—Un mal salto —dije con una sonrisa torcida.

—Ya veo.

—Nos conocemos —dije antes de que preguntara.

Entonces me miró a los ojos y sucedió algo, quizá por primera vez. Por primera vez para ella, puede ser. ¿En qué sesión estábamos para ella? ¿En la tercera? ¿En la cuarta? Todo se mezclaba.

—Ha perdido a una compañera —me dijo—. ¿Cómo se siente por ello?

—He perdido muchas cosas.

—Dígame cómo lo sobrelleva.

Quería decirle que no lo sobrellevaba, ni de lejos. Me estaba desmoronando. ¿Y si se lo contaba todo? ¿Me encerrarían durante el resto de la guerra? Tal vez deberían ponerme en cuarentena terminal. ¿Y si no había otra forma de salir de aquel círculo que eliminar mi presencia? Llevé la mano al reloj de bolsillo.

—¿Soldado Dietz? —dijo la doctora Chen en voz baja.

Cuando abrí los ojos vi que se inclinaba ligeramente; aún le destellaba la lentilla.

—Me encuentro mal. Físicamente.

—Según su expediente, estuvo en cuarentena médica después del salto. ¿Quiere hablarme de ello?

—Es el agotamiento. Solo necesito tiempo.

—¿Le han hablado de la degeneración celular de su cuerpo?

—No.

—Está acelerada.

—Ah. Eso. Sí, ya me lo habían dicho.

—Se ha incrementado desde nuestra última conversación.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que no tiene por qué avergonzarse de nada de lo que sienta. Los ataques de

pánico son una respuesta normal al estrés excesivo.

—¿Van a darme una baja médica?

—¿Le gustaría?

—Ustedes son los expertos.

—A la vista de su salud física y mental, yo recomendaría a su comandante que prescinda de sus servicios durante seis semanas, como precaución. Podemos vernos una vez por semana y hablar de cómo se siente. ¿Puede decirme algo más sobre los sentimientos que le despierta la pérdida de su compañera?

—No.

Hizo unas cuantas preguntas más, pero yo ya había terminado. Después de veinte minutos de monosílabos por respuesta, me dijo que podía irme. Fui a mi cama del barracón por primera vez desde que había vuelto. A medida que me acercaba aflojé el paso. Me daba miedo contar las marcas de los listones.

Jones ya estaba en su litera. Había sacado uno de sus libros de Jorge Amado, pero lo tenía apoyado en el pecho, sin abrir. Omalas estaba en su cama, dos hileras más allá. No había nadie más acostado. Teníamos una hora antes de que apagarán las luces; supuse que casi todos estaban jugando o metidos en inmersivos.

—Tienes una pinta horrible —dijo Jones.

—Ya.

—¿Todo bien?

—Van a dejarme en tierra un tiempo.

—Siento lo de Prakash —dijo con un leve movimiento de cabeza.

—Yo siento lo de todos nosotros.

No me miraba. Le temblaban las manos. Me senté a los pies de su cama y escudriñé su rostro. Le di unos golpecitos en la rodilla; cualquier otra cosa habría sido inoportuna.

Pero se incorporó y me abrazó. Un abrazo rápido, como si fuera mi hermano. Y lo era. Todos lo eran. Mis hermanos y hermanas. La familia más allegada. Otra familia que perdería.

Jones se apartó y se enjugó los ojos.

—Putas guerra —dijo.

—Sí, es un puto lío.

—Muñoz también estaba hecha un lío. Después del primer salto, no dejaba de pensar que habían pasado cosas... que no habían pasado.

—¿Con qué frecuencia?

—Ni idea; ya sabes cómo va esto. Todos queremos ceñirnos al informe preliminar.

—¿Dijo alguna vez... que podía cambiar algo?

—No te sigo.

—Cuando Muñoz veía cosas... Yo tengo la impresión de que estamos en un tren a toda velocidad. Sin control. Se dirige a un precipicio y no hay forma de pararlo. Solo somos pasajeros.

—Si yo estuviera en un tren que va sin control..., saltaría.

—Saltarías.

—Sí.

No estaba de humor para más charla. Me desnudé y me metí en la cama. El momento de apagar las luces llegó y pasó.

Perder a Prakash me hizo pensar en Vi. No podía evitarlo. Me apreté la cara con las manos, intentando desechar los recuerdos. Había conocido a Vi en la playa. Me acuerdo del día porque, incluso en mi memoria, es como un sueño. Un cielo azul, radiante. Agua cálida, lechosa. Algo salido de un inmersivo de esos en los que dan ganas de sumergirse una y otra vez.

Salió del agua riéndose, no sé de qué. Estaba hablando con alguien por la pantalla interna; vi el destello de una imagen.

Yo estaba aprendiendo a hacer surf con otros residentes que había conocido en clase. Tenía diecisiete años, y más adelante averiguaría que Vi me sacaba cinco. El tabú no era tanto legal, puesto que las relaciones sexuales estaban permitidas a partir de los dieciséis, como social. Ella era ciudadana. Me di cuenta en el acto. Piel impecable, confianza desenvuelta, la forma de andar de quien se siente el amo del mundo.

Me vio mirar y apartó la vista, fingiendo que no se había fijado. Puede que no se fijara.

No dejé de mirarla mientras estábamos en el agua. Cuando salimos y nos pusimos a jugar al fútbol en la playa, estuve ideando todo tipo de excusas para ponerme a hablar con ella, aunque no se me ocurrió nada. ¿Cómo se aborda a una ciudadana como quien no quiere la cosa?

Por puro azar vi que iba a dar una charla en la universidad local. Era del Gobierno, pero los residentes y ciudadanos podían asistir a las charlas. Fue mi madre quien me lo señaló en la pantalla de acontecimientos. Estaba en la cama, era uno de sus días malos, y me señaló la programación.

—Mira —dijo—. Es una conferencia gratuita sobre negociaciones

corporativas. Deberías asistir, calabacita. Para conocer al enemigo.

—No son mi enemigo, mamá —dije poniendo cara de impaciencia, pero en el programa había una fotografía de Vi.

Asistí.

Todos los demás eran mayores que yo, y casi todos eran ciudadanos. Me senté cerca de la parte delantera, y me sentí idiota todo el tiempo. Nada era gratuito de verdad y nos escaneaban al entrar, para que la corporación pudiera vendernos más cosas a partir del seguimiento de nuestros intereses.

Pero cuando Vi subió al estrado quedé en trance.

—¿Cuántos de ustedes creen que ven el mundo con objetividad?

Se levantó un montón de manos. La mía también.

—Voy a hablarles de un hombre que estaba sometido a un gran estrés —dijo—. Si encienden cualquier pantalla, verán que se habla mucho de guerras corporativas. De acuerdos improductivos. De residentes que pierden los derechos. De ciudadanos traspasados a otras corporaciones contra su voluntad. Tenemos enfermedades. Revueltas por la comida. Escasez. Pobreza. Ese hombre veía todo eso, y cuanto más empeoraban las cosas, más tenía la sensación de que todo estaba relacionado. Veía la relación entre unas cosas y otras. Se puso a escribir teorías muy elaboradas y a difundirlas por el knu. Podía conectar todos esos sucesos dentro de una gran estructura muy compleja. Pero solo había un problema.

Hizo una pausa para crear expectación y capté un brillo triunfante en sus ojos.

—Nada de eso era cierto —continuó—. Cuando sufre estrés, la mente humana es más propensa a encontrar pautas en el ruido cotidiano. Si se enseña a alguien una imagen de puntos blancos y negros aleatorios mientras se le pide que recuerde un momento en que sentía que no tenía el control, es más probable que vea una imagen. Cuanto más estresados estamos, más nos convencemos de que podemos alterar el resultado. Entender esta tendencia es fundamental para intuir la forma en que nosotros y nuestros adversarios empresariales vemos el mundo que nos rodea.

Vi siguió hablando media hora más, y después se abrió el turno de ruegos y preguntas. A mí se me ocurrían un montón, incluidas estupideces como proponerle allí mismo una dosis de cafeína, pero supuse que sonaría espeluznante.

Levanté la mano. Cuando Vi me invitó a hablar, pregunté:

—¿Qué pasa cuando tienen razón?

Todo el mundo se echó a reír. Sacudí la cabeza.

—Quiero decir —proseguí—. Estoy de acuerdo en que eso ocurre. Pero si fuéramos suficientemente inteligentes para poder percibir realmente toda la complejidad de las interacciones del mundo, ¿podríamos establecer una relación entre ellas? ¿Ver el futuro? ¿No será que la mente humana aún no es capaz de establecer las conexiones?

Me senté.

—Si eso fuera cierto —dijo Vi—, podríamos crear un algoritmo para averiguar la pauta. Por ahora no existe ningún algoritmo que pueda predecir el futuro con precisión. Esto se debe en parte a la teoría cuántica, aunque ahora no estamos hablando de eso, pero tiene que ver. No hay manera de predecir el futuro porque está en cambio constante; siempre es incierto a nivel cuántico. Las partículas cuánticas tienen un comportamiento imprevisible. La indeterminación nos rige al nivel más básico. Aspiramos a la certidumbre, pero el hecho es que la certidumbre y los absolutos son ficción. ¿Más preguntas?

Después me quedé remoloneando, intentando dar con la forma de invitarla a salir sin que se notara mucho. Para mi alivio, Vi nos invitó a los que quedábamos en la sala a tomar algo en el bar de enfrente. Fuimos los seis.

Al final de la noche solo quedábamos ella y yo.

Aún no sé muy bien cómo ocurrió. La encontraba fascinante. Cuando me preguntó qué planes tenía para mi vida, le dije «Hacer cosas heroicas», lo que la hizo reír.

Pero entonces era verdad.

Sigue siéndolo.

Me desperté en el barracón algo después de la medianoche, esforzándome por oír lo que me había despertado. Los gruñidos, los suspiros y el roce de sábanas, solo una pareja follando por ahí, en el extremo más alejado del barracón. Volví a cerrar los ojos. La verdad es que hacían bastante poco ruido, pero los nervios se apoderaron de mí. El corazón volvió a martillearme en el pecho. Respiré a fondo unas cuantas veces. Me dije que no había nada por lo que sentir pánico, pero el cuerpo se negaba a escucharme. El torso sin cabeza de Frankie. Landon. Joder, Landon cubriéndome de sangre y vísceras. Su bebé gordo. Su mujer baja y rellenita. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué sería de ellos durante el Sick? Probablemente morirían. Todos moriríamos, y ¿para qué? Para que las corporaciones consolidasen su poder. Una corporación para gobernarlos a todos.

Cerré los ojos y me concentré en la respiración. Inhalar, exhalar. «Piensa en

algo que puedas controlar, Dietz».

Controlar.

Mi madre aspiraba a tener control. Sobre su cuerpo. Sobre nosotros. Aspiraba a controlar el tiempo. La recuerdo agitando un puño al cielo cuando no había llovido en dos meses, maldiciendo en francés. Todo el francés que aprendí de ella eran los tacos. Su familia se había trasladado a São Paulo después de que terminara la guerra de Masukisan contra una pequeña corporación regional llamada Sarko-Molina. Masukisan se la tragó en una fusión, y sus ciudadanos y residentes se vieron reducidos a despojos que tenían que volver a ganarse los derechos. Cuando le preguntaba de qué ciudad era, me contestaba que de Abiyán y la señalaba en el mapamundi de mi padre, una ciudad del continente africano colgada como un pendiente de la oreja de elefante.

—La mayor parte de la ciudad se inundó en tiempos de mis abuelos —me dijo—. Nos trasladamos tierra adentro, detrás de los rascacielos, antes de que llegara Masukisan. Gran parte del este de África es un desierto, por supuesto, pero el Sahara florecía con el calentamiento mundial. Mi bisabuela recordaba la época en que se creía que el calentamiento sería mucho más lento. Pero también tenía su belleza. Algunos desiertos se transformaron en bosques. La tundra se convirtió en campos de trigo. Nunca teníamos hambre. Las granjas solares, los huertos colgantes...

—¿Eras ciudadana? —le pregunté.

—Residente. Pero la guerra... Bueno, hay cosas que no podemos controlar. Pero podíamos decidir cómo reaccionar ante la guerra. Masukisan iba a tomar represalias contra nosotros; lo sabía. No estábamos dispuestos a esperar de brazos cruzados.

—¿Cómo supisteis cuándo marcharos? ¿Por qué se quedó tanta gente?

—No existe un momento exacto en el que se sepa que hay que marcharse. Es como meter una langosta en una cacerola de agua fría y encender el fuego. Va calentándose poco a poco. Entonces llega un momento en que no hay vuelta atrás. Hay que irse antes de que llegue.

—Pero nunca se sabe cuándo llegará. No se sabe cuándo es demasiado tarde, hasta..., hasta que lo es.

—Exactamente.

Más adelante me enteré de que no le quedaba familia en Abiyán. Solo había conocido a mis abuelos y a sus hermanas, que habían huido a São Paulo con ella. No llegó a saber si estaban muertos o perdidos, desperdigados por ahí.

—En otros tiempos fuimos alguien. Volveremos a ser alguien.

—Pero siempre hemos sido personas, mamá —le dije. Cosas de niños.

—Tienes que labrarte un futuro, calabacita.

No me gustaba la idea de no poder controlar nada más que mi reacción a lo que me hicieran. Quería evitar las guerras corporativas, el desplazamiento de gente como mi madre y su familia. Pero ¿quién podía hacer eso sino un líder, un consejero delegado, un profeta, un hombretón con un tanque. Yo no valía para nada de eso. Ni siquiera había llegado a jefe de escuadra en la guerra, y el rango más alto que parecía haber alcanzado era el de cabo primero, justo al final. Probablemente porque murió un montón de gente y yo duré más. No se me daba bien la gente. No destacaba en asuntos técnicos. No tenía carisma. Lo único que tenía era lo que me hacían, aquella extraña forma de saltar. ¿Qué podía hacer con ello?

Miré las muescas de la litera de arriba. El agotamiento me había impedido contarlas al acostarme. Las conté entonces.

Noventa y tres.

El mismo número que cuando salté a la misión del territorio de CanKrushkev, cuando los plataneros, pero en realidad acabé inspeccionando Robben Island. Añadí tres muescas, correspondientes al tiempo que había pasado en cuarentena y al día en curso.

Sabía que cuando saltara al Sick habría más de novecientas muescas. Cosa que me deprimía de cojones. De aquí a entonces tenía que vivir un montón de experiencias. Estuve escuchando la culminación del polvo en el barracón. No mentiré: me llevé la mano a la entrepierna. Después de todo aquello quería sentir algo. Giré la cabeza, buscando... ¿a quién? ¿A Prakash? ¿A Tanaka?

Cerré los ojos. Vi.

Si hubiera escuchado a Vi, si la hubiera seguido, no estaría en aquel follón. No estaría en ningún follón. Todo habría terminado. Como un puto naufragio.

Por encima de mí, Jones seguía roncando suavemente, junto con el resto del pelotón.

Sabiendo cómo terminaba todo aquello, se me ocurrió que aquel barco también estaba naufragando. Simplemente, no todos se habían dado cuenta aún.

—Tenemos una cosa que anunciar —dijo la CO.

Estaba frente a nosotros en el patio de armas, acompañada de varios altos mandos. Uno de ellos, el comandante Stakeley, hizo un gesto a otro oficial, que se acercó a saludarlo. Yo estaba diez filas más atrás y no llegué a distinguir su cara.

—La teniente Valenzuela —dijo el comandante Stakeley— ha sido ascendida a capitán y se pondrá al mando de la compañía. Les presento a la alférez Andria Patel, que ocupará su antiguo puesto a la cabeza de su pelotón.

Miré detenidamente a Andria, pero con el uniforme y la gorra se parecía tanto a todos los demás que no lograba distinguir sus rasgos. Me llevé la mano al reloj de bolsillo. ¿Iría yo a su encuentro o ella al mío? Debía de haber echado un vistazo a las listas y sabría que yo estaba allí, pero no conseguía que me mirase.

—Tengo entendido que son un buen grupo de soldados —dijo Andria—. A algunos de ustedes los conozco; a otros aún tendré que conocerlos. Espero buenos modales. Un estado físico excepcional. Obediencia ciega. A cambio haré todo lo posible por evitar que mueran sin un buen motivo. ¿Entendido?

—¡Entendido, mi alférez! —coreamos.

Después de romper filas me acerqué a Andria, que me dedicó un gesto con la cabeza. Saludé.

—Mi alférez —dije.

—Descanse, Dietz.

—¿Permiso para hablar con usted en privado, mi alférez?

Aquello le hizo entornar los ojos, pero asintió.

—Acompáñeme a mi despacho.

Pensé que iba a llevarme al antiguo despacho de la CO, el que vería más adelante, durante el Sick. Pero se ve que la teniente V no lo había vaciado aún, de modo que subimos a la sala de descanso reservada a los oficiales. Vacilé en la escalera, pero me animó a subir.

—Están en alguna reunión —me dijo.

Puso la mano en la placa de seguridad y se abrió la puerta. Se encendió la película LED que cubría las paredes para ofrecernos las vistas de una profunda selva tropical, de las que ya solo se veían en Patagonia o Australia Occidental. Una serie de pesas y mancuernas ocupaba la pared de enfrente, y más allá había dos sillones de inmersión y un armario que debía de ser el mueble bar, porque Andria lo enfiló directamente.

—Cierra la puerta —dijo mientras abría el armario. Nunca había visto tantas botellas de alcohol en un solo lugar, y eso era decir mucho.

—¿Cómo es que has llegado a alférez tan deprisa? —le pregunté.

—Estando en un pelotón con un elevado índice de bajas. Y evitando cagarla demasiado cuando pasé por la instrucción abreviada para oficiales.

—Pues no tengo nada que hacer.

Sacó una botella de whisky del armario y me llenó una copa de globo.

—No he comido, Andria; no debería tomarme esto.

—No deberías —dijo con una risita.

Ella solo se sirvió dos dedos de líquido ambarino.

—Siéntate. —Señaló los sofás inmersivos; levanté el apoyabrazos de uno y me senté en el borde. Quería seguir con la espalda recta. Si me recostaba, tenía miedo de dormirme. Bebí un trago sin pensármelo, y noté lo fuerte que era justo antes de que me abrasara la garganta. Apreté los ojos.

—¿Te gusta? —Andria se echó a reír—. Me aficioné con Rubem. Es agradable. Como beberse la guerra.

Di otro trago y cerré los ojos. Lo dejé circular alrededor de la lengua. Me recordaba el incendio de Canuck, el olor de la parrilla humeante de Marino. El barro y la sal de cuando follé con Tanaka en aquel prado. Noté el sabor de las raciones calentadas, con la envoltura llena de ceniza. Andria debía de haber sido nuestra CO en aquella misión; por eso no había reconocido la voz de la capitán V. ¿Cómo se podía echar de menos un tiempo y un lugar que eran el infierno en la tierra? Me tragué el whisky y, cuando abrí los ojos, vi que Andria me miraba detenidamente.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —dije.

—Sé que la comunicación no funciona muy bien en la sala de descanso. Supongo que lo prefieres. Ha pasado tiempo, Dietz. Para ti. Para mí.

Activé el reloj de bolsillo y lo dejé en medio, en el suelo. El aura azul de mi lentilla se apagó. Inteligencia no tenía acceso.

—Andria se quedó mirándolo como si fuera un insecto malévolo.

—¿De dónde coño has sacado eso? —preguntó.

—Me lo diste tú.

Andria se rebuscó en el pantalón y puso un reloj idéntico junto al que yo acababa de colocar. Mi versión estaba más gastada, un poco raspada, y aún le quedaba un poco de sangre de Andria.

—Era de mi abuela —dijo—. Heredado de la suya. ¿Cómo cojones tienes eso?

—¿El tuyo inhibe las comunicaciones, como el mío? ¿Has hecho esto alguna vez?

Andria cogió el reloj original y se lo guardó lentamente en el bolsillo.

—¿Has sido tú? ¿Cómo has...?

—Necesito tu ayuda. Aún no; más adelante. ¿Has oído hablar de la Brigada de Luz?

—¿No querrás decir «la brigada ligera»?

—No. —No sabía qué era eso—. Soldados que tienen malos saltos. Despliegues que... no siguen un orden. Cuando se dispersan.

—He leído tu expediente. Cuando Rubem se enteró de que me habían concedido este ascenso, me dijo que lo leyera. Tenía una corazonada.

Se me encogió el pecho. ¿Podía confiar en ella a aquellas alturas de la guerra?

—No quiero que me dejen en tierra. Tengo que aprender a controlar esos saltos. Tú me ayudaste, en el futuro. Por eso tengo el reloj de bolsillo. Llegará un momento, ya lo verás, después de una misión que denominan «solución final», en que todos enfermaremos. Entonces será cuando más necesite tu ayuda.

Sus dedos tamborileaban contra la copa.

—¿Has hablado con Rube?

—No. —Estuve a punto de añadir: «¿Cómo voy a hablar con él, si ha muerto?», pero le vi en la cara, en el tono, que hablaba de él y pensaba en él como si siguiera vivo. Y aún era así. Me dolía la cabeza.

—¿Qué quieres de mí?

—Necesito que me ayudes a terminar lo que empecé en el futuro.

No me habría extrañado que llamase al médico en aquel instante.

—Cuéntame.

Le conté lo de los saltos, lo del incendio en Canuck. El Sick.

—Tengo que aprender a superar los módulos de tortura —concluí—. ¿Puedes ayudarme? Tú lo conseguiste.

—Claro, en la instrucción obligatoria.

—Pero no entraste en Inteligencia.

—No me gusta torturar a la gente —dijo torciendo el gesto.

—Los módulos de tortura, ¿no son... tortura?

—Claro, pero no con gente de verdad. Se trata de tomar el control de un algoritmo ideado para actuar como una persona. Tiene reglas. Como cualquier programa. Siempre hay reglas.

—Como... las leyes de la física. —Escarbé en la memoria en busca de las clases de física elemental—. Reglas básicas. ¿La conservación de la materia? ¿Verdad?

—La materia no se crea ni se destruye; solo se reorganiza. Por eso es raro que perdamos gente. Vuelven mal. También, la teoría de la relatividad... Las mierda es más pesada cuanto más deprisa va.

—¿Cómo era eso de la masa?

—Ya veo por dónde vas. Los objetos con mucha masa distorsionan el espaciotiempo. Y si alcanzamos la velocidad de la luz...

—Nos volvemos más pesados.

—Claro, pero no alcanzaríamos la masa de una estrella. Y toda esa gravedad, ¿no jodería cosas, como...?

—¿La Luna?

Andria se recostó en el sillón.

—Huh. —Se sirvió otros dos dedos de whisky—. Te escucho.

—Son palos de ciego. No tengo ni idea de lo que estoy hablando.

—Vale, pero sea lo que sea eso de lo que no tienes ni idea, me intriga. Rubem también decía chorradas científicas de ese estilo.

—¿Así que me escuchas por Rubem? Vaya, recuérdame que le dé las gracias. —Antes de que acabe muerto.

—Digamos que creo que no estás viviendo esta guerra en el orden lineal. Diremos que la jodieron en Logística, como con Rube. Pasa todo el rato. Es una tecnología reciente.

—Y ha pasado a más gente, además de a mí. Por eso sé que no he perdido la cabeza.

—Tú eres la única persona que ha hablado de ello en detalle. Rube no suelta prenda.

Señalé el reloj de bolsillo.

—Si estoy hablando es porque no hay comunicaciones. Si estuvieran grabando esto, me dejarían en tierra. Nadie quiere quedarse en tierra. Y Jones me

dijo que no siempre se limitan a impedir que quienes tienen malos saltos sigan saltando. Desaparecen. No pensaba hablar de esto con nadie.

—¿Pero conmigo sí? Llevamos sin vernos... mucho tiempo.

—En tu caso, puede. Yo te vi por última vez hace poco. Cuando volvamos a vernos, en el futuro, me dirás que estuvimos hablando. Que, de alguna forma, conseguí convencerte para que me ayudaras. No tengo ni idea de qué te dije; espero que sea esto.

—Más vale que dejemos de inhibir las comunicaciones, o alguien se pondrá a hacer preguntas. La mala recepción de esta sala no sirve de excusa indefinidamente.

Recogí el reloj a regañadientes.

—¿Vas a denunciarme? —pregunté.

—Recuerdo lo que decían de tu padre.

—Yo también.

—Y te alistaste en esta guerra, a pesar de lo que le habían dicho.

—Creía que era lo correcto.

—No te conté nunca cómo murió mi tía, ¿verdad?

—¿Una de las dos con las que vivías?

—Sí, las que se hicieron cargo de nosotros cuando murieron mis padres. Una de ellas luchó en las guerras Corporativas. Por Teni, además. Una buena soldado. Una buena mujer. Me alisté por ella. Ya era ciudadana; podía haber hecho cualquier cosa. Pero a mi tía le pasó una cosa en la guerra; no me enteré hasta este mismo año. Lo único que sabía hasta entonces era que había muerto. Nos concedieron todas esas prestaciones y nos mandaron sus cenizas envueltas en una bandera. Todo muy pulcro. Pero hete aquí que en un permiso me emborracho con una subteniente y resulta que se acuerda de mi tía. Me dice que habló en su favor en el consejo de guerra; fue el motivo por el que no la expulsaron. Gracias a esa subteniente nos dieron una versión positiva de su muerte y conseguimos todas esas prestaciones y la ciudadanía.

—¿Qué hizo?

—Ver lo que no debía, en palabras de la subteniente. Pero tengo la mosca detrás de la oreja con todas las mierdas que pasan en el Ejército Corporativo, sobre todo los últimos años. No sé lo lejos que están dispuestos a llegar con tal de vencer a las otras corporaciones, de absorberlas. Los tiros van por ahí desde hace mucho.

Al soltar el aire me di cuenta de que había estado conteniéndolo. Levanté el

reloj.

—¿Preparada?

Andria asintió.

Pulsé la corona y la luz parpadeante reapareció en la esquina de mi ojo izquierdo. Me guardé el reloj.

—Será un placer echarle una mano con los módulos de tortura —dijo Andria—. Pero está sin fuerzas. Tómese otro par de días. Ejercite la meditación. Después iremos a la sala de inmersivos y hablaremos de la voluntad. Tengo entendido que va a quedarse seis semanas en tierra; eso nos dará tiempo, a no ser que manden al pelotón a una misión prolongada.

—Gracias, mi alférez. —Me puse en pie.

—¿Dietz?

—¿Sí?

—La próxima vez, espere a que le dé permiso para marcharse.

—A la orden, mi alférez —dije, y saludé. Salí de la habitación. Cuando llegué al pasillo me di cuenta de que me temblaban las manos. ¿Cuánto hacía que no intentaba cambiar algo en mi vida, en vez de reaccionar a lo que ocurría?

Ni siquiera por Vi había intentado cambiar.

Qué gilipollas podía llegar a ser.

Unos días después me metí con Andria en el primer inmersivo, en el tiempo libre de antes de que apagarán las luces. No era una perspectiva que me agradase; solo tenía la insistencia de la Andria del futuro en que iba a funcionar. La Andria que estaba sentada en el sillón reclinable paralelo al mío no parecía confiar en lo que hacíamos tanto como la del futuro, pero supongo que era de esperar. El caso es que cuando hacemos algo que sabemos que tiene un punto de locura nos gusta tener al lado a alguien que nos asegure que en realidad no es tan descabellado, que está bien, bien de verdad. Y Andria no había llegado a esa etapa.

Cuando entré en la experiencia inmersiva intenté bloquear los recuerdos del futuro. Quería creer que Andria estaba haciendo aquello por mí, pero lo hacía por Rubem. Rubem, que ya habría muerto la siguiente vez que habláramos. Y ni siquiera había mostrado interés, no le había preguntado: «¿Cómo murió?». Todas las muertes formaban una nebulosa, mezcladas como los acontecimientos que experimentaba. Atente a las órdenes. Cíñete al informe preliminar. Salta, salta. Haz lo que te digan. No hay tiempo para nada más.

Vi me hablaba de un estudio, el experimento de Milgram, en el que un profesor universitario puso a gente normal a dar descargas eléctricas a estudiantes hasta que se hacían los muertos. Les decía que él asumiría la responsabilidad de lo ocurrido, y que si no administraban las descargas mortales, el experimento sería un fracaso.

Esa es la forma fácil de vivir, la que quería el Ejército Corporativo.

No me acordé de aquel estudio hasta que abrí los ojos y me adentré con Andria en el inmersivo. La gente normal estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por la autoridad, siempre que se viera aislada de la culpa. Pero también estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por los seres queridos. Hasta desobedecer órdenes. ¿Por qué nadie había hecho un experimento así?

El inmersivo cobró vida a nuestro alrededor. Una cámara de tortura antigua, con paredes de ladrillo. Era la primera vez, cronológicamente, que Andria la veía, y se echó a reír.

—Qué medieval —dijo.

Yo estaba en el centro de la habitación, colgada de unas cadenas sujetas al techo. En los límites de la oscuridad veía el contorno acechante de los guardias, los torturadores, los interrogadores, dispuestos a entrar y acabar con aquello.

Andria cogió un látigo de la gran mesa de madera que tenía delante. Era, con diferencia, el arma más inocua de las expuestas.

—¿Hay algo que quieras decirme, Dietz? —preguntó agitando el látigo.

—Está en el nivel predeterminado.

Se encogió de hombros y echó el látigo hacia atrás.

—Oh, vaya. Dime qué estás experimentando.

—Me duele todo. —Yo no había elegido ese nivel; una vez más, era cosa de Andria. Eso me acojonaba. Los torturadores podían hacer lo que quisiera hasta que pronunciara la palabra de seguridad que cerraba el programa. Se me ocurrió que en esa ocasión podía saberla, en caso de que Andria no la cambiara de una vez para otra.

—¿Por qué te duele?

—No entiendo la pregunta.

—Eres consciente de que estás en una simulación. Sabes que es falso. Tienes el control. Así pues, ¿por qué te duele todo?

—Porque lo dice mi cerebro. Dice que...

—¿Qué hace el cerebro?

—Interpretar... los estímulos.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Estímulos. Pero a ver... ¿Cuál es la diferencia entre esto y el mundo real, si en un caso y en otro solo se procesan estímulos?

—Exactamente. —Entraron los torturadores, todos vestidos de negro, una mezcla de caras, tonos de piel, texturas de pelo y uniformes impolutos. No quería que tuvieran pinta de marcianos, fuera cual fuera la pinta que nos decían que tenían los marcianos. Altos y delgados, tirando a pálidos, piel traslúcida, ojos entornados, nariz respingona. Sabía que el enemigo no era un tono ni una textura, sino un sistema.

Andria cogió de la mesa un cuchillo negro dentado y los degolló rápida y limpiamente. Cayeron fulminados, mucho más deprisa y con mucho menos ruido que ninguna persona en la vida real, a no ser que sufriera un tromboembolismo o le reventara un aneurisma. Un tío mío, o un hombre al que llamaba tío, murió de un aneurisma. Estaba corriendo por una ruta muy concurrida y de repente cayó

muerto, como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Resultó chocante ver a alguien que estaba y al instante dejaba de estar.

Los cadáveres de los torturadores se desangraron y desaparecieron del módulo.

—¿Ves qué fácil? —dijo Andria.

—Tu acceso es distinto del mío.

—Todo lo contrario. He entrado en la simulación con las mismas restricciones que tú.

Cerré los ojos y me concentré, tal como había hecho en el futuro la primera vez que entré en el módulo con ella. Oí que llegaba la segunda oleada de torturadores.

Cuando se acercaron las pisadas noté que Andria se movía. Abrí los ojos y la encontré mirándome de cerca. Noté el frío del cuchillo en el cuello.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Andria.

Por detrás de ella se acercaban los torturadores con sus trajes negros.

Miré a Andria a los ojos. Me centré.

La cadena que me rodeaba la muñeca derecha se retorció y se derritió. Cogí el cuchillo de la mano de Andria y lo clavé en el cuello del atacante más cercano. Repetí con el siguiente y el siguiente.

Se lanzaban contra mí, uno tras otro, blandiendo las porras eléctricas. Me encajaron varias descargas. Pero el dolor solo era un mensaje, un impulso de las neuronas. Aquel dolor no existía fuera de mi cabeza. Estaba confinado.

Cuando cayó la última torturadora me encontré con que mi respiración seguía siendo acompasada. No me había puesto a sudar. Claro que no.

«Esto no es real», pensé. Era lo que había que entender. Asimilar eso lo hacía posible.

—Muy bien —dijo Andria. Me señaló la muñeca izquierda, aún encadenada—. Aunque eso es un fallo muy gordo.

Tiré de la cadena. Seguía sujetándome firmemente.

—Mierda —dije.

A veces se gana, a veces se pierde.

Cuando llevaba tres semanas en tierra enviaron a mi pelotón a una misión al este de África, en territorio de Masukisan. Me dejaron en el barracón con el personal auxiliar y unos cuantos soldados de la compañía que estaban de baja como yo, por lesiones físicas o psicológicas.

No fue un tiempo especialmente memorable. Marcaba los días en la litera. Iba a ver a la psiquiatra. Debatíamos mis sentimientos ficticios sobre nada. Hablé de mi aburrimiento, de mi cansancio de la guerra. Ella sacaba todo el rato el tema de la marciana a la que había disparado en la última misión, pero era el menor de los horrores que me poblaban el cerebro. Había sido un error muy temprano. Por aquella época, cuando me despertaba de golpe era por pesadillas en las que me vomitaba sangre en las botas en Marte, y corría, siempre corría detrás de Muñoz por el polvo color óxido de Marte; siempre me sacaba delantera, riendo, mirando hacia atrás.

No hablé a la psiquiatra de aquellas pesadillas.

Cuando concluyeron oficialmente las seis semanas, mi pelotón no había vuelto aún de su último despliegue. No nos proporcionaron ninguna información a los que seguíamos en los barracones; la información, como siempre, se suministraba con cuentagotas. Me tocó montar guardia alrededor de los barracones y empecé a ir a clase para ascender a cabo. Casi todo aquello era idea de la psiquiatra. No le gustaba que pasara mucho tiempo en inmersivos de tortura. Supongo que no queda muy bien estar de baja por salud mental y recibir tortura virtual voluntariamente. Pero había oído hablar de la terapia de aversión contra el estrés postraumático; otros soldados hablaban de ello, y saqué la idea en una de nuestras conversaciones. Quizá me viniera bien enfrentarme en un entorno controlado a las cosas que había experimentado. Que mi cuerpo quemara la ansiedad.

Cuando volvió el pelotón ya me habían ascendido a cabo, lo que demostraba que, en realidad, tenía más de dos neuronas que frotar entre ellas. Sentí deseos de mandar un mensaje al instructor para decírselo; luego me pregunté si habría

muerto. Sería lo suyo, ¿verdad?

Cuando mi pelotón salió de cuarentena conté cincuenta y seis marcas más en la litera. Seguía siendo la única forma de llevar la cuenta de los días, ya que no tenía acceso a ningún calendario. Las listas de tareas y los actos que afectaban a la compañía se mostraban con una cuenta atrás, y nunca con más de siete días de antelación, como si saber mucho antes que llegaría una fiesta o un desfile fuera a provocar una revuelta en masa.

Jones fue el primero al que vi volver de la cuarentena. Cojeaba. No me miró cuando se tumbó en su camastro.

—Vivo —dije.

—¿Sabías que hasta la sangre puede arder?

—No —respondí, y ahí lo dejé.

En aquel salto habíamos perdido a Herrera. Después me enteré de que se había corporeizado en una gran fosa de basura y murió antes de que Logística lo redirigiera. Eso nos dejaba con dos personas menos, contando a Prakash.

Los gerifaltes nos asignaron a la chica nueva al día siguiente, y no me sorprendí al ver su nombre en la pantalla interna. Sabía exactamente a qué escuadra iban a mandarla.

Ratzesberger.

La primera vez que nos vimos, cronológicamente, me sorprendió lo joven que parecía. No tenía ni idea de la edad que rondaría yo por aquel entonces, pero ella parecía unos cuantos años menor; le habría echado dieciséis como mucho.

—¿Ahora reclutan niños? —rezongué.

—¡Tengo diecisiete años! —dijo enderezando la columna—. Los de las clases avanzadas podemos alistarnos y...

—Carne fresca. —Marino estaba sentado en el baúl de los pies de su litera, limpiando el arma—. Cada vez son más y más jóvenes.

—¿Cuánto duró tu instrucción obligatoria? —pregunté.

—Tres semanas —respondió, desafiante.

—La hostia —murmuró Omalas, y se santiguó.

—Desde luego, andan apurados —dije—. Cuando la hice yo eran seis semanas.

—Bueno —dijo Ratzesberger con orgullo—. Ahora se hace de forma distinta. Muy seria.

—Te doy un salto —dijo Marino.

—No seas capullo —le dije.

—No puedo morir aún —dijo Ratzesberger—. ¡Acaban de mandarme al frente! No se puede morir nada más llegar.

Marino soltó un gruñido desdeñoso.

—¿Sabes cuántos chavales mueren en el primer salto? —dijo—. Novatos idiotas...

—No le hagas caso, Inmortal —dije—. Voy a enseñarte esto.

—Inmortal —dijo Jones—. Me gusta.

—Eso es una garantía de que será la primera en morir —dijo Marino.

—Puede que engañe a la muerte y la mantenga alejada. —Hice una seña a Inmortal para que me siguiera, y me di cuenta de que era yo quien le había puesto ese mote estúpido.

Claro. El puto humor macabro de esta línea temporal.

¿Cuántos días más tenía por delante?

Resultó que muchísimos.

Supongo que me lo habría dicho la litera, una y otra vez, pero seguía sin confiar en mis propios cálculos. Tal como había averiguado después del Sick, no siempre iba a estar en el barracón para contar el tiempo.

Resulta que no me equivocaba.

En Logística empezaron a encontrar dificultades. Era el término que usaban. Nuestra experiencia era distinta. Todo un pelotón de la compañía Tangine volvió mal. Saltaron de vuelta al campo de despliegue hechos una masa de cuerpos contorsionados, brazos y piernas pegados a los torsos que no correspondían, cabezas volteadas, columnas vertebrales con circunvoluciones imposibles, pies contraídos como garras, y eso cuando había algo reconocible.

No los vi llegar, pero alguien había subido una grabación, y la descargué y la vi antes de que la corporación lo purgara todo, incluido el soldado que la había compartido. Lo que me impresionó no fueron tanto las imágenes como el sonido. Los gruñidos, los sollozos de la masa; era como escuchar una piara que se dirigía al matadero.

No fue el único pelotón que se perdió aquel día; oímos rumores de que les había pasado a otros, aunque era difícil obtener información. Después de aquello nos dejaron a todos en tierra.

Cuando volvieron a llamar a la compañía Perro, temí saber adónde nos mandaban. La capitán V estaba al mando de la compañía, y nos facilitó el informe preliminar al salto en la cantina de los barracones. Fuera llovía con tanta fuerza que sonaba como un trueno líquido.

—En Logística han experimentado ciertas dificultades —dijo la capitán V—, como sin duda ya sabrán.

Sonaron varias risotadas en respuesta.

—Han encomendado a nuestra compañía un trabajo de niñeras en São Paulo —continuó. Sentí un peso en el estómago. Varios de nosotros cruzamos miradas

—. Sin duda no creerán que en São Paulo quede gran cosa que proteger, pero nuestra consejera delegada va a montar un espectáculo, una demostración de poderío militar, y tenemos que formar parte. Su tarea no consiste solo en estar guapos; también tenemos que proteger el culo de los contratistas encargados de construir el nuevo monumento a la Libertad. Puede que no se hayan enterado, pero hay liberales y anarquistas que pretenden que São Paulo siga siendo un terreno pelado, un monumento a Marte. Intentan sabotear el monumento. Por fortuna se nos dan bien los saboteadores, ¿eh?

—Así es, mi capitán —coreamos en voz muy alta.

Estuve rumiando sus palabras durante todo el viaje en lanzadera a São Paulo, o al lugar donde había estado São Paulo. Íbamos apelotonados en la parte trasera de una nave de transporte de tropas, sin ventanas, así que al menos no tuve que ver desde el aire en qué había convertido Marte todo lo que había querido.

Cuando bajamos de la lanzadera intenté no mirar, pero era imposible no verlo. Aún quedaban edificios cerca del cráter, y un buen trozo de la ciudad. El arma que hubieran usado los marcianos era increíblemente táctica; como si hubieran hundido una cuchara de helado gigante en la zona este de la ciudad y la hubieran arrancado. Casi toda la zona había estado ocupada por campos de trabajo.

En otros tiempos, São Paulo había sido una ciudad increíblemente poderosa. Habíamos crecido oyéndolo. Solo estaba a unos diecisiete kilómetros del océano Atlántico, pero se encontraba muy por encima del nivel del mar. La falta de agua, los disturbios y las primeras guerras Corporativas dejaron gran parte de la ciudad abandonada y en ruinas. Como resultado, la ciudad fue adoptando la cara que recordaba: los resplandecientes rascacielos construidos después de la guerra por intereses corporativos, las gigantescas torres solares y la interminable extensión de ruinas donde malvivíamos mi familia y yo después de que nos desterraran de las urbes habitadas por ciudadanos y residentes.

Sentí un escalofrío, aunque hacía calor. Los campos de trabajo que rodeaban el baluarte corporativo del centro de la ciudad habían sido arrasados hacía tiempo. Ya no humeaban; solo quedaban los esqueletos renegridos de los edificios.

—¿Qué pasó? —pregunté observando el anillo de ruinas que rodeaba el fulgurante centro.

Jones me vio mirando y dijo:

—Si, antes del Blink ya planeaban allanar con excavadoras toda la zona de

los campos de trabajo. Es curioso: el Blink sacó a todo el mundo de los campos, los arrancó de cuajo, pero dejó parte de la ciudad.

Me quedé mirándolo. Debo decir en su honor que estaba abatido, como si acabara de recordar que yo era de allí.

—Sigue... habiendo una ciudad. ¿La zona rica?

—Aún hay medio millón de personas viviendo aquí. El Blink se llevó a millón y medio, más o menos, pero había más gente en el centro de la ciudad. De todas formas, Teni quemó y apisonó lo que quedaba de los campos. Despojos en su mayoría.

—¿No te molestó? ¿Que mintieran?

—¿Mentir? No mintieron en lo de Marte. Quiero decir, mira el cráter. El Blink se llevó la mayor parte de la ciudad.

—Pero... no es de lo que informaban los medios de comunicación. Por lo que decían parecía que no quedaba nada.

—Supongo que era... Bueno, útil para el esfuerzo bélico. Supongo que... no creían que fuera a alistarse tanta gente si decían que Marte había matado sobre todo a despojos.

—A la mierda este sitio —dije—. A la mierda Teni.

—Lo siento —dijo Jones—. No se me ocurrió... Lo siento.

¿Por qué iba a preguntar nadie qué había sido de los despojos? ¿Por qué iba a importarle a nadie? ¿Por qué iban a cuestionarse lo que decía la corporación? El verdadero destino de São Paulo no habría resultado de interés para los informativos controlados por las corporaciones. Tras sufrir durante toda la niñez el acoso de los agentes de GPE, no me parecía probable que nos fueran a contar lo que había ocurrido realmente. ¿Cómo había sido tan idiota de tragarme todo lo que me decía la corporación? Me lo había tragado. Puede que quisiera creerlo. Quería creer que los marcianos habían destruido toda la ciudad, desde allí hasta el mar, porque así me resultaba más fácil alistarme. Me resultaba más fácil cumplir órdenes. Creer los embustes lo hace todo... más fácil, cuando esos embustes sustentan la visión del mundo. Si me hubieran dicho que Tene-Silvia había quemado y asesinado a más de un millón de despojos de São Paulo en aras del resurgimiento de una flamante ciudad corporativa, ¿me lo habría creído?

No: habría dicho que era propaganda cutre de Evecom, o de los anarquistas, o de los insurgentes socialistas.

Incluso en aquel momento me preguntaba si Jones no estaría equivocado, si su madre, la de Inteligencia, no se lo habría inventado. Se produce un tremendo

momento de disonancia, como abandonar el cuerpo, cuando se descubre que uno de los momentos cruciales de la vida tiene mucho de mentira.

—¡Dietz! ¡En marcha! —La voz de Andria por el canal bidireccional. Por lo menos no me afeaba la lentitud delante de todo el pelotón.

Corrí resoplando detrás de ella y el resto de la compañía, a montar el espectáculo para mayor gloria de los intereses de una consejera delegada que no perdía el sueño por matar impunemente a gente como yo.

Las protestas de São Paulo eran multitudinarias.

Nunca había visto nada parecido.

El nuevo monumento a la Libertad abarcaba todo el diámetro del cráter del este de la ciudad. El cráter en sí había estado llenándose de agua y se había transformado en un lago perfectamente semiesférico. La bullente multitud de manifestantes rodeaba el lago. Habían plantado tiendas de campaña de colores vivos, y habían aparcado sus destartaladas furgonetas, vehículos de desierto y todoterrenos solares. Eran jóvenes. Mierda, yo también era joven, pero me parecían niños, con los ojos brillantes y unos rostros jubilosos que ellos creían que eran fieros. Los jóvenes no tienen nada que perder.

Los dos extremos del monumento a la Libertad estaban custodiados por soldados que dejaban pasar a los contratistas. Tenía un vago recuerdo de la forma que tendría al final esa radiante monstruosidad, pero de momento era un puente descomunal adornado con columnas y agujas a medio construir, entrecruzado de cables y sujeto por los brazos basculantes de grandes grúas en equilibrio inestable sobre barcazas.

Los manifestantes también contaban con una gran grúa, de la que colgaba una bandera. Tuve que hacer zoom en la pantalla interna para distinguir las palabras: «Teni asesinó a São Paulo».

Por la noche, Andria se reunió con nosotros en la carpa que hacía las veces de barracón provisional de nuestro pelotón.

—Nuestro cometido consiste en despejar la zona que circunda el monumento antes del discurso que pronunciará mañana la consejera delegada.

—¿Qué significa eso? —Inmortal, siempre tan despierta.

—¿Qué coño crees que significa? —Marino se echó a reír.

Omalas se miraba las manos.

—Significa que tenemos que despejar la zona que circunda el cráter —respondió Andria—. Empleando los medios necesarios.

Yo tenía el fusil en las rodillas. Acababa de limpiarlo y volver a montarlo.

—¿Eso significa emplear fuerza letal, mi alférez? —pregunté—. ¿Contra los nuestros?

—No son los nuestros —dijo Andria, sin mucha convicción—. Casi todos cobran por protestar. Hacemos nuestro trabajo, como ellos el suyo. Les dijeron que se dispersaran o los expulsaríamos por la fuerza. Saben lo que les espera.

—Ni siquiera están armados —dijo Omalas.

—Puede que algunos lo estén —dijo Andria—. Por eso tenemos que retirarlos de la zona. Puede que ni siquiera nos haga falta emplear la fuerza. — Como nadie la miraba; prosiguió en voz más alta—: Es una orden directa de la consejera delegada, a través de la gerente de guerra. Lo más importante, es una orden que procede de mí.

Fuera lo que fuera lo que pasara allí aquella noche, Andria quería que se lo cargáramos a ella. Ella se lo cargaría a la capitán V. La capitán V echaría la culpa al teniente coronel del batallón, que a su vez culparía a la coronel del regimiento, y esta, al comandante de la brigada, y lo que pasara aquella noche seguiría jerarquía arriba hasta recaer en la cabeza pacíficamente dormida de una consejera delegada que jamás se ensuciaría las manos. Nunca vería la sangre salir a borbotones de un amigo herido mortalmente. Nunca vería la vida abandonar el rostro de un pobre chaval que creía que el mundo podía ser un lugar mejor.

Salimos de la carpa.

Nuestra compañía atacó las tiendas de los acampados un poco después de las tres de la mañana. No podía haber un combate limpio. Nadie esperaba que lo hubiera. Puse el seguro antes de partir hacia el campamento. Muchos lo dejaron quitado.

Los manifestantes nos combatían con puños, piedras y palos. A medida que se despertaban empezaron a usar bombas de petróleo crudo, pero no bastaban para perforarnos los uniformes, diseñados para soportar incendios tan violentos como el de Canuck. Ni siquiera las balas de las escasas armas de fuego que guardaban en los vehículos o bajo el saco de dormir nos hacían gran cosa.

Avanzábamos, avanzábamos... y resultaba más fácil si lo consideraba una acción colectiva. Un «nosotros», no un «yo».

Inmortal, tan miedosa en el campo de batalla real, encontraba mucho más soportable esta matanza desequilibrada. Fue la segunda de nuestra compañía en descargar el fusil de pulsos contra la multitud que gritaba y tiraba piedras; destrozó a un manifestante y partes de otros dos. No le vi la expresión cuando lo

hizo, porque tenía el visor bajado, pero me la imaginaba. El subidón de la supremacía. La fiebre del poder.

Volvio a apuntar.

Pasé de largo en dirección a Andria, que hacía lo que podía por contener a los manifestantes con gases lacrimógenos y una porra eléctrica. Pero los chavales no eran tontos del todo, y tenían tácticas defensivas bastante decentes. Estaban equipados con chalecos aislantes caseros y kits de enjuague para el gas pimienta, y se habían maquillado para burlar el software de reconocimiento facial de nuestras pantallas internas. El cielo estaba cuajado de drones, nuestros y suyos. Admiraba el ingenio con que empleaban sus escasos recursos para plantarnos cara. Me hizo pensar en Marte y en el niño al que había matado la teniente V. ¿Cuánto miedo tenía que tener la consejera delegada para mandarnos a matar chavales armados con explosivos caseros y remedios para el gas pimienta? Estábamos matando los síntomas, no la enfermedad.

Me pregunté qué diría a la psiquiatra después de aquello. ¿Cómo me animaría a aplacar la conciencia por lo ocurrido? ¿Solo una guerra, solo órdenes, solo atenerse al protocolo por el bien de Tene-Silvia?

Di un culatazo a una chica que tenía delante y le dije en castellano que se largara. Me contestó en portugués. Oír aquel idioma... Me eché para atrás y estuve a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué haces? —dijo—. ¡Somos los tuyos! ¡Estás matando a los tuyos! ¡Deja el arma y únete a nosotros!

Agarré el fusil con más fuerza.

Los míos.

Me quedé inmóvil en mitad de la algarabía de humanidad vociferante. Los disparos de pulsos volaban a mi alrededor. Carne humana, vísceras, sangre, se acumulaban a mis pies. El zumbido y el traqueteo de los drones de combate mezclado con los gritos y protestas de los que me rodeaban. Habían empezado a gritar consignas en portugués.

—Uníos a nosotros, hermanos y hermanas. El poder es el pueblo.

Caí de rodillas. La sangre se mezclaba con la tierra y la convertía en barro. Me subí el visor, me quité la máscara y me llené los pulmones del aire cargado y asfixiante. Hundí las manos en la tierra y aspiré su conocido olor: muerte, gasóleo, la punzada de la carbonilla que perduraba desde las guerras Corporativas, cuando los barrios periféricos quedaron demolidos en su mayor parte.

Cuando levanté la cabeza hacia la joven que me miraba con expresión esperanzada, triunfante, estalló en pedazos delante de mí. Simplemente se le desintegró el torso, cubriéndome de una neblina roja, y el resto se desmoronó como un saco de patatas.

Inmortal se me acercó por detrás, con el fusil dispuesto. Me tendió la mano.

—Vamos, Dietz.

Le cogí la mano.

Amaneció un día cálido, con llovizna. Nuestro pelotón formaba con el resto de la compañía en el extremo este del monumento a medio construir, justo detrás del lugar donde la consejera delegada pronunciaba su discurso, un enorme podio de plata que me deslumbraba.

A mediodía no quedaba ni rastro del campamento de los opositores, justo a tiempo para su aparición. Lo desintegramos casi todo con los fusiles de pulsos; era más rápido que quemarlo. Los cadáveres se cargaron en camiones que los llevaron al crematorio; a los supervivientes se los llevaron los agentes locales de GPE. Me pregunté cuánto tiempo sobrevivirían los detenidos.

Puesto que estábamos detrás del estrado, habían instalado pantallas para que viéramos el discurso como todos los demás. Era surrealista observar de frente la propia compañía, alineada como telón de fondo viviente detrás de una consejera delegada que hablaba de cómo sus tropas habían cumplido la misión que se impuso la corporación tras el Blink.

—Nuestros enemigos entienden que Tene-Silvia es más fuerte que nunca — dijo la consejera delegada. Me pareció revelador que no mencionara Marte explícitamente. No se dirigía a Marte. Se dirigía a las otras corporaciones. Se dirigía a los suyos. Se dirigía a nosotros—. Hoy dedicamos el monumento a la Libertad a los que cayeron aquí. ¡Que siga en pie un millar de años, como tributo a nuestra voluntad de seguir adelante, de devolver a Tene-Silvia la grandeza de nuestros predecesores de Teniente Azul!

A su lado, en la pantalla, vi una llamativa figura vestida de blanco. Tenía el pelo claro recogido en un apretado moño. No aplaudía con la multitud. No sonreía. Simplemente estaba detrás de la consejera delegada, un poco a la derecha, tramando y maquinando como de costumbre. Norberg ya había empezado a ascender a las altas esferas de Tene-Silvia; sin duda ya avanzaba en su plan de convencer a nuestra consejera delegada para que llegara a un acuerdo con el hijo de la consejera delegada de Evecom.

Lo peor de conocer el futuro era la sensación de no poder hacer nada por

pararlo. Todo parecía inevitable. Sin duda, Frankie había visto algo durante sus saltos. Muñoz también, y Andria decía que Rubem hablaba de ello. ¿Qué veíamos todos? Un círculo. Un mundo en guerra perpetua.

—Estoy orgullosa de los excelentes soldados que me acompañan. —La consejera delegada sonrió con calidez—. Representan lo mejor de Tene-Silvia. También tengo el placer de anunciar que cualquiera que se una al Ejército Corporativo podrá optar a la ciudadanía tras diez años de servicio. —Esperó a los aplausos, que comenzaron por los márgenes de la multitud, instigados por el equipo de Relaciones Públicas.

Marino me dio con el codo.

—Eh, Dietz.

No soportaba mirarlo a la cara.

—¿Qué pasa, Marino?

Se abrió la chaqueta del uniforme y reveló una de las bombas caseras de petróleo que habían estado lanzándonos los manifestantes la noche anterior.

—Joder, Marino, guarda eso antes de que te vea un francotirador de GPE.

Soltó una risita. El sonido me puso los pelos de punta.

—Voy a llamarlo Hal —dijo Marino—. Mi bebé Hal.

—No... No me acerques esa mierda, Marino.

Soltó otra risita.

—Estamos al servicio de quienes sirven a Teni —dijo la consejera delegada, y otra oleada de aplausos llenó el aire por su uso del nombre familiar con que muchos nos referíamos a la corporación.

Diez años, pensé. No íbamos a sobrevivir tanto tiempo. Puede que lo supiera.

Cuando terminó aquella pantomima nos asignaron más tareas de limpieza; después nos retiramos por fin a nuestro barracón provisional.

No podía dormir. Poco después de las dos de la mañana me levanté y salí. Las luces de lo que quedaba de São Paulo estaban atenuadas a consecuencia de la iniciativa de ahorro energético. Miré hacia el cielo en busca de las constelaciones que nunca había logrado distinguir durante la niñez.

Jones salió al cabo de unos minutos y me ofreció un porro. No le pregunté de dónde lo había sacado. Lo mejor de desplegarse con muchas más tropas es lo que se puede trapichear. Lo acepté.

Ninguno de los dos habló durante un largo rato.

Una estrella fugaz surcó el cielo, tan rápida que pensé que eran imaginaciones mías. Pero luego llegó otra, y otra. Algún acontecimiento celestial. Una lluvia de

meteoritos bellos pero en última instancia inofensivos, o puede que trozos de la Luna, una nueva oleada de fragmentos que por fin entraban en el pozo gravitatorio terrestre.

Jones echó la cabeza hacia atrás, igual que yo, para disfrutar del espectáculo gratuito.

—Eran mensajes fantasma, ¿verdad? —dijo.

Vací los pulmones de humo.

—¿En la instrucción?

—Sí, aquellos mensajes que borraste. De tu exnovia. ¿Eran fantasmas?

—Sí.

Asintió. Le pasé el porro.

—Lo siento —dijo.

—No fue culpa tuya. Vi quería ir a São Paulo a ayudar a la gente. Estaba llena de ideas. También recibí mensajes de esos de mi hermano, de mis primos, poco después. Pero los de Vi siguieron llegando durante mucho tiempo.

Como si lo que habían hecho con São Paulo no fuera suficiente, la tecnología que fuera que usaron afectó a los servidores locales. Todos los knus estaban controlados por nodos centralizados, y el de São Paulo se volvió loco. Estuvo vomitando mensajes viejos de vídeo, texto y voz, normalmente de muertos, durante un año por lo menos. Pero no he recibido ningún mensaje de Vi desde la instrucción obligatoria. Puede que ya haya acabado. Puede que los muertos guarden silencio ya, para que podamos seguir adelante.

—¿Era ciudadana?

—Sí. Mayor que yo. Con una licenciatura pija en Negociaciones Corporativas. Quería pasar un año en São Paulo trabajando para ayudar a los despojos. Mierdas de buenrollistas.

—A mí me parece loable por su parte.

—La gente se siente bien cuando hace mierdas de esas. Vi siempre fue ciudadana. Como esos ricos que aparecían por aquí y nos daban una botella de agua y una chocolatina, y sí, vivíamos un día más, es cierto, y ellos se marchaban muy pagados de sí mismos. Pero ¿dónde deja eso a la gente de aquí? Cruzada de brazos, esperando otra puta chocolatina. El verdadero cambio lleva tiempo. No es algo que se pueda hacer en un sabático. No me daba la gana respaldar esa mierda. Tenía cosas que hacer en casa.

—¿Como qué?

—Como terminar los estudios. Meterme en el Ejército.

—Pero no te alistaste hasta lo de São Paulo, ¿no?

—Sí, eso me convenció. Quería hacer algo bueno.

—¿Igual que ella?

—Esto es distinto.

—¿Tú crees? —Jones dio otra calada al porro. Los límites del mundo empezaban a difuminarse—. Yo, desde luego, creo que llevo mucho tiempo sin hacer nada bueno.

—Pero nos alistamos para hacer cosas buenas.

—A estas alturas, no sé si la intención cuenta algo. —Me pasó el porro.

—Jones, cuando esto se vaya a la mierda te largarás del Ejército. Quiero que sepas, ahora, que te apoyo plenamente.

Se echó a reír.

—Estás como una regadera, Dietz.

En São Paulo, los días se transformaron en semanas y luego en meses. Había mucho que limpiar, y nuestra compañía sacó el palito corto, así que le tocó custodiar el monumento para protegerlo de más incursiones de manifestantes y sabotadores. Intenté llevar la cuenta de los días en una libreta que compré a un niño que se acercó con una cesta de mierdas. Supuse que por aquel entonces llevaba unos treinta días en São Paulo y así lo consigné; después tracé una línea más antes de que se apagaran las luces.

Así llegué a la conclusión de que habíamos pasado ocho meses, más o menos, guardando el espeluznantemente feo monumento a la Libertad. Cuando nos relevaron, la construcción iba por la mitad; me pareció que iban muy despacio para ser algo que Teni pretendía poner como fondo en todos los informativos. Acabaron usando la imagen infográfica que habían creado los arquitectos para anunciar a todo el mundo que estaba terminado, cuando ni siquiera se acercaba al final.

Recuerdo haber visto aquel noticiario con los demás en el barracón provisional, mientras jugaba al go con Omalas. No dijimos una palabra; nos limitamos a bajar la mirada al tablero, pero a Marino le entró la risa histérica.

—Eres una artista de las engañifas, Teni —dijo Marino—. Por eso te quiero.

Volvimos en lanzadera a nuestra base, en Isla Riesco, aunque según todas las crónicas, en Logística habían resuelto más o menos el problema de los despliegues. Había aprendido a no fiarme de la información que daban en las noticias, sino de lo que me decían los otros soldados. Aunque nos grabaran, encontrábamos formas de vencer al sistema. Tal como nos había dicho Jones en la instrucción, evitábamos determinadas expresiones. Teníamos gestos que significaban «Estoy siendo sarcástico» o «Ni de coña puede ser cierto eso», y podíamos añadirlos a cualquier cosa que dijéramos.

Por aquel entonces, Logística volvía a funcionar.

No es que me sirviera de gran cosa.

Cuando volvimos a la base, Andria me dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Seguimos practicando con los módulos de tortura?

—Desde luego.

—Por cierto, te han ascendido.

—¿Eh? Sí, subí a cabo antes de São Paulo.

—Ahora eres cabo primero. Has participado en bastantes saltos y tu rendimiento ha sido muy bueno en varios de ellos. La capitán V lo ha aprobado.

—¿Por qué?

—Supuse que te vendría bien un aumento de sueldo.

—No sé...

Hizo una de aquellas señas, que significaba: «Cierra el puto pico. No hablo claramente porque la corporación de los cojones nos observa». Guardé silencio.

—Ese rango tiene todo tipo de prestaciones —dijo Andria—. Puedes acceder a más grabaciones e información del knu. Mola, ¿eh?

—Sí.

Estaba abriendo más puertas. Igual sí que se creía mis desatinos.

Pero no tuvimos oportunidad de seguir con el entrenamiento en los inmersivos.

Un día después de que volviéramos, por la mañana, la capitán V convocó a toda la compañía.

—Esta vez tenemos una misión de verdad —anunció—. Una operación completa. Van a desplegar seis divisiones, incluida la nuestra. El comandante Stakeley les proporcionará el informe preliminar en breve. Lo que puedo decir de momento es que será el mayor despliegue que hayamos visto muchos de nosotros. Eso significa que será fácil confundirse. Necesito que todo el mundo respete las líneas de comunicación. Tendremos un canal médico para las evacuaciones. No pidan médicos por los canales del pelotón o de la compañía; tienen que estar despejados.

Miré de reojo a Tanaka y su escuadra, justo a la izquierda de la mía. Había llegado el momento de saltar a Canuck, ¿verdad? O puede que aquel despliegue fuera distinto, más amplio.

No quería volver a realizar ese salto. Tampoco quería viajar al pasado. Quería viajar al futuro, ver si quedaba algo después del Sick. Hacia delante, siempre hacia delante.

Nos equipamos y nos soltaron en el campo de despliegue. Lloviznaba. Me encontré con que estaba temblando.

Andria se volvió a mirarme y abrió un canal bidireccional.

—¿Puedes decirme cómo sale esto? —Supongo que confiaba en que en Logística e Inteligencia estuvieran demasiado atareados para supervisar activamente nuestra conversación.

—Perdemos a Vela, y a Jones le vuelan un brazo. El fuego alcanza a mi escuadra y Tanaka se queda aislado... Un puto baño de sangre. Ya te hablé de esto.

—¿La nave de NorRus que os disparaba?

—Me encantaría equivocarme.

—¿Cómo puedo cambiarlo?

—No tengo ni puta idea —dije—. Ese es el problema. Pero si puedes pedir a Logística que vayan a recogernos a ese parque antes de que nos asen, no estará mal.

Empezamos a vibrar. Me castañeteaban los dientes. Las contracciones me doblaban hacia atrás e intentaban partirme por la mitad. Todo mi cuerpo se disgregaba. Se disgregaba...

«No —pensé—. Voy a seguir de una pieza. Concentrarme. Tengo que ir hacia delante».

Me disgregué en billones de trocitos; me transformé en luz. Volé. En aquella ocasión lo sentí; conservé una brizna de conciencia mientras el tejido de la realidad se deformaba a mi alrededor.

Nos elevamos y salimos disparados a través de la nada, a través de la oscuridad, por el espacio que separaba las cosas. Aceleramos, flotamos, bailamos, nadamos.

América del Norte. ¿Otra vez Canuck? No, no quería volver a aquella misión. No quería...

Caí en espiral sobre los grandes campos de trigo de Canuck, en dirección a una ciudad resplandeciente a la que no había afectado la guerra.

Otra ciudad vibrante que destrozar.

Un objetivo virgen.

Sin mancillar por drones, descargas de pulsos o despliegues rápidos de soldados transformados en luz.

Había oído hablar de la ciudad que tenía debajo; la había visto en inmersivos sobre el resurgimiento del norte.

Nasakan.

Déjà vu.

Éramos una bola de muerte incandescente.

Vi un prado verde lleno de cadáveres, amontonados como balas de heno. No eran cadáveres de extraterrestres. Éramos nosotros. Nuestros uniformes. Nuestras caras. Y estaban esparcidos a mi alrededor, hasta donde me alcanzaba la vista. Algo había salido horriblemente mal. Habíamos hecho algo muy mal y lo habíamos pagado. Alargué el momento; intenté aferrarme a él. No solo conseguí unos segundos, sino un par de minutos. Y podía sentirme presente allí, como si visitara Nasakan en dos épocas distintas.

Tuve aquel momento de disonancia mientras me materializaba en la zona de despliegue, las dos versiones de Nasakan superpuestas, como si estuviera viendo otro final de aquello. Otro futuro. Otra posibilidad.

Un parpadeo.

Y entonces acabó el salto.

Empezamos a corporeizarnos sobre la mayor ciudad portuaria de los refugiados marcianos, Nasakan, la perla reluciente que habían labrado en el norte de Canuck. Se alzaba en el desierto plano y negro que habían convertido en una pradera dorada, como suponía que los antiguos exploradores soñaban con la ciudad perdida de Z. En esa época del año no se ponía el sol. Los acuíferos de ahí arriba ya no se congelaban en invierno. Los refugiados marcianos habían prosperado en el extremo norte y se habían vuelto confiados.

Era precioso. El punto culminante de una gran civilización. No una civilización de Teni, sino algo mucho más serio. Mucho más ajeno. Tan limpio,

claro y nuevo... No nuevo como podía serlo en el resto de la Tierra, todos nosotros construyendo encima de civilizaciones muertas que nos habían precedido, en paisajes en ruinas. A la vista de aquella ciudad inmaculada, incluso las mejores de las nuestras nos hacían parecer lo que éramos en realidad: vagabundos que vivíamos en los huesos de algo más grande.

Aterrizamos y nos dispersamos dentro de las torres en espiral. Yo llegué unos dos minutos después que todos los demás, y oí los gritos de los que se habían corporeizado dentro de edificios o paredes, o incrustados en el suelo. Estaba toda la división; las comunicaciones volvieron a funcionar casi de inmediato, y vi la compañía en toda su extensión esparcida por la ciudad. Pero habíamos pagado por la velocidad, las comunicaciones y el informe preliminar, sí, joder, ¡ya podía acceder al informe preliminar! Estábamos en línea desde antes de materializarnos, y bien que lo habíamos pagado. Con nuestros cuerpos.

¿Qué nos habían hecho?

Una soldado agitó los brazos hacia mí; estaba hundida en el suelo de cintura para abajo. Otros junto a los que pasé ya estaban muertos; se habían recompuesto como montones humeantes de carne rota.

Por encima llegaban oleadas de nuestros drones a prender fuego a la ciudad resplandeciente. Sobrevolaban los campos nítidamente cuadrículados y zumbaban sobre nosotros. Esperaba oír las armas defensivas del enemigo o las descargas de su artillería en respuesta a la invasión. Pero el aire estaba en silencio salvo por el leve zumbido de los drones y el sonido de nuestras pisadas contra el empedrado.

Capté movimiento en un edificio y, por reflejo, disparé con el fusil de pulsos. La fachada se resquebrajó y lloró savia marrón, como si estuviera viva. Pero no vi a refugiados marcianos ni a nadie más; solo a nosotros, con nuestras botas.

Revisé el informe preliminar y se me heló la sangre. Habíamos llegado con el objetivo de aniquilar aquella ciudad y puede que algo más. «Los hemos seleccionado a cada uno de ustedes personalmente —decía el informe— para que administren la solución final al problema de los marcianos en la Tierra. Sus instrucciones son...».

Lo que proponían era la autodestrucción.

¿Qué nos habían hecho los refugiados marcianos que no nos hubiéramos hecho nosotros mismos? Pero no tenía la menor importancia. Lo que importaba era destruir todo lo que habían construido en la Tierra. Destruir las mismísimas pruebas de su existencia aquí. Porque si en Marte había algo de bueno, ¿qué

impedía a los nuestros ponerse de su parte?

Yo empezaba a preguntármelo.

Inspeccionamos toda la ciudad en busca de insurgentes, pero estaba desierta. Puede que la hubieran abandonado, o que hubieran averiguado que llegábamos y se hubieran escondido en búnkers, o que hubieran abandonado la Tierra. A saber.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Inmortal por el canal de la escuadra.

Materializarme dentro de una ciudad me había producido tanto miedo y malestar que no me había parado a mirar si llegaba toda la escuadra. Tampoco habíamos hecho las comprobaciones de integridad y cordura habituales.

Eché un vistazo a los nombres de mi escuadra: Inmortal, Jones, Omalas, Marino. ¿Dónde me situaba eso en la línea temporal? No tenía ni puta idea.

Marino soltó un alarido y echó a correr por delante de nosotros. Disparaba al aire, agujereando la impecable arquitectura. Se arrancó el casco.

—¡Hijos de puta! —gritó—. ¿Dónde coño os habéis metido?

—Marino —dijo Andria con tono autoritario—, vuelva a ponerse el casco.

Marino se puso a tararear la melodía de *Vila Sésamo*. Salió a un ventoso parque y se puso a bailar en el césped verde, moviendo el culo.

—¡Rendíos al primer marciano de verdad que veáis! —Se echó a reír—. Era una broma. ¡Ya no queda ni un puto marciano!

Se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó lo que parecía una botella de licor. Después me di cuenta: era la bomba de petróleo que había sacado de São Paulo.

—¿Qué opinas tú, Hal? —gritó a la botella.

—¡Marino! —dijo Andria—. Vuelva a la formación. Aténgase a la misión. Es una orden.

—Yo también te quiero, Hal —dijo Marino—. Somos grandes amigos, tú y yo. Llegaremos muy lejos. ¡A sitios a los que no puede llegar ningún marciano!

—¡Marino! —dije—. ¡Deja de hacer el gilipollas!

Se volvió hacia mí. Seguía a unos cuarenta metros, pero le vi contorsionar la cara.

—Ya viste lo que pasa —me dijo.

Recordé su expediente inaccesible, su escuadra desaparecida, su excentricidad e histrionismo. ¿De quién era el futuro que había visto antes de llegar allí? ¿Lo habría visto él también? ¿Era ese el final que él conocía desde el principio?

Se sacó un mechero del bolsillo y arrancó la cubierta de plástico del trapo

empapado de petróleo que hacía de mecha. Abrió el mechero.

El trapo prendió. Marino rompió la botella de un culatazo. El petróleo le corrió por los brazos y le salpicó la cara, el uniforme.

—¡Joder! —corrí hacia él.

Me apuntó con el fusil y disparó por encima de mi cabeza mientras ardía.

Sentí la onda expansiva del disparo y trastabillé.

Entonces, Marino volvió el cañón del fusil hacia sí y se voló la cabeza.

Su cadáver en llamas cayó a la alfombra de césped.

A su alrededor, los miembros de nuestra compañía guardaban un silencio sobrecogedor.

Me quité el casco y escuché los siseos y crujidos del cuerpo que ardía.

—¿Dietz? —Jones había abierto un canal bidireccional—. ¿Cómo estás?

—¿Por qué? ¿Crees que es así como voy a morir?

Silencio.

Yo también tenía fama de demente.

Se oyó la voz del comandante Stakeley por el canal de la división.

—Ya estamos casi en posición. Compañía Perro, necesitamos que nos alcancen.

No podíamos haber llegado hasta allí para nada. Teníamos que hacer lo que habíamos ido a hacer. Teníamos que ser armas. A cualquier precio. Éramos el precio. Nasakan era el precio.

Volví a leer el informe preliminar y sentí una oleada de vértigo. ¿Ese era su plan? ¿Qué se resolvía con eso? ¿Cuántos más teníamos que morir en aquel estúpido ejercicio? Recordé aquella visión doble que había tenido, con nuestros cadáveres apilados como el heno.

Abrí un canal bidireccional a Andria.

—Tenemos que parar esto —le dije.

—Necesito que mantengas la cabeza fría, Dietz —me dijo Andria en voz baja.

Vi a Tanaka por delante y lo sujeté por el hombro.

—¡Tanaka! —dije, tirando para que se volviera. Tenía el visor bajado; no le veía la cara—. No podemos hacer esto. Ninguno de nosotros debería hacer esto.

Se zafó con un encogimiento de hombros.

—¿Ahora me hablas?

—¿Qué?

—Cumple la misión —dijo.

—¿Quién coño eres?

Se levantó el visor; le vi los ojos claros.

—No, ¿quién coño eres tú? —dijo—. Es como si cada vez que nos desplegamos fueras una persona distinta. ¿Quieres poner fin a esto? No dispaes.

—No voy a disparar —dije—, pero necesitamos...

—¿Tú que sabes? No habías vivido esto, ¿verdad? No tienes ni idea. Ese es el puto problema. Tanto saltar de un lado a otro no sirve para nada. Es un callejón sin salida. Como la guerra.

Volvió a bajarse el visor y siguió adelante.

—Te necesitamos aquí, Dietz —dijo Jones por el canal del pelotón—. Mueve el culo.

Se me cayó el alma a los pies. Tanaka tenía razón. ¿Y Andria? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había ocurrido justo antes?

Nos reunimos en el centro de la plaza principal. Tal como se indicaba en el informe, sacamos los fusiles de pulsos y seleccionamos el nuevo ajuste, desarrollado expresamente para aquella misión. A través de la amplia plaza, nos apuntamos entre nosotros con las armas, ciñéndonos al informe preliminar. Esperamos a la señal.

Pero repasando el informe me di cuenta de que nadie había intentado usar así la luz hasta entonces; nadie con vida. Era algo que habían hecho con simuladores y robots que se disparaban entre ellos. Ahora querían que nos disparásemos nosotros justo cuando nos disgregábamos. Que disparásemos a gente a la que estábamos dispuestos a proteger con nuestra vida.

Prefería dispararme a la cara.

—No podemos hacer esto —le dije a Andria por un canal bidireccional.

—Ya lo sé. No nos quedan opciones.

—Vete a la mierda, Andria. A la mierda con todo esto.

Cortó la conexión.

Solté un juramento.

Empecé a vibrar.

Debíamos esperar a la señal. Tener paciencia.

Según el informe preliminar, teníamos que esperar... y después abrir fuego unos contra otros.

Una locura.

Todos me tachaban de demente, pero era la única persona de allí que pensaba con claridad.

Me arranqué el casco y lo lancé al círculo de una patada. Levanté las manos. El viento frío de Canuck hacía que me lagrimearan los ojos.

—¡Parad esta mierda! ¡No lo hagáis!

Sin quitar el seguro al fusil, corrí al centro del círculo.

Formaba parte de la Brigada de Luz y ya no creía en hacer lo que nos dijeran.

La vibración se acrecentó. Luego, los calambres. Tenía contracciones. Me esforzaba por respirar. Alguien disparó; antes de tiempo. Un grito. Un cuerpo que caía. Otro disparo. Antes de tiempo.

«Joder, controlaos».

—¡Escuchad! —dije—. Tiene que haber otra forma. No les dejéis...

Se detuvieron las contracciones.

El mundo dio un chasquido.

No miré el visor de espejo del soldado que tenía delante. Miré la luz en el mapa, la etiqueta que me decía que era Sandoval, delante de mí, quien iba a dispararme.

Todo estalló.

Los miembros de la compañía se disparaban entre sí.

Percibía el fuego de la explosión que provocábamos al desintegrar nuestros componentes.

Giré hacia arriba, más arriba, con la lengua de fuego ascendente. La ciudad se reducía, como un jardín de cuento de hadas. Los árboles se aplanaban y desaparecían.

La explosión ensordecedora no se detenía.

Lo veía todo desde arriba, aún consciente de alguna forma, en el limbo entre la oscuridad y la luz.

La reacción fue tan descomunal que arrasó la mitad del hemisferio norte.

Todo lo que los marcianos habían hecho crecer de nuevo en Canuck, lo convertimos de nuevo en polvo.

Nosotros éramos el arma.

Estábamos llenos de luz.

Me gustaría decirles que antes de aquello sabía de qué iba la cosa, pero aún no había visto hasta qué punto estaban dispuestas las corporaciones a destruir con tal de consolidar su poder.

Quería ser valiente. Ser como los héroes. Cumplir las órdenes como lo haría

un paladín. Hacía aquellas cosas aunque supiera cuál sería el resultado. Tal era mi deseo de estar con los buenos.

Pero en realidad no fue hasta aquel momento, hasta después de haber destruido todo lo que quedaba de bueno en este mundo, cuando me di cuenta de que no estaba con los héroes... Estaba con los villanos del imperio.

No quedamos muchos para ver lo que habíamos hecho, y puede que fuera mejor así. Pasé mucho tiempo con mi ser fragmentado ahí arriba, en el éter que separaba las cosas. No quería volver. No quería corporeizarme.

Hazte con el control del constructo.

Y eso hice.

Una parte de mí, una parte consciente de mí, surcó las comunicaciones y se aventuró al otro lado del mundo, intentando averiguar qué había pasado. Solo éramos fragmentos de datos.

Todos los informativos hablaban de la destrucción de medio continente. No decían cómo lo habíamos hecho. No decían que nos habíamos disparado entre nosotros, ni cuántos de los nuestros habían muerto en la explosión, con sus elementos esenciales dispersados. Y justo al lado de las imágenes de este páramo yermo y humeante había imágenes de nuestra propia gente vitoreando en nuestras deprimentes ciudades construidas sobre los huesos de nuestros antepasados. Habíamos asolado la puta Tierra, pero todo el mundo vitoreaba porque nos habíamos vengado de esos extraterrestres, esos mentirosos, esos inmigrantes.

Vi las retransmisiones y supe qué tenía que hacer. Aún quería contarme entre los héroes. Tenía una oportunidad. Pero significaba renunciar a todo aquello en lo que creía. Traicionar a todos aquellos a los que apreciaba. Ser todo aquello que debería odiar.

Supe qué tenía que hacer porque lo había visto. Todo el tiempo habíamos estado dirigiéndonos a aquel momento.

Un bucle.

Sabía qué llegaría a continuación.

Nos habían mentido en las redes. Los marcianos no eran unos refugiados incompetentes a los que habíamos tenido la benevolencia de permitir establecerse aquí. Habían venido a ayudarnos, a enseñarnos lo que habían aprendido cuando transformaron Marte. Habían creado un mundo precioso a

partir del sobrecalentado desierto tóxico en que lo habíamos convertido, y los odiábamos porque tenían la libertad de crear un mundo mejor. No pertenecían a nadie.

«Traidores», decían en los informativos. «Falsos». «Marcianos».

Habían hecho que la tierra volviera a ser cultivable, pero deberían haber parado ahí. No tenían que ser libres porque nadie es libre, y no tenían que ser capaces de defenderse porque nadie tiene defensa contra las corporaciones. Las corporaciones no estaban dispuestas a permitirlo. Las corporaciones nos cuidan mientras se lo demos todo.

Ahora que había sido de luz, empezaba a pensar que quizá resultara que aquellos despojos de São Paulo no habían muerto. Quizá estuvieran, simplemente, en otro sitio. Quizá los marcianos hubieran averiguado también qué éramos y hubieran intentado salvarnos de nosotros mismos.

El Blink de São Paulo demostró a las corporaciones que era posible.

Eran los marcianos quienes nos habían dado la luz.

Dos millones de personas desaparecidas en un abrir y cerrar de ojos.

Y nuestra respuesta: la aniquilación de toda la vida en medio continente. Un paisaje marciano destrozado. El asesinato de nuestros propios hijos.

Quizá la luz hubiera sido nuestra perdición. O quizá hubiéramos estado derrumbándonos todo el tiempo.

Caí de vuelta a la Tierra como un dron roto, dividido en un millar de trozos. Me consumía el agotamiento.

«Tenemos que retroceder, retroceder...», pensé mientras me corporeizaba, con miedo de perderme, de disgregarme hasta el punto de quedar irrecuperable.

Al materializarme experimenté el subidón de habitar un cuerpo en el límite de lo material. ¿Se sienten así los fantasmas? Levanté los dedos y me maravillé con ellos. Me llevé la mano al casco antes de haberme reconstituido del todo, algo que se supone que no debemos hacer, pero me pareció lo natural. Me lo levanté de la cabeza, aún difusa, y lo tiré al suelo. Se hundió en él y acabó de materializarse medio sumergido.

Caí hacia delante y apoyé las manos en el suelo sólido. Diez dedos. Inhalé a fondo para alimentar mis recién formados pulmones.

Cuando levanté la cabeza vi que me rodeaba un extenso prado. El cielo estaba a oscuras, salvo por la imagen surcada por las nubes de la luna y sus satélites. Volví a apoyarme en los pies. No había nadie más en el patio de armas.

Una luz se acercaba desde el pequeño puesto de guardia de la colina. Se oía una moto o un dron de transporte. Vi que eran dos técnicos, que bajaban. Una se apeó y caminó directamente hacia mí.

—¿Nombre y rango? —preguntó.

—Dietz, cabo primero.

—Dios mío. Creíamos que se había perdido. Su pelotón volvió hace seis días, antes de que nos quedáramos sin electricidad. Ya consta su desaparición.

—Pues ya me han encontrado.

Me alumbró los ojos con la linterna. Siempre me pregunté qué intentaban comprobar con eso. ¿Se notaría si alguien era un agente extraterrestre mirándole los ojos? ¿Sería un test de cordura?

Fuera lo que fuera lo que buscaba, pareció satisfecha. Se volvió hacia su acompañante.

—Llama a un equipo médico. Tiene que ir directamente a cuarentena.

De nuevo estaba a solas en cuarentena; mi pelotón había llegado y había vuelto a irse cuatro días atrás. Me pasé las manos por el cráneo. Seguía con el pelo corto. No se me había hundido la tripa. Pero en cuarentena era difícil enterarse de nada más. Esperaba que me llamaran de Inteligencia en primer lugar, pero fue a la psiquiatra a quien me mandaron en cuanto salí.

Entró la doctora frotándose las manos en la falda azul, del mismo color que las paredes. Parecía agobiada.

—¿No hay información? —pregunté.

—¿Disculpe?

—Ya nos conocemos —dije antes de que preguntara—. Desaparecí durante una semana. ¿Qué pasó? Nadie me dice nada.

—Seguro que le presentan un informe. Lo siento, pero han ocurrido ciertas cosas y no disponemos de datos.

—Dicen que se ha cortado la electricidad, pero veo las luces encendidas.

—Generadores. Llevamos cuatro días con la iluminación de emergencia. Hubo un ataque contra las centrales eléctricas.

—¿Cuáles?

Se sentó frente a mí, colocándose la falda bajo las piernas.

—Creo que todas.

—Eso es... un montón.

—Creen que fue un pulso electromagnético. En muchos lugares fue así. Aquí estábamos protegidos, como la mayoría de las bases, pero por desgracia no pasaba lo mismo en las zonas de civiles. Lo que más nos preocupa, sin embargo, es su estado mental después de lo que ha ocurrido. ¿Conserva algún recuerdo de dónde ha estado?

—Esperaba que me lo dijera usted.

—Su escuadra volvió de una misión muy dura en el extremo septentrional de América del Norte. ¿Recuerda esa misión?

—Puede ser.

—Jones, su jefe de escuadra, resultó herido. Perdió un brazo. ¿Cómo se sintió usted por eso?

—¿Cómo coño cree?

—Intento evaluar dónde se encuentra usted en...

—¿En el tiempo? —dije, y abrió mucho los ojos—. Sí, yo también.

—El servidor de grabaciones está desactivado a causa del ataque —me susurró, inclinándose hacia mí—. Lo que me cuente aquí es confidencial.

—Lo que le cuente aquí pertenece a la corporación.

—Confíe en mí.

—No. Confíe usted en mí. Dígame qué coño me está pasando.

—Sabemos que algunos de ustedes experimentan esta guerra... de forma distinta. Pero el resultado varía mucho entre individuos. Algunos cruzan una sola vez; otros, no, y la mayoría no comenta nada que indique otra cosa que una confusión tremenda. Se sienten apabullados y solo cumplen órdenes.

—¿Quiere decir... cruzar a otras partes del tiempo?

—Usted se acuerda, ¿verdad?

—Sí.

Su tono se volvió enérgico, casi frenético.

—¡Qué maravilla! Usted es la única persona que ha conservado la plena conciencia y los recuerdos a lo largo de sus experiencias, o eso dice. Debe entender que durante años dimos por supuesto que todos ustedes sufrían una psicosis. No había manera de demostrar que los cruces eran reales, sobre todo porque muchos hablaban simplemente de acontecimientos por los que ya habíamos pasado. La gente como usted nos hablaba de cosas que podían ocurrir días, meses o años más tarde. No teníamos idea de cómo prepararnos para ese futuro sin tener más detalles. Cuando usted volvió, nuestros localizadores nos dijeron que se encontraba físicamente en un tiempo, pero por supuesto, lo importante no era su situación física, sino la forma en que su cerebro recordaba esas experiencias. Nuestra conjetura es que la disgregación le cambió de alguna forma la estructura cerebral.

La miré con perplejidad. ¿Qué más había experimentado, realmente?

—Para usted somos un ensayo. Un experimento. ¿No llega más allá?

—La mente humana siempre se ha encontrado entre los mayores misterios de nuestro cuerpo. Nos gusta creer que la ciencia tiene todas las respuestas, pero solo nos proporciona las herramientas para averiguarlas. Eso no significa que las tengamos. Por eso hay tanta gente que se aferra a la religión. Necesitamos respuestas para lo desconocido.

—Nos lanzaron a todos allí fuera sin saber lo que se hacían. Nos...

—Cada soldado es un sacrificio. Son propiedad de la corporación, o del Estado anteriormente, o del rey o el terrateniente antes de eso. Es lo primero que les inculcan durante la formación, ¿no? Su cuerpo no les pertenece. Casi todos los soldados morían de enfermedades e infecciones antes de que se difundieran los antibióticos y el conocimiento aparentemente básico de que hay que lavarse

las manos antes de introducirselas a un tipo en las entrañas y volver a lavárselas antes de cortarle la pierna a otro tipo. Los soldados eran el sacrificio. Necesitábamos una ventaja sobre Marte. Esta tecnología nos la dio. Se calculó que las pérdidas, los efectos secundarios, valían la pena por la ventaja que nos proporcionaban. Todos estamos dando palos de ciego.

—Como ahora —dije con amargura—. A oscuras. Lo supo todo el tiempo.

Asintió con entusiasmo.

—¿Cuántas veces nos hemos visto?

—No tengo ni idea. Para mí ha sido una guerra muy larga.

—¿Termina con la enfermedad?

—¿Cómo se ha enterado de eso?

—Otros soldados...

—¿Como quiénes?

—Eso... no puedo decírselo.

—¿Qué hay de Frankie Kowalski? ¿Cómo estaba de ido cuando le pegué el tiro en Marte?

—Kowalski... tuvo varios saltos desafortunados.

—Y ¿qué vio?

—Eso es lo más estimulante —dijo—. Cada uno vio acontecimientos distintos. Futuros distintos.

Me quedé sin aliento. Tuve que recostarme en la silla.

—Pero solo hay...

—Eso es lo que cabría esperar. Sin embargo...

Me puse a dar vueltas a la idea de que Rubem, Frankie, Muñoz y yo, y puede que también Marino, hubiéramos visto finales distintos de la guerra, y luego hubiéramos seguido en bucle, experimentándolo una y otra vez.

—¿Piensa mucho en la mortalidad? —me preguntó.

No tenía ni idea de a qué venía eso.

—¿Ahora? Desde luego.

—Y ¿qué piensa?

—Cuando me alisté no pensaba demasiado en la muerte —dije con precaución. Me di cuenta de que era un alivio estar con alguien que me creía, aunque para ella fuera un conejillo de indias. Pero no era una cosa; era un ser vivo.

—Nadie piensa en ella demasiado —continué—, ni siquiera cuando ve a sus amigos incrustados en paredes, o como les revientan el tórax, o les sujeta las

vísceras con las manos. Tardamos un tiempo en asimilar que realmente nos puede pasar a nosotros. Cada cual es el protagonista de su propia historia. El protagonista no muere, no puede morir, porque entonces se acaba la historia. Pero ya he pasado mucho tiempo en compañía de la muerte. La he mirado a la cara. No me cae muy bien. Quiero elegir la forma en que termina todo esto. No quiero que me lo arrebaten. Cuando esté muriéndome a una edad avanzada, cagando las tripas, cuando me fallen los órganos, quiero salir por la puerta principal de alguna vieja granja de mi propiedad, con cuarenta o cincuenta hectáreas de terreno. Quiero encontrar un lugar fresco en el bosque, bajo algún viejo roble, sentarme en él y morir mientras sale el sol. Quiero un estertor, un último aliento, un cuerpo intacto que puedan desgarrar los carroñeros, cuajado de gusanos; que mis extremidades sirvan para dar de comer a alguna familia de zorros, que las larvas devoren mis entrañas hasta que no quede más que un montón de jugos pringosos que alimenten los hongos, las semillas del roble y la hierba silvestre. Quiero que mis huesos blanqueados se esparzan por mi propia tierra, rotos y con la médula absorbida, medio enterrados por la nieve, y por último, por último, cubiertos de arcilla y pulverizados por el paso del tiempo, hasta que todos los fragmentos de mi cuerpo vuelvan al lugar del que salieron. Podría devolver algo a este mundo en vez de llevarme, llevarme, llevarme. Esa es la muerte que quiero. La muerte que más significa para mí. Es una buena muerte, la mejor muerte, y es la muerte que deseo no solo para mí, sino también para usted. Nuestra vida es finita; nuestro cuerpo, imperfecto. No deberíamos gastarlos alimentando causas ajenas.

La doctora Chen guardó silencio un rato. Me puse las manos en el culo y esperé. No quería decir nada más. Ya había dicho suficiente. Siempre acababa diciendo demasiado.

—¿Hace algo por alcanzar ese objetivo? —preguntó—. ¿Qué piensa de la vida después de la guerra?

—Ya está. Eso es todo lo que pienso del asunto.

—¿La muerte?

—Desde luego.

—Su hermano murió en el Blink.

No sonó a pregunta.

Silencio, de nuevo.

—Mucha gente se pregunta cómo se puede ser un paladín y un soldado —dije—. Aunque se haga voto de venganza. Pero nos comprometemos a combatir el

mal mayor. Eso no significa que no deseemos a veces hacer el mal. No significa que no luchemos a veces por el imperio. Solo significa que al final hay que hacer lo correcto.

Se inclinó hacia delante.

—Pero esa es mi pregunta, cabo primero Dietz. ¿Qué es lo correcto?

No tenía ni repajolera idea.

Pero había decidido averiguarlo.

Salí de la consulta de la psiquiatra. Había estado tomándonos el pelo todo el tiempo. Estaba al tanto de todo. Ella y los demás; como mínimo lo sabían en parte. Y allí estaba yo, con miedo de hablar con alguien y que me hicieran desaparecer, cuando ellos hacían eso a propósito, nos lanzaban como dados para ver quién de nosotros daba con una forma de ganar la guerra.

Pero ninguno la encontró, ¿verdad?

Porque íbamos a perder la guerra. Todo el mundo pierde en la guerra.

Cuando salí de cuarentena, Tanaka se puso en pie y corrió hacia mí. Me rodeó con los brazos como si hubiera muerto, y supongo que para ellos era así.

Me aparté, recordando lo que me había dicho en la ciudad marciana. El muy gilipollas no me había hecho caso, y allí estábamos.

—¿Dietz? —dijo—. ¿Cómo estás?

—Mal.

Omalas, Jones, Inmortal, Sandoval y varios más se apelotonaron a mi alrededor. Vi a Marino arriba, en su litera, pasando las páginas de un cómic que alguien había conseguido colar.

—¿Dónde has estado? —preguntó Jones—. ¿Has hecho otra de esas... cosas raras de Dietz?

—¿Qué tal el brazo? —le pregunté.

Sonrió y se subió la manga hasta la zona por donde se le había seccionado.

—Buen trabajo, ¿eh? Esos médicos son putos magos. Me alegro de haberte dicho que no tirases el brazo.

—Yo también.

—Pero ¿dónde has estado? —dijo Tanaka.

—Parece que me atasqué... en algún sitio. Allá donde vayamos cuando saltamos.

Tanaka entornó los ojos. Le hice una seña que indicaba que no había que

tomarme en serio. Inmortal fue la única que no lo pilló; seguía siendo demasiado nueva.

—Yo nunca he saltado a ningún sitio al que no debiera saltar —dijo—. Todos dicen que saltas de forma rara, que cuando vuelves es como si fueras otra persona. Como si te rehicieras.

—Ójala —dije—. Lo siento. La misma mierda.

—¡Dietz! —Andria, desde su despacho.

Fui para allá.

Me invitó a entrar y cerró la puerta. Sacó su reloj de bolsillo.

—Me lo han arreglado —dijo, y lo abrió para enseñarme el chip inhibidor.

—¿Ya lo has conseguido?

—Envié a la capitán V una grabación de lo que me dijiste, antes de aquel salto a Canuck. Joder, perdimos a Vela, y lo del brazo de Jones... Le asigné una evacuación prioritaria; si no, probablemente se habría quedado manco.

—¿También mandaste la lanzadera que fue a buscarnos?

—Sí. Barley se adelantó a esa nave de NorRus. Pensamos que podríamos sacar a Landon... Lo siento. —Dejó el reloj en la mesa y sirvió dos vasos de licor—. Entonces fue cuando la capitán V me confió lo que creen que os pasa a ti y a los otros. La Brigada de Luz.

—Joder —dije.

—Sí.

—También tuve una charla con mi psiquiatra. Lo sabe. Todos los altos mandos lo saben. ¿A qué coño juegan? Por cierto, lo de los módulos de tortura está funcionando. ¿Me lo has dicho ya?

—No estoy segura de cuándo llega eso —dijo negando con la cabeza.

—Mierda. —Me senté.

Rellenó los vasos. Se sentó.

—¿Cómo vamos a arreglar esto, Dietz?

—Lo intenté —dijo—. Durante la solución... Hostias, me dijiste que cerrara el pico. No sé a qué vino eso. Te...

«Te mataron antes de que pudiera preguntártelo», pensé, pero no lo dije.

—¿Qué más pasó?

—Escucha. La psiquiatra cree que cada uno ve una guerra distinta. Un futuro distinto. Todos los que saltamos desordenadamente. ¿Crees que es posible?

—No lo sé. Sé que ves cosas que luego pasan. Lo que no sé es cómo cambiarlo.

—Yo tampoco. Lo siento.

—¿Por qué? No es culpa tuya. La guerra no es culpa tuya. Ni mía. —Pero dijo lo último de forma distinta, como si no acabara de creérselo, y vació el vaso de un trago.

De todas formas, me pregunté si no haría bien en usar aquel tono, porque era culpa nuestra, ¿verdad? Combatíamos en la guerra voluntariamente. Le habíamos entregado el cuerpo, aunque solo estuviéramos allí por las mentiras que nos había contado Tene-Silvia. ¿Y si había una guerra y no iba nadie? ¿Y si las corporaciones votaban por entrar en guerra y no había combatientes? No se puede matar de hambre a todo el mundo. No se puede meter en la cárcel a todo el mundo. No se puede ejecutar a todo el mundo por insubordinación al consejero delegado o a la junta directiva de turno.

¿Por qué hacíamos posible todo aquello? ¿Por qué no nos limitábamos a irnos a casa, cuidar de nuestros putos perros y mandar a la corporación a tomar por culo?

—Andria —dije lentamente mientras cogía el segundo vaso—. No me gusta lo que estoy pensando.

—¿Vas a contármelo?

—No. Pero cuando vuelva con el uniforme pringado con las entrañas de Landon, acuérdate de decirme que los módulos de tortura son la clave.

—Por Landon —dijo Andria alzando el vaso.

—Por Landon.

Los altos mandos estaban llenos de ideas. ¿No pasa siempre?

Tardaron nueve meses más en conseguir que volviera a haber electricidad. Pasamos un montón de tiempo custodiando centrales eléctricas y nodos de knu, muertos de aburrimiento.

Durante aquel largo y tedioso periodo conseguí pasar algo de tiempo con Tanaka. Las comunicaciones seguían sin funcionar muy bien, pero usaba el reloj de bolsillo de todas formas.

—Las cosas van a ponerse feas —le dije.

—Es la guerra.

—No, escucha. La gente se pone enferma. Se muere. Esta puta guerra acaba con todos nosotros.

Me miró. Con tantas luces apagadas a nuestro alrededor, se veían las estrellas. Recorriamos el patio de armas al mismo paso. Su presencia me tranquilizaba, a pesar de que en Canuck no me hizo caso en lo de la solución final. El mundo era húmedo y estaba embarrado; lloviznaba.

—¿Cómo lo paramos? —preguntó.

—No lo sé. He estado intentándolo.

—Puede que no lo intentes con suficientes ganas.

—Vete a la mierda. —Intenté verle la expresión, pero de nuevo miraba al frente.

—¿Por qué no puede acabar con esta puta guerra la Brigada de Luz? ¿De qué sirve todo esto si no cambia nada?

—Ya te he dicho que he estado intentando cambiarlo. Lo llaman el Sick. Todo el mundo pilla un virus marciano. O puede que un virus corporativo. Creemos que ha acabado la guerra, pero no es así.

—¿Cómo nos aseguramos de que termine?

—No lo sé. No luchando contra Marte.

Eso lo hizo reír.

—Mucha suerte.

—Bueno, dime que los módulos de tortura ayudarán. Cuando ocurra lo del Sick y aparezca allí, ¿vale? —Quise añadir «Y no seas tan hijo de puta», pero me abstuve. Por su aspecto y sus palabras, no parecía dispuesto a escucharlo en aquel momento.

—¿Qué hay de mi familia? —dijo.

—¿Eh?

—¿Averiguaste qué fue de ellos?

—¿Cuándo coño iba a tener tiempo para eso? —Probablemente no lo dije de la mejor forma posible, pero era una gilipollez, una pregunta de miope—. ¿Es que todo el rato has estado pensando en ti mismo?

—¿Tú no? ¿No has estado lamentándote por haber perdido a tu familia?

Quería partírle la cara, pero apreté el paso y lo dejé atrás.

¿Por qué tenía la impresión de que nadie estaba conmigo en esa mierda? ¿Por qué no quedaba con vida nadie que pudiera hacer lo que yo? ¿Todos se habían vuelto locos porque sabían que no había manera de parar lo que se avecinaba?

Me hice con otra libreta e intenté apuntar todos los días, pero se me escurrían entre los dedos como el vodka. Acabé inventando un sistema de taquigrafía y usando la libreta para apuntar mis pensamientos sobre la forma de controlar el salto siguiente. A pesar de que las muescas de la litera ya no servían de nada, sabía que más adelante me resultarían útiles, así que las añadía cuando podía. La cuenta no era muy exacta, pero necesitaría hacerme una idea del tiempo que había llevado todo aquello para poder planear mi jugada.

Tanaka seguía intentando sentarse conmigo en las comidas; seguro que quería hacer las paces, pero no soportaba la idea de que todo ese tiempo hubiera estado intentando utilizarme para poner orden en sus propias mierdas. No lo culpaba; no podía, porque yo también me centraba en mí. Me recordaba demasiado mis propias debilidades. ¿En qué era mejor yo, siempre pensando en el pasado, siempre retrocediendo en vez de mirar al frente? Me retraje más que en ninguna otra época. Ejecuté los módulos de tortura hasta superar a Andria.

Fue en una de esas prolongadas sesiones cuando rompí las cadenas y la envolví con ellas.

—¡Qué coño! —dijo.

—Todo lo que has afirmado sigue un curso lógico —le dije—. Es «no lo haré, no puedo», pero hay que cambiarlo por «Lo haré. Puedo». Es poderoso. Es el poder de la voluntad. Es el poder al que podemos recurrir en los saltos. Cuando nos transformamos en luz. Lo que nos guía, siempre, es la voluntad.

—Creo que deberíamos dejarlo por ahora, Dietz.

Tenía razón.

Cuando volvimos a los sofás de inmersión y nos quitamos las sujeciones, me miró.

—La vida es una picadora —dijo—. Lo máximo que podemos hacer es buscar gente dispuesta a soportarla con nosotros.

Le di un puñetazo suave.

—Por el aguante.

Andria iba a morir. Yo iba a morir. Tanaka iba a morir.

Pero hasta entonces... viviríamos.

Nueve meses son mucho tiempo para vivir linealmente, con la guerra tan avanzada.

Nueve meses son mucho tiempo para aferrarse a los seres más cercanos.

Saltamos varias veces. Al principio, Andria estaba alegre y me apoyaba, deseando que llegara el salto siguiente. Pero cuando saltamos a inspeccionar un hospital abandonado de las polvorientas calles de Odessa, en el sur de Norteamérica, llegué sin incidentes. Eso la descorazonó. Supongo que no le había hablado de las veces que saltaba de forma lineal. No me había pasado desde el principio de la guerra. No le hacía gracia. Nos emborrachábamos por ello. Discutíamos por ello.

Empezó a alternar más con la capitán V y los gerifaltes. No sé de qué hablaban. Yo nunca sabía muy bien cómo marchaba la guerra. Lo único que teníamos eran los canales de noticias aprobados por el Gobierno y las manidas grabaciones antiguas.

—Eh —le dije a Andria un domingo por la tarde, después de que saliéramos de cuarentena tras otro salto lineal a Turku—. ¿Te apetece tomar algo?

—Tengo planes, Dietz —contestó, y la vi distante. Reconocí la mirada introspectiva, la misma que tenía Tanaka la última vez que hablamos.

¿Qué le pasa a la gente en la memoria? Hay que plantarles las cosas en la cara todo el rato para que las pillen. Para que se den cuenta de que no pueden limitarse a apartar la vista y esperar a que se arregle todo.

—¿Sigues cubriéndome las espaldas, Andria?

—Desde luego, pero ahora tienen unas ideas cojonudas. Creo que han desarrollado una tecnología que podría poner fin a la guerra.

—¿Como dispararnos entre nosotros?

—No, nada de eso. Tengo que irme. Pero es que... tal vez deberíamos confiar en la corporación, ¿solo por esta vez?

—¿Serás boba?

Torció el gesto.

—Cuidado con lo que dices.

—A la orden, mi alférez.

Las personas son criaturas emocionales.

No se ha ganado ninguna guerra con la lógica.

Por eso no me sorprendió que la capitán V convocara a toda la compañía y que Andria y los otros jefes de pelotón estuvieran con ella, tragándose tan contentos la última versión corporativa.

—Necesitamos voluntarios —dijo la capitán V, y tuve una idea bastante aproximada de para qué, porque ya había pasado por ello—. Los altos mandos han encontrado una forma de acabar con la amenaza marciana en la Tierra.

Teníamos que aniquilarlos a todos.

Era la única forma de seguir adelante, ahora que habíamos recuperado la infraestructura.

La única manera de proteger nuestra forma de vida.

Teníamos que ser libres.

Marte nunca nos dejaría ser libres. Las corporaciones no lo permitirían.

—Es un procedimiento experimental —dijo la capitán V, como si no fuera experimental todo lo que habíamos hecho durante los despliegues—. Ninguno de ustedes tiene órdenes ni obligación de ir a esta misión, pero puedo decirles que serán héroes. Formarán parte de la mano de luz que aplaste la amenaza de los marcianos en la Tierra y los devuelva a esa roca roja. Si no quieren participar, retírense.

Estaba en formación entre Jones y Marino. Tanaka estaba dos filas más allá, con Sandoval. Tenía justo delante a Omalas e Inmortal. El resto del pelotón, todo lo que quedaba tras aquella sangrienta parodia de guerra, aquel juego asesino, siguieron en posición de firmes, como yo. A mi lado. Mis hermanos y hermanas. Los héroes de la luz. Las tropas de choque del imperio.

Ya no estábamos en la instrucción obligatoria. Estábamos hechos de una pasta más dura y estúpida. Habíamos sobrevivido a la guerra los unos por los otros, y acabaríamos juntos con ella.

Nadie se apartó de las filas.

No iba a dejarlos solos. Porque sabía que si era entonces cuando íbamos a saltar a aquella ciudad flamante, sería la primera vez en más de nueve meses que no saltaría linealmente. Me di cuenta de que no había aceptado participar en la misión de la solución final porque pensara que podía parar a nadie. Había ido porque era mi oportunidad de salir del bucle.

Cuando nos llevaron al campo de despliegue decidí que aquel sería mi último salto, mi último salto real. Ya iba siendo hora de hacerme con el control.

Ya sabía qué tenía que hacer. Según la psiquiatra, cada cual experimentaba un futuro distinto. De mí dependía ser quien rompiera el círculo vicioso.

A veces, sin embargo, para salir del bucle... hay que volver al principio.

Atrás del todo.

Respiré profundamente. Cerré los ojos.

Empezamos a vibrar.

Ya me llegaba el hedor a cobre y azufre de Marte.

Primer salto.

Vamos a hacerlo bien esta vez.

Fuera del atasco temporal.

Con el cuerpo disgregado.

El olor. Aquel puto olor.

Regresa. Vuelve a hacerlo.

Es la única forma de avanzar.

Me llené los pulmones de aire marciano y miré hacia el cielo ambarino. Me puse a toser de forma incontrolable.

—¿Dietz? ¿Dietz?

Cuando oí su voz se me llenaron los ojos de lágrimas. Me puso la mano en el hombro y me eché a llorar.

—Joder, Dietz —dijo Muñoz—. ¿Has llegado bien? Enséñame los dedos.

Ahugué otro sollozo y levanté las manos. Aún no funcionaban las comunicaciones, pero se había subido el visor y podía verle la cara. Su verdadera cara. Levanté la mano para intentar tocarla, pero me la apartó.

—Mierda, qué pinta tienes —dijo—. No te pongas de los nervios.

—Necesito un porro —dijo Squib. Estaba a cierta distancia, palpándose los bolsillos de la chaqueta.

Abascal estaba inclinada sobre Jawbone, que echaba la pota. El resto del pelotón estaba allí; el primer pelotón: Tanaka, Herrera, Vela, Khaw y, allí, encaramada al risco, la conocida figura de la capitán, no, de la teniente V. Quería abrazarlos y besarlos a todos.

Pero me dominé tan bien como pude, agarré la parte delantera del casco de Muñoz y acerqué su cara a la mía.

—¡Joder, Dietz!

—¿Qué futuro viste tú? —le pregunté—. Cuando saltaste mal. ¿Cómo era el futuro, Muñoz? Dímelo antes de que se restablezcan las comunicaciones. En el mío se desata una epidemia. Mueren todos los habitantes de la Tierra. ¿Y en el tuyo? Tengo que saberlo.

Abrió los ojos desmesuradamente. Me puso las manos a los lados del casco y

dijo:

—Mueres en una misión de combate en Marte. Matas a un niño y Marino te mata a ti. Al final..., solo luces, explosiones. Lo hacemos volar todo por los aires. El puto mundo entero. Desierto. Oscuridad.

Vi el parpadeo de las comunicaciones en la pantalla interna. Se apartó y cayó de culo.

Nos quedamos mirándonos largo rato; después se puso en marcha.

—Informe de estado. ¡Enseñadme los dedos! —Muñoz por el canal de la escuadra.

—Quijada..., intacto.

—Squib; aún no estoy colocada y no me hace ninguna gracia.

—Abascal, admirando el culo de Dietz.

—Dietz —dije—. De una pieza.

Sentí la primera oleada de un ataque de pánico. Inspiré y espiré por la nariz. Seguro que todos aquellos futuros eran callejones sin salida; de lo contrario, no estaríamos atascados. Así pues, ¿cómo podíamos desatascarnos?

Joder.

Me puse a andar detrás de Muñoz, intentando aclararme las ideas.

—Muñoz, necesito a su escuadra en ese risco —dijo la teniente V por el canal de nuestra escuadra.

—Entendido.

Seguí a Muñoz, inspeccionando el risco. ¿Qué había dicho Tanaka? Una emboscada. Íbamos a caer en una emboscada. Bien; ¿qué podíamos hacer para evitar...? No.

No vuelvas atrás.

Sabía qué tenía que hacer, y me atenazaba el pecho. Muñoz no me perdonaría nunca. Mi escuadra no lo entendería nunca.

Muñoz empezó a subir y fuimos tras ella. Casi de inmediato vi el destello de una mira. Los marcianos habían llegado a la zona antes que nosotros y habían tendido una emboscada a todo el pelotón, entre las dos elevaciones.

Miré por última vez a Muñoz y me lancé risco abajo.

Rodé y seguí rodando, levantando una cantidad increíble de polvo rojo. Se metía por todas partes; se me colaba en la máscara.

El canal de la escuadra se llenó de barullo.

—¿Dietz? ¿Dietz? —Muñoz chillaba. La teniente V hablaba a voces.

Paré en el pequeño valle que separaba los riscos. Cuando alcé la vista, Muñoz

y el resto de mi escuadra iban tras mí, levantando una polvareda. Muñoz otra vez, pidiendo refuerzos:

—¡Dietz se ha caído! Capto movimiento en la pantalla. Necesitamos...

Saqué el reloj de bolsillo y activé el inhibidor, para cortar las comunicaciones antes de que pudiera decir nada más.

Me volví, vi el sol reflejado en una mira y levanté las manos. Mi fusil cayó al suelo.

El disparo me alcanzó en el hombro.

Me desplomé.

Se me vaciaron los pulmones.

—¡Dietz! ¡Dietz! —Muñoz, a mi lado. Abascal disparaba.

Los marcianos devolvían el fuego.

—¡No disparéis! —Me arranqué el casco—. ¡No disparéis! —Levanté las manos; me ardía el hombro izquierdo—. ¡Aparta eso, Abascal!

—¿Qué coño? —Pero Abascal vaciló y bastó con eso.

—¡Nos rendimos! —grité; volví a intentarlo en inglés y, ¿por qué no?, también en portugués.

—¡De eso nada! —dijo Muñoz, tirándome de los brazos. Estaba desangrándome. Lo notaba.

—Muñoz —dije—. Es la única forma de romper el bucle. Escucha. Ahora mismo. Diles que eres de Inteligencia. Eres lista. Dales todo lo que quieran. Necesito que me liberéis y que me mandéis a San Petersburgo al final de la guerra.

—¿Se te ha ido la olla?

—Sí. San Petersburgo es el único sitio que conozco donde no va a llegar la enfermedad. Y el consejero delegado y la maldita Norberg estarán allí. Créeme, Muñoz. He pasado un millón de veces por esto, en lo que me ha parecido un millón de vidas.

—¿Cómo coño...?

—Puedes deducirlo. Tienes información que a mí me falta. Invéntate algo. Después, quedaos aquí. En Marte estaréis bastante a salvo, mientras sigáis con la resistencia. No vayáis en mi busca.

—Eh...

—¡No bajen las manos! —Un puñado de soldados con armaduras rojas gastadas apareció en el valle. Hablaban castellano, lo que fue un alivio. Lanzaron granadas de humo entre el pelotón y nosotros, y un par de granadas

aturdidoras por si acaso.

Cogí la mano de Muñoz y la levanté con la mía.

—¡Nos rendimos! —repetí.

Los soldados se nos acercaban.

Quijada soltó el fusil. Abascal apuntó con el suyo, desafiante. Se lo arrancaron de un tiro, que también se llevó gran parte de su mano. Aulló y cayó al suelo.

—¡No disparen! —dije—. Nos rendimos. En serio.

—Tu amiga no parece estar de acuerdo —dijo la mujer que iba delante. Tenía el pelo negro, cubierto de polvo, y hablaba con acento de Masukisan.

—¿Qué día es? —pregunté, porque llevaba tanto tiempo sin conocer la fecha que lo ansiaba.

—Martes.

—No. ¿Qué día? El mes, el año.

—¿En serio?

—Todos esos zombis fascistas están más locos que los exocolonos —dijo uno de sus acompañantes.

—Diecisiete de julio del cinco.

—¿Es el año marciano?

—No, el fascista. Si lo preguntan los fascistas, ¿por qué voy a dar el año marciano? Os jodería la cabeza más aún.

—Está... bien. —dije. Podía centrarme en el tiempo. Aquella era la misión de reconocimiento en Marte, mi primer salto. Lo había conseguido. Me dio un mareo. Seguía desangrándome. Me apreté el pecho con la mano.

—Lo retiro —dijo el acompañante—. Ya no podéis volveros más locos.

—Toda la escuadra está loca de atar —dijo la mujer—. ¿En qué año creías que estábamos, soldado?

—He visto la primavera del nueve.

—Vaya, vaya, qué interesante. Y ¿qué tal fue la guerra?

—Mal.

—¿Para vosotros? Bien.

—Sí —dije—. Muy bien. —Señalé a Muñoz con el pulgar—. Está en Inteligencia. Os contará todo lo que queráis saber para mantener vuestra resistencia marciana apartada de los insurgentes. Yo también. Sé exactamente cuándo atacarán vuestras colonias de la Tierra y de aquí, y cómo. Puedo salvar a los vuestros en Nasakan.

—Eso está por ver —dijo la mujer, y me dio un culatazo en la cara.
No podía reprochárselo.
Me lo merecía.

Entrevista n.º 5
SUJETO N.º 187799
FECHA: 28/05/309
HORA: 21.00
SALA: 101

I: Esta es la quinta sesión con el sujeto uno ocho siete siete nueve nueve. Se graba solo en audio. Ver notas de Inteligencia para informes anteriores. Me temo que esta es nuestra última reunión, amiga.

S: No te me pongas emotiva.

I: Reconozco que no esperaba que estuviera tan loca. Ahora que ha tenido tiempo para recomponerse, ¿quiere explicarme por qué pensó que podía liberarse?

S: Se ve que me tomaste en serio, porque volviste a quitarme los zapatos.

I: No fue decisión mía. Mis superiores son precavidos. A mí me impresiona menos su optimismo, pero me despierta la curiosidad. ¿Cómo puede obstinarse en esas locuras?

S: Entendí cuál era vuestro juego. Tardé un montón. Lo que quedaba del Marte libre no sería libre nunca si yo no pasaba por esto. Y Marte es la única esperanza de que haya un futuro libre en el Sistema Solar. Dimos nuestra vida a las corporaciones a cambio de aire limpio, comida limpia, infraestructura, cosas que podíamos haber hecho colectivamente por nosotros mismos. Olvidamos que el poder es el pueblo. Por eso se esfuerzan tanto por controlarnos.

I: Habla como los marcianos.

S: Pasé gran parte de esta guerra en Marte. Y aquí. En los dos sitios a la vez.

I: Tengo una teoría.

S: Adelante.

I: Creo que fue usted quien cometió el Blink.

S: Supongo que es una buena conjetura. ¿Ya no me considera un Doppelgänger?

I: Creo que es algo mucho más especial. Lo irónico es que, de no ser por el Blink, no habría estallado la guerra.

S: Es mentira, como eso de que la población de São Paulo habría sobrevivido. Las Seis Grandes iban a declarar la guerra si no hubiera ocurrido el Blink. No podéis permitir que se extiendan las ideas socialistas. Si a Marte le iba bien aquí, y ahí arriba, toda vuestra cuidadosa propaganda se habría ido al garete, y se acabó lo que se daba.

I: ¿Cómo se ocultó durante cuatro años sin que localizáramos su rastreador?

S: No lo llevaba. Ya llegaremos a eso.

I: Tengo preguntas sobre el viaje en el tiempo. ¿Cómo...?

S: No estoy aquí para hablar de viajes en el tiempo, aunque me alegro de que por fin lo hayas pillado. ¿Con quién has hablado? Los últimos días insistías en plantear una serie de preguntas que no tienen nada que ver con esto.

I: Su democracia socialista no puede sobrevivir en Marte. Nunca sobreviven. Las personas sucumben al temor, con independencia del Gobierno. La gente de a pie no desea la guerra, pero es notablemente fácil de convencer. Es el Gobierno el que establece las prioridades políticas, y resulta fácil arrastrar a la gente cuando se apela a ese miedo. Me da igual que tengan una meca comunista, un régimen fascista o una democracia representativa; incluso una monarquía con un parlamento de pusilánimes. Siempre se puede convencer a las personas para que se vuelvan unas contra otras; basta con convencerlas de que su forma de vida está bajo ataque. Al final, el Gobierno no tiene que hacer nada para silenciar a los discrepantes; ya se encargan sus vecinos.

S: Puede ser. Todo acaba por volver, ¿verdad? Pero esta época, vuestra época... ha terminado. Empieza la mía. La nuestra. Aunque supongo que es una vieja historia, ¿verdad? La más vieja de todas. La oscuridad contra la luz. La oscuridad siempre es el camino más fácil. Poder. Dominación. Obediencia ciega. El miedo siempre funciona para imponer el orden, a corto plazo. Pero no puede durar. El miedo no inspira ni remotamente tanto como el amor.

I: No va a ganar aquí contando una bonita historia y cogiéndome de la mano.

S: Nunca ha habido nada que ganar. Lo único que teníamos que hacer era sobrevivir. Las Seis Grandes se han matado entre ellas. A los soldados se les da a elegir entre varios horrores. Mata a tu enemigo para salvarte; salva a tus amigos y comete asesinatos. Pero si no aprietas ese gatillo puedes morir; tus amigos pueden morir... Hasta puedes perder la guerra por esa elección. Pero es la elección del soldado. Es el mismo argumento que con los embarazos, ¿sabes? Ahora, por supuesto, casi todas las corporaciones exigen que se

solicite una licencia para tener hijos. Pero hace mucho se argumentaba que seguir adelante con un embarazo o no, aunque fuera una decisión terrible, era algo que solo podía decidir la persona embarazada. Con los soldados es igual. Tienen la elección. Ninguna opción es buena, pero la decisión es suya.

I: ¿Por qué era usted quien podía desplazarse en el tiempo cuando saltaba?

S: ¿Cómo voy a saberlo? No estoy en Logística. La misión de reconocimiento en Marte fue la primera en la que me desplegaron, pero la última en la que participé en realidad. Tardé mucho en darme cuenta. Consideremos el tiempo como un círculo, con todos los sucesos dando vueltas y vueltas. Es como si todos estuviéramos atados a una rueda. Lo que hacían al disgregarnos era desatarnos de la rueda. Rebotábamos en el interior y aparecíamos en un momento u otro; lo que experimentábamos estaba desordenado. Me he pasado toda esta guerra en dos sitios.

I: Eso no es posible.

S: Es más que posible. Las Seis Grandes también lo sabían. Desde luego, Tene-Silvia lo sabía. Aunque no se dieron cuenta de lo grave que era; creían que podían hacernos seguir adelante con suficiente terapia, e intentaban guiar a los viajeros al futuro adecuado, al futuro que los favorecía. Mi psiquiatra, sin duda, era cómplice. Sabían que no había perdido la cabeza, pero no sabían hasta dónde llegaba. Éramos un hatajo de conejillos de indias.

I: Entonces, ¿por qué se presentó en San Petersburgo? ¿Por qué no se quedó a ver el final a salvo en su escondite de Marte?

S: Porque te necesitaba, Norberg. Necesitaba que me trajeras a esta celda fría del sur de África para completar el círculo.

I: El Blink...

S: Todo es un gran círculo, cariño. El tiempo es para volverse loco, ¿eh?

I: ¿Cómo sabe quién soy?

S: ¿Aún no te has enterado? No me sorprende. Para ti no era nadie. Así funcionáis los matones. Las cosas que hacéis marcan la vida de los demás profundamente, pero casi nunca os acordáis de las caras, mucho menos de los nombres. ¿No te has enterado? Soy Dietz, Norberg. Hiciste desaparecer a mi padre cuando eras sargento; un tipo del que probablemente no te acuerdas. Me alisté en Teni justo después del Blink.

I: No... No es posible.

S: Todo es posible para quien se desliga del tiempo, Norberg.

(RISAS).

I: Tiene que decirme cómo es posible. Llegó a San Petersburgo en una lanzadera marciana y ya tenía la vacuna contra la epidemia. ¿Cómo? ¿Se la pusieron los marcianos?

S: Bueno, Norberg, veo por tu cara que casi no me queda tiempo. Yo también lo noto, ¿sabes? Noto la llegada de los saltos. Pero para contarte todo lo que quieres saber tendría que empezar por el principio. Y..., ah, sí, aquí estamos. Ahí fuera tenéis una escuadra de Masukisan jodiéndoos el perímetro y va a eliminar a vuestra seguridad. Y mi escuadra está llegando.

(FIN DE LA GRABACIÓN)

—Los tengo —dijo Norberg—. ¿Por qué sigue de tan buen humor? No tiene ningún sitio al que ir. Estamos atrapándolos como a ratas en un cultivo en llamas. ¡Marte ya no existe!

—Estoy de buen humor porque sé algo que tú no sabes.

—Y eso, ¿qué es?

—Nunca hubo un Marte contra el que luchar. Estabais arrasando asentamientos corporativos en Marte. ¿La resistencia marciana? ¿El Marte de verdad? Se lo conté todo. A quiénes atacaríais, qué ciudades, y cuándo. Sacamos al noventa por ciento de los civiles antes de que vuestros soldados llegaran, antes de que yo..., sí, ¡ja!, yo, llegara a pisar este suelo. Todo ha sido una enorme cagada circular corporativa. Pero ha tenido como resultado una resistencia marciana que os sobrevivirá. Mi equipo, ahí arriba, os sobrevivirá. ¿Y yo, aquí? Voy a poner en jaque toda esta línea temporal de los cojones.

Granadas aturdidoras.

Siempre son buena señal.

Salté al otro lado de la mesa y cogí a Norberg por el cuello. Me sentí bien. Probablemente demasiado bien.

Tosió y pataleó. Se dispararon las alarmas. Sonaron disparos. Oí más granadas aturdidoras. Estampé la cara de Norberg contra el suelo.

Entraron dos guardias, pero ya me había preparado. Resulta que cuando se pasan unos años en un campo de prisioneros de guerra marciano se tiene un montón de tiempo para pensar en el futuro que se ha visto. El futuro que por fin ha llegado, este momento.

Derribé al primer guardia de una palmada en la garganta. Le destrocé la rótula al segundo. Todo acabó en cuatro segundos.

Miré las caras heridas y pensé en Frankie, tantos años atrás. ¿Cómo me habría comportado entonces si hubiera sabido lo que sabía ahora?

Pero no iba a retroceder tanto.

No me hacía falta.

Me eché al hombro las armas de los guardias. Les cogí las granadas aturdidoras y, lo más importante, el generador de pulsos electromagnéticos, y corrí al pasillo. Sabía que habría torretas porque las había visto antes, aunque claro, desde el otro lado. Disparé a las torretas. Estallaron.

Corrí por el pasillo, golpeando el metal con los pies descalzos. Doblé la esquina y salí al sótano. El olor, joder, el olor era el mismo. El polvo rojizo. El aire salado del mar.

La explosión de la torreta los había aturrido. Disparé dos veces. Aquellos fusiles disparaban munición estándar. Me bastaba con aturdirlos; disparar contra algo que no fueran sus cabezas. Lancé a la sala el generador de pulsos electromagnéticos. Eso los dejó inconscientes.

Los cuerpos del pelotón, mi pelotón, yo, cayeron amontonados y se unieron a los que ya estaban allí, una escuadra de pringados de Masukisan a los que

habíamos pillado intentando infiltrarse en las instalaciones. Los que habían tenido el detalle de disparar esas preciosas alarmas y activar las defensas de la sala.

Al llegar hasta ellos me detuve, entre el mareo y la euforia. «Joder —pensé—. Oh, joder. Lo he conseguido. Ya está».

Eché un vistazo a los cuerpos inconscientes que tenía delante. Akesson, Chikere, Toranzos, Sharpe... y ahí, delante de todos ellos, protegiéndolos como si fuera gilipollas, estaba yo.

Parecía tan joven... Tuve un momento de disonancia, pero las alarmas que sonaban a mi espalda me hicieron volver en mí.

Sospechaba que Norberg no tenía muchos más guardias allí, pero de todas formas cerré las grandes puertas que daban a las salas de interrogatorio y las atranqué con un fusil de pulsos. Resultó que era el mío. Eso de desdoblarse era una jodienda.

Desenfundé el cuchillo del cinturón de mi otro yo. No pude evitar bajarme el cuello de la camiseta y observar la piel lisa bajo la clavícula. Me llevé la mano a la cicatriz, esa cicatriz que Tanaka insistía en que debería tener. La cicatriz que tendría, que tenía entonces.

Arranqué el rastreador de entre los omóplatos de mi yo más joven y me lo tragué. No me haría falta mucho tiempo. Le quité las lentillas y me las puse. Cogí en brazos mi cuerpo y dejé escapar el aliento.

Tenía que centrarme. Necesitaba el rastreador para conectarme a Logística. A la red de luz. A la desintegración del tiempo. Abrí el canal del pelotón.

—Aquí Dietz. El equipo ha caído. Necesitamos evacuación inmediata. ¡Inmediata!

—Recibido, soldado Dietz. Manténgase en espera para la evacuación.

Ah, volver a formar parte de una escuadra pequeña.

Nos disgregamos.

No vi nada. Un muro de oscuridad.

Me esforcé por retroceder en el tiempo; me esforcé tanto, tan desesperadamente, que rasgué el tejido del tiempo y el espacio.

Me corporeicé en las inmediaciones de Ciudad del Cabo, una Ciudad del Cabo bullente con una playa concurrida y niños curiosos que me miraban como si fuera un monstruo mitológico que había cobrado vida. Y puede que lo fuera.

Deposité en el suelo a mi antiguo yo con extremada delicadeza, le eché el casco hacia atrás y murmuré:

—Podemos conseguirlo. Podemos romper el bucle. Creo en ti.
Volví a disgregarme aunque no me había corporeizado del todo.
Voluntad.

Hazte con el control del constructo.

Necesitaba otra época.

Otra ciudad.

Retrocede, Dietz, retrocede.

Vuelve al principio.

Otra ciudad. Un suburbio.

Sabía dónde y cuándo tenía que estar. Sabía dónde había empezado aquello y dónde acabaría.

Conocía aquella ciudad porque me había criado en ella. Contemplando las luces de São Paulo me sentí como si tuviera ocho años. El mar no estaba tan cerca como ahora, pero percibía su olor en el viento.

Conocía aquel lugar y aquel día porque era antes de que todo acabara, antes del principio del fin.

Me materialicé en un camino de tierra que discurría entre dos hileras de chabolas, montadas con cariño con lo que los dueños pudieron encontrar. Lo impresionante son los colores; la gente que barre las entradas como si viviera en una ciudad magnífica. Y lo era. Lo es. El São Paulo que conocí, los campos de trabajo, éramos magníficos. La gente era magnífica.

Levanté la cabeza y lo vi en la puerta del refugio más cercano.

Mi hermano, Tomás.

Me miró boquiabierto. Abrí los brazos.

Corrió hacia mí y lo abracé.

Quería que siempre estuviera a salvo. Quería que todos estuviéramos a salvo.

—Sabía que vendrías —dijo Tomás.

—¿Está Vi por aquí? ¿Te encontró?

Asintió y me cogió de la mano.

—Está ayudando ahí arriba. ¡Asesoramiento jurídico gratuito!

No le corregí. Vi no era abogada. Daba igual. Sentía un peso en el estómago; el corazón me daba saltos. ¿Qué diría Vi?

Tomás me condujo a una carpa provisional, al final del camino. Y ahí estaba, tras una mesa improvisada, algo demacrada y muy seria, con las manos, antes suaves, duras y callosas. Se apartó un rizo de la frente y examinó un papel viejo que le enseñó el hombre que tenía delante.

Durante un momento no fui capaz de nada más que mirarla.

—Vamos —dijo Tomás—. Vamos. —Me tiró de la mano.

A unos metros de ella tuve que pararme, no podía moverme, porque su visión me había clavado al suelo. En aquel momento, aquel terrible y maravilloso momento, lo entendí todo. Había jurado vengarme de Marte por lo que les había hecho a ella, a Tomás y a los primos que tenía allí. Me había metido en todo aquello por esas personas a las que me habían quitado.

Y había vuelto a encontrarlas.

Me vio.

Nuestros ojos se cruzaron por encima de la mesa. Me empezaron a sudar las manos. ¿Y si me rechazaba? Tenía todo el derecho del mundo. ¿Qué haría yo entonces? ¿Disgregarme en la nada?

Vi rodeó la mesa, con la boca medio abierta.

—¿Gina? —dijo.

—Hola —respondí, y solté todo el aire porque hacía años que nadie pronunciaba mi nombre de pila.

—¿Cómo has...? No, Tomás, claro. Es que no esperaba...

—No sé cómo explicarte lo que supuso que me dijeras que venías aquí. Me ofendí. Era como si ni siquiera pudieras verme. Vernos..., ver esto. Eres... Pero no importa. Vi, aquí va a pasar algo malo y, si no nos marchamos ahora, todo se va a desmoronar.

Hacía mucho que había pasado el tiempo de intentar cambiar el sistema desde dentro. A veces hay que dejar que arda el mundo entero a nuestras espaldas.

—Necesito que confíes en mí, Vi. Por última vez.

—¿Qué pasa con ellos? No podemos dejar a tu familia. Tu hermano, tus primos, toda esta gente...

—También me los llevaré. A tantos como pueda.

—Pero ¿adónde vamos?

—No lo sé. ¿Quieres averiguarlo conmigo?

—¿Gina? No sabía que fueras a venir.

—¿Eso es bueno... o malo?

Se le anegaron los ojos.

—Bueno. —Abrió los brazos. La apreté contra mi pecho y sentí agitarse su corazón contra el mío.

Nos disgregamos por encima de São Paulo.

Fue una inmensa onda de energía que disgregó los cuerpos que me rodeaban,

transformando todo lo que tocaban mis átomos alterados.

Nos convertimos en millones de puntos de luz.

El Blink.

Nunca es posible salvarlos a todos. Pero pude salvar a algunos. Podía transportarnos... a otro lugar, a otra época donde no hubiera guerra, las corporaciones respondieran ante nosotros y la libertad no fuera solo una palabra que decían en los informativos controlados por las corporaciones.

Estaba muy por encima de la ciudad. Tanta gente perdida...

¿Y si había una guerra y no iba nadie?

¿Estaba engañándome? Millones de personas de toda clase y condición, despojos, residentes, ciudadanos... Gente como Vi y Tomás. Mis primos y los ciudadanos partícipes. Querrán reconstruir un mundo como aquel del que partimos, ¿verdad? Un mundo en el que la misma gente estuviera al mando. Porque era lo conocido. Lo tranquilizador.

Lo único que podía esperar era que otro lugar nos diera una oportunidad. Allí no había futuro, solo el pasado. Dejarlos allí era condenarlos a morir con los demás. Si no podía salvar al mundo, al menos podía salvar a mis seres queridos.

Esto no acaba aquí. Hay otros mundos. Otras estrellas. Otros futuros. Puede que en ellos nos vaya mejor. Puede que, cuando vuelva a haber una guerra, no vaya nadie.

Puede que estén llenos de luz.

Posfacio

«Siempre que se haya roto algo en tu vida,
puedes usar las piezas para construir la vida que deseas».

WARREN ELLIS

Sigo creyendo en el Ejército. Creo que a veces hay males mayores que debemos combatir. Pero con más frecuencia de lo que nos gusta reconocer no existe un mal mayor, solo el cambio de un conjunto de horrores opresivos por otros. Las guerras son para los viejos. Para los ricos. Para la gente protegida por la perpetuación de los horrores infligidos a los demás.

No me arrepiento de lo que he dicho sobre mis motivaciones en este conflicto. No me arrepiento de lo que me trajo hasta aquí. Puede que quisierais una historia distinta, con más respuestas, menos ambigüedad. Pero no fue así como experimenté esta guerra. Es como decía Machado de Assis: «Sé que su excelencia preferiría una mentira delicada, pero no conozco nada más delicado que la verdad».

Es lo máximo que he podido acercarme a la verdad.

Ahora tengo dos conjuntos de recuerdos. Tengo mis propios recuerdos de haber estado en Marte, de haber pasado todos esos años en un campamento de prisioneros de guerra, escuchando libros sobre historia, geografía, inteligencia. Y tengo mis recuerdos de la guerra tal como ocurrió, todos vividos a través de la visión de mi otro yo, un yo más joven que andaba por ahí haciendo el héroe.

Eran guerras distintas. La misma guerra. La guerra que no quiero que nadie vuelva a experimentar jamás.

Siempre recordaré a la manifestante de São Paulo que me decía que soltara el arma y me uniera a ella. Ahora sé que nunca fui una heroína.

Heroica era ella. Éramos nosotros.

Los héroes siempre fueron las personas normales que persiguieron cambios extraordinarios.

El poder de los Gobiernos corruptos y las corporaciones afianzadas parece inevitable. Sin duda, anteriormente también lo parecía el mandato de los reyes y

los terratenientes.

Pero ahora sé que no es así. Sé que existe un poder mayor, y es nuestro. Nosotros somos el mayor poder.

Y ese es el mundo que construiremos ahí fuera, en algún lugar, cuando volvamos a juntar todas nuestras piezas.

Un futuro de luz.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a mi agente, Hannah Bowman, que me sugirió que ampliara mi relato «La brigada de luz» y lo transformara en novela. Fue una odisea establecer la estructura de este libro, y ella me ayudó a cavar las trincheras y moverme por ellas.

También estoy muy agradecida a Joshua Bowman por elaborar el grafo matemático que necesitábamos Hannah y yo para pasar por él los personajes y comprobar si todos los sucesos de este libro estaban correctamente alineados. Me dijeron que era «un camino hamiltoniano dirigido en un grafo bipartito». Gracias a esto conseguí una ruta estructurada de viaje temporal que me ayudó a salir de los atolladeros en los que me había metido. Debo gran parte de la teoría subyacente a los viajes temporales a Carlo Rovelli, autor de *El orden del tiempo*, de donde sale lo más parecido a la ciencia de esta novela de ciencia ficción.

Bravo por mi editor, Joe Monti, que aguantó mis retrasos y, como consecuencia, la reducción del tiempo que tuvo para esta novela. Si Hannah era el poli bueno, él era el poli malo: un excelente dúo de edición que permitió que una idea esbozada se convirtiera en novela.

Dios bendiga también a los correctores de galeradas.

Mi ayudante, Denise Beucler, también dedicó un montón de horas a este proyecto (además de todas las demás formas en que me ha ayudado). Le estoy enormemente agradecida por el durísimo trabajo gracias al cual este libro quedó listo para la primera presentación.

Como de costumbre, agradezco un montón a Jayson Utz que aguantara mis pataletas étlicas, mis plazos de entrega suicidas y mi humor de perros. Soy una chica bastante divertida.

Este libro está lleno de referencias. Os dejaré disfrutar rebuscándolas, pero sabed que sí, que son, en casi todos los casos, homenajes deliberados. No es mi primer rodeo. No me mandéis mensajes.

Por último, todo mi amor para vosotros, los fans más fieles del Equipo Hurley, por el apoyo, los ánimos, la compra de libros, las reseñas y, en general,

todo lo bueno que aportáis al mundo.

No os limitéis a combatir la oscuridad, amigos. Seamos la luz.

The Big Red House

Verano de 2018

Título original: *The Light Brigade*

Edición en formato digital: 2019

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

© text Copyright © 2019 by Kameron Hurley
© de la traducción: Natalia Eva Cervera de la Torre, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-641-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es